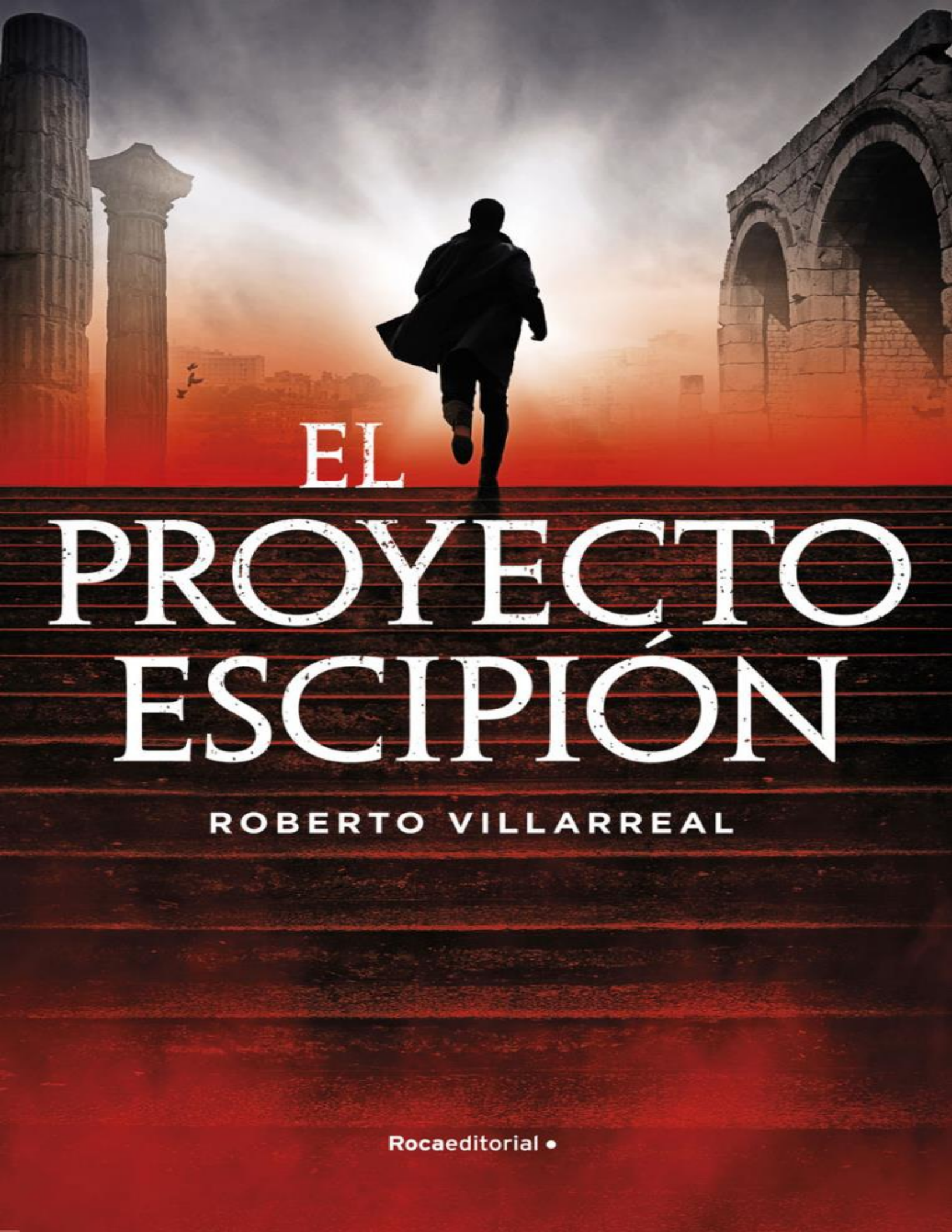




EL

PROYECTO ESCIPIÓN

ROBERTO VILLARREAL

Rocaeditorial •

El Proyecto Escipión

Roberto Villarreal



Rocaeditorial

EL PROYECTO ESCIPIÓN

Roberto Villareal

DOS MIL AÑOS DESPUÉS, RESUCITA EL LEGADO MÁS OSCURO DE LA ROMA IMPERIAL

Néstor Azcona, joven aprendiz de policía local en un pueblo costero de Tarragona por enchufe familiar y sin ninguna vocación, descubre durante su ronda nocturna un brutal asesinato en la antigua villa romana de Els Munts. La víctima ha sido decapitada y la cabeza enterrada entre las vísceras de un animal. El extraño ritual resulta todavía más desconcertante cuando solo unos días después un cuerpo sin cabeza aparece crucificado en el circo de Tarragona.

Las dos escenografías, minuciosamente cuidadas, conducen a la identificación de un mismo cadáver: se trata de un peligroso exconvicto, delincuente sexual aparentemente reinsertado. Mientras los investigadores de élite de los Mossos d'Esquadra sospechan de una guerra abierta entre mafias, Néstor comienza a ver indicios de la posible implicación en los hechos de algunos miembros de la Legio IX Hispana, un grupo «profesional» de reconstrucción histórica que revive en el siglo XXI la época dorada del ejército de la Roma imperial.

ACERCA DEL AUTOR

ROBERTO VILLAREAL COMARCO (Eibar, 1969) escribe profesionalmente como periodista desde hace más de treinta años. Tras licenciarse en la Universidad de Navarra, ha trabajado en periódicos como *Diario Vasco*, *Diario de Burgos*, *Diari de Tarragona* o *La Gaceta de Salamanca*, donde llegó a desempeñar cargos directivos. Desde 2010 compagina la consultoría de comunicación corporativa con la faceta periodística en medios como *El Mundo* o *Indicador d'Economia*.

El Proyecto Escipión es su segunda novela, tras su bautizo con *Lignum Crucis. La estela de la Gran Cruz* (2014).

A José Ignacio, mi querido *aita*
In memoriam (1943-2021)

PRIMERA PARTE

Summum ius, summa iniuria.
[Máximo derecho, máxima injusticia].

CICERÓN, filósofo romano (106-43 a. C.)

Familia

En la antigua Roma, el 22 de marzo daban comienzo las Megalenses, fiestas dedicadas a Cibeles, Gran Madre de los dioses de origen frigio. Cibeles es madre y amante de Atis, que muere y resucita en el equinoccio de primavera. Los sacerdotes de la diosa, los galos, son eunucos en su recuerdo, pues Atis se castró para purificar el pecado de la infidelidad.

DIARI DE TARRAGONA, 24 DE MARZO

El conocido notario Xavier Melero fue agredido ayer en su residencia de Altafulla después de que varios individuos lograran acceder al inmueble por el balcón tras saltar desde los tejados contiguos. El sofisticado sistema de seguridad de la casa, conocida como El Forn del Senyor, permitió activar la alarma. La rápida llegada de los vigilantes para comprobar la incidencia detectada en la central de operaciones puso en fuga a los intrusos.

Según fuentes cercanas, el notario dormía junto a su esposa cuando fueron sorprendidos por los agresores. Aunque estos amenazaron a Melero para que desconectara la alarma, el notario logró activarla en un descuido de sus captores. Su mujer fue atendida por miembros del Servicio de Emergencias Médicas (SEM) con un cuadro severo de ansiedad y Melero ingresó en el hospital Joan XXIII con fuertes contusiones en rostro y cuerpo, así como fracturas múltiples en una de sus manos y en ambas piernas. También presentaba decenas de quemaduras de cigarrillo.

La Unidad de Investigación de los Mossos d'Esquadra adscrita al área del Camp de Tarragona ha identificado el *modus operandi* y lo ha vinculado a un grupo de albano-kosovares conocido por la extrema violencia que emplea en sus asaltos. Aunque no hay confirmación policial, la primera hipótesis apunta a que el notario estaba siendo sometido a torturas delante de su esposa tras negarse a facilitar las claves para abrir las vitrinas en las que se exponen facsímiles cuyo valor puede superar los 15.000 euros.

— *V*enga, pardillo, que es casi medianoche. Deja esa basura que nos vamos de ronda... Además, los artículos del Pereda no cuentan más que chorradas y medias verdades.

Néstor levantó la vista del manoseado ejemplar abierto sobre el mostrador de recepción de la diminuta comisaría de la Policía Local de Altafulla. En los mentideros de toda Tarragona no se hablaba de otra cosa más que del asalto a la mansión del notario, y el

que más parecía saber del asunto era el tal Juan Pereda, cronista de sucesos de ese periódico desde hacía más de treinta años.

—Los jefes están nerviosos. Me parece que vamos a tener unas semanas moviditas. De momento, ya me han llamado para que movamos el culo y nos dejemos ver por las calles. Vamos, no te me quedes mirando con cara de maruja y espabila de una vez, coño.

Lo que estaba mirando Néstor eran las manazas de su primo Juanjo, que en ese momento apresaban la cazadora reglamentaria, con su mitad superior en amarillo fosforito y el distintivo de «Policía» en grandes letras a la espalda. El uniforme le quedaba raquítico a su musculatura de bulldog. De esa guisa, parecía más un marine hipertrofiado que un humilde policía de pueblo, mientras que él —enclenque por naturaleza— daba mucha más pena que respeto con aquel atuendo. Desde su llegada a la comisaría de Altafulla, Juanjo le había obligado a acompañarle una vez por semana al gimnasio, en la práctica más para reírse del inútil de su primo que con la esperanza de mejorar su patética estampa.

—Pensaba que hoy tendríamos una guardia tranquila —se resignó Néstor con un suspiro, volviendo a meter en un cajón un grueso volumen sobre la batalla de Salamina. El libro de Javier Negrete, el último préstamo con que alimentaba su pasión por la literatura militar y su fama de bicho raro, le recordó a la tímida bibliotecaria que hacía que se le atragantasen las palabras en la tráquea. Como siempre le había sucedido desde adolescente, apenas conseguía intercambiar con ella unos educados saludos de rigor.

Néstor se había criado sin padre. Cuando este murió, él era todavía muy niño y partió con su madre desde Tarragona hacia el *exilio* navarro, la tierra natal de Pilar Eguren. Casi una década después, su enfermiza atracción por las hazañas bélicas había hecho creer de forma equivocada a Pilar —asistente personal de la matriarca de una familia de alcurnia en el norte de Navarra— que llegaría a sentirse a gusto con la familia de su hermano Ramón, vértice de la saga de primos-policía que habían dejado atrás en Cataluña.

—Me pregunto cómo podemos llevar la misma sangre... —Juanjo se fijó en el libro como si se tratase del insecto más raro de la Amazonia—. Esta noche no voy a hacer la vista gorda, hoy no hay lecturitas ni payasadas que valgan. —El palmetazo en la espalda proyectó a Néstor medio metro hacia la puerta—. Venga, a ganarse el sueldo, chaval. Conduces tú.

Néstor acomodó como pudo su esquelético 1,90 en el asiento del conductor del coche patrulla, un pequeño todoterreno recién adquirido por el Ayuntamiento de Altafulla. Al regular el retrovisor central, la imagen reflejada en el espejo le dio tanta grima como de costumbre. Llevaba media melena para camuflar sus orejas, que le acomplexaban desde la infancia por unas pequeñas estrías en el lóbulo, como si hubiera llevado pendientes de

bebé. El rostro delgado y blancuzco —aunque vivía en la costa, odiaba la playa— de un joven de veintitrés años trataba de congeniar con una barba tan debilucha e inconstante como él —se la dejaba crecer unos días con la ilusión de camuflar su cara de crío—, y con unos extraños y llamativos ojos verdosos, quizá demasiado grandes para armonizar con el conjunto que, no obstante, tenía ciertas posibilidades.

—¿Hace un café en el bufé antes de la ronda? —preguntó Néstor por pura cortesía, pues ya conocía la inercia de los hábitos de su primo, mientras ponía rumbo al único negocio de la zona abierto las veinticuatro horas.

—Claro, a ver si despiertas un poco y bajas de la luna de una put...

El estridente ruido de la emisora del vehículo cortó de raíz sus lindezas.

—Aquí central para coche uno, ¿me recibes? Central para coche uno, responda por favor... Central para coche uno, ¿Juanjo, estáis ahí?

—Aquí coche uno, ¿qué pasa Jordi? *Cony*, que son las doce de la noche y acabamos de salir... ¿Se puede saber a qué cojones viene tanta prisa?

—Nada grave, es que nos llaman otra vez del Faristol. Lo de siempre, el Manel, que ha bebido más de la cuenta y se está poniendo pesado con los clientes. Por lo visto, la curda de hoy es un poco peor que de costumbre y Agustí está bastante nervioso. Nos pide que vayamos rápido.

—Recibido, Jordi, cambio y corto. Ya has oído, primito, tira para allí echando hostias.

Néstor, que había detenido el coche en el arcén, activó los luminosos azules, giró ciento ochenta grados en la carretera desierta y aceleró en dirección al laberíntico casco histórico de Altafulla. Estaba coronado por el imponente castillo medieval de los Montserrat, todavía hoy propiedad de la misma familia desde el siglo XVII; aparcaron muy cerca, en mitad de la calle Sant Martí. Territorio Faristol.

La pareja se apresuró a cruzar el recio portón de madera y forja que daba acceso a un universo con falso ambiente *hippie*, mezcla de restaurante, hospedería, sala de conciertos y bar de copas. La fórmula fue inventada por Agustí Martí, exabogado laboralista de rancia familia de letrados que mamó de la movida londinense en los setenta y, tras volver a casa un par de décadas después, materializó su propia versión de la vida bohemia en una casa que habitaron en el siglo XVIII los indianos que comerciaban con Cuba.

Los dos policías atravesaron a la carrera una terraza adornada con velas en las mesas para crear atmósfera y maquillar la belleza decadente del jardín, y abrieron a tirones la puerta de madera y cristal, desencajada por el tiempo y la humedad. La mirada asustada de Agustí los recibió detrás del mostrador para, a continuación, alargarse hacia una suerte de almacén de antigüedades atiborrado de fotografías desteñidas, trastos viejos y

recuerdos congelados. Néstor siguió con los ojos la dirección de la cabeza de Agustí, pero no necesitaba ningún tipo de brújula para localizar el corpachón de Manel, el viejo pescador que acostumbraba a vencer la soledad a base de vino barato.

—Siento molestaros a estas horas —se excusó Agustí visiblemente nervioso—. He intentado hablar con él, pero está como una cuba y no atiende a razones. Le está dando la noche a esa parejita. Se lo he pedido varias veces, por favor, que les deje en paz, pero se ha puesto como una furia y hasta me ha enseñado una navaja. Ya sé que es un teatrero, pero ellos no lo saben y los tiene ahí, medio secuestrados. Y encima son clientes del hostal. Ya me lo veo venir, me van a crujir en Tripadvisor...

—Vale, Agustí —le cortó Juanjo—, no pasa nada. Aquí mi primo Néstor se encarga del marrón. No me digas por qué, pero se entiende bien con ese palurdo. Suerte de que todos los bichos raros hablen el mismo idioma.

Antes de que Juanjo le dijese nada, Néstor ya se estaba acercando con aparente calma a la mesa del fondo. Allí, sentado de espaldas en una banqueta y totalmente ajeno a la presencia de los guardias, el beodo cronista seguía contándoles su vida a la joven pareja, que asentía con cara de circunstancias y nulo interés mientras suplicaba ayuda con miradas fugaces al dueño del negocio.

Manel era hijo del pueblo. Un gigantón de algo más de sesenta años que había pasado toda su vida en la mar. Se había prejubilado después de innumerables campañas enrolado en las flotas gallegas y vascas de altura. Su gorra y su barba blanca eran un clásico de las fotos que los turistas hacían de las casitas encaladas del paseo marítimo de Altafulla, donde conservaba el viejo hogar familiar. La perfecta estampa del lobo de mar para poner autenticidad en el álbum fotográfico. Todavía salía a pescar muchas mañanas en una menorquina, que a duras penas soportaba su peso, amarrada en el vecino puerto deportivo de Torredembarra. Néstor, de los pocos que no huían al escuchar sus aventuras —siempre aderezadas con grandes dosis de pesca ficción—, incluso le había acompañado en alguna ocasión.

—... y entonces —la lengua de trapo de Manel ya patinaba descontrolada con evidente riesgo de descarrilamiento—, ¿qué os iba diciendo? Ah, sí..., entonces, cuando acabó mi contrato en Senegal volví a hablar con Patxi, el armador de Pasajes de San Juan, y le pedí que me buscara un hueco para las Feroe..., él tiene muchos contactos, ¿sabéis? Ese sí que es un mar con cojones, me acuerdo de una vez que embarcamos en Ferrol...

Néstor le puso la mano en el hombro con delicadeza. El narrador suspiró al cortar su relato. Apretó los puños, giró la cabeza y alzó la vista, empañada por los efectos del alcohol. Contra pronóstico, cuando la niebla se disipó tras un tenso par de segundos, la previsión de huracán solo llegó a suave brisa.

—*Cony*, chaval, ¿cómo tú por aquí?

—Estaba de ronda y me he imaginado que habrías pasado a ver a Agustí.

—Ese imbécil no ha parado de darme por saco toda la noche.

—Seguro que están disfrutando de tus historias, pero me parece que estos señores estarán ya cansados. Se ha hecho tarde...

A un gesto de cabeza de Néstor, los dos jóvenes —poco más que adolescentes, a quienes en otro escenario quizá no hubiese estado de más pedir el carné— desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos.

—No me vengas con hostias. Ya sé que a veces me pongo un poco pesado, pero no es para tanto, ¿no?

—Dejémoslo en que no todo el mundo tiene el mismo concepto de lo interesante. Y esos chicos viven a una galaxia de distancia de ti y de tus batallitas.

—Joder, qué mierda de vida.

La montaña humana cruzó los brazos y se derrumbó apoyado en la mesa.

—Voy a echar un sueñecito.

—Te llevamos.

—Déjame dormir un rato.

—Que no, Manel, vamos. Te ayudo a levantarte.

—Bueno, te lo agradezco. Estoy un pelín perjudicado y hay más de media hora hasta casa.

La mole del viejo pescador se incorporó tambaleante. El vino había hecho su trabajo, y los dolores del reuma tampoco aportaban gracilidad a sus movimientos. Néstor, más o menos de su misma estatura, metió la cabeza bajo su sobaco derecho con la intención de darle algo de estabilidad. Sin embargo, los pírricos setenta y cinco kilos del policía apenas compensaban los más de ciento veinte de aquel mastodonte, por lo que el ridículo de la salida de escena hizo las delicias de su primo.

—¿No os han dicho nunca que hacéis una pareja estupenda?

—¿Me ayudas de una puta vez o vas a seguir ahí de cháchara como una portera? Tanto musculito y al final solo usas el de la lengua. —La paciencia de Néstor se iba agotando.

—Está bien, está bien..., me estás pringando de mocos con tus lloriqueos. —Juanjo se colocó bajo el otro brazo—. Hala, Agustí, a cascarla, espero que no nos veamos en un tiempo. A ver si podemos meter a este desgraciado en el coche. *Bona nit*.

Néstor acercó el coche hasta la casa del desaliñado pasajero, que se había quedado como un tronco en el asiento trasero.

—Hemos llegado, bella durmiente. —Néstor sacudió con cierta ternura al gigante seminconsciente.

—Déjate de mimitos y mete ya al paquete en casa, que estoy hasta los huevos de frikis como tú y como ese... Dios los cría y ellos se juntan, una verdad como un templo.

—Ya voy, joder, podías ayudar un poco en lugar de tocar las narices —se quejó Néstor a la vez que bajaba la cabeza del sonámbulo para que no se la golpeará con el techo del coche al salir.

—Ni de coña. Te comes tú el marrón, que para eso es tu amiguito. Yo te espero aquí, y date maña, no te duermas tú también o me piro con el coche y te dejo aquí más tirado que una colilla.

Desde el siglo XVIII, en la calle Botigues de Mar se habían ido alineando al borde de la arena pequeños almacenes para proteger los utensilios de pesca y modestos lotes de mercancías. Con los años se fueron transformando en viviendas y, en las últimas décadas, gracias a su aspecto de rincón mediterráneo, en apartamentos de alquiler pertrechados con todo tipo de comodidades. No era el caso del tugurio en que habitaba el marino jubilado, una leonera con los recuerdos de toda una vida criando polvo desperdigados. La casa, de dos plantas, seguía tal cual la había heredado de sus padres y pedía a gritos una reforma. O al menos, un poco de lejía y orden, aunque para alguien acostumbrado al austero camastro de un barco podía considerarse casi un palacio.

Sin desvestirse, Manel se dejó caer a plomo sobre el sofá. Néstor apagó la luz. Ya estaba cerrando la puerta cuando oyó que le quería decir algo.

—Eeeh...

El policía volvió sobre sus pasos, encendió una lamparilla y se asomó por encima de sus ojos vidriosos.

—Gracias —todavía arrastraba ligeramente la lengua—. Eres un tío cojonudo. De los de antes. Choca esos cinco.

Una suerte de tenaza apretujó las falanges de los dedos de Néstor hasta dejarlos sin sangre. Lo peor es que ya no había marcha atrás; no conseguiría zafarse de una sesión de verdades etílicas, con sus clásicos excesos de afectividad.

—No hay de qué. —Néstor intentó en vano la huida—. Se hace lo que se puede. Hoy por ti, mañana por mí.

—Ojalá hubiese más tipos como tú, al menos no me sentiría siempre tan fuera de lugar.

—Ya veo..., si yo te contase..., en fin... Buenas noches, tengo que irme ya. —Néstor intentó liberar su mano, pero Manel aguantó la presa.

—¿Sabes? Me siento como todos estos trastos viejos que me rodean. Como un cacharro oxidado y abandonado. Me he pasado la vida en la mar, y ahora parezco un naufrago rodeado de extraños. Mi tiempo ha pasado. Me he convertido en un fósil..., me gustan

las cosas sencillas: el sol, el azul del mar, salir con mi barca, comer de lo que pesco, hacer la siesta, pasear, leer... En su día me tiraba mucho ver mundo, y ahora me apetece contarlo...

—La peña va muy a su rollo, no te lo tomes como algo personal.

—En mi mundo las personas se acercaban unas a otras y hablaban de sus cosas. De sus alegrías, de sus penas... Ya ves, hoy llaman a la policía por eso...

—Hoy tenemos móviles y redes sociales. Tranquilo, mañana lo verás todo de otro color. Que descanses. Y a ver si me sacas a pasear en tu barca...

—Claro, chaval. Tienes mi palabra. Y piensa que ya no queda gente de palabra, solo veletas a merced del viento. Falta corazón, compromiso, nada perdura... —Manel cerró lentamente los ojos y se quedó frito a media frase.

Néstor lo tapó con una manta raída que encontró tirada por el suelo, apagó la lámpara, se dio media vuelta en la oscuridad y cerró la puerta. Su primo Juanjo, con muchos aspavientos, le hacía señas desde el coche patrulla.

—¿Se puede saber qué coño hacías ahí dentro? ¿Le has dado ya el besito de buenas noches? —le abroncó nada más sentarse ante el volante.

—Es igual, no lo entenderías. No está hecha la miel para la boca del asno.

—Oh, disculpe Su Majestad. ¿Tendría Su Excelencia la bondad de salir cagando leches hacia Els Munts? Hace cinco minutos que deberíamos estar allí...

Néstor pisó el acelerador a fondo antes de abrir la boca.

—¿Qué pasa?

—Que mientras tú acunabas a ese despojo, ha llamado el jefe. Ya sabes que está muy nervioso con la que se ha liado por la paliza al notario.

—¿Y?

—Dice que una vecina, amiga de su familia, ha visto a unos tipos merodeando por el vallado de la villa romana. El *sheriff* quiere que nos acerquemos rápido a echar un ojo. Ya le explicarás tú mismo por qué hemos tardado tanto en asomar el morro...

Un banquete en las letrinas

Al chasquido de los címbalos, al redoble de los tambores y al sonido de trompetas y flautas danzaban frenéticos los sacerdotes novicios, que el día 24 de marzo se castraban colectivamente con un cuchillo de pedernal y recibían ropas y abalorios de mujer como requisito para consagrarse a la diosa Cibeles.

Media hora después

—*J*oder, qué asco de noche... —protestó Juanjo—. Después de la putada de esos kosovares en casa del notario, todo son miedos, fantasmas y nervios. Nos esperan unas semanitas de mierda hasta que todo se calme un poco...

—¿Por qué parte me acerco? —le interrumpió Néstor.

La pregunta tenía bastante sentido, ya que no se trataba de bordear el perímetro de un chalé cualquiera. Los vestigios de la villa de Els Munts, una de las más importantes entre las pocas que se conservan de la Hispania romana, ocupaba desde la mitad del siglo I varias hectáreas a las afueras de Altafulla, en una colina con vistas al mar. El sentido del término «villa» en nuestros días, como sinónimo de mansión, se queda corto para describir la que fuera residencia de un alto cargo de la Administración imperial de la antigua Tarraco, un híbrido entre el cortijo español y el modelo americano de rancho agrícola y ganadero, con sus graneros, hornos, bodegas y talleres.

—Puedes subir por el *carrer* de Els Munts y girar a la derecha por la callejuela estrechita, creo que se llama Boca. Parece que desde un casoplón de esa zona han visto una furgoneta blanca y algún movimiento en el pequeño aparcamiento que hay allí. Ya sabes qué clase de amistades se gasta el jefe... Alguna de esas marujonas operadas que frecuenta su mujer, que seguro que se aburre y le ha dado por tocar los huevos...

Néstor detuvo el todoterreno junto a la valla del recinto, pintada de verde oscuro. Los faros del coche apenas vencían su pulso con la oscuridad. Alguna farola desperdigada intentaba aportar su granito de arena para iluminar la escena. La negrura y el silencio desequilibraban la balanza hacia la paleta de lo tenebroso.

—No se ve un pijo. Saca las linternas y vamos a echar un ojo —ordenó Juanjo.

Con el motor en marcha —para no agotar la batería— y las luces del coche patrulla encendidas, ambos policías enfocaron los haces de sus potentes linternas hacia el vallado metálico y comenzaron a peinar la zona. Al cabo de un par de minutos, Juanjo dirigió la suya directamente hacia la cara de Néstor, que adquirió un aire fantasmagórico.

—Baja eso y deja de hacer el chorra —protestó Néstor, con la mano delante de los ojos, deslumbrado por el reflector.

—Ja ja, tienes pinta de uno de esos vampiros para adolescentes de *Crepúsculo*.

—Vale, ahora que ya has hecho la gracia, ¿puedes bajar la linterna o vas a continuar haciendo el payaso?

—Es que eres tan pardillo que no me puedo resistir... —Juanjo seguía con el foco en pleno rostro de Néstor—. ¿No te sientes como uno de esos de los monólogos de *El Club de la Comedia*? Venga, no seas tímido y márcate un chiste...

Un ruido seco, a unos cien metros a su izquierda, cortó en seco el diálogo. La risa de Juanjo se congeló.

—¿Qué coño ha sido eso? —Echó a andar en aquella dirección.

—Me ha sonado a asfalto, como cuando alguien aterriza después de un salto. ¿Tú ves algo?

—Ahí hay alguien agachado, me parece que veo una sombra... ¡¡Eh, tú!! —Juanjo apuntó con la linterna y salió al trote hacia allí.

Todo ocurrió en un visto y no visto. El ruido amortiguado de unos pasos muy rápidos, probablemente unas zapatillas de deporte, los llevó a apretar la carrera.

—¡Alto! ¡Policía! ¡Quieto ahí! —gritó Juanjo.

Lejos de ceder, el ritmo de las pisadas se aceleró en un esprint demoledor. Rápidamente perdieron terreno en la ligera subida de la calle Boca. La tenue luz de las linternas, con el vaivén de la persecución, apenas les dejó intuir la silueta de un tipo alto y fibroso, de aspecto joven, vestido con vaqueros y una sudadera con capucha. Estaba en plena forma; al llegar a la esquina de la calle Els Munts giró a la izquierda sin dar la más mínima tregua y para cuando Juanjo llegó, ya le había sacado más de trescientos metros. Néstor, poco amigo de la actividad física, apareció arrastrándose, asfixiado y derrotado. Se maldijo por haber dejado de entrenar las series de resistencia el día después de las pruebas de aptitud para la Policía Local, y de eso hacía años. En la distancia, todavía les dio tiempo a ver cómo subía de un salto, con una agilidad poco frecuente, a una furgoneta blanca que arrancó y, sin luces, desapareció a toda velocidad.

Jadeantes, doblados hacia delante con las manos en los muslos y los pulmones a punto de estallar, Néstor y Juanjo trataban de recuperar el resuello.

—Qué, supermán..., ¿sigues con ganas de chistes? —aguijoneó Néstor—. Parecíamos abuelas en comparación con ese.

—Porque me ha pillado desprevenido, que si no ya habríamos visto...

—Ya..., le habrías esperado en la furgoneta fumándote un puro.

—No, pero al menos no lo habría tenido tan fácil. Si llega a ser por ti... —se recompuso Juanjo, que pasó al ataque—. En mi vida he visto una cosa igual, qué paquete, por Dios...

—Di lo que te dé la gana, pero el tío era una bala. Se te ha meado en la cara, y casi sin despeinarse.

—Al loro con lo que dices, que te planto una hostia y me quedo tan ancho.

—Tanto gimnasio, tanto gimnasio —murmuró Néstor—. En fin, da igual, ¿qué se hace ahora en estos casos?

—Primero vamos a informar por radio sobre esa furgoneta, y luego echamos un vistazo a ver qué se le había perdido a Usain Bolt en un yacimiento romano en mitad de la noche.

En el coche patrulla, Juanjo describió por la emisora la persecución al único compañero que permanecía de guardia en la central. En cuestión de minutos activaría un dispositivo de control de carreteras para tratar de interceptar el vehículo sospechoso. Sin embargo, ambos sabían que llegaban demasiado tarde. Por el tiempo transcurrido y por la cantidad de rutas posibles, era una carambola prácticamente imposible que los fugados cayeran en la trampa. Néstor, ajeno a la conversación de Juanjo, miraba absorto hacia el vallado.

—¿En serio tenemos que saltar y meternos ahí? No le veo mucho sentido, si no nos vamos a ver ni la punta de los pies...

—¿Qué te pasa? Ya me estás cabreando... ¿Estás acojonado o qué? —Una amenaza nada velada latía bajo el tono áspero de Juanjo.

—No es eso, paleta, ¿qué te crees que hay detrás de la valla? ¿El jardín de tu adosado? Es una superficie inmensa. Hace unos meses, un domingo por la mañana hice una visita guiada por unos actores que se ponían en la piel de Cayo y Faustina, los señores de la casa, y estuvimos toda la mañana para recorrer la propiedad. Creo que esta excursión tendría más sentido a la luz del día...

—Me importa un bledo lo que pienses. No te pagan por pensar, sino por obedecer, y aquí las órdenes las doy yo. Así que vete pensando en cómo vamos a saltar, y si conoces algo del lugar, pues mucho mejor.

—¿No tendríamos que preguntar primero si hay un vigilante o algo por las noches?

—Ya se lo he preguntado a Jordi por radio. Está de baja y no lo han sustituido. Puede

ser casualidad, o puede que ese niño lo supiera antes de entrar.

—¿Tú qué crees?

—Me huele más a gamberrada. Seguro que no hay que darle tantas vueltas al tarro... Hala, déjate de cháchara y vamos a lo nuestro.

Los dos policías recorrieron unos metros del perímetro del vallado, de unos dos metros de altura y afortunadamente sin nada punzante en el borde superior, hasta encontrar el lugar idóneo. Un punto sin vegetación al otro lado y con terreno suficiente para el aterrizaje. Juanjo cruzó los dedos de ambas manos formando un estribo con la intención de servirle a Néstor de primer escalón. El suelo era firme a ambos lados y el escollo no parecía excesivamente complicado para un tipo de 1,90, pero aquel escalador tan desgarrado nunca fue un prodigio de coordinación. En cuanto puso el pie entre las tenazas de Juanjo, ambos supieron que el numerito iba a terminar mal.

Se les ocurrió aprovechar una plataforma de hormigón de unos diez metros cuadrados que se extendía sobre el barro para ganar estabilidad; sin embargo, después de engancharse con la puntera de la bota al sortear la valla, a Néstor solo le sirvió para dejarse allí la piel de las manos y aguantar el sarcasmo de su compañero. Lo peor fue la sensación de bochorno y el golpe en las rodillas, casi tan doloridas como el orgullo.

—Estoy impresionado; es realmente complicado improvisar algo así —rio Juanjo mientras dejaba atrás la cerca sin el más mínimo esfuerzo—. Me pregunto cómo entrenas esa capacidad tan tuya para hacer el ridículo.

—Déjame en paz, so capullo —contestó Néstor sacudiéndose el polvo del uniforme azul oscuro—. Y, ahora, con don Perfecto al mando, vamos a ver por dónde nos llevas, porque yo paso.

—No te hagas el imprescindible, que me basto y me sobro, te vas a enterar...

Diez minutos después de dar vueltas sin ton ni son en medio de la oscuridad, Juanjo había recapacitado sobre sus cualidades como guía nocturno.

—Coño, no seas así. Tú también te habrías descojonado si la hostia me la doy yo, reconócelo.

—Pide disculpas —le exigió Néstor, seco.

—Mira que eres cursi... ¿Se ha enfadado el marquesito?

—O te disculpas o por mí podemos seguir vagabundeando por aquí toda la noche. Tú decides.

—Está bien, florecilla. —A Juanjo le costaba articular las siguientes sílabas—: Perdóne usted..., no ha sido mi intención molestarle..., ¿está bien así? ¿Te vale ya o necesitas un certificado? Qué tío más pesado, joder...

—Me vale... Por esta vez.

Néstor se dio la vuelta y emprendió la subida a la cima de la loma con cuidado de no tropezar con las piedras que aparecían bajo sus pies. Apenas podían intuir los restos de las viejas edificaciones, de modo que se guió por puro sentido de orientación.

—Para que te vayas haciendo una idea, todo esto pertenecía a un patricio de alta cuna —explicó Néstor—, Cayo Valerio Avitus, uno de los dos jefazos que mandaban en Tarra-
co a mediados del siglo II. Sería como el embajador de Estados Unidos en España, pero más a lo bestia. El tío más importante de la ciudad más importante de uno de los países más importantes para el Imperio.

—Ya lo pilló, joder, que no soy imbécil.

—En esta parte estaban los depósitos de agua, y desde aquí arriba, por la gravedad, se distribuía por toda la hacienda, tanto para regar los cultivos como para la zona de baños de la residencia. Ya ves, los tíos tenían un sistema de agua corriente. Vamos, si no recuerdo mal, por aquí había una gran cisterna, al lado de la casa principal...

Prácticamente a tientas fueron acercándose al área noble de la villa. Néstor reconoció en la oscuridad la silueta de la cubierta que los arqueólogos de la Generalitat habían levantado para proteger de las inclemencias meteorológicas los mosaicos, pavimentos y restos de pinturas murales en paredes y techos de la mansión. Un lujo que, casi dos mil años después, no dejaba lugar a dudas sobre la posición que ocupó Cayo Valerio en la capital del norte de la Hispania romana.

Ya bajo el austero porche, los policías se lanzaron a inspeccionar con sus linternas la estructura de las antiguas estancias, abiertas a lo que en su día fue un pasillo porticado.

—Es una pasada... Cuando Cayo Valerio llegó a Tarragona, esta finca ya tenía más de cien años, pero él y su mujer la ampliaron y la reformaron. Ya se sabe cómo son las mujeres, y esta debía de ser una dama de alcurnia... La riqueza de la decoración es todo un espectáculo; mira qué mosaicos —Néstor enfocó el concienzudo trabajo—, no sé si son los originales..., me parece que están en el Museo, en Tarragona... La casa tenía dos plantas: en esa sala de ahí había una fuente, recuerdo que la guía nos explicó que habían encontrado un depósito detrás de la pared. Alucinante, ¿no? Hasta a un ceporro como tú debe impresionarle todo esto...

—Pues qué quieres que te diga, yo no veo más que mierda y pedruscos —se burló Juanjo, picado en su orgullo.

—No sé ni para qué pregunto...

—Es que menuda chapa me llevas dando con los ricachones romanos estos... Casi que prefiero cambiar de tema... Aquí no se ve nada raro, sigamos bajando y de paso me cuentas algo de la tía Pilar, ¿cómo le va todo?

El interés de su primo pilló desprevenido a Néstor, que no contestó mientras descen-

dían con cuidado hacia la zona de los baños. Hacía varios meses que no había ido a Lekunberri para verla y le remordía la conciencia. Hablaban con frecuencia por teléfono y, como siempre desde que tenía uso de razón, incluso en la distancia la mujer intentaba sobreprotegerle ante cualquier peligro real o imaginario. El abanico de órdenes maternas era de lo más variopinto: desde que hiciese caso en todo a su tío Ramón hasta la murga clásica de que tuviese cuidado con las malas influencias, pasando por la pulcritud del uniforme. «Siempre impecable, hijo, hazme sentir orgullosa», le pedía. Las mentiras piadosas sobre su gris e insignificante vida en Altafulla sonaban más creíbles a través del móvil. Sabía que, en persona, se desmoronaría ante la cálida presencia de su ángel de la guarda; por eso iba espaciando cada vez más los viajes a Navarra. No quería darle más preocupaciones. Bastante había sufrido por su culpa.

—Mi madre sigue como siempre. Ya sabes, se hace mayor, pero es fuerte como un roble. Me manda recuerdos para vosotros cada vez que la llamo.

—Cuando la veas le das un beso. La tía es la persona más buena que conozco. Con ella cerca nunca faltaba una caricia y una sonrisa. —Sonaba raro oír a un Juanjo tan sentimentaloides—. Lástima lo de tu padre. Hubo un antes y un después con la tía Pilar; luego siempre tuvo demasiado miedo a que a ti te pasase algo. La mamá gallina clueca te quiso resguardar tanto bajo el ala que así has salido, un polluelo atontado... ¿Tienes novia?

—Y a ti qué te importa. —La imagen de la tímida bibliotecaria que tanto le llamaba la atención pasó por la mente de Néstor a la velocidad de la luz, pero la desechó y se recompuso.

—O sea, que te comes los mocos y sigues en modo pajillero.

—Mira que eres payaso...

—Si quieres, un día te puedo acompañar a La Riojana y te desfogas. Las pilinguis de allí no son nada del otro mundo, pero te prometo que no se lo diré a nadie.

—Me quedo más tranquilo. Mi secreto en manos de la vieja del visillo... Si eres el marujón de la comisaría.

—¿A que te meto? —Juanjo echó el puño hacia atrás pero su sonrisa delataba que seguía jugando. Todo quedó en una suave colleja.

Néstor le dio la espalda, enfocó la linterna hacia su izquierda y ambos pudieron ver una pared semiderruida de varios metros de altura. Habían llegado a los hornos. Nada parecía capaz de perturbar un silencio sepulcral, como si el tiempo se hubiese estancado en la inmensa y milenaria hacienda romana. En su época de esplendor, aquellas piedras habían estado rodeadas de hermosos jardines. Más alejados del área residencial, árboles frutales, hortalizas, legumbres... y una vasta extensión de viña, olivos y cereales hasta

prácticamente perder la vista en el horizonte. La opulencia de los baños remarcaba la jerarquía de Cayo Valerio, que ya había gobernado Augustobriga —luego Talavera La Vieja, hoy sumergida bajo las aguas del pantano de Valdecañas (Cáceres), por entonces enclave estratégico en la calzada que unía Emerita Augusta (Mérida) y Caesarobriga (Talavera de la Reina)— antes de que le encomendaran una gran capital imperial como Tarra-gona.

—Aquí —Néstor iluminó el muro con la linterna— calentaban el agua para las piscinas, la calefacción, las saunas de vapor... A veces creemos que hemos inventado la pólvora, pero la fiebre esta del *spa* nació hace ya unos añitos. Los romanos, sobre todo los de alta cuna, sabían cuidarse bien: tenían vestuarios, zona de aguas tibias, piscinas de agua fría y caliente...

Un terrorífico maullido cortó el silencio de la noche unos cincuenta metros pendiente abajo y les heló la sangre.

—Cabrón de gato, menudo susto me ha pegado —reconoció Juanjo.

—Y a mí, joder. Qué pulmones..., parecía que lo estaban degollando...

—Nos largamos. No se ve un pimiento, por una vez vas a tener razón... Ya volveremos mañana. Sigue con eso del *spa* mientras seguimos bajando. Tiene su gracia.

—Un complejo termal como este, en su propia casa, solo se lo podía permitir un aristócrata con muchísima pasta. Mira ahí —enfocó Néstor—, en las piscinas, todavía conservan fragmentos del revestimiento de mármol. Lujo asiático, chaval...

Y siguió relatando curiosidades sobre los cuidados corporales que se proporcionaban los antiguos romanos. Los que podían, claro, porque lo más normal era lavarse el cuerpo cada nueve días para coincidir con las jornadas de mercado, las *nundinae*, aunque esa élite adinerada llegaba a usar bañeras portátiles de viaje que instalaban junto a la cocina para calentar el agua. Se decía que, siguiendo la moda de Cleopatra VII, la esposa de Nerón —Popea, al parecer la inventora de la mascarilla facial— se hacía seguir por trescientas burras para sus baños de leche hidratante.

Néstor también había leído sobre las esponjas naturales, jabones y aceites que empleaban, por no hablar de la sofisticación de sus maquillajes, peinados, tintes para el cabello y perfumes. En la época en que Cayo Valerio y Faustina habitaron aquellos parajes, los romanos usaban más de medio centenar de esencias aromáticas, algunas importadas a precios prohibitivos, hasta el punto de que el comercio de perfumes estuvo sujeto a leyes especiales para no enriquecer demasiado a Oriente: Roma llegó a pagar más de cien millones de sestercios por esas preciadas mercancías.

—Si un *pagès* ganaba unos veinticinco denarios al día —calculó Néstor—, un perfume caro podía costar algo más de dos denarios por gramo. Se cuenta que Nerón se bañaba

en él, y que Calígula rociaba hasta su calzado... Imagínate la factura.

—Mi colonia también vale una pasta. No veas cómo se ponen las chatis cuando la huelen...

—Ya será menos, *macho man*. No creo que impresionases mucho a la señora de esta casa. Las de su clase tenían esclavas que se llenaban la boca con el perfume y lo pulverizaban sobre el cuerpo, siempre depilado, de su ama.

—No me jodas... ¡Qué morbo! Aunque menudo asco luego para quitarse el sabor de boca, puaaajjj.

—Si te digo cómo se lavaban los dientes...

—¿Cómo?

—Orina.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. La usaban como pasta de dientes. Por cierto, que la más cotizada era la hispana. Se distribuía por todo el Imperio.

—No me lo creo..., pero qué putos cerdos... Puaaajjj —Juanjo se pasó la mano por la boca; su cara era un poema.

—Ya que estamos en plan escatológico, te enseño las letrinas antes de pirarnos. Eran como unos bancos corridos de piedra, huecos en su interior y con el agua corriente pasando por debajo. Llegabas, saludabas al vecino de asiento, dejabas el regalo, y a otra cosa mariposa. Tiene su gracia, ¿no? Ven, es por aquí.

Otro poderoso maullido, más largo que el anterior y esta vez a su lado, les hizo dar un respingo. Había llegado justamente de las viejas letrinas. Juanjo y Néstor se asomaron al murete que ocultaba los antiguos retretes, situados un par de metros más abajo. Un segundo después, descompuestos, se cruzaron una mirada de espanto. No daban crédito a sus ojos ante lo tétrico de la carnicería que aparecía ante ellos.

—Pero ¿qué hostias es todo esto? —explotó Juanjo.

Al menos una docena de gatos se afanaba por devorar las tripas desparramadas del cadáver de un cerdo de unos cien kilos. En pleno festín, los machos más corpulentos mantenían a raya a los más débiles y a las hembras, que se contentaban con hurtar algún despojo en el extrarradio del puerco que yacía con la barriga abierta. Solo cuando Juanjo bajó de un salto para acercarse a aquel horripilante revoltijo de sangre y vísceras, un bodegón que parecía sacado de la época más negra de Goya, la manada de felinos salvajes se disolvió, con solo un par de largos saltos, en todas direcciones.

—Acércame un palo o algo —ordenó Juanjo—. No pienso tocar esta porquería con las manos.

En un par de minutos, Néstor sacó de nuevo la cabeza sobre la cuadrícula de las letri-

nas, de unos nueve metros cuadrados de superficie, con una larga rama de pino en la mano. Sin ocultar su repugnancia, Juanjo la cogió por un extremo y comenzó a hurgar entre la casquería.

—A tomar por culo. —Abandonó la operación—. A mí no me pagan por esto. Voy a avisar por radio. Que vengan los bomberos, el Ejército o quien les dé la gana, pero yo no me como este marrón...

En un abrir y cerrar de ojos, estimulado por la adrenalina, Juanjo se alzó sobre sus brazos y volvió a la superficie junto a Néstor.

—No tengo mucha idea, pero esto tiene pinta de ritual satánico o algo así, ¿no te parece? —sugirió Néstor.

—Si es que hay mucho *zumbao* suelto... Tú quédate aquí. Voy al coche a pedir refuerzos.

—¿Por qué yo? Tú eres el veterano, y además ese cerdo no va a ir a ningún sitio.

—No tengo las más mínimas ganas de discutir, y menos con el estómago revuelto. Calla la boca y no te muevas. —Juanjo se dio la vuelta sin dejar margen para la protesta—. Y, sobre todo, no toques nada.

Néstor intentó aguantar estoicamente en posición de guardia, pero los segundos se hacían eternos. Solo, en silencio, y con la única luz de una linterna, comenzó a impacientarse.

—Menudo compañerismo... Si ya sabía yo que esto no era para mí —musitó.

Pasados unos diez minutos, Juanjo no daba señales de vida. Aburrido y muy nervioso, Néstor se asomó de nuevo a las letrinas para guardar en la retina los detalles de aquella imagen gore de serie B. No era una persona que se dejara impresionar por la sangre —desde niño, como a muchos otros monstruitos, le gustaba diseccionar bichos y siempre le interesaron los estudios de Veterinaria—, de modo que decidió bajar a echar un último vistazo antes de que llegase la Científica.

Tomó la rama que Juanjo había tirado al suelo, y se propuso hacer una autopsia casera. Con sumo cuidado, comenzó a apartar los tejidos del vientre abierto del animal. Se tuvo que tapar la nariz con una mano por el intenso hedor. Al orientar la linterna hacia la masa sanguinolenta, la luz rebotó en algo tan blanco, semienterrado en la caja torácica del gorrino, que llamó la atención de Néstor. Maniobró con la rama para verlo mejor y, del susto, se cayó de espaldas hacia atrás. Lo que parecía un ojo humano le observaba fijamente, inerte, desde su extraña y macabra mortaja.

El secreto

24 de marzo, por la mañana

Las doce campanadas de la catedral de Tarragona quebraron el sueño —esa mañana algo más ligero de lo normal— de Néstor. Apenas había cerrado los ojos tres horas. Las imágenes de la sangría de Els Munts se negaban a abandonar su cabeza por mucho que la enterrase desesperadamente bajo la almohada. Se dio por vencido y abrió los ojos. En el tránsito del sueño a la vigilia, incluso se cuestionó si los fragmentos de aquella salvajada formaban parte de una pesadilla. No hubo suerte: no solo no le llegó la clásica sensación de alivio cuando los monstruos nocturnos se volatilizan al despertar, sino que los detalles más escabrosos le golpearon el cerebro como un mazo.

Néstor se había metido en la cama sobre las nueve de la mañana, después de un calvario de interrogatorios y papeleo. La Unidad Especial de Investigación de los Mossos d'Esquadra quería conocer cada detalle del macabro hallazgo. Qué habían visto exactamente, cómo lo habían encontrado, si habían tocado algo... Recordó con un escalofrío que su primera sensación había sido certera, pues aquel ojo ensangrentado que le observaba con tanta fijeza efectivamente había pertenecido a una persona. Más en concreto, a un varón de mediana edad decapitado. El globo ocular se había desprendido de una cabeza humana que también había aparecido en el vientre del cerdo, oculta en el amasijo de sangre y vísceras. La crueldad del cuadro no terminaba ahí: el finado tenía sus atributos dentro de la boca, al más puro estilo mafioso, lo que abonaba la tesis de un ajuste de cuentas.

A la hora en que Néstor dejó el lugar de los hechos, el equipo de los Mossos que se encargó del caso todavía desconocía la identidad del muerto. Sí sabían que el cadáver —la parte que habían encontrado— era reciente y que había sido torturado sin miramientos. A la espera de la autopsia y un examen más exhaustivo de la Científica, se decantaba por algún tipo de escarmiento, aunque el ritual ejecutado les despertaba serias dudas.

Todavía somnoliento, se levantó de la cama y caminó como un zombi hacia el baño. Vivía en un *loft* en la calle Sant Llorenç, a escasos cincuenta metros del claustro de la catedral. Ocupaba toda la planta baja del edificio, justo enfrente del precioso patio emparado del restaurante Barhaus, donde visitaba con frecuencia a sus vecinos Carles y Andrea, los dueños del negocio. En las cálidas noches de verano, una vez cerrado el local, se quedaban conversando hasta bien entrada la madrugada. Le encantaba la magia que desprendía ese rincón, donde algunas tardes también se sentaba a leer al fresco.

Veinte minutos después, recién duchado, Néstor bajaba por Sant Llorenç en dirección a la cercana Plaça del Fòrum, en pleno corazón de la Part Alta, como se llama en Tarragona al casco histórico por estar ubicado sobre una loma que domina la trama urbana. Llevaba un par de libros en la mochila para devolverlos en la biblioteca. Se sentó en la terraza de La Caseta de las Tres Bessones —las trillizas, en su traducción del catalán—. Acostumbraba a tomarse allí el café y charlar con su amigo Pere López, propietario de ese establecimiento de toda la vida, archiconocido en la ciudad. Cada mañana a las nueve, puntual como un reloj, Pere aparcaba su Harley Davidson negra para no abandonar su negocio hasta el cierre. Le gustaba hablar de motos y hacer bromas sobre la vieja Vespa de Néstor, que salía bastante malparada en la comparativa de egos sobre dos ruedas. Pere casi formaba parte del mobiliario urbano y no había chisme que se le escapase.

—Hola, Néstor, no traes buena cara, ¿estás bien? ¿Lo de siempre?

—Ha sido una noche muy larga y no he dormido bien... Sí, y bien cargado, a ver si me espabilo.

—Marchando ese cafelito...

Mientras Pere se perdía en el interior del local, Néstor respiró profundamente y trató de relajarse. El día lucía espléndido, pero ni siquiera esa luminosidad tan propia del Mediterráneo lograba menguar la sorda sensación de angustia que se había apoderado de él. Un cuadro demasiado fuerte para un novato; Juanjo le había asegurado que con el tiempo y la experiencia se endurecería, pero también él tuvo que reconocer que en su vida había visto nada parecido.

—¿Te has enterado? —Pere, con un impecable manejo de la bandeja de acero inoxidable, que parecía formar parte de su anatomía, le sacó de su ensimismamiento mientras depositaba sobre la mesa el café, escoltado por su cruasán y un zumo de naranja.

—¿De qué? —tanteó Néstor desconfiado.

—De lo de Els Munts, de qué va a ser..., hoy no se habla de otra cosa.

—Joder, Pere, ya sabes que soy policía en Altafulla... Ayer tenía turno de noche, ¿cómo narices no me iba a enterar? Fui uno de los que se encontró el pastel.

—¿En serio? —Pere se sentó junto a él—. Venga, cuenta, cuenta...

Néstor resumió sus andanzas nocturnas sin dar demasiados detalles para no comprometer la investigación.

—Parece que ya lo han identificado... —compartió Pere.

—¿Cómo? —se sorprendió Néstor.

—Al menos eso dice esta mañana el *Diari de Tarragona* en su edición digital. Mira.

Pere se sacó del bolsillo un *smartphone* de última generación y con una vertiginosa maniobra de toques en la pantalla, digna de un milenial, se lo entregó a Néstor. Efectivamente, al menos según las «fuentes cercanas a la investigación» que citaba Pereda, los Mossos habían conseguido poner nombre al decapitado, de iniciales R. L., al parecer un violador que gracias a los beneficios penitenciarios había quedado en libertad mucho antes de cumplir su condena.

—Yo me acuerdo perfectamente del caso del tal R. L. Se llamaba Ricardo Laso —comentó Pere.

—¿Tú? ¿Lo conocías?

—Gracias a Dios no, nunca me crucé con él, pero sí conozco bastante bien a la familia del novio de la chica de la que abusó. Sé de buena tinta lo que han sufrido por culpa de ese malnacido. De hecho —Pere adoptó un tono de confidencia—, tengo que reconocer que no me da ninguna pena saber cómo ha terminado. Menudo cabronazo. El muy guarro era un fetichista de esos que se guardan la ropa íntima de sus víctimas para travestirse. Tipo *Silencio de los corderos*... Se lo merecía. Justicia divina.

—¿Qué hizo exactamente?

—Era un enfermo, de esos merodeadores de parejas jóvenes que buscan lugares apartados para tener un poco de intimidad. Le habían detenido en un par de ocasiones por acosar a los tortolitos, aunque le tuvieron que dejar en libertad porque al principio se contentaba con mirar y tocarse. Pero en el año..., si no recuerdo mal en 2005, fue mucho más allá.

—Venga, joder Pere, no te hagas el interesante.

—Pau, el hijo de un buen amigo, cliente de toda la vida que tenía un obrador unas calles más allá, estaba con su novia, Silvia creo que se llamaba, de madrugada dentro del coche en un descampado de la zona de la playa Larga. Tenía poco más de dieciocho años y se acababa de sacar el carné. Su padre hablaba maravillas de él, buen estudiante, deportista..., el chaval que cualquier suegra querría para su hija... Pues bien, el hijo de puta al que han dejado sin cabeza se las arregló para meterse en el vehículo e inmovilizar a Pau. Según me contaron, amenazó a la chica con un cuchillo de esos grandes de cocina y obligó al chico a pasar los brazos por el volante y ponerse unas esposas. Con Pau fuera

de juego, y siempre bajo la amenaza del cuchillo, hizo lo que le dio la gana con la pobre Silvia en el asiento trasero. Te lo puedes imaginar.

—Hostias... —balbuceó Néstor.

—Pasaron así varias horas. El tío se quedó a gusto. Cuando se hartó, salió del coche y los dejó allí tirados. Un puto demonio... La chica, aunque conmocionada, consiguió pedir ayuda en un chalé de los alrededores. En aquel descampado su vida cambió para siempre. Recibieron todo tipo de ayuda psicológica, pero Pau no pudo superar el sentimiento de culpabilidad. Se hundió del todo; ni siquiera podía ver a su novia, no era capaz de volver a mirarla con los mismos ojos. Su padre me explicó que el pobre no soportaba la idea de no haber podido hacer nada para protegerla. Exactamente un año después, en la madrugada del mismo 28 de junio, me acuerdo porque es el cumpleaños de uno de mis sobrinos, Pau se lanzó desde un octavo piso. Sus padres no han levantado cabeza desde entonces. Lo perdieron todo, primero a su hijo y después el negocio. Sobreviven prácticamente de la caridad de sus familiares.

—¿Cómo dieron con Laso? ¿Lo reconoció la chica?

—Utilizó un pasamontañas para ocultar el rostro, pero le delató un tatuaje. Se descuidó y los chicos le vieron un gran dragón que le cubría el hombro. Con sus antecedentes, la Policía sospechó muy pronto de él, y con los detalles que aportó Silvia le detuvieron y acabó confesando. Le cayeron más de quince años, pero no llegó a cumplir ni diez. El angelito había salido del trullo por buena conducta y estaba en tercer grado. Iba a dormir a la cárcel, allí al lado de El Corte Inglés. Hacía varios días que no había regresado y le habían puesto en busca y captura.

—La prensa dice que todavía no han encontrado el cuerpo...—Néstor volvió a leer en el móvil de Pere.

—Por mí, como si se lo echan a los buitres. No creo que sirva ni siquiera como carroña.

—También pone que sospechan del entorno de la familia de Pau, que por lo visto tiene tíos que se han dedicado a la pesca en el Serrallo... ¿Los ves capaces de tomarse la justicia por su mano?

—Ya sabes cómo es la gente de mar, están hechos de otra pasta y son tipos duros, pero no sé, es todo un poco raro, ¿no? El animal muerto, la cabeza, los testículos..., huele como a esos rollos de vudú y magia negra. ¿Es verdad todo lo que se cuenta?

—Sí, tal cual —confirmó Néstor—, una orgía de sangre.

—¿Y tú qué opinas?

—No sé qué decirte. Es mi primer fiambre y nunca había visto algo parecido. Ni yo ni los *mossos* más veteranos del lugar... Ya te iré contando... Pere, te dejo, que tengo que

devolver unos libros.

Como cada vez que acudía a la biblioteca pública de la calle Gasómetro, Néstor aparcó su escúter en el espacio reservado para motos, justo delante del portón principal. Él y su Vespa tenían casi la misma edad, cerca de veinticinco años, pero apreciaba aquella carraca indestructible que consumía como un mechero, ideal para ir de aquí para allá por la ciudad y cubrir los diez kilómetros que le separaban de su trabajo en Altafulla. Otra cuestión era el impacto visual del conjunto; con sus largas piernas encogidas y abiertas por fuera del chasis, Néstor parecía un saltamontes motorizado. Tiró el casco, todavía más casposo que la Vespa, en el baúl trasero sin el más mínimo cuidado y enfiló la puerta principal. Ni se molestó en cerrar con llave; nadie en su sano juicio osaría llevarse nada de aquel desordenado nido de porquería, y menos plantarse en la cabeza una reliquia de aspecto mugriento, digna de una película de época.

Néstor entró peinándose con la mano tras la ventolera de la moto y se plantó en la fila de devoluciones. Buscó a la chica de los préstamos con la mirada y la localizó de inmediato. Allí estaba, a escasos diez metros de él, a la derecha de una funcionaria de mediana edad que se encargaba de la recogida de los libros. Solo tenía a una persona por delante y, con su estatura, se sentía demasiado expuesto, de modo que se agachó y fingió atarse el cordón de las botas. Cuando volvió a emerger de su absurdo escondite, se topó con los ojos de la joven clavados en él. Solo duró un microsegundo, pero sintió el rubor inoculado en su riego sanguíneo, desde los capilares de la cabeza hasta las uñas de los pies. Por suerte, en un gesto de timidez, la chica volvió a bajar la cabeza rápidamente para seguir con su tarea. Néstor respiró: nadie parecía haberse fijado en el rojo incandescente de su careto.

Por enésima vez, había vuelto a llevarse a casa en préstamo *Las legiones malditas*, de Santiago Posteguillo, para releer los pasajes de la derrota de Aníbal en la batalla de Zama. No se cansaba de disfrutar con la impresionante narración de la carga de los elefantes y la genialidad de Publio Cornelio Escipión para sobrevivir al envite. Se la sabía prácticamente de memoria. Llevaba también una de las historias de la Armada inglesa de Patrick O'Brian. Cuando llegó su turno, Néstor entregó los dos volúmenes a la veterana gobernanta y, disimuladamente, miró a su musa.

Blanca Carbonell Salas rozaba la treintena; pequeña y de constitución muy delgada, tenía un aire de fragilidad, como de bailarina clásica. Sus grandes ojos, de un azul grisáceo, se parapetaban detrás de unas gafas de secretaria con la típica montura XL de pasta negra. Su bonita cara, de piel aceitunada y expresión amable, no acostumbraba a sonreír porque se avergonzaba del aparato que desde hacía un par de años le intentaba corregir la dentadura. Vestía con cierta clase; un estilo nada ostentoso, casi siempre en gamas os-

curas, en el que jamás faltaba el fular. No obstante, sin duda el toque más singular se lo daba su pelo negro cortado a lo *garçon*.

—Todo perfecto, gracias. —La encargada de las devoluciones pasó los dos libros de Néstor por un lector óptico y los depositó en el carrito, listos para ser recolocados en las estanterías.

Néstor no la escuchaba mientras seguía maquinando cómo abordar de manera más o menos honrosa a la joven del mostrador contiguo. Tal y como esperaba, las palabras no le salían, así que estaba descartada cualquier observación ingeniosa.

—¿Necesita algo más?

Néstor, plantado allí delante como un pasmarote, volvió a la realidad de una cola con varios usuarios esperando impacientes.

—Nada más, lo siento, perdone, estaba... —balbuceó y volvió a mirar avergonzado a Blanca, que le observaba divertida. Con un giro brusco, decidió que la mejor opción era la huida antes del naufragio total. Se escabulló por el pasillo de la derecha hasta la sección de cómics, que conocía bien como preámbulo de su sala favorita, la de narrativa.

—Cómo se puede ser tan lerdo, joder... Quedarme ahí delante, paralizado, va a pensar que soy idiota... —se recriminó Néstor con una voz apenas audible mientras se hacía el interesado por la colección de Horacio Altuna.

Blanca, de nuevo a sus cosas, seguía sonriendo después de la espantada de Néstor. Le hacía gracia aquel chico alto y desgarbado de mirada profunda que devoraba novelas históricas. Hacía tiempo que se había fijado en él, aunque nunca habían cruzado una palabra. En algún momento le había parecido sorprenderle mientras la observaba con disimulo, pero no pondría la mano en el fuego; así sucedía con casi todo en su particular mundo de inseguridades. Se había sentido tentada de forzar alguna conversación intrascendente para escuchar su voz, pero, como en otras tantas facetas de su existencia, la falta de autoestima había acabado por imponer su ley.

Néstor había logrado alcanzar refugio entre las estanterías de su zona predilecta. Allí se sentía como pez en el agua entre cientos de autores *amigos* y relatos de índole histórica. Como parte de un ritual mil veces repetido, Néstor se plantó frente a su querida agencia de viajes en el tiempo. Con respeto reverencial, como quien entra en un mausoleo, fue saludando y mostrando sus respetos a viejos conocidos como Bernard Cornwell, Simon Scarrow, Colleen McCullough y Wallace Breen.

A la espera de que le bajaran las pulsaciones, se detuvo a hojear una edición barata de *Talos de Esparta*, una de sus obras preferidas de Valerio Massimo Manfredi. Mientras repasaba fugazmente los buenos ratos que había pasado con ese libro, se le ocurrió un plan que no podía fallar: le dejaría una notita con su teléfono entre las páginas del

próximo libro. Sabía, porque lo había observado cientos de veces, que Blanca revisaba cada volumen antes del préstamo para comprobar si tenía alguna tara. Ella vería la nota durante ese chequeo y, aunque era jugársela el todo por el todo, al menos así sabría a qué atenerse.

Cuando se situó de nuevo en la cola, con Blanca al fondo detrás del mostrador, el corazón se le salía por la boca. Su tarjeta de presentación carecía del más mínimo glamur, pero era lo único que tenía a mano. En un trocito de papel arrancado de una libreta de espiral había garabateado su número de móvil y una propuesta digna de un depredador infalible como él: «¿Te apetecería tomar un café conmigo?». Bastante mediocre, tenía que reconocerlo. Tampoco se le ocurría nada más imaginativo, de modo que optó por lo sobrio. Se consoló pensando que los clásicos nunca fallan.

Al llegar su turno, a Néstor le invadió el pánico. Como era previsible, lo que su cabeza había construido como una aventura audaz, ahora lo veía como un salto al vacío con todos los números para romperse la crisma. Pensó en dar marcha atrás, pero las caras de malas pulgas —los lectores compulsivos no soportan la espera— que vio a sus espaldas impidieron cualquier tentación de retirada.

—Me llevo este... —Mirando al suelo, entregó a Blanca una lujosa edición del *Trafalgar* de Benito Pérez Galdós.

—A mí me gustó —respondió Blanca con simpatía y buenos reflejos.

—¿Lo has leído? —sonrió Néstor, que no podía ocultar la íntima satisfacción de que a ella le interesasen los *Episodios nacionales*—. A mí me fascina. Creo que es la quinta vez que lo leo.

—¿Por qué tanta obsesión? —Blanca sonrió intrigada.

—Soy un coleccionista de batallas.

—Eso no lo había oído nunca... ¿Te gustan las victorias militares?

—Aunque parezca raro, me interesan más las derrotas. Cómo se levantan los caídos y cómo corrigen sus errores hasta llegar a vencer...

A estas alturas, contra pronóstico, la conversación iba fluyendo sin silencios incómodos. Los nervios se habían evaporado, hasta el punto de que Néstor casi había olvidado su maniobra de acercamiento. Mientras charlaba con él, Blanca comenzó a pasar rápidamente las hojas —como los crupieres expertos con la baraja— para comprobar que el libro estaba en buenas condiciones. Y sucedió lo planeado: la notita manuscrita cayó sobre el mostrador. Blanca la leyó con sorpresa.

—Vaya, qué pena, alguna se ha quedado sin cita —musitó ante la cara de póker de Néstor—. No será tuya, ¿verdad? —Blanca le enseñó el papel.

—Qué dices... Desde luego, los hay tan poco originales... —disimuló Néstor lo mejor

que pudo mientras la sangre volvía a hacer de las suyas y cambiaba de color—. Vaya, se me hace tarde, muchas gracias por ayudarme... Nos vemos pronto.

La brusquedad de la despedida pilló desprevenida a Blanca. ¿En qué había metido la pata esta vez? La decepción ensombreció su rostro, aunque se esforzó por expulsar sus demonios personales. Estaba bien entrenada para encajar los golpes. Sabía que ese regusto amargo que le había dejado la estampida de aquel bicho raro se desvanecería en unos minutos. Un pequeño fracaso que en ningún caso se podía comparar con las profundidades de los otros naufragios de su vida. Quizá la próxima vez que lo viese los astros se alinearían con más precisión.

—Siguiente, por favor...

Néstor dejó la Vespa en el paseo de Sant Antoni, justo frente a la espectacular Casa Ripoll, una belleza modernista que acostumbra a pasar desapercibida —pese a su curiosa torre rematada por una especie de capucha de intenso color azul, como salida de un cuento de los Pitufos—, junto a las murallas romanas de la ciudad antigua. Decidió bajar hasta el paso del Museo Arqueológico, cruzó la coqueta plaza del Rei y atravesó La Nau para subir en dirección a la catedral por la calle Major, la arteria principal de la Part Alta, como siempre atestada de turistas.

Buscaba airearse un poco después del sofocón de la biblioteca. El miedo le había vencido una vez más. Él, capaz de apreciar como nadie el valor que requieren las acciones de guerra, se había comportado como un calzonazos. Qué podía pensar ella de un tipo con menos sangre en las venas que una ameba. Se despreciaba tanto a sí mismo que ya no le cabía más rabia entre pecho y espalda. A unos cien metros de la gran escalinata de acceso al Pla de la Seu, que enmarca la portada gótica de la catedral de Santa Tecla, reconoció el corpachón de su amigo Faustino Ventura, guía turístico por vocación y limpiador de profesión, rodeado de un grupo de jubilados con pinta de excursión del Imser-so a los que tenía hipnotizados con su erudición.

Licenciado en Historia en la reserva —es decir, en paro—, Faustino lo sabía casi todo de la Tarragona antigua. Rondaba los treinta y cinco. Las rutas guiadas le ayudaban a completar su exiguo salario en el Museo, cuyas salas abrillantaba cada día de buena mañana. Allí se sentía a gusto, en contacto con algunos de los vestigios más valiosos del mundo romano, y además podía pagar las facturas, incluida la del supermercado, que en su caso subía un pico debido a una fama bien merecida de tragaldabas. Más bien bruto en las formas, bromista —se daba un aire a Florentino Fernández, Flo, y ensayaba sus imitaciones y sus chistes—, alegre y vividor, había firmado una extraña alianza con la gris introversión de Néstor. Eran tan distintos y a la vez tan parecidos... Quizá por eso los dos bichos raros se habían convertido en uña y carne.

En su faceta como guía, Faustino aderezaba las explicaciones con grandes dosis de teatralidad, sin disimular un punto afeminado. Hacía años que había salido del armario y no ocultaba su condición sexual, incluso disfrutaba provocando a mentes inquisidoras y gentes de fácil escandalizar. Néstor y él se habían conocido por pura casualidad en las cercanías de la plaza del Rei, al lado del Museo: Néstor, recién emancipado, le preguntó por Sant Llorenç y Faustino se brindó a acompañarle. No solo le llevó hasta allí sino que se ofreció como cicerone durante los días posteriores a la mudanza. La cercanía de sus domicilios y el interés común por la historia hizo el resto. Faustino no ocultaba la debilidad que sentía por su amigo, una especie de amor platónico sobre el que bromeaban a menudo.

—Estamos pisando el sanctasanctórum de la ciudad, una inmensa plaza sagrada de dos hectáreas de superficie en el Fórum Provincial de Tarraco... Donde ven la catedral, según han confirmado las últimas investigaciones, se levantaba el mítico templo de Augusto, una joya de la arquitectura romana buscada durante trescientos años y cuyos cimientos aparecieron en el verano de 2010. Los expertos creen que pudo medir unos cuarenta y siete metros de largo por veintisiete de ancho... La solidez de la cimentación serviría hoy para sustentar un edificio de treinta y siete metros de altura, háganse una idea de la majestuosidad...

—Pues, chica, qué quieres que te diga... —le comentó en voz baja una señora entrada en carnes a su amiga, tan profusamente maquillada como ella.

—Señora, le rogaría que no presuma de su ignorancia, se lo imploro, por favor... Los templos de este tamaño se pueden contar con los dedos de una mano; estamos hablando de uno de los más grandes de todo el Imperio, solo comparable al de Marte Vengador en Roma, cincuenta por treinta y seis metros, o al de Itálica (Santiponce, Sevilla) dedicado a Trajano, cuarenta y nueve por veintinueve. Una maravilla admirada en todo el mundo antiguo con su fachada de ocho columnas y rodeada de una plaza porticada que imitaba la disposición arquitectónica del Fórum de Augusto, en Roma... Les pido que me disculpen un momento... Vayan pasando hacia la puerta de la catedral, que ahora mismo me reúno con ustedes.

Desde su atalaya en la cima de las escaleras, por el rabillo del ojo, Faustino había visto llegar a su amigo. Lo saludó efusivamente con la mano y le propinó un abrazo de oso en cuanto lo tuvo al lado. Néstor se zafó como pudo antes de sonreír.

—¿Siempre tienes que ser tan pegajoso? Coño, que estás sudando, Faus.

—No seas tan arisco, tontorrón —bromeó con un guiño—. Lo que tú necesitas es calor humano, y ya sabes que yo soy como una central térmica, qué le voy a hacer... ¿De dónde vienes?

—De hacer el panoli en la biblioteca, creo que por fin estoy en condiciones de escribir un manual sobre el arte de la seducción... —Néstor se autoflageló al relatar a su amigo en un par de pinceladas la escena de la tarjetita—. Me voy a casa a deglutir la bilis y a leer un rato.

—Eso te pasa por hablar con desconocidas, con lo bien que podríamos estar tú y yo juntitos... Ja ja, tranquilo, no me mires con esa cara de asesino, que ya sé que no tengo nada que rascar. Anda, sí, vete a descansar, que das pena, estás hecho un asco.

—Se me ha juntado todo. Ayer tuve una noche de perros en el trabajo y he dormido fatal. Imagino que te has enterado de lo de Els Munts. El asunto me pilló de lleno.

—¿Els Munts? He ido muy temprano al Museo y no sé nada del mundo exterior.

Néstor, movido por la confianza y las ganas de desahogarse, le contó con pelos y señales su aventura nocturna. Concentrado en su relato, no percibió cómo Faustino iba perdiendo el color.

—¿A qué hora dices que pasó?

—Calculo que encontramos el pastel sobre la una de la mañana. ¿Por qué? ¿Pasa algo?

—Nada, simple curiosidad..., qué casualidad. —La respuesta robotizada de Faustino no llegó a disimular que estaba rumiando algo.

—¿Casualidad?

—Nada, bobadas mías, unos conocidos míos que me parece que ayer por la noche estaban por esa zona.

—¿En la villa romana?

—No lo sé seguro, oí algo, pero no me hagas mucho caso. Les preguntaré por si acaso vieron algo y te pueden ayudar. Seguro que es una tontería... Bueno, te dejo ahora, que me esperan. —Faustino, más serio de lo habitual en él y con una mueca de circunstancias señaló hacia la catedral—. Cuídate, luego te llamo y nos tomamos algo...

Néstor le siguió con la mirada, un tanto sorprendido por su reacción. No le concedió mayor importancia: la historia era lo suficientemente escabrosa como para alterar el humor de cualquiera, y más el de alguien con la piel tan fina como Faustino. Más temprano que tarde, seguro que lo vomitaría todo. Siempre lo hacía, pensó justo antes de que los fantasmas de la biblioteca regresaran para obligarle a buscar refugio en su mundo paralelo de ejércitos caídos en desgracia y antihéroes especializados en mantener la dignidad pese a morder el polvo una y otra vez. Toda una escuela de la que, sin saber muy bien el motivo de tanto gafe, bebía desde la adolescencia.

Calma antes de la tempestad

Desde los últimos años de las guerras púnicas, cada inicio de abril se celebraba en el mundo romano con fiestas dedicadas a Venus Verticordia —‘la que abre el corazón’—, para apaciguar el desagrado de los dioses por los delitos sexuales cometidos entre ciudadanos de toda clase y condición.

4 de abril

El Aroa flotaba mansamente en una mar tan calmada como el estanque de un jardín japonés. Manel había bautizado así su embarcación en honor a una de las sirenas cuyo embrujo había perdurado en él desde sus tiempos de juventud en el País Vasco. Se habían levantado antes de la salida del sol y sobre las siete de la mañana ya estaban matando el tiempo a unas cuatro millas de la costa de Tarragona, con las esperanzas sujetas a los modernos portacañas orientables del barco. Todo lo que el capitán tenía de anárquico en tierra firme se transformaba en pulcritud y método cartesiano sobre la tablazón de su menorquina, una de esas embarcaciones de vela latina tradicionales del Mediterráneo.

Amanecía. Habían zarpado desde el coqueto puerto deportivo de Torredembarra, a unos quince kilómetros al norte de Tarragona ciudad, y habían puesto rumbo mar adentro con la referencia del espectacular castillo de Tamarit —que apenas distinguían en la lejanía por la falta de luz—, encaramado en el acantilado desde hacía diez siglos. La fortaleza fue construida por Ramón Berenguer, primer conde de Barcelona y cedido a la Casa de Claramunt, primeros vizcondes de Tarragona, para frenar las incursiones de los piratas otomanos y berberiscos. El tiempo y, sobre todo, los caprichos estéticos del magnate estadounidense Charles Deering —que lo restauró en el siglo XX— habían alterado su aspecto original, pero su imponente perfil sobre las rocas seguía componiendo uno de los paisajes más bellos del litoral europeo.

—¿Café? —preguntó Manel mientras asomaba la cabeza por la escotilla con un termo humeante en la mano—. Estás más dormido que un lirón... Solo te faltan unos palillos en los párpados.

—De momento no, gracias —respondió Néstor—. La última vez eché hasta la primera papilla, no quiero que me tengas que sujetar la cabeza otra vez para potar por la borda.

—Bobadas, esto está hoy como una balsa de aceite. Es bastante raro; has tenido una suerte del carajo, grumetillo.

Navegaban al ralentí para dejar tras de sí la estela de líneas de aparejo, una cuidada escenografía de hilos invisibles típica de la pesca al curri —abreviatura marinera de «curricán»— de toda la vida. Manel fijó la vista en el sedal de una de las cuatro cañas y lo tocó con el índice para comprobar la tensión. «Perfecta, ni muy tenso ni muy flojo», estimó con ojo clínico tras dar media vuelta al carrete. A continuación lanzó la vista al sur, donde comenzaba a dibujarse el Cap Salou, e instintivamente giró el cuello y buscó frente a él la silueta cilíndrica de la torre de la Mora. El baluarte defensivo, de cuatro metros y medio de diámetro y doce de altura, sobresalía en mitad del Bosque de la Marquesa, justo en la frontera del término municipal de Tarragona. Servía de orientación a los navegantes desde el siglo XVI, cuando fue construida para dar aviso de las nada amigables visitas de los moros. Por aquella época, los corsarios establecidos en Argel sembraban el terror en las costas españolas, donde capturaron a decenas de miles de personas que vendían como esclavos. Los más afortunados, miembros de familias pudientes, eran liberados a cambio de exorbitantes sumas de dinero. A Manel le encantaba escuchar esas historias en boca de Néstor y no desaprovechó la ocasión para picarle un poco.

—¿Para qué me dijiste que servía esa mansión ahí delante?

—Coño, Manel, no seas burro, que no es un chalé de verano, es un castillo medieval...

—Bueno, pues eso... ¿Y qué hace ahí?

—Ya te lo he contado, aunque no me hagas ni puñetero caso. Tamarit es una de las cerca de cuarenta fortificaciones levantadas en la cuenca del río Gaià para defender la costa. El castillo original no tenía nada que ver con todo eso que ves ahora, que se conoce más por la boda de Iniesta, el futbolista del Barça, que por otra cosa, pero tiene mucha historia detrás... Aquí mismo, en estas aguas, seguro que cientos de piratas vieron la luz del sol por última vez...

—*Cony*, a lo mejor por eso les gusta a los atunes acercarse a desayunar —bromeó Manel.

—Si vas a estar todo el rato haciéndote el gracioso, corto el rollo y en paz.

—¿Siempre te levantas así de simpático? —Manel le guiñó un ojo sin inmutarse.

—Vale... —suspiró Néstor—. En el siglo XIV, el arzobispado de Tarragona logra hacerse con la propiedad y la mantiene hasta que se vende a los americanos. Aunque el arzobispo la tuvo que compartir, porque cerca del año 1700, Carlos II otorgó a Francesc de

Montserrat el título de marqués de Tamarit en reconocimiento por su papel en el sitio de Tarragona.

—¿El mismo Montserrat que mi *vecino*, el del castillo de Altafulla?

—Justo el mismo. Los herederos son los Suelves. La hija pequeña es la modelo esa que fue bastante conocida en la tele, Blanca Suelves. Ahora está casada con otro noble, un duque, me parece... Oye, ¿me estás escuchando?

Manel había dejado de prestarle atención y mantenía la mirada fija en el puntero de la caña y la oscilación del sedal. De pronto, una tremenda picada curvó la fibra de carbono y puso a prueba la resistencia del aparejo. Un nuevo tirón de potencia considerable hizo temblar hasta el portacañas.

—Prepárate, chico, creo que nos vamos a divertir... Toma, todo tuyo. —Manel puso la caña en manos de Néstor.

—¿Qué haces? Si yo no tengo ni idea, seguro que lo vamos a perder.

—Deja de quejarte y suelta hilo... Alguna vez tiene que ser la primera. Primero sueltas y luego vas recuperando. Así..., bien..., deja que nos arrastre hasta que se vaya agotando. No hace falta ser ingeniero para esto.

—Bueno, el que avisa no es traidor. Luego no me pegues la bronca.

—Tú agárrate con toda tu alma y calla, que se te va la fuerza por la boca.

Más de un cuarto de hora después, la espigada figura de Néstor continuaba contorsionándose en un ritual nada elegante de tira y afloja con su presa, que poco a poco parecía ir perdiendo fuelle.

—Vamos, un último esfuerzo —le animó Manel—, que ya casi lo tienes. Dale con un poco más de brío a la manivela para que se termine de rendir. Mira, ya comienza a asomar. Es un bonito, y no tendrá menos de diez kilos... Un buen bicho, sí, señor. Bravo, chaval.

—Mi primer monstruo de las profundidades... No me lo puedo creer. —Néstor, el eterno patoso, se notaba raro bajo el influjo de una íntima sensación de orgullo.

—¿Ves como no era tan difícil? —Manel le arreó un palmetazo en el hombro—. Deja que te ayude a subirlo... No está nada mal, pero que nada mal. ¡Enhorabuena!

De regreso al puerto de Torredembarra, Néstor no podía borrar su sonrisa bobaliconna. No sentaba nada mal una pírrica victoria personal de vez en cuando, aunque fuese sobre un pobre pez sin ninguna culpa de sus cuitas. Manel, al timón, tampoco disimulaba una suerte de satisfacción paternal por el éxito de su aprendiz.

—Deberías creer un poco más en ti mismo.

El Aroa había puesto proa hacia el noroeste y ya dejaba atrás por la amura de babor la pineda mediterránea del Bosque de la Marquesa, una de las pocas que se conservan

en todo el litoral y cuyos árboles se recuestan caprichosamente en las calas hasta casi ser lamidos por las olas. Aseguran los lugareños que esas hectáreas de bosque virgen se salvaron de la especulación urbanística gracias a Caridad Barraqué, marquesa de Bárcena, que rechazó sumas astronómicas de constructores encaprichados en arruinar semejante paraje. Se dice que cuando le preguntaron por qué no escuchaba ninguna oferta, la marquesa contestó con extrema sencillez: «Con todo ese dinero, creo que intentaría comprar una finca como esta, y mira tú por dónde, resulta que ya la tengo». Sus descendientes se han mantenido fieles al deseo de preservar un ecosistema singular, como el que ya quedan pocos en el Mediterráneo.

—Y tú, que eres tan listo —pinchó Manel señalando con el índice la cala de Roca Plana—, ¿sabes qué es eso?

Néstor miró al acantilado y se encogió de hombros.

—Ni idea, ¿qué tiene de especial?

—He visto gente rara por aquí en los últimos meses. Un día me harté y me acerqué a preguntar: eran unos tipos muy sabelotodo, como tú..., arqueólogos, creo que me dijeron...

Néstor abrió los ojos como platos.

—¿Cómo que arqueólogos?

—Creen —siguió Manel señalando la orilla— que esa pequeña explanada era un embarcadero para llevar la piedra desde la cantera del Mèdol, que está ahí mismo, a novecientos metros en línea recta, hasta las grandes obras de Tarragona. Eran listos estos romanos... En vez de sufrir como burros por la carretera, transportaban la carga por mar.

—Por algo conquistaron el mundo. ¿Me estás diciendo que has hablado con los investigadores del Instituto Catalán de Arqueología Clásica?

—Creo que dijeron algo así, unos chicos muy majos, incluso los ayudé con la barca. Siempre me había llamado la atención una especie de canal que entra hasta la orilla, así que se lo enseñé.

Manel puso rumbo a Roca Plana y paró el motor. El Aroa se mecía levemente a merced de las olas.

—¿Ves? —Manel introdujo el brazo en el agua y lo orientó hacia lo que parecía una línea de rocas que discurría a unos dos o tres metros de profundidad—. Lo que te decía, se aprecia perfectamente. Demasiado recto incluso para un capricho de la naturaleza. Unos cincuenta metros de largo y cinco de ancho. Dicen que, aunque ahora hay mucha más arena, por aquí entraban los barcos, que llevaban a la ciudad cargas de hasta treinta toneladas.

—A ver si lo entiendo bien, me estás diciendo que has ayudado en el descubrimiento

de un muelle de dos mil años de antigüedad y te quedas ahí tan campante. Coño, Manel, eres de lo que no hay.

—Creo que salió algo en el periódico, pero no le he dado más importancia. Espero que no se pongan tontos ahora y nos prohíban pescar por aquí cerca. Con lo tranquilos que estábamos...

Manel volvió a arrancar motores y giró todo el timón a estribor.

—Basta de piedras por hoy, nos largamos, que mi estómago empieza a protestar.

En solo unos minutos de navegación, el Aroa ya surcaba los bajíos del acantilado sobre el que se asienta el faro de Torredembarra, el de torre más alta de toda Cataluña y el último que comenzó a operar en España en el siglo XX, en concreto el 1 de enero de 2000. Manel se mostraba exultante por la captura y más locuaz que de costumbre, para desgracia de Néstor, poco amigo de tanta efusividad, que intentaba frenar sin éxito el chaparrón.

—Ya no sé cómo decírtelo, si en latín o en arameo. Tienes que creer más en ti mismo, chaval. Te exiges demasiado, y no eres tan zoquete como pareces a primera vista.

—Gracias, hombre, menudo piropo viniendo de un neandertal como tú. —Néstor le dedicó una sonrisa forzada.

—Los jóvenes de ahora creéis que lo sabéis todo y lo criticáis todo, pero en el fondo estáis más perdidos que nunca. Habéis tenido la vida tan fácil que no maduráis, sois como una especie de eternos adolescentes.

—Por favor, Manel, no necesito más sermones, bastante tengo con mi tío y mis primos.

—Lo único que digo es que lo tenéis todo y sois una generación de mansos. Yo a tu edad era un ignorante, pero salí a comerme el mundo. Tú eres más listo, más culto, estás en la flor de la vida, y mírate..., das bastante pena.

—Y dale con los piropos... Tienes que verte tú cuando te emborrachas como una cuba por las noches —golpeó Néstor donde creía que podía doler más.

—No te cabrees, pero tienes que espabilar. La vida no solo está en los libros y en la inopia en que te mueves. No puedes vivir de las hazañas de otros. Más pequeñas o más grandes, tienes que fabricar las tuyas propias.

—Como si fuera tan fácil. Mírate y mírame a mí. Tú impones respeto y yo doy risa, o pena, como tú dices. Dios no me ha regalado ni tu fuerza ni tu aspecto de oso cavernario, y bastante tengo con sobrevivir en un mundo de cabronazos.

—Tú tienes mollera. Materia gris, que es lo máspreciado. Y la desperdicias. Lástima que tu deporte favorito sea regodearte en tus desgracias. Saca un poco de mala hostia, joder. ¿Qué tienes ahí dentro? —Le agarró el brazo con fuerza—. ¿Sangre u horchata?

Mientras Manel y Néstor concluían a gritos su improvisada tertulia seudofilosófica, la menorquina enfilaba ya la ancha bocana del puerto deportivo.

—Port Esportiu de Torredembarra, aquí Aroa... Port Esportiu de Torredembarra, le habla el Aroa... Aroa para Port Esportiu. —Manel cumplió a rajatabla con el ritual de la triple llamada, se cercioró de que hablaba por el canal ocho, reservado para la comunicación interna, y esperó con la emisora portátil en la mano.

—Aquí Port Esportiu de Torredembarra. Hola, Manel, bienvenido de vuelta a casa. ¿Necesitas ayuda? ¿Te mando un marinero?

—No hace falta, gracias. Hoy llevo compañía... Me basta con el novato... Te veo luego. Cambio y corto.

Nada más entrar en las aguas remansadas del puerto, Manel saludó a babor a la tripulación de la patrullera Río Francolí, perteneciente a la Guardia Civil del Mar. Aunque ese día estaban de paso, los guardiaciviles habían tenido su base operativa en Torredembarra hasta que los trasladaron al muelle de Cantabria del gigantesco puerto industrial de Tarragona. Durante diecisiete años de servicio de aquel puesto, Manel había podido congeniar prácticamente con todas las dotaciones que habían ido pasando por allí. Por lo general, salvo algún oficial estirado recién salido de la academia, hacían la vista gorda con los trapicheos pesqueros del viejo lobo de mar.

—¿Cómo ha ido eso, Manuel? —preguntó un guardiacivil pequeño y moreno como un tizón. El sargento Galván, un tipo duro y fibroso curtido a base de horas de sol y de sal, era una leyenda dentro del Cuerpo.

—Todo muy paradito, Sergi, pero aquí el niñoato ha perdido la virginidad y ha sacado un pescadito —rio Manel con una carcajada atronadora mostrándole el bonito—. ¿Y vosotros? ¿Os vais de caza?

El sargento Sergio Galván, enemigo público número uno de un buen número de narcos que le tenían en sus oraciones desde la capilla de la cárcel, había recibido varias condecoraciones por su pericia en las operaciones contra el tráfico de drogas que la Guardia Civil montaba frecuentemente en el área de las playas y caletas de las Terres de l'Ebre, al sur de Tarragona, en el límite de la provincia con Castellón. La zona del delta del Ebro, aunque menos famosa que el estrecho de Gibraltar, también era muy frecuentada por planeadoras de setecientos caballos en busca de un lugar tranquilo para desembarcar los cientos de kilos de cocaína que entran cada año en España con rumbo a los mercados del centro y el norte de Europa. Galván debía algunos favores a Manel, su «asesor» en materia de pesqueros sospechosos.

—Sí. Hemos visto algo raro y vamos a echar un ojo por si las moscas. Hay un velero en el área de L'Ampolla con la línea de flotación demasiado baja. Lo de siempre... Pien-

san que nos chupamos el dedo.

—¿Habéis usado vuestro Gran Hermano? —Manel había acompañado en una ocasión a Galván hasta la sala de control de la Comandancia de Tarragona y se había quedado fascinado por el alcance de las tres cámaras del sistema de vigilancia de la UE instalado en los puntos más altos de la cadena montañosa prelitoral. Aquellas lentes podían ver la matrícula de un barco desde decenas de kilómetros de distancia.

—Todavía no. Nos han avisado unos amigos que tenemos por allí abajo. Te dejo ahora, Manuel, que tengo faena. Nos vemos. —Galván comenzó a dar órdenes a un joven guardia que parecía tan pardillo como Néstor.

—Hasta luego, Sergi, luego pásate por donde Jesús, que te dejaré allí un buen trozo de bonito por cortesía del héroe del día.

—Gracias, Manuel, nos vemos. Tómate algo a nuestra salud y deséanos suerte, que nunca se sabe lo que nos podemos encontrar.

—Eso está hecho —se despidió Manel.

Néstor se contentó con levantar un brazo a modo de gesto amistoso.

El tal Jesús, dueño de una pulpería a pie de puerto, los estaba esperando en el pantalán con los cabos listos para amarrar la proa del Aroa. Había nacido en Allariz, y como tantos otros había emigrado huyendo de la miseria. Las coces de la vida, casi siempre ligadas a su afición por tomar un vaso de más, le habían empujado hasta Torredembarra. Se había ganado la fama de que, al menos cuando estaba sobrio, cosa harto infrecuente, cocía el mejor pulpo *a feira* que se podía comer en toda la costa catalana.

—Bienvenido, patrón... Todo tuyo. —Jesús le lanzó dos cabos que Manel fijó a las cornamusas con tanta facilidad como si se atase los cordones de los zapatos—. ¿Qué me habéis traído hoy?

—Mira. —Néstor cogió el bonito por las agallas y lo levantó como un trofeo de campeón del mundo de boxeo.

Jesús silbó de admiración al ver el ejemplar.

—La suerte del novato —bromeó Manel—. Vete encendiendo los fogones, que hoy nos vamos a pegar un homenaje.

—Esto hay que mojarlo como se merece —propuso Jesús.

—¿No tendrías que estar en la cocina? —preguntó Manel mientras terminaba de fijar las amarras de popa—. A tu mujer no le va a hacer ni puñetera gracia.

—Que le den. Hoy no hay servicio...Venga, no os quedéis ahí, pasadme el bicho y vamos a cascarnos unos ribeiros.

—Échale una mano al niño para desembarcar, que este seguro que termina en el agua. —Néstor lo fulminó con la mirada—. Vamos, abajo, no te me amotines..., las da-

mas y los pipiolos primero.

La terraza de la pulpería Outeiro, con su *pota* de latón a modo de cocedero, quedaba a unos cincuenta metros del Aroa. Néstor y Manel se derrumbaron en las sillas de madera mientras Jesús se llevaba la primera captura de Néstor a las cocinas para arrancarle las tripas. El madrugón les estaba pasando factura ahora que pisaban tierra firme.

Al cuerpo de Néstor se le hacía rara la sensación de retorno a la sólida gravedad del suelo después de varias horas sometido al compás fluido del mar. Cerró los ojos para disfrutar de la caricia cálida del sol, que todavía no había subido demasiado y se aguantaba bien. Blancucho, como buen ratón de biblioteca, era muy raro que se expusiese a la tesitura —ya experimentada en algún descuido— de dejarse la napia como un pimientó morrón.

Manel, en silencio, permanecía con la vista fija en el Papaya, un velero de dos palos propiedad de un abogado fallecido hacía unos meses, al que ni todo su dinero ni sus contactos —se había especializado en el sector sanitario— le habían podido eximir de la oscura visita de la señora de la guadaña. Jesús, que acababa de aterrizar con una botella de ribeiro y tres cuencos de cerámica blanca, se percató de la tristeza nostálgica de su amigo.

—Un buen tipo, el Siscu —apuntó Jesús—. Casi siempre los mejores son los que se van antes... Con la de cabrones y trepas que tienen la flor en el culo...

—¿Sabes si este año se hace la singladura? —preguntó Manel.

El abogado conocido como Siscu, el del Papaya era uno de los patrones de una fundación dedicada a la inserción social y laboral de personas con discapacidad síquica. A él se le ocurrió el invento de un bautismo de mar en forma de travesía en su velero que cada año entusiasmaba a sus aprendices de argonauta. En el mar —como en la alta montaña y en el desierto—, el alma de las personas acostumbra a quedar desnuda, de modo que los discapacitados se sienten cómodos en ese entorno sin disfraz ni maquillajes.

—Ni idea, pero no creo que nadie coja el testigo —auguró Jesús mientras servía el vino.

—Yo tampoco. Hay pijos y pijos, y este engañaba a primera vista. Había que esforzarse un poco, porque el cocodrilo del polo no te dejaba ver un corazón enorme —sentenció Manel.

—Es fácil hacer beneficencia cuando se está forrado —terció Néstor.

—No te columpies, chaval —contestó Manel—. Normalmente la pasta sirve para construir burbujas y alejarte de la fealdad de este mundo. El Siscu tenía dinero desde la cuna, no era uno de esos nuevos ricos que usan la billetera para borrar su historial de miserias.

—Ea, por Siscu, el del Papaya, y su bendita tripulación de grumetes —soltó Jesús alzando su cuenco.

—Por Siscu y sus chicos —repitieron sus compañeros de mesa.

Incapaz de negarse ante la insistencia del anfitrión, Néstor estaba dando cuenta de su tercer ribeiro cuando notó la vibración de su móvil en el bolsillo de los vaqueros. Al levantarse y alejarse unos pasos se percató de lo poco acostumbrado que estaba su hígado al alcohol. Volvía a sentir en las piernas y en el estómago algo similar al líquido vai-vén del Aroa.

—Hombre, Fausto, qué pasa, ¿cómo lo llevas?

Un par de segundos de silencio, y una respiración agitada de fondo inquietaron a Néstor. Incluso con su nula capacidad detectivesca, se dio cuenta de que algo no iba bien.

—¿Faus?... ¿Estás ahí?

—Hola, Néstor. Me parece que me he metido en un buen lío; estoy con la mierda hasta el cuello y necesito ayuda.

Su tono nervioso, extraño en un adicto al *carpe diem*, denotaba a las claras una grave zozobra.

—Tranqui, que no será para tanto... Cuenta, ¿qué ha pasado?

—Ha aparecido un cadáver en las bóvedas de la cabecera del circo.

—¿Qué dices? ¿Lo has encontrado tú?

—Yo estaba limpiando en la zona de arriba del pretorio. Le ha tocado a una compañera, me ha llamado y hemos acabado vomitando los dos. La pobre ha notado un olor apestoso, y ahora apenas puede hablar del susto. Es una zona tan oscura que no saben cuánto tiempo puede llevar ahí, quizá más de una noche. Está aquí la Policía Científica.

—Bueno, quizá se sintió mal, se recostó..., no sé, un infarto, un ictus.

—Que no, Néstor. Que no ha sido un accidente. Lo han castrado y lo han decapitado. Y antes lo habían crucificado.

—¿Qué?

—Joder, Néstor, que lo han clavado en el suelo a unos maderos en cruz..., le falta la cabeza..., sus partes... Y encima no las encuentran. Nos tienen a todos buscando; ya nos han dicho que de aquí no se mueve nadie hasta que aparezca el muerto enterito. Yo estoy como un flan y me da pánico todo esto.

—Entiendo... Dime solo una cosa: ¿te has fijado si tenía algún tatuaje?

—Ni idea, casi no he podido ni mirar.

—Vale. Salgo para allá, tardo una media hora.

—Entra por el portón de la Rambla Vella. Te espero allí.

Monstruos anónimos

Néstor aparcó su Vespa junto al Portal del Roser. Descabalgó y atravesó la muralla romana en dirección a la plaza de la Font, presidida por el Ayuntamiento. Tal y como acostumbraba cada vez que pasaba por allí, antes de cruzar aquel arco de medio punto —abierto durante la Edad Media—, rozó con la punta de los dedos las moles de piedra sin tallar sobre las que los ingenieros romanos asentaban las defensas de sus ciudades. Le gustaba sentir el tacto áspero de la caliza. Faustino le había explicado que era la construcción romana más antigua fuera de Italia. Algunos de esos bloques llegaban a pesar hasta treinta toneladas, con la pesadilla logística que debió suponer su transporte.

Esta vez solo iba pensando en el mal trago que debía estar pasando su amigo. Él mismo, con su placa de policía, no estaba preparado para escenas tan truculentas, así que mucho menos una *flor* como Faustino. Mientras se apresuraba por la Baixada del Roser hacia la plaza, recordaba el entusiasmo con el que Faus le había ido descubriendo los secretos de la ciudad antigua.

«La actual Plaça de la Font es solo una cuarta parte del gran circo de Tarragona, que era la pista de carreras de cuadrigas. Medía más de trescientos metros, casi como tres campos de fútbol, y superaba los cien de anchura. Tanto los aurigas que manejaban las riendas como los caballos eran famosísimos, el equivalente a las estrellas de la Fórmula 1. Los arqueólogos han encontrado lápidas que recuerdan las gestas de campeones como Fuscus o Eutyches, venerados por plebeyos y mecenas, los patrocinadores que ponían la pasta. Imagínate, Néstor, lo que debía ser ganar aquí, con veinticinco mil personas aclamándote en las gradas...»

Néstor había cruzado ya más de la mitad de la plaza y vislumbraba, al fondo de la estrecha calle Cos del Bou, la cabecera del circo romano, donde había quedado con Faustino. Caminaba exactamente por donde habían corrido las cuadrigas en una colosal obra de ingeniería civil construida a finales del siglo I por mandato del emperador Domiciano, y mientras recorría los últimos ciento cincuenta metros le vino a la cabeza aquello que más le había llamado la atención de las explicaciones de su colega.

«Las carreras eran un deporte de riesgo, algo muy emocionante... La vida de los aurigas se ponía en juego, pues se enrollaban las riendas a la cintura y solo llevaban un cuchillo afilado para cortarlas en caso de *naufragio*, como llamaban ellos a los accidentes. Si no lo conseguían, les esperaba una muerte horrible. Eran héroes, ejecutores de una de las tradiciones romanas más antiguas, que se remontaba a casi tres mil años y tenía una evidente simbología religiosa: la pista era la tierra y los carros representaban al sol, que da vueltas sobre ella. Doce carros, que encarnan los meses del año y los signos del zodiaco, daban siete vueltas a la espina —el eje central de la pista—, por los siete días de la semana, divididos en cuatro colores —verde, azul, rojo y blanco—, que son las cuatro estaciones. Esas carreras simbolizaban el paso del tiempo, y el ciclo de la vida y de la muerte.»

La impresionante sección del óvalo del circo, considerada el fragmento mejor conservado del mundo, apareció ante sus ojos. Néstor giró y descendió por la cuestecilla empedrada de Sant Oleguer hacia el acceso principal de la Rambla Vella, un enorme tajo vertical abierto en mitad de lo que se conoce como La Muralleta, levantada en el siglo XIV y rematada por la torre octogonal cuyo perfil protagoniza una buena parte de los *souvenirs* de Tarragona. Néstor dejó a su izquierda el desgastado graderío de piedra y la Porta Triumphalis, por donde salían los vencedores convertidos en héroes.

Superó el cordón policial en la zona ajardinada del monumento sin demasiadas complicaciones, gracias a un guardia urbano de Tarragona con el que había compartido interminables horas de aburrimiento en operaciones de poca monta. Cruzó el césped por una rampa de cemento y llegó al portón encajado en una hendidura en el muro de más de diez metros de altura. Los equipos de emergencia entraban y salían en un hormiguero de nervios. Por fortuna, nada más traspasar el umbral, distinguió a Faustino en medio de aquel caos, con el rostro hundido entre las manos.

Su amigo era la viva imagen de un alma en pena. Un ser vencido, al borde de abandonarse a su suerte. Se había refugiado del bullicio sentado en la mitad de las escaleras de acceso a la zona más alta de las gradas, justo bajo la segunda de las tres únicas arcadas originales que se conservan del total de cincuenta y seis que embellecían la fachada.

—Hola, Faus, ya estoy aquí.

Su amigo levantó la cabeza como un zombi.

—Todavía respiro —musitó, pálido como un muñeco de cera—. Ha sido peor que una pesadilla. Pellízcame, por favor... No puedo creer que esto me esté pasando a mí.

—Lo mejor es que nos vayamos a casa. Aquí no pintamos nada —propuso Néstor.

—Eso mismo pienso yo, pero no podemos. Hace un rato nos ha interrogado un inspector y ha pedido que no nos movamos de aquí hasta nueva orden.

—¿Dónde lo habéis encontrado exactamente?

—Muy cerca. Ven. Te lo enseñaré.

Faustino se levantó a duras penas y se dirigió, seguido por Néstor, al arco de más de siete metros de altura que estaba a su izquierda hasta sumergirse en la oscuridad de una gran bóveda de piedra. En su interior se movían como fantasmas los trajes blancos de la Científica.

—Esta es la bóveda de San Hermenegildo —le explicó a Néstor—, una de las pocas que no han quedado sepultadas por construcciones posteriores. Como ves, en este muro de la izquierda se abren, en forma radial, seis pequeños cubículos... Su función no se conoce a ciencia cierta. En el tercero, ese de ahí —señaló un hueco cubierto por una lona de los Mossos d'Esquadra—, es donde Pili se ha dado de bruces con el regalo. Qué putada, joder, la chiquilla está destrozada.

—¿Te ha llamado algo la atención? ¿El sitio tiene algo de especial? Si alguien lo sabe, ese eres tú.

—No se me ocurre nada. Quizá lo único singular es que estamos pisando un punto neurálgico de la antigua Tarraco, el más cercano a la puerta oriental que se abría en la muralla, justo donde todavía llega hoy la Vía Augusta, desde Roma. Por lo demás, poca historia: son bóvedas estructurales internas que soportaban el peso del graderío; como pasillos subterráneos, una especie de catacumbas que se adentran en las entrañas del casco antiguo actual.

—¿Siguen hacia dentro? ¿Hasta dónde? —se interesó Néstor, que trataba de acostumar sus pupilas a la oscuridad.

—Mira, si sigues por ahí y giras al fondo, hay una *volta* de casi cien metros de largo que se considera el récord del mundo entre todos los circos romanos. Pasa por debajo de la calle Enrajolat, que está construida encima.

—¿Hay una especie de ciudad debajo de la ciudad?

—Más o menos. —Faustino parecía haber olvidado sus demonios sepultando en erudición el interés de Néstor—. El circo siguió funcionando para acoger las carreras hasta mediados del siglo V; pero el imperio se desmoronaba y Tarragona se fue encerrando detrás de las murallas por la inseguridad. Las estructuras originales romanas se usaron para cimentar las nuevas construcciones, de manera que se quedaron incrustadas debajo de lo que hoy es el casco antiguo. Hay algunos vestigios romanos más espectaculares que los de Tarragona esparcidos por el mundo, pero aquí es probablemente donde mejor se ha conservado, en conjunto, toda una ciudad romana en el subsuelo. Curiosamente, la nueva Tarragona que se fue levantando durante siglos ha protegido la Tarraco romana.

—Tienes que pensar, Faus, tú eres el experto... Joder, todo esto no puede ser fruto de

una casualidad. Aquí está pasando algo muy raro... Yo me encuentro con una cabeza sin cuerpo, ahora tú un cuerpo sin cabeza... Piensa, Faus, ¿qué coño es todo esto? Parece un puzle macabro.

Faustino agachó la cabeza, tembloroso.

—Necesito contarte algo. No sé si puede tener alguna importancia o es mera coincidencia, pero tengo que soltarlo o voy a explotar. No quería inquietarte porque creía que eran bobadas mías, pero después de todo esto, ya no sé qué pensar... Quizá tú me puedas ayudar.

Un corpulento *mosso* uniformado se les acercó por la espalda con cara de malas pulgas.

—¿Se puede saber qué hacen ustedes aquí?

—Yo trabajo aquí —respondió Faustino—. Su inspector me ha ordenado que no me mueva. Este es mi amigo Néstor, que también es policía y ha venido a ayudarme.

—¿También eres del Cuerpo?

—Soy compañero. Néstor Azcona, de la Policía Local de Altafulla. —Mostró su placa.

—Ya —concedió con desprecio evidente por las credenciales—. Pues aquí estáis estorbando. Si ya le han tomado declaración, lo mejor que puedes hacer es llevártelo. Le llamaremos si necesitamos algo.

—¿No puedes contarme qué ha pasado?

—No sabemos gran cosa. Estamos intentando identificar un cuerpo que ha aparecido en ese agujero.

—¿Crucificado, castrado y sin cabeza? Y déjame adivinar..., con un dragón tatuado en el hombro, ¿verdad? —Néstor tentó a la suerte.

El *mosso* le miró de arriba a abajo antes de contestar de mala gana:

—No puedo darte detalles, pero no vas desencaminado.

—¿Habéis encontrado la cabeza?

—No, la estamos buscando. Ahora, por favor, evaporaos. Dejadnos trabajar, que bastante mierda nos ha caído encima.

—Me vas a hacer un favor, y te lo vas a hacer a ti mismo. Avisa al intendente Pujol y le dices que revise el atestado de lo ocurrido en la villa romana de Els Munts hace diez días. Os vais a ahorrar tiempo y esfuerzo.

—¿Conoces a Pujol? —se sorprendió.

—Es amigo de mi tío Ramón, el exjefe de la Guardia Urbana de Tarragona. Me lo presentaron hace unos días, precisamente en Els Munts. Hazme caso y pide el informe, no te vas a arrepentir.

—Algo he oído sobre Els Munts a los de la Científica... Bueno, ya veremos. Ahora, lar-

gaos de una vez.

Sin más miramientos, se dio media vuelta y desapareció detrás de la lona opaca.

—Anda, vamos a tomar un café y me cuentas. —Con un punto de ternura, Néstor pasó el brazo sobre el hombro de Faustino.

Los dos amigos entraron en el J&B, el minúsculo bar de tapas ubicado a escasos metros del circo romano que se había consolidado como un clásico de Tarragona gracias a la simpatía de su propietaria y a una parroquia de incondicionales. Lo único destacable de su espartana decoración era una pared con cientos de postales enviadas por los fieles del garito desde los rincones más insospechados, junto a una notable colección de billetes de curso legal procedentes de países de todo el mundo. Néstor y Faustino, este con más dificultad por su volumen, encontraron acomodo en una de las tres únicas mesas del local.

—¿Qué es eso tan urgente que quieres contarme? —le preguntó Néstor sin más preámbulos.

—Míralo y juzga tú mismo, dime qué opinas. —Faustino manipuló su móvil hasta que encontró lo que buscaba y se lo pasó a Néstor.

En pantalla aparecía el hilo de la conversación por WhatsApp de un grupo denominado Legio IX Hispana. Como perfil, la imagen de un fiero soldado romano en posición de ataque.

—Vete subiendo hasta hace un par de días —le indicó Faustino.

Néstor comenzó a retroceder en los hilos de conversación y se detuvo en un mensaje eliminado cuarenta y ocho horas antes. Lo escribía un tal Centurión a las tres de la madrugada.

—No entiendo nada. ¿Qué es esto de la Legio IX Hispana?

—Por favor, no te enfades. No te lo he contado antes por miedo a tu reacción... Sabes que siempre has sido algo más que un amigo para mí. Por nada del mundo querría que desaparezcas. Ya lo sé..., me has explicado varias veces que nunca será posible algo entre nosotros, pero yo soy feliz así. Por eso no quería...

—Coño, no empieces con eso otra vez.

—Tranquilo, solo quiero que entiendas por qué no te he dicho nada... Legio IX Hispana es nuestro grupo de voluntarios para la reconstrucción de las legiones romanas.

—¿Qué nueva chorrada es esta? ¿En qué cojones te has metido?

—Cálmate, si me dejas, te lo explico. El nombre es una referencia a la historia de la legión que desapareció sin dejar rastro en Britannia y que ha inspirado varias pelis de Hollywood.

—¿Y qué pasa con ese Centurión que os escribe de madrugada?

—Es justo lo que me preocupa. Se llama Marco Alba, y está al mando de la IX Hispana. Hace dos noches, yo no podía dormir y seguía despierto cuando mandó ese wasap. Tardó apenas un segundo en borrarlo, pero yo lo leí. Pienso que lo envió al grupo equivocado.

—¿Qué ponía?

—«Dentro de una hora en San Hermegildo. Está arreglado para que os abran.»

—¿Estás seguro?

—Al cien por cien. Se me quedó grabado. Además, un par de meses antes, nos llegó otro mensaje extraño, también de madrugada: «Pont del Diable, donde siempre. Misma hora». No se debió dar cuenta del error hasta el día siguiente, cuando pidió excusas porque se había equivocado de grupo. Ese día ni siquiera lo borró. Mira.

Faustino manipuló el móvil y se lo mostró.

—¿Y qué piensas?

—En su momento no le di ninguna importancia, pero ahora no paro de darle vueltas. Creo que el Centurión volvió a cometer el mismo error. Cuanto más lo pienso, más seguro estoy de ello. Y tampoco se me va de la cabeza lo que, de la manera más tonta, le oí decir a Lucio la misma tarde del 23 de marzo, antes de que tú te encontraras todo el pastel. Estaba quedando con sus íntimos para ir esa noche a Els Munts. Yo estaba meando, oculto detrás de un seto, en el parque del Camp de Mart. Allí es donde solemos hacer las prácticas para nuestros ejercicios militares de exhibición.

—¿Ejercicios militares de exhibición? Creía que no se puede ser más friki, pero tú siempre consigues superarte... Bueno, sigue, ¿y qué pasó?

—Pues que se callaron de golpe al verme aparecer y disimularon.

—¿Quién es ese Lucio?

—Puede que hayas oído hablar de él. Es el hijo de Mario Bocanegra.

—¿El dueño de la empresa del Port?

—El mismo.

—Hostias.

Mario Bocanegra era uno de los empresarios más ricos de Tarragona y probablemente de Cataluña. Dirigía su imperio internacional desde la principal consignataria del puerto de Tarragona. Nieto de un teniente de los Regulares de Melilla que había templado a fuego el carácter de la familia, era un hombre hecho a sí mismo gracias a su inteligencia natural y a su falta de escrúpulos para sacar tajada del tráfico marítimo —contenedores, graneles, vehículos, crudo y gas..., aunque se rumoreaba que todo arrancó con el contrabando— en una de las principales rutas del Mediterráneo. Néstor lo conocía de

oídas, recordaba que su madre le habló alguna vez de él porque tuvo negocios con su padre y mantenían una relación estrecha.

Eso fue antes de la caída en desgracia, la depresión y el suicidio. Entonces Mario les ofreció dinero para que pudieran vivir sin estrecheces, pero su madre era demasiado orgullosa para aceptarlo. Aun así, los Bocanegra siempre los habían ayudado a salir adelante. Sus adorados primos-policía solían ganarse un extra en tareas de vigilancia privada para algunas de sus empresas. Mentalmente se adjudicó la tarea de indagar sobre esos vínculos, pero por ahora tenía otros cabos por atar mucho más acuciantes. Respiró hondo.

—A ver, Faus, que yo me entere de una vez. ¿Quiénes son todos estos desgraciados que aparecen en el wasap?

—Somos un grupo bastante grande, no sé decirte... Seguimos el modo de organización de las legiones. —Faustino le miró con una sonrisa forzada.

—No me jodas, es imposible... ¿Cuántos sois? —Néstor sacó a relucir su pasión por la literatura militar—: Si no recuerdo mal, cada legión estaba integrada por diez cohortes. Cada cohorte por tres manípulos, y cada manípulo por dos centurias de ochenta hombres cada una. Ciento sesenta por tres son cuatrocientos ochenta. Cuatrocientos ochenta por diez..., eso suma casi cinco mil soldados en total. ¿Me estás diciendo que hay tanto friki jugando a esto?

—No, hombre. Nos hemos quedado en la centuria, calculo que seremos unos ochenta.

—¿Ochenta sospechosos? Menuda putada...

—Espeeera, *cony*, déjame terminar... El meollo de nuestra Legio IX Hispana se puede identificar más fácilmente.

—Desembucha.

—Seguro que sabes que una centuria se dividía en diez contubernios de ocho soldados cada uno, la unidad mínima de los ejércitos de Roma. En plena campaña, siempre había dos soldados de guardia: el resto se apretujaba en cubículos, no sé si les podría llamar tiendas, de seis plazas para dormir un rato, comer algo y descansar como podían. Eran hermanos de armas, y lo compartían todo, desde la impedimenta hasta la mula de carga.

—¿Hay un contubernio formado por los cabecillas?

—Exacto. Y por la mala espina que me da todo esto, creo que tiene más que ver con lo que hoy entendemos por «contubernio»: forman una asociación con fines censurables.

—¿Quiénes son?

—Lo más chocante es que son unos pipiolos, ninguno mayor de edad. Aunque no

tengo mucho trato con ellos, sé que les gusta escuchar mis historias, en general todo lo que tenga que ver con la vieja Roma. Por lo demás, lo típico entre adolescentes crecidos: divertidos, fanfarrones, inconscientes... y también unos auténticos atletas. Se pasan horas y horas entrenando como verdaderos legionarios.

Faustino repasaba la película mental de las tardes compartidas entre bromas y risas, mientras Néstor pensó de inmediato en la persecución de Els Munts. Quienquiera que fuese el que se dio a la fuga, los dejó atrás —incluso a un policía bien preparado como su primo Juanjo— con una facilidad pasmosa.

—El que lleva la voz cantante es Lucio Bocanegra. En el chat se ponen nombres de gladiadores famosos. —Faustino le mostró la pantalla del móvil—. Este es él, Espartaco. Los otros siete, Marco, Flamma, Crixo..., son íntimos amigos suyos. Niños pijos, estudian todos en L'Estonnac.

—Joder, el pequeño Lucio. Hace tanto tiempo.... —Néstor retrasó el reloj quince años, pocos meses después del suicidio de su padre. Él debía de tener unos ocho o nueve cuando fue con su madre de visita a la mansión de los Bocanegra. Un niño no se olvida fácilmente de los juegos en la piscina, de aquella nevera repleta de cocacolas y del festín de ganchitos, aceitunas y patatas fritas. Allí conoció a Lucio, un querubín de dos años al que se encargó de entretener lo mejor que supo mientras el anfitrión intentaba consolar a la joven viuda. Recordaba con claridad el afecto con que Mario trataba a su madre. Aquellos abrazos interminables...

—Eh, Néstor... —Faus chasqueó los dedos—. ¡Néstor, despierta!

—Perdona..., tus rarezas y tus tonterías me han traído algunos recuerdos.

—Concéntrate, porque esto se nos va de las manos. Nos supera a los dos. Estaba pensando que podríamos recurrir a un amigo periodista que me debe algunos favores. Se llama Pepe Miralles y tiene experiencia más que de sobra en estas lides. Puede que él nos aclare un poco el panorama.

—Mira, Faus, sabes que te aprecio, pero yo soy un simple aprendiz de guardia urbano. Vamos, un puto policía local. Me retiro de la partida, lo siento, no me va este rollo de detective intrépido.

—No puedes dejarme ahora en la estacada... Te lo pido por favor, sabes que yo siempre te he ayudado cuando me has necesitado —imploró Faustino.

—No te lo tomes tan a pecho, joder. He dicho no y es que no. No quiero pringarme, así de sencillo. Te conozco como si te hubiese parido, y no me vas a ablandar por mucho que intentes tocarme la fibra sensible.

La cara de cachorro apaleado de Faustino le hacía más daño de lo que estaba dispuesto a reconocer, pero no podía ceder. Sabía que no estaba hecho para grandes aven-

turas ni heroicidades; para eso ya tenía los libros. Según su experiencia, en la vida real los intentos de gesta siempre terminan con una patada en el culo.

—No me mires así. He dicho que no, que pa-so. Léeme los labios: pa-so.

—Lo único que necesito es que me acompañes, ¿es tanto pedir?

—Hostia, Faus, pero qué cabezón eres... Los mejores policías de Cataluña están ahora mismo con este caso. ¿Crees que dos pardillos como nosotros van a poder aclarar algo? Ya hay al menos un muerto sobre la mesa, esto nos viene inmenso. Si tienes alguna sospecha de tus colegas legionarios, lo mejor es que pases la información y te apartes.

—Tú solo tienes que acompañarme. Seguro que todo es un estúpido malentendido... Es por quedarme tranquilo, hombre. Hablamos con Pepe y después te desentienes.

Néstor iba a volver a negarse cuando le interrumpió la banda sonora de *Gladiator*. Era la melodía que había elegido para su móvil y que ya empezaba a cansarle: cada vez que le llamaban, visualizaba la jeta de Russell Crowe como Máximo Décimo Meridio, el general de origen hispano traicionado, convertido en esclavo y obligado a luchar por su supervivencia en la arena del Coliseo. No conocía el número, una de esas largas secuencias de cifras que usan instituciones y grandes empresas para ahorrar costes. Por si acaso, pulsó el botón verde y se mantuvo en silencio.

—¿Hola? —Néstor reconoció de inmediato la voz de Blanca y se puso lívido—. Le llamo de la Biblioteca Pública de Tarragona. He encontrado este número de móvil en una nota que se ha traspapelado entre las páginas de un libro de préstamo y que no ha llegado a su destinatario. No sé, he pensado que podía ser importante para usted... ¿Oiga? ¿Sigue ahí?

Néstor sudaba a chorros por la ansiedad propia del «Tierra, trágame». Lo fácil era permanecer mudo y colgar. Nadie salvo él se enteraría de un nuevo episodio en su largo doctorado *cum laude* en apocamientos y cobardías diversas. Contra pronóstico, impulsado por un acto reflejo que no pudo frenar, contestó:

—Sí sí..., la escucho.

—Le decía que ha perdido un papel en el que invita usted a alguien a tomar un café...

—Gracias... Sí... —Néstor miró a Faustino y su pensamiento comenzó a volar entre su madre, sus primos, los Bocanegra... hasta que le envolvió una determinación desconocida en él. Sintió como una compuerta que se rompe y un caudal que se libera.

—¿Sí? ¿Sí, qué? Apenas le oigo.

—Que sí. Claro que es relevante. Y que sí, que la petición ha llegado a su destinataria.
—Néstor tragó saliva y se concentró para no rendirse.

—¿Cómo dice?

—Que si querías tomar un café conmigo. Soy Néstor, el patoso de los libros de bata-

llas. Perdona si me comporté como un lerdo el otro día. Me puse nervioso cuando se te cayó el papelito delante de mí. Soy un imbécil absoluto, lo siento... La nota era para ti, pero la idea era que la encontrases más tarde.

A esas alturas, Blanca había reconocido perfectamente a su interlocutor. Aquel chico alto y desgarbado... Otra vez la hacía sonreír.

—Bueno, pues ya la he leído... ¿Qué se supone que hacemos ahora? —le preguntó sin disimular un tono de complicidad.

—Mi deteriorada autoestima está en tus manos... Te debes sentir como un César: pulgar hacia arriba, café y conversación; pulgar hacia abajo, me vuelvo a las catacumbas.

—Mmm..., no sé... Venga, me arriesgo, te has ganado el pulgar hacia arriba, por valiente. ¿Te va bien mañana viernes? Te espero sobre las ocho en la terraza de El Candil. No tomo café, pero te aceptaré una cerveza.

—Hecho, me tocaba guardia, pero me pediré el día libre...

—¿Te va mejor otro día?

—No no. Está bien, ok..., me deben un montón de días. Nos vemos en El Candil. Hasta mañana.

Nada más colgar, Néstor aspiró todo el oxígeno que le había faltado mientras contenía la respiración. Se sentía como flotando, capaz de caminar sobre las aguas. En lugar de entrar en competencia con Jesucristo, se acercó a Faustino con una sonrisa de oreja a oreja y le dio un abrazo que casi le asfixia.

—¿Quién era? Menudo subidón te ha dado, chaval...

—Buenas noticias.

—Pues ahora dime que me acompañarás y así también me alegras a mí el día.

—Joder, Faus, qué ladilla cojonera... Vale, déjame respirar. Te acompañaré, a condición de que luego te calles de una puñetera vez y me dejes en paz.

En el nombre del padre

Durante las Veneralias, que también comenzaban en abril, la Venus era sacada del templo y llevada a las termas públicas masculinas, donde era desnudada y sometida a un lavado ritual con agua caliente por sus sacerdotisas; era el momento de pedir ayuda en asuntos del corazón, sexo, compromisos o matrimonio.

6 de abril

*P*epe Miralles subsistía con una exigua pensión de incapacidad en un cuchitril minúsculo del Serrallo, el barrio de pescadores de Tarragona. Un modesto segundo sin ascensor con el único atractivo de la buena luz de sus ventanales y unas vistas decentes a las barcas y a la moderna lonja donde se subastaban las capturas del día. Sus recurrentes lumbalgias le habían valido la «absoluta» y el uso de un bastón de por vida. No era todavía un viejo, pero quedaba muy lejos su edad dorada como delegado estrella de la agencia Efe en la provincia; la melena cana y descuidada, la barba larga al estilo Valle-Inclán y, sobre todo, los dientes amarillentos y el rostro baqueteado le hacían aparentar más edad.

No ayudaba tampoco su aspecto poco aseado, por decirlo suavemente, sus ropas trasnochadas y el vicio de fumar como un carretero, al menos dos paquetes diarios. Como remate, la elegante boquilla de plata y marfil en la que insertaba cada cigarrillo le hacía parecer un fantasma huido de otra época. Lo que sí mantenía intacta era la velocidad mental de sus mejores tiempos. Socarrón y corrosivo como el ácido sulfúrico, raramente dejaba escapar la ocasión para ejercitarse en el deporte nacional de descojonarse de todo y de todos. Conservaba, además, otro tesoro: Pepe Miralles había dejado amigos hasta en el infierno, una asombrosa red de contactos de toda calaña que le servía para mantenerse informado desde su infecta torre de control.

Además del tabaco, su otro gran vicio era Internet. Una ventana al mundo en forma de monitor de veinticuatro pulgadas de gama alta y última generación. Consumía diarios digitales, películas, series, deportes y videojuegos. Y no ocultaba su afición por el porno;

le gustaba alardear de su conocimiento enciclopédico sobre las vedetes de la industria y los hitos de su filmografía. Los situaba a la altura de los grandes momentos del séptimo arte, equiparables al legado de los Wilder, Scorsese, Truffaut o su admirado Buñuel. A Pepe nada le hacía tanta gracia como provocar y regodearse en la demolición de los tabúes.

Estaba precisamente ensimismado con la técnica felatoria de la valenciana Alexa Tomas, una de sus estrellas preferidas, cuando sonó el interfono. Pepe no hizo ni caso. No esperaba visita y no era viernes, el día en que su asistenta intentaba poner remedio a su alergia a la limpieza. El sonido estridente del telefonillo, esta vez más prolongado, arruinó su concentración en las curvas incandescentes de Alexa.

—Me cago en la sombra de ese malnacido de Gregorio. —Pepe se levantó, se echó las manos a sus resentidas lumbares a modo de estiramiento, y se preparó para cantarle las cuarenta al cartero:

—Si no te abren los demás vecinos, no te pongas a apretar botones como una loca, que pareces gilipollas...

—¿Pepe? Creo que te equivocas... Soy Faustino.

—¿Faustino? —Pepe cambió de tono—. Coño, ¿qué día es hoy?

—Jueves... Te llamé, ¿te acuerdas? Quedamos a esta hora.

—Sí sí... Te abro..., ya no sé ni en qué día vivo.

Faustino y Néstor encontraron la puerta del piso entreabierta.

—¿Hola? Vengo acompañado...

—Adelante, no os quedéis ahí como dos pasmarotes —gritó Pepe desde dentro.

Pepe los esperaba parapetado tras el ordenador. Periódicos atrasados, papeles viejos de toda clase, libros abiertos con casi un dedo de polvo encima, alguna caja de pizza y varias montoneras de ropa arrugada en el sofá daban fe del valor que el anfitrión concedía al protocolo de visitas.

—Dadme un minuto, ahora estoy con vosotros... Estoy terminando de repasar una escena para un artículo que me han pedido —se excusó sin el menor rubor, mientras unos gemidos hacían que Néstor se volviera hacia Faustino con cara de «dónde coño me has traído». El gesto no pasó desapercibido para Pepe, que en ese mismo instante se quitaba las gafas de ver de cerca, también pasadas de moda, y se levantaba para saludar a los recién llegados.

Faustino le dio uno de sus abrazos de plantígrado.

—Te presento a mi amigo Néstor Azcona. Es el policía de Altafulla, ya te he hablado de él. El que se encontró el muerto en la villa romana.

—Ya veo... Mucho gusto, Néstor. —Pepe le estrechó la mano y le escrutó con unos

ojos negros entrenados para ver tan adentro como los escáneres de la guardia de aduanas, en la que mantenía amistades que le reportaban un suministro privilegiado de tabaco de importación—. ¿Azcona? Ese apellido tuyo me suena mucho. ¿Eres de por aquí? ¿A qué se dedica tu padre?

—No quiero hablar de eso ahora. Si no le importa, vamos al grano —contestó Néstor visiblemente incómodo.

Un fino esgrimista como Pepe supo que había tocado carne, pero hizo una finta para no hacer sangre:

—Me ha dado la impresión de que te escandalizabas al entrar, como una ursulina estrecha. ¿Qué pasa, que vosotros los jóvenes no veis porno o qué? A mí no me la pegas. No trago con la doble moral ni con los estirados que van de sabiondos. Grábatelo en la cabeza: el sexo consentido es algo natural, incluso si es de pago. A ver por qué crees que las putas ejercen la profesión más antigua del mundo. Yo mismo soy un putero, y a mucha honra... Más te vale que vayas espabilando si no quieres ser toda tu vida el pagafantas de alguna lagarta...

—Bueno, Faus, creo que ya he tenido suficiente —le dijo Néstor a su amigo—. No he venido aquí a aguantar a este tarado. No sé por qué me he dejado convencer, si ya me olía que esto no iba a salir bien. Yo me las piro. —Néstor se dio media vuelta hacia la puerta.

—Espera —terció Faustino—, son solo cinco minutos. Y tú deja en paz al chaval, joder —se dirigió a Pepe con una mueca de hastío—. Tengamos la fiesta en paz. ¿Has sabido algo de lo mío, de lo que te expliqué por teléfono? Estoy que me subo por las paredes.

—Alguna cosilla me han contado. He hecho un par de llamadas —contestó Pepe después de la regañina, con cara de no haber roto un plato en su vida.

Néstor se detuvo y, reprimiendo la tentación de hacerse el digno ofendido, se tragó el orgullo para regresar con ellos. Pepe lo recibió con media sonrisa y se encendió un cigarrillo. Era su forma de ofrecer la pipa de la paz.

—Bien... Todavía no se ha hecho público —arrancó de espaldas, muy cinematográfico, mirando al ventanal—, aunque no creo que tardemos en leerlo en los periódicos. Ya me han confirmado quién es vuestro cadáver decapitado, el que apareció en las *voltas* del circo. Menuda escoria. Casi tendríamos que estar agradecidos por que algún alma caritativa limpie esa basura de las calles.

Pepe se volvió hacia Faustino y, a continuación, se dirigió a Néstor:

—El puzle ha encajado: es el cuerpo de Ricardo Laso. Sin cabeza, castrado y crucificado en unas maderas. Me acuerdo bien de él. El cabrón de los chicos de la Playa Larga. Según me cuentan, ese despojo humano se estaba envalentonando otra vez, el muy cer-

do también le daba ahora a la pederastia, o bien trabajaba para alguien en la sombra. El acceso a su ordenador ha revelado cientos de archivos de abusos a niños de corta edad, y lo que es peor, en su móvil han aparecido vídeos de vigilancias en los colegios. Hay una niñita que se repite en varios..., parece que se había encaprichado y solo Dios sabe lo que podía estar maquinando.

Faustino, con el rostro demudado, tomó asiento. Néstor le imitó como un autómatas y se dejó caer en el sofá.

—La rehostia... —resumió el ánimo de ambos.

—¿Cómo lo ves? —Faustino levantó la vista hacia Pepe con ojos de cordero degollado.

Pepe volvió la vista de nuevo hacia el mar y le pegó una profunda calada a la boquilla. Soltó el humo lentamente, en otro plano que hubiese firmado gustosamente algún maestro del cine negro.

—Hay dos evidencias: una, parece que alguien se ha colgado la estrella de *sheriff* para castigar a los chicos malos, y dos, no le vale hacerlo de cualquier forma. Hay algo ritual en la puesta en escena. Algo como antiguo, con un aire a la Inquisición, no sé..., a primera vista parece la típica *vendetta*, pero está claro que hay más en todo este teatro... Se oye una partitura de fondo que no conseguimos entender. Toda esa composición no es lógica para ocultar un cadáver. Más bien lo contrario, se palpa un claro exhibicionismo para llamar la atención. Pero ¿la atención de quién? ¿Por qué? ¿Y para qué?

Fugazmente, Faustino y Néstor se cruzaron una mirada cómplice. Una vez más, el gesto no pasó desapercibido al radar de Pepe, que olió la presa como un sabueso bien entrenado.

—¿Qué está pasando aquí? Vosotros dos me estáis ocultando algo...O me contáis en qué andáis metidos o ya os estáis largando de mi casa. No pienso divertiros con el papel del cornudo que siempre se entera el último.

Faustino se derrumbó a la primera acometida y sacó su móvil.

—Espera, espera..., hemos venido a enseñarte esto. Tú solo dime qué opinas.

Pepe cogió el teléfono, se ajustó las gafas que le colgaban de un cordón sobre la camisa y comenzó a repasar los mensajes del grupo de la Legio IX Hispana. Faustino le resumió todo lo que dos días antes le había confesado a Néstor, incluida la mención a los Bocanegra y sus amigos. Néstor le relató con detalle el hallazgo en la villa de Els Munts, y Faustino recreó el del circo romano. A continuación, ambos le trasladaron las dudas sobre lo que los había llevado allí: la primera convocatoria de Centurión, dos meses atrás en el acueducto del Pont del Diable.

—¿Se lo habéis enseñado a alguien más? —caviló Pepe tras releer el mensaje.

—Todavía no —contestó Faustino—. Habíamos pensado en acudir a los Mossos, pero al fin y al cabo solo son los wasaps de cuatro chalados enamorados de la historia antigua.

—¿Seguro que no pasó nada esa noche en la zona del acueducto? —reflexionó Pepe.

—No, que nosotros sepamos —terció Néstor. Hemos repasado a conciencia en las hemerotecas las noticias de esos días y no hemos visto ni una referencia. Si hay algo extraño, no trascendió nada.

—Me cobraré un par de favores, a ver si rasco algo. Creo que es evidente que hay un hilo conductor. Eso también lo sabe la Policía, porque investiga en esa línea. Y no sé hasta qué punto están mezclados tus compinches, Faustino, pero sería demasiada casualidad..., seguro que algo saben del asunto. Ahora bien, hay que ir con pies de plomo, y más si se trata de acusar a un tipo tan influyente como Mario Bocanegra, y de rebote, a su hijo.

—Son conocidos de mi familia —reveló Néstor—. Yo no pienso participar en esto.

Tras la sorpresa inicial por la seca reacción de Néstor, la cara de Pepe se iluminó como si hubiese encontrado un diamante en el fondo de su memoria.

—¿Cómo has dicho que te apellidabas?

—Azcona —se adelantó Faustino.

—¿Tú eres el hijo de Eduardo Azcona?

Ahora el sorprendido fue Néstor.

—¿Conocías a mi padre?

—No exactamente. He oído cosas. Por ejemplo, que era un hombre de una pieza, de los que se visten por los pies. No tuve el gusto de conocerle en persona, pero en determinados ambientes, la historia de tu padre y de los Bocanegra es bien conocida. Eran uña y carne... Una lástima la caída en desgracia de uno y el auge del otro. Mario fue más fuerte, supo rehacerse, y mira dónde está hoy. Qué te voy a contar, imagino que has vivido con ello toda tu vida y estarás harto de escuchar siempre el mismo cuento.

—Sí, mejor lo dejamos. Hace mucho de eso, pero todavía me pone triste —disimuló Néstor mientras se percataba de la cantidad de incógnitas que su madre se había empeñado en no desvelarle.

Ya eran cerca de las tres de la tarde cuando Néstor y Faustino bajaron las escaleras del lúgubre domicilio de Pepe Miralles. Al salir del portal les cegó la potente luz del Serrallo, con ese fulgor tan característico que alimenta el mar Mediterráneo. Como unas campanadas a medianoche, los rugidos del estómago de Faustino anunciaron la hora de comer. Decidieron que se habían ganado un buen arroz caldoso de bogavante y un par de botellas de Les Brugueres, el impresionante blanco de La Conrería de Scala Dei ela-

borado en la comarca del Priorat. «Los problemas siempre se ven con mejor perspectiva después de una buena sobremesa», Faustino *dixit*. Casi tres horas después, ya en fase de afectos étlicos y filosofía barata sobre lo divino y lo humano, los dos amigos se despedían en la puerta de Cal Joan, uno de los clásicos en el barrio de pescadores.

—Venga, intenta descansar, que tienes un aspecto penoso. Nos llamamos.

—Suerte con tu cita. Ya me contarás. —Faustino, más empalagoso de lo habitual tras varios chupitos de licor de arroz, le amenazó con un abrazo de boa constrictor.

—Quita, quita... —se zafó Néstor—, qué pesado, por Dios...

A las ocho menos cuarto una versión recién duchada, vestida con su mejor camisa y excesivamente perfumada de Néstor bajaba por la calle Major hacia la terraza de El Candil, al lado del Ayuntamiento. Quería llegar antes que Blanca, pero ya a cierta distancia se percató de que ella se le había adelantado. La observó furtivamente mientras se acercaba y el corazón se le aceleró sin remedio. Vestía en tonos azules, desde el oscuro índigo de unos vaqueros ceñidos hasta el precioso cerúleo del fular. Su elegancia natural, sin pizca de ostentación, intimidó a Néstor, que la saludó con el mayor desparpajo que pudo encontrar en su breve catálogo de trucos para disimular los nervios.

—Hola, veo que eres muy puntual...

La presencia de Néstor sobresaltó a Blanca, que se incorporó de inmediato para dar dos besos al recién llegado. Tuvo que estirar el cuello para salvar la notable diferencia de estatura, lo que la llevó a sonreír.

—¡Hola! Y yo veo que eres más alto en las distancias cortas —bromeó para romper el hielo—. ¿Siempre hueles así de bien?

—Igual me he pasado... —Néstor se acercó la camisa a la nariz.

—Qué va. Tranquilo, me encanta la gente que huele bien. Has sumado tu primer punto. Imagino que me has guleado, pero por si acaso te hago un esquema rápido. Me llamo Blanca Carbonell, soy hija única y vivo en la Rambla con mis padres... Y tú eres Néstor Azcona, ¿verdad? Lo he mirado en tu ficha de la biblioteca. El coleccionista de batallas perdidas, creo que me dijiste la última vez que nos vimos, ¿no? ¿Qué tomas? —Blanca volvió a sentarse e invitó a Néstor con un gesto—. Yo he pedido una birra.

—Lo mismo está bien —musitó Néstor.

Blanca hizo una radiografía rápida de aquel antigalán de hombros caídos y mirada esquiva, sin más arma que la ternura que irradiaba. Lo encontró atractivo a su manera, con sus grandes y huidizos ojos, su rostro anguloso y su proyecto de barbita.

—Esto es tuyo. —Le devolvió la nota escondida en el libro.

—Qué vergüenza. Te debo parecer patético —tanteó Néstor sin levantar la vista.

—Superpatético. —Blanca soltó una carcajada y se tapó la boca, insegura por la orto-

doncia, con un gesto automático de la mano—. Que no, hombre, que es broma. Le has echado un par... Bueno, aquí me tienes, ¿y ahora qué?

Un silencio incómodo amenazó la buena energía que fluía entre la pareja. Néstor decidió que la directa era sincerarse.

—No se me dan bien este tipo de situaciones... Me he fijado en ti desde hace algún tiempo y, ya ves, solo se me ocurrió la estupidez del admirador anónimo. Me pareció una idea genial antes de entregarte el libro. Soy un genio frío y calculador —ironizó con una mueca—. Luego la payasada se me fue de las manos y todo se precipitó. Siento haber huido dejándote con la palabra en la boca. Ni a propósito se puede ser más tonto.

—No seas tan duro contigo mismo. Eres un espécimen interesante, y me alegra que tengas curiosidad, o lo que sea, por mí. A mí también me habías llamado la atención.

—¿En serio? ¿Por qué?

—No sé, los libros, tu aspecto, tu timidez... Supongo que me atraen los bichos raros.

—¿Debería tomarlo como un piropo? —sonrió Néstor.

—Digamos que sí, pero antes de seguir adelante debo informarte de que soy una gafe absoluta y que vas a acabar harto de mí.

—Creo que correré el riesgo.

—Luego no digas que no te lo he advertido —bromeó Blanca—. Estás a tiempo de arrepentirte y volver a salir pitando.

Néstor fue capaz de aguantarle la mirada durante un par de segundos por vez primera desde que se había fijado en ella. Blanca parecía divertida con aquel improvisado juego pueril de silencios y adivinanzas, un aliciente inesperado para compensar una etapa de su vida bastante deprimente. El camarero apareció con dos cervezas para sabotear el clima de complicidad. Ninguno de los dos quiso la copa y se quedaron directamente con la botella. Las chocaron en un brindis rápido; Blanca limpió el gollete con una servilleta y le dio un sorbo.

—Estoy en desventaja. Tú sabes dónde trabajo, pero yo no sé nada sobre ti. ¿A qué te dedicas? —Blanca quiso volver al guion más clásico.

—Pues soy policía local, en concreto el último mono de la comisaría de Altafulla. He terminado hace poco las prácticas. Y para que estemos empatados, vivo solo en la Part Alta, soy huérfano de padre y también soy hijo único. Mi madre vive lejos, en el norte de Navarra, en un pueblecito que se llama Lekunberri. Ella es de allí. Dentro de unos días iré a verla. Estás invitada si te apetece...

—No no, gracias —se burló Blanca con un guiño simpático—, nada de suegras tan pronto. Así que policía... ¡un policía ilustrado! Eso sí que no me lo esperaba. Normalmente sois más de gimnasio que de biblioteca, ¿no? Tengo que confesarte que así, a bote

pronto, no son mi tipo. No soy de uniformes, ni de pistolas ni de ordeno y mando. No hay nada más peligroso que un ignorante con galones.

—*Stop*. Para para... —rio abiertamente Néstor pidiendo tiempo muerto con las manos, como los entrenadores de baloncesto—. Creo que te van a encantar mis primos, ja ja... Tengo un par de Rambos en la familia que te irían como anillo al dedo. En serio, nunca he tenido la más mínima vocación. Fue cosa de mi madre y de mi tío para que no me torciese; fui un adolescente bastante complicado: la ausencia de mi padre y mis rarezas con el rollo castrense hicieron el resto. Ahora incluso me gusta. Me lo tomo como una forma de ayudar a los demás.

—Sí, como esa solemne bobada de los ejércitos en plan cascos azules en misión humanitaria... —le pinchó Blanca.

—Algo así. No te cortes, estoy acostumbrado. En España, en general, y más en Cataluña, el Ejército y la Policía caen fatal. Imagino que es la herencia de cuarenta años de franquismo. Somos un país de progres, pero de boquilla. En situaciones extremas, y lo sé porque las he vivido, la ley del más fuerte es la única opción; hay mucha gente que solo se da cuenta cuando la mierda le llega hasta el cuello. La demagogia y la palabrería barata se acaban con robos, palizas o violaciones cuando te tocan de cerca. Entonces va muy bien tener a alguien a mano que se juegue el cuello y se encargue del trabajo sucio.

—No quería molestarte. Disculpa.

—No pasa nada. No lo digo por ti, pero es un discurso de moda. Puro borreguismo. Espero que tampoco te moleste si te digo lo que pienso. —Néstor se tensó a pesar del visible esfuerzo de autocontrol.

—Ya te he dicho que lo siento. —Blanca le puso una mano en el antebrazo y habló con suavidad—. Imagino que da rabia que os machaquemos los que vemos los toros desde la barrera, con todo lo que tenéis que pasar ahí fuera.

—Perdóname tú. Estoy un poco nervioso estos días. En realidad, mi trabajo es bastante tranquilo y aburrido, pero últimamente no sé qué está pasando. En diez días me ha tocado lidiar con dos escenitas de lo más truculentas. Hay gente que puede llegar a ser muy bestia.

—Si te puedo ayudar en algo, cuenta conmigo. Aunque solo sea hablar de ello.

—No quiero aburrirte. Menuda primera cita.

—Lo digo en serio. Algo sé de psicología, y te aseguro que no es sano que te comas algo así tú solo.

Lentamente, con la pereza de quién no desea adentrarse en un pasillo tenebroso, Néstor le fue contando lo sucedido. Tuvo que reabrir compartimentos que su cerebro se estaba esforzando por cauterizar. No quiso centrarse tanto en los detalles más escabro-

sos como en la desazón, en el dolor sordo y opresivo —como si algo se hubiese quebrado en su interior— que le habían dejado ambas experiencias. Ni Néstor ni nadie podía tener estómago para digerir tanto ensañamiento.

—Dicen los veteranos que uno acaba acostumbrándose, pero no sé, creo que no sirvo para esto.

—No te agobies. No tienes la cabeza para pensar con claridad. Cualquiera estaría conmocionado con un tarado suelto que juega a ser el brazo ejecutor del César en la Tarragona de nuestros días... Es alucinante.

Néstor la observó aturdido. Le había sorprendido la rapidez mental de Blanca para juntar las piezas y confirmar lo que él llevaba rumiando varios días, tapado por árboles que no le dejaban ver el bosque. Quizá alguien como Blanca, totalmente ajena y desintoxicada de la profesión, le podría aportar una visión con mayor perspectiva.

—Al final vas a tener madera de pasma —concedió Néstor—. A mí tampoco se me va de la cabeza la sospecha de que anda suelto algún sicópata repartiendo escarmientos a su antojo, pero prefiero no meterme en líos. Parece imposible que... Puede que todo tenga una explicación más sencilla. No me apetece nada meter la pata hasta el corvejón. Si normalmente soy un desastre de policía, esto es lo que me faltaba.

—Todo cuadra, Néstor, no te engañes. Esa coreografía tan estudiada..., la víctima elegida...

—Como un verdugo encantado de limpiar la escoria de las calles...

—En dos de los lugares más simbólicos de Tarraco, no te olvides. Parecen escogidos como altares de sacrificio... He leído algo sobre esos rituales; puedo pedir bibliografía en el curro y comprobar si encaja algo más.

—No sé, Blanca, la verdad, si es buena idea.

—Tú déjame a mí. Si no sacamos nada en limpio, lo dejamos correr y en paz. ¿Socios? —Blanca le tendió la mano con solemnidad.

—Vale, socios, pero no me comprometo a nada, ¿eh? —Néstor aceptó el apretón de manos.

—Que sí, pesado, que tampoco te estoy pidiendo que te cases conmigo. —Blanca le dio una colleja cariñosa—. Ahora debo irme; no quiero preocupar a mis padres. No pensaba que lo nuestro iba a durar tanto. —Soltó una carcajada.

—Te acompaño.

—No hace falta que te molestes.

—Insisto.

Caminaron uno al lado del otro relajadamente, sin ninguna prisa, con rumbo al tramo noble de la Rambla Nova. Salieron de la plaza por la calle Sant Fructuós y bajaron

por la peatonal Comte de Rius. Una violinista habitual de la zona agradeció con una cortés inclinación de cabeza el euro que Blanca dejó caer en el interior de la funda.

—Me encanta Vivaldi. Bueno, me gusta casi toda la música. No sé vivir sin ella. Tomé clases de danza desde niña, pero me lesioné antes de dar el paso a profesional. ¿Te había advertido de que soy gafe? —Blanca rio para quitar hierro a las amarguras del pasado, aunque no logró maquillar del todo un tono agridulce—. En fin..., ya hemos llegado.

—¿Vives aquí? No fastidies. Eres una caja de sorpresas.

Blanca se había detenido delante del número 25, ante el portalón de la Casa Salas, una de las joyas modernistas de la ciudad, con sus detalles neogóticos y balconadas de hierro forjado. Néstor se había quedado de piedra, a juego con los sillares grises, perfectamente labrados, del inmueble.

—No te asustes. La mandó hacer mi bisabuelo. Mi segundo apellido es Salas, pero no soy millonaria ni nada por el estilo. No te hagas ilusiones —bromeó—. Somos una familia grande venida a menos, y mis padres conservan una pequeña porción de la herencia. Un piso amplio en un envoltorio muy vistoso, eso es todo. Te contaré la historia otro día, si quieres, ahora tengo que dejarte.

Sin dar margen a que Néstor tuviera que enfrentarse a la tensión de repasar el manual de cómo comportarse en una despedida romántica y no quedar como un idiota, Blanca le acarició la mejilla y le plantó un pico en los labios.

—Eres un encanto. Cuídate y no te comas demasiado el coco. Nos vemos pronto.

Néstor la despidió alzando la mano mientras Blanca desaparecía engullida por el portón. Comenzó a flotar de camino hacia el Balcó del Mediterrani y se palpó los labios en un intento de comprobar que el beso había sido real, como si quisiese atrapar con los dedos aquella sensación de plenitud. Al llegar al mirador, a más de veinte metros sobre el mar, lanzó la vista a la línea del horizonte. Lo había hecho en un sinfín de ocasiones, pero nunca con la certeza de poder comerse el mundo.

Bocanegra

En el inicio de abril también se rendía culto a Fortuna Viril. Su estatua era despojada de las joyas, se sometía a un ritual de purificación y se engalanaba con pétalos de rosa. Las mujeres le ofrecían incienso en las termas para suavizar sus imperfecciones físicas. El día décimo terminaban las fiestas de Cibeles con carreras de caballos y una procesión en torno al circo Máximo en la que se portaban imágenes de los dioses precedidas por la de la Victoria con las alas desplegadas.

10 de abril

*D*e regreso a su casa de madrugada, Néstor arrastraba los pies por las estrechas calles empedradas de la Part Alta. Se notaba muy cansado y con la boca pastosa por efecto de alguna cerveza de más. La débil luz de las farolas multiplicaba las sombras de una noche oscura y húmeda de luna nueva. No había ni un alma a su paso por Santa Anna. Al desembocar en la plaza del Forum se dejó llevar como un autómata por su rutina habitual y pasó por debajo del vano creado entre los rotundos sillares de un viejo muro romano que resistía en el centro, desgastado pero orgulloso. Un superviviente de lo que fue la plaza inferior del foro provincial de Tarraco, el recinto rectangular del tamaño de seis campos de fútbol que un día estuvo decorado con refinados jardines y estatuas, y rodeado de pórticos.

La bruma lo invadía todo en una atmósfera irreal, sin respeto alguno por el geométrico arco de triunfo que se tragó la figura de Néstor como un agujero negro. Nada más cruzar bajo las piedras, un ruido metálico lo sobresaltó. Al girarse, pudo contar cuatro siluetas negras, tan alargadas como si las hubiera pintado el Greco. Le pareció vislumbrar un extraño brillo bajo la capucha de las capas oscuras que las cubrían por completo. Le seguían con parsimonia, como si tuvieran todo el tiempo del mundo para jugar al gato y al ratón.

Un escalofrío le recorrió el espinazo. Tras tomar la curva del antiguo mercado del Forum, ya en la placita de Peixateries Velles, aceleró y volvió a mirar atrás con el corazón en la boca. Medio minuto después tenía de nuevo las cuatro sombras a un centenar de

metros. Se acercaban sin ninguna prisa, como el depredador que sabe que su presa está sentenciada. Néstor hizo un cálculo rápido y volvió a apretar el paso. Le quedaban apenas cincuenta metros hasta su salvación. Calculó que le daba tiempo de sobra para llegar si no echaban a correr. Por el rabillo del ojo los vio todavía al fondo de la calle. Se las prometía felices cuando, al volver la vista al frente, vio desplegarse delante de él a otras cuatro figuras espectrales embozadas en largas capas, tan negras como la noche.

Le habían estado esperando en la esquina de Santa Tecla, la preciosa y estrechísima rúa que baja desde la catedral y entronca con Sant Llorenç a apenas diez metros de la puerta de su refugio. Con aire marcial, sin ruidos ni aspavientos, se limitaron a ocupar todo el ancho de la calzada y a esperarle en posición de firmes. Néstor se detuvo en seco. No conseguía verles el rostro, oculto en el fondo de sus capuchas. No había por donde escabullirse. Nervioso, volvió la vista atrás para comprobar cómo los otros cuatro seguían ascendiendo a su espalda. Paso a paso, despacio, sin evidenciar ninguna emoción.

En cuestión de unos segundos lo tuvieron rodeado en el centro de un círculo. El más alto del grupo se retiró un poco la capa a la altura de la cintura y dejó al descubierto un arma semejante a un largo machete. Los demás repitieron el gesto del que parecía llevar la voz cantante.

—Buenas noches, Néstor Azcona, supongo —le saludó una voz de ultratumba.

Néstor tragó saliva sin poder apartar la vista de aquellos enormes cuchillos. El detalle no pasó inadvertido para aquel espectro tenebroso.

—Creo que el señor Azcona no ha visto nunca un gladio de cerca —se burló con sus secuaces mientras sacaba de su vaina la espada corta típica de los ejércitos de Roma—. Tendremos que poner solución a esto... Sujetadlo.

Siete pares de manos le inmovilizaron contra el suelo. No pudo oponer resistencia. El cabecilla se situó a su lado y le susurró al oído:

—No nos gusta que nadie curioseee en nuestros asuntos. Nos han encargado que te dejemos un mensaje bien grabado, para que no te vayas a olvidar... Dime, ¿te gustan los tatuajes?

Sin previo aviso, le arrancó los botones de la camisa para dejarle el pecho al descubierto. Néstor forcejeó para tratar de liberarse. Intentó gritar pero ningún sonido acudió a su garganta, como si algún maleficio le hubiese sedado las cuerdas vocales. Consiguió levantar la cabeza lo suficiente para ver cómo el fantasma iba acercando lentamente a su torso la afiladísima punta de la espada...

Néstor despertó sobresaltado y sudoroso, con la respiración agitada, en la butaca del moderno Alvia que une a diario Tarragona y Alsasua, la estación más cercana a Lekunberri, el pequeño pueblo de montaña entre Navarra y el País Vasco del que era natural su madre. Pilar Eguren había querido regresar a sus orígenes y poner tierra de por medio tras la muerte de Eduardo. Buscaba una vía de escape para dejar atrás el dolor de los recuerdos. Lo había intentado con todas sus fuerzas, pero el ambiente de Tarragona se le hacía irrespirable. De buena posición, su familia la había arropado y la ayudó a encontrar una ocupación que le permitiera superar el trauma y la vergüenza de un suicidio. Así se convirtió en el ama de llaves y mano derecha de Beatriz Ochoa de Olza, la octogenaria heredera de una de las grandes fortunas de la zona.

Después de que Néstor se marchase a vivir a Tarragona bajo la tutela de su tío Ramón cuando ya casi rozaba la mayoría de edad, Pilar se mudó a la mansión de la vieja ritchona. Más que trabajar para ella, se podía decir que eran íntimas amigas. Pilar, una mujer fuerte y dinámica, se ocupaba de las cuestiones domésticas con cuatro personas a su cargo: el jardinero, una doncella, Marisa al cargo de la cocina y un chico para todo llamado Noé, inmigrante de El Salvador al que le estaban tramitando los papeles. Beatriz y Pilar lo habían acogido como un hijo al que educar. Él sería el encargado de recogerle en la estación, según le había anunciado su madre.

Néstor conocía bien la casona de los Ochoa de Olza, a la que iba con frecuencia de adolescente para acompañar a su madre. Allí, mientras la esperaba, nació su interés por los libros. La señora, como la llamaban, estaba muy encariñada con él y encantada de que alguien merodease por la biblioteca, donde acumulaba polvo una notable colección de clásicos de aventuras, conquistas y hazañas bélicas. El abuelo de Beatriz, hombre ilustrado, había participado en las guerras carlistas y la tradición castrense estaba muy enraizada en la familia. Alejandro Magno, Aníbal, Julio César, Gengis Kan, Hernán Cortés y Napoleón se movían por aquel salón mágico como Pedro por su casa.

El tren se detuvo con un frenazo brusco que hizo tambalear a Néstor y a una corpulenta señora de mediana edad que se había situado a su lado frente a la puerta del vagón. Néstor sujetó los equipajes en un acto reflejo y trató de mantener el tipo ante el precario equilibrio de la mujer, que acabó casi colgada de su cuello.

—Gracias, majo... Cada día estoy más torpe.

—No se preocupe, baje usted con cuidado, yo la ayudo con la maleta.

Néstor trató de fingir suficiencia al bajar los escalones con un maletón que pesaba un quintal. Sofocado por el esfuerzo, dedicó una sonrisa de circunstancias a su protegida.

—Qué gusto da topar con gente joven y educada. Quién tuviese unos años menos... Que Dios te bendiga —se despidió la buena mujer, que hurgó en el bolso y sacó un par de

caramelos—. Toma, hijo, así te endulzas el día.

Néstor se quedó pasmado en el andén con las chucherías en la mano mientras su admiradora se perdía al fondo de la estación de Alsasua, poco más que un modesto caserío con su porche para proteger de la lluvia a los viajeros. Una mano le tocó en la espalda.

—Buenos días, señor Néstor. ¿Ha tenido buen viaje? —le saludó un chico pequeño pero fornido, con el pelo negro azabache y rasgos indígenas.

—Hola, Noé. ¿Cómo va todo por aquí? Te he dicho cien veces que me tutees y que no me llames señor.

—No se enoje. Pura costumbre, señor Néstor —repitió con su acento cantarín—. Déjeme que le lleve el equipaje.

Antes de que pudiera negarse, Noé ya caminaba hacia un lujoso Mercedes todoterreno, limpio como una patena. A la propietaria, bastante hipocondríaca, no le dolían prendas al invertir en vehículos de alta gama que certificasen su seguridad en un clima tan duro como el del valle de Leitzaran, donde la nieve, el granizo y las heladas hacían acto de presencia cada invierno. Y nada le gustaba más a Noé que mimar los coches de su jefa. En su escala de valores, una casa propia y una esposa que le diese hijos sanos estaban a la misma altura que un buen carro. En busca de ese sueño había cruzado el océano dejando atrás a los suyos.

—¿Qué le parece el nuevo juguete de la señora? Cuatrocientos caballos, *fully equipped*..., una bestia —le informó Noé con el mismo orgullo de un padre que conduce a su hija al altar—. ¿Lo quiere probar?

—Deja, deja..., ya sabes que no es lo mío. A ver si lo voy a rozar y tenemos un disgusto.

—Como prefiera. —Noé no consiguió disimular su alivio.

Ya en la carretera hacia Lekunberri, Noé seguía glosando las maravillas tecnológicas del Mercedes. Que si el ordenador de a bordo hacía esto y lo otro, que si los sensores, que si las ventajas del motor híbrido... Néstor, con la mente muy lejos de allí, apenas le prestaba atención, con la vista perdida a su derecha. Como quien escucha una antigua canción dormida en el disco duro de la memoria sentimental, la sierra de Urbasa arrastraba su mente hacia las caricias de otro tiempo. La sensación se hizo más intensa al girar a la izquierda en Irurtzun y entrar en el valle a través del desfiladero de Dos Hermanas. A la vieja canción de fondo se le sumaron entonces los olores y sabores caseros marmados desde la infancia.

Volvía a lo que en parte consideraba su casa, y sentía bullir en la sangre la fuerza de las raíces. Desde niño había pasado muchos veranos asilvestrado con sus primos en un planeta verde, oculto bajo la naturaleza exuberante de la frontera entre Navarra y el País

Vasco, con la sierra de Aralar como horizonte. Aquel paisaje esmeralda de praderas y bosques frondosos le devolvía a una vida seudosalvaje donde las preocupaciones básicas pasaban por depurar la técnica para construir cabañas, entrenar la puntería con el tira-chinas o seguir a la carrera la estela de sus camaradas sin caer asfixiado por la fatiga.

De haber tenido que enumerar los momentos más felices de su existencia, seguro que Néstor habría incluido algunos pasajes de sus vacaciones en la casa de los Eguren.

La muerte de su padre y la profunda tristeza de su madre lo cambiaron todo. Volvieron a Lekunberri, esa vez para quedarse, pero la inocencia y la despreocupación se habían esfumado. Sin saberlo siquiera, había comenzado su vida adulta. Se volvió más arisco e introvertido; incluso sus primos comenzaron a tratarlo sin la complicidad de antaño.

Las turbulencias de la adolescencia —con un cuerpo al que le dio por estirar hasta dejarlo hecho un guiñapo enclenque y larguirucho—, junto a su querencia por buscar refugio en la biblioteca, no ayudaron a calmar las aguas. En un pueblo de montaña donde los machos alfa marcan su posición a base de fuerza bruta, Néstor no tardó en convertirse en carne de cañón. En el mejor de los casos, él era la diana de chanzas crueles y bromas pesadas en el instituto; cuando no había tanta suerte llegaban las collejas o las patadas. Sus primos Juantxo y Eneko no participaban en el festival del humor, pero preferían mirar hacia otro lado.

Pilar asistía preocupada al progresivo aislamiento de su hijo. Lo veía triste y apagado. No le habían pasado desapercibidos los moratones que aparecían día sí y otro también en brazos, piernas..., incluso alguna vez en la cara. Néstor se limitaba a contestar que se había caído. En su interior, más que los golpes, lo que le escocía de verdad era el desprecio. El desdén por lo diferente; el Catalán, como le llamaban, retraído e inteligente, no encajaba en aquel mundo primitivo.

La gota que colmó el vaso y terminó con Néstor de vuelta a casa de sus tíos en Altafulla tenía un nombre propio: Asier. De entre todos los gallos del lugar, era sin ninguna duda el que más disfrutaba haciéndole la vida imposible, en parte quizá por envidia ante su propia incapacidad para concentrarse en los estudios. Era una fuerza de la naturaleza, uno de esos chavales que ya rozan los dos metros a los catorce años. Jugaba a pelota vasca y había ganado todos los campeonatos de su categoría. Su condición de firme promesa deportiva hacía de él un semidiós entre los chicos de su edad.

Néstor intentaba por todos los medios no mezclarse en tratos con la divinidad. Sabía que cualquier excusa sería buena para que la tomara con él. La última mañana de Néstor

en el instituto de Lekunberri, Asier estaba en el patio rodeado de varios amigos. Y él no pudo evitar pasar cerca del grupo.

—Eh, tú, Catalán, ¿a dónde te crees que vas? Ven aquí, hombre, que tengo que contarte una cosita.

—Dejadme en paz, no puedo ahora —musitó Néstor sin detenerse.

Dos de los colegas de Asier le cortaron el paso y le empujaron hacia donde esperaba el cabecilla.

—¿A qué viene tanta prisa? ¿Ya te largas a meterte debajo de las faldas de mami?

—Tengo que estudiar.

—Tanto leer y estudiar, ¿para qué? ¿Para mirarnos por encima del hombro?

—Yo no miro a nadie, ni por encima ni por debajo. Me gusta leer, sin más.

—Por mucho que leas, siempre vas a ser el imbécil de la clase.

—Y tú un matón analfabeto —susurró Néstor.

Aunque no pudo oírle, Asier percibió el desafío y le agarró por las solapas.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Me da igual lo que digas... Eres un puto tarado. Seguro que tu padre era igual. A ver si tú también te suicidas y nos dejas en paz.

Como remate, Asier le lanzó un escupitajo a la cara. Todos le rieron la gracia. Todos menos Néstor, que no se pudo controlar. Nunca supo de dónde sacó el valor para encarnarse con aquella bestia. Toda la ira acumulada durante años se desbordó en el bofetón que le estampó en toda la cara. Se hizo un silencio tan espeso como el de un funeral. Asier se palpó la mejilla, mudo por la sorpresa, antes de embestir como un miura. La lluvia de golpes que vino después, cuyos efectos no pudo ocultar a los ojos de su madre, le sirvió como pasaporte de regreso a Tarragona, donde había crecido hasta la muerte de su padre.

Ensimismado en la neblina de aquellos recuerdos tristes, Néstor necesitó la voz de Noé para cerciorarse de que habían llegado a destino.

—Vaya a saludar a su madre, que le está esperando impaciente. Yo me encargo del equipaje.

—No hace falta, de verdad...

—Se lo pido por favor, no se demore, ella le ha echado mucho de menos desde la última vez y tendrán tanto que contarse... —Noé alzó la vista y una mano hacia una ventana.

Pilar le devolvió el saludo, le lanzó un beso con la mano a Néstor y desapareció tras las cortinas de gasa blanca.

Erregenea —«hogar del rey», en euskera— era un inmenso caserío centenario con la fachada de piedra —igual que los escudos de armas de la familia— y elegante tejado a dos aguas. La madera de las contraventanas y las gruesas vigas le conferían el carácter de las construcciones de otro tiempo. Los geranios rojos en los alféizares y en la balconada principal remataban un conjunto de casa encantada, como de cuento. Néstor cruzó el patio ajardinado, con el césped tan perfectamente cortado que no envidiaría al de un campo de golf. Se plantó delante del portón, más propio de un castillo que de una vivienda, y antes de que pudiera tocar el timbre, se abrió una de las hojas de madera labrada.

—Hijo mío... Pasa, pasa. Bienvenido a casa.

Néstor y su madre se fundieron en un largo abrazo. Pilar era una mujer alta, todavía esbelta a sus cincuenta y pocos, pero no llegaba ni por asomo a la estatura de su hijo. Vestía ropa cómoda y elegante, con un maquillaje discreto. Nunca había querido teñirse las canas y tampoco hacía ningún esfuerzo por disimular las arrugas; uno de sus deportes favoritos, cuando veía junto a Beatriz los programas del corazón en la tele, consistía en poner a caldo a las famosas operadas, con sus morros de muñeca hinchable y las caras deformadas por el bótox.

—Mi niño... —se separó un paso de su hijo—, déjame que te vea bien... Estás hecho un hombrecito, pero te veo algo delgado. Voy a hablar con Marisa para que te prepare algo con fundamento...

—Ja ja, venga, *ama* —desde pequeño Néstor siempre la llamaba mamá en euskera—, hay cosas que no cambian nunca. Si fuese por ti, me cebarías como a un lechón. Déjame que te vea yo a ti...

Ella dio una vuelta completa sobre sí misma y posó con la pierna cruzada como una modelo.

—No estoy mal de chasis todavía, ¿eh? El motor ya es otra cosa, me siento como un cacharro viejo. Estoy cansada.

—No digas bobadas, estás genial. ¿Y Beatriz?

—Ahora la verás tú mismo. —Pilar le cogió de la mano y subieron juntos—. Ha insistido en que pases a saludarla nada más llegar. Ya sabes el cariño que te tiene.

—¿Y los tíos?

—Como siempre. Aquí el tiempo pasa despacio y deja pocas novedades. Apenas los veo y, sinceramente, tampoco tengo muchas ganas de aguantar la verborrea de tu tía. No sé qué pudo ver en ella mi hermano Tomás, con lo callado que es.

—¿Sabes algo de Juan txo y Eneko?

—Esos apenas vienen ya por aquí. De vez en cuando aparecen para ver a sus padres. Hacen la visita del médico. Uno trabaja en una fábrica de Pamplona y otro en Bilbao, en cosas de construcción o algo así, según me ha contado tu tía alguna vez. Se le llena la boca con sus hijos, pero yo prefiero no cruzarme con ellos. Tú ya sabes por qué.

—*Ama*, eso es agua pasada. No podemos vivir amargados toda la vida. Ellos no hicieron nada.

—Justamente por eso. Esos dos sinvergüenzas no hicieron nada para ayudarte, ni siquiera hablar conmigo. Bueno, vamos a dejarlo, que no me quiero encender... Sabes lo que pienso y no me vas a hacer cambiar de opinión.

Cuando llegaron al final del pasillo, Pilar golpeó suavemente con los nudillos la puerta de la habitación de la señora y entraron en una estancia que se daba un aire a las *suites* de los grandes hoteles de lujo, con su sala de estar para la televisión y la zona de dormitorio con vestidor y baño privado. Una anciana en silla de ruedas dormitaba junto al ventanal.

—Mira quién ha venido a verte —la despertó Pilar.

La dueña de la casa abrió los ojos desorientada. Distinguió a Néstor y le sonrió.

—Nuestro niño... Te hemos echado de menos. Ven aquí, acerca una silla y siéntate a mi lado.

Néstor le cogió las manos con dulzura y la besó en la mejilla. La observó, tapada hasta la cintura por una manta de lana, con la movilidad reducida y las fuerzas en retirada. Su fiel protectora, su aliada incluso en los peores momentos, la que nunca escatimó una palabra de cariño o una explicación paciente a sus preguntas... Y eso que Néstor desconocía la fortuna que se había gastado en abogados para exigir responsabilidades al colegio por todo lo que le habían hecho sufrir. La encontró menguada, pero la vivacidad de sus ojos, sus labios pintados de rojo y su pelo cano perfectamente arreglado —una peluquera iba a Erregenea tres veces por semana— revelaban su intención de seguir dando guerra.

—¿Cómo se encuentra? —se interesó Néstor.

—No me hables de usted, que todavía no me he muerto, coño... Pues te puedes hacer una idea, llena de achaques y atada a esta silla viendo cómo se me escapa la vida. Esto es como una obra de teatro macabra, pero rendirse no es una opción. Menos mal que tengo a tu madre... Soy una carga para ella, a ver si Dios se me lleva cuanto antes.

—No digas bobadas —la reprendió Pilar.

—Es la verdad, pero vamos a hablar de cosas más alegres, que no te vemos todos los días. ¿Cómo estás tú? ¿Sigues leyendo todos los días como te enseñé?

—Lo intento. Leo siempre que tengo un rato, pero a veces no puedo por el trabajo.

—¿Cuándo te vas a quitar ese estúpido disfraz de policía? Tú vales demasiado para perder el tiempo así. ¿No prefieres hacer una carrera de Letras, que es lo tuyo? Hazlo por mí, me darías un alegrón antes de irme al otro barrio. Si es por dinero...

—Sabes que no es eso —volvió a terciar Pilar—, deja al chaval en paz; ya encontrará su camino. De momento, su tío Ramón le está ayudando a endurecerse. No le podemos tener siempre entre algodones.

—¿Cómo te trata ese bruto?

—Estoy bien, no os preocupéis por mí. Sigo aprendiendo en la universidad de la calle. Cuando llegue el momento, quizá me matricule en la otra. Por ahora me basta y me sobra con esta.

—Espero que no te me atrofies entre tanto cateto. Tengo puestas muchas esperanzas en ti. No me defraudes.

—Eres una mandona incorregible —le cortó Pilar—. Cómo se nota que te viene de cuna... Haz el favor de no presionarle.

—No me salgas con el papelón de madre coraje, que sabes que lo digo por su bien... Seguro que estás muerto de hambre. ¿Has comido algo? Pilar, dile a Marisa que tenemos un invitado.

—Sí, ya la he avisado. Está preparando alubias y bacalao.

—Bien. Bajad a comer. Néstor, vuelve luego y me sigues contando. Mejor sin tu madre —bajó la voz y le guiñó un ojo—, que no nos deja charlar a gusto.

Néstor, que ciertamente tenía hambre porque no había desayunado con las prisas por llegar al tren, se despachó una comida pantagruélica en la cocina junto a su madre y Marisa. El sabor de las alubias de Tolosa y el bacalao frito —con cebolla y pimientos verdes— volvieron a obrar el milagro de transportarlo hasta los días luminosos de su infancia, antes de que las sombras llegaran para quedarse. Su madre disfrutó viéndole engullir como solo las madres pueden hacerlo bajo ese patrón genético de proteger la supervivencia de su sangre. Una cuajada casera remató el banquete.

—Vamos a tomar el café a la biblioteca. Tengo una sorpresa para ti.

Pilar abrió el despacho principal de Erregenea e invitó a su hijo a entrar en aquel santuario forrado de maderas nobles con estanterías hasta el techo y miles de volúmenes acumulados durante varias generaciones. Para Néstor significaba una puerta a otra dimensión, a un mundo cálido y sereno donde tantas y tantas veces se había refugiado del frío, el que correspondía a un clima inhóspito de montaña, y de ese otro, todavía más gélido, que cala hasta los huesos por obra y gracia de la crueldad del ser humano. Como la ventana por la que Alicia se asomaba a su mundo mágico, para él franquear aquella en-

trada no se diferenciaba en nada a la de la cámara acorazada, repleta de fajos de billetes hasta los topes, de un banco central.

Néstor fue pasando la mano por los lomos de los libros que se apilaban a la altura de sus ojos, viejos conocidos que le daban la bienvenida al hogar como los personajes de Conrad, Dickens, Melville, Stevenson y Verne, que se iban inclinando cortésmente desde sus respectivos rincones. Madre e hijo se sentaron en dos grandes sillones orejeros junto a la chimenea encendida y su hipnótico crepitar. Néstor se fijó en un gran paquete primorosamente envuelto en un papel dorado sobre la mesita de café.

—Cógelo. Es para ti. Para que no te olvides de nosotras.

—*Ama*, no hace falta que me regales nada. No soy muy efusivo, pero os llevo siempre conmigo.

—No seas tonto. Anda, ábrelo. Beatriz me ha insistido mucho para que te lo quedes. Y no te doy más pistas.

Néstor rasgó el papel e inmediatamente reconoció la portada de uno de los primeros libros que la dueña de Erregenea le había prestado. Uno de sus preferidos. Era un *Miguel Strogoff* de la parisina Hachette, de 1934. Estaba en francés, pero la historia estaba contada con unas maravillosas ilustraciones en un formato enorme —casi cuarenta por veinte centímetros, y unos dos kilos de peso— que Néstor en su día había requetesobado una y otra vez.

—No puedo aceptarlo, *ama*. Es demasiado.

—Ya sabes cómo es Beatriz. Si tienes narices, subes y le explicas que no lo quieres. A ella le hace mucha ilusión que lo tengas tú, así que no le des un disgusto, anda, no seas tozudo.

—Es que me siento en deuda y no sé cómo daros las gracias... Yo no te he traído nada...

—Ni falta que hace. Yo soy tu madre.

Néstor acarició el enorme volumen y se abrazó a él sonriente.

—Sé de una persona que va a alucinar cuando vea esto. —El brillo de los ojos de Néstor no pasó desapercibido para su madre.

—¿Una persona? Ejem... —carraspeó en broma.

—Bueno, sí, una chica que he conocido. Se llama Blanca y trabaja en la biblioteca. Por eso sé que va a flipar.

—¿Te gusta?

—Ya estamos, *ama*..., que solo somos amigos. Nos acabamos de conocer.

—No me has contestado a la pregunta. —Pilar puso el polígrafo en funcionamiento.

Néstor intentó esquivar la mirada de su madre, pero se dio por vencido. No pudo evi-

tar ruborizarse.

—Bueno, sí, me gusta. ¿Y qué? Me gusta mucho, pero no me hago ilusiones.

—A mí no me engañas. Tú estás coladito por esa chica. La próxima vez la traes contigo.

—No te montes películas. Solo he dicho que, por su profesión, va a saber valorar una edición como esta. ¿Ya vale, no? —la riñó Néstor cariñosamente—. Cambiemos de tema. Por cierto, tengo que preguntarte algo que me interesa y sobre lo que nunca me has hablado.

—Dime, hijo.

—¿Qué es lo que pasó exactamente entre mi padre y Mario Bocanegra?

A Pilar le cambió el semblante.

—¿A qué viene eso ahora? ¿Por qué me lo preguntas?

—Nada importante. Es que hace unos días conocí a una persona que me habló de ellos dos. Que se trataban mucho y que, de algún modo, la depresión de papá tuvo que ver con él y sus negocios.

Pilar dudaba si avanzar por ese campo minado; sabía que estaba trufado de trampas y recorrido por traidoras arenas movedizas.

—Prefiero no hablar de ese tema. Ya sabes que me entristece mucho.

—No podemos pasarnos toda la vida así, *ama*. Estoy harto de secretos.

—Mira, Néstor —le dijo con la paciencia de quien se dirige a un niño—, hurgar en las heridas del pasado no nos va a llevar a ningún sitio. Aunque ha pasado el tiempo, siguen supurando.

—Ese silencio no me ayuda nada, *ama*. Es como una gangrena para el corazón. Nos estamos pudriendo por dentro, y creo que nos ha llegado el momento a los dos de sajar para que salga todo el pus acumulado. Siento que lo necesito para saber quién soy realmente.

Pilar bajó la cabeza y suspiró. Ni una bandera blanca hubiera escenificado mejor la rendición.

—Está bien. Tú ganas. Pero luego no me culpes. Recuerda siempre que fuiste tú el que decidió abrir la caja de los truenos.

SEGUNDA PARTE

Perfer et obdura, dolor hic tibi proderit olim.

[Sé duro y paciente, ese dolor te va a servir algún día].

OVIDIO, poeta romano (47 a. C.-17 d. C.)

La roca Tarpeya

Al cumplirse la última semana de abril llegaba el tiempo de la Vinalia Urbana, la fiesta del vino compartida por Venus y Júpiter en la que prostitutas y muchachas de baja extracción social se reunían en el templo de la colina de Venus Ericina para copular con el mejor postor a cambio de belleza y ascenso social.

25 de abril

Somnoliento, con los biorritmos bajo mínimos, apenas estimulados por las primeras luces de la mañana, Faustino conducía los despojos de lo que en su día debió de ser un flamante VW Golf, veinte años antes de abrir una ficha técnica de trescientos mil kilómetros y cinco propietarios diferentes. Había quedado con Néstor a las ocho en el Portal de Sant Antoni, un envoltorio barroco del siglo XVIII diseñado para dar lustre a la mayor de las puertas que se conservan en la muralla romana con un resultado más que dudoso. Pepe Miralles los esperaba media hora más tarde en el acueducto de Les Ferreres, más conocido como el Pont del Diable.

Néstor estaba en la acera de enfrente para evitarle a Faustino la tortura de entrar en el laberinto de callejuelas que convertían el recinto amurallado en una trampa para conductores tan nulos como su amigo. Su patrulla del turno de noche apenas le había dejado descansar un par de horas, y el sobresalto por la alarma del móvil le había sentado como una patada en la entrepierna. A ritmo de uno de esos tonos telefónicos que la gente de bien llega a odiar con toda su alma, había jurado en arameo por el madrugón. Maldijo hasta la extenuación a Faustino, a Pepe Miralles y a la puñetera alineación astral que le había metido en todo aquel lío.

Hacía solo unas semanas hubiera jurado sobre la tumba de su padre que no volvería a escuchar las milongas de Faustino ni a saber nada más del experiodista zumbado que vivía en el Serrallo. Pero las prioridades habían cambiado. Los detalles del relato de su madre, unos días atrás, habían aumentado exponencialmente su interés por conocer mejor la saga de los Bocanegra. Intuía que abrir la puerta de aquel coche desvencijado

suponía algo más que entrar en el estercolero particular de Faustino. Aun así, se sentía empujado por una fuerza interior —desconocida para él— a rellenar los huecos vacíos en la historia de Eduardo Azcona y Mario Bocanegra. Necesitaba saber más.

—*Bon dia*, Néstor. Espera, que te hago sitio. —Faustino tiró al asiento trasero su colección de folletos publicitarios, bolsas, botellas de plástico y envoltorios de comida rápida.

—Esto es una pocilga. Solo me faltaba esto para empezar el día...

—Perdona, hombre, no te pongas así, es que no me ha dado tiempo a adecentar el Ferrari.

—Anda, conduce y calla, que me tenéis contento tú y tu detective de pacotilla. No podía tener otra ocurrencia más brillante que hacernos ir al Pont del Diable a las ocho y media de la mañana de un sábado.

—Imagino que es para librarnos de los curiosos. —Faustino frenó en un semáforo en rojo—. Los fines de semana hay bastante movimiento.

—También podías haber ido tú solito y dejarme descansar un poco.

—Ha insistido en que vengas. No sé, no ha querido decirme el porqué de tanto interés...

Diez minutos y cuatro kilómetros después, Faustino aparcaba en una explanada habilitada para las visitas al monumento en una zona boscosa al norte de la ciudad. El rastro del relente nocturno y la humedad, acentuados por el contraste entre la calefacción del coche y la frondosidad del paraje, los hizo temblar. Se subieron hasta arriba las cremalleras de las chaquetas mientras se dirigían hacia el acueducto por una pista de tierra. El penetrante olor a pino los escoltó durante unos trescientos metros, hasta que llegaron a la antigua casa del guarda: una construcción blanca de dos pisos y aire modernista con detalles en cerámica azul —colocados a modo de mosaico, el famoso *trencadís*—, convertida en restaurante y epicentro de un parque ecohistórico dedicado a la divulgación del atractivo cóctel de los secretos de la ingeniería romana con los caprichos de la flora y la fauna.

La casita sirvió en su día de refugio al vigilante de los jardines románticos creados en el siglo XIX por los hermanos Puig i Valls, pioneros de la ecología moderna. Marià Puig i Valls dejó por escrito hace más de 150 años que los pueblos más cultos son los que mantienen un *fervoroso* cuidado de los ancianos, los enfermos, los árboles y los pájaros.

Faustino se detuvo para saludar al simpático siciliano que regentaba el restaurante y que ahora estaba montando la terraza. Llevaba varias décadas en Tarragona, desde que se enamoró durante un Erasmus en Edimburgo de la hija de un empresario local, al que habían dado dos nietos.

—*Buongiorno, Sebastiano! Come vai?*

—¡Qué pasa, Faus! ¿Cómo tú por aquí a estas horas?

—Nada, que nos toca dar un paseo tempranito con un amigo... Por cierto, ¿has visto pasar a un tipo con bastón y barba larga?

—No, acabo de llegar. ¿Queréis un café?

—Te lo agradezco, pero llevamos un poco de prisa. Me alegro mucho de verte. A ver si nos pasamos luego y charlamos un rato.

Sebastiano siguió ordenando sillas y mesas para los desayunos, mientras Néstor y Faustino se adentraban en una acogedora selva verde dominada por pinos centenarios. No tardaron en doblar un recodo a la izquierda y vislumbrar entre el ramaje los primeros tímpanos de la arquería. A cada paso que daban, la arboleda se iba retirando y, como una elegante escolta de gala, se abría a un pequeño mirador. Realmente impresionaba toparse de pronto con la majestuosidad de los treinta y cuatro arcos de medio punto dispuestos en una doble arquería de más de doscientos metros de longitud y cerca de treinta metros de altura en su punto más elevado.

Néstor, que hacía muchos años que no había pasado por allí —creía recordar que en una visita del colegio—, quedó impactado por las dimensiones del desafío de los constructores romanos para cruzar el barranco de Els Arcs y llevar agua a la ciudad, a una distancia de veinticinco kilómetros desde el río Francolí, al que ellos llamaban *Tulcis*. De los tres antiguos trazados en la ruta del agua hasta Tarraco —dos desde el Francolí, al noroeste de la ciudad, y otra desde el río *Gaià*, al este—, el tramo del acueducto de Les Ferreres era el más largo y del que más se enorgullecían sus constructores.

—Hostias, no me acordaba de que fuera tan... —exclamó Néstor.

—Acojona, ¿eh? El acueducto estaba hecho polvo. Las sales del agua habían causado tantos estragos en la piedra que se deshacía en las manos. Había incluso riesgo de derrumbe, pero por suerte lo restauraron en 2011. Es un espectáculo, todo un prodigio de equilibrio y de precisión.

El Pont del Diable impresionaba todavía más conforme se iban acercando a la base de las pilastras maestras en las que, como en un delicado castillo de naipes, se sustenta toda la estructura superior. Néstor fue a sentarse en una estrecha repisa pétrea que rodeaba el primer pilar, una mole cúbica de unos dos metros de lado, y se fijó en el efecto de dos milenios de erosión. Las crecidas de los torrentes del barranco habían dibujado caprichosas curvas en la caliza. Faustino no desaprovechó la ocasión de dar rienda suelta a su pasión por aquella muestra excepcional de la civilización que había amamantado al Viejo Continente.

—Fue un trabajo de chinos devolverle la salud; los conservadores se pasaron tres

años, prácticamente piedra por piedra. Un amiguete que trabajó aquí me contó que se sanearon más de veinticinco mil puntos. Normalmente los romanos construían al seco, sin mortero en las juntas, pero aquí innovaron su técnica habitual y sí lo usaron. Por eso los conservadores tuvieron que utilizar hasta siete tipos diferentes de morteros de cal para evitar reacciones dañinas en la piedra. Tuvieron que estudiar las técnicas de construcción, la química de los materiales...

—Me recuerda un poco a los colegas de la Científica —observó Néstor mientras pasaba los dedos por el almohadillado de los sillares, un trabajo de cantería de primera.

—Algo así. En este acueducto se utilizaron por primera vez en Tarragona análisis como los del radiocarbono y la luminiscencia inducida, para datar su antigüedad exacta.

—¿Y cuál es?

—Los resultados confirmaron lo que se sospechaba: tiene unos dos mil años, con un margen de error de un siglo. Por el estilo, los expertos creen que lo mandó construir el emperador Augusto...

—¿Dónde coño se habrá metido Pepe? —Néstor miró el reloj—. Tanto madrugar para estar aquí de cháchara.

—Ya sabes cómo es... Si quieres, vamos subiendo y echamos un vistazo desde arriba.

—Vamos.

Néstor encaró la ascensión por la ladera, llena de arbustos y gravilla suelta. Su ligereza contrastaba con la torpe silueta de Faustino, que comenzó a boquear después de los primeros tres pasos. Tenían unos cincuenta metros de subida hasta el *specus*, el canal por el que circula el agua. El Pont del Diable no solo es uno de los acueductos romanos mejor conservados del mundo, sino que posee la peculiaridad de poderse cruzar de punta a punta por la antigua canalización.

—¿No se podía traer el agua de forma más sencilla, sin tanta historia? —se interesó Néstor, a sabiendas de que se exponía a que Faustino le obsequiase con una paliza importante.

—Buena..., aarf..., observación..., aarf... —Los pulmones de Faustino se amotinaban ante la doble tarea que les exigía su dueño y sonaban como un fuelle agujereado—. Para..., aarf... Hostias, para un minuto y déjame respirar... Buuuuff. Lo hacían por una cuestión de estatus.

—¿Estatus? Qué bobada... ¿De quién?

—De la propia ciudad. La sobriedad del estilo del acueducto encaja con la época de Augusto, que construyó otros magníficos, como el Pont du Gard, cerca de Nimes, a través de su brazo ejecutor, Agripa. Bien, se cree que el emperador dirigió personalmente desde Tarraco las guerras contra los cántabros, a los que sometió hacia el año 25 antes

de Cristo. La victoria le puso de tan buen humor que convirtió Tarraco en capital de una de las dos provincias hispanas —en aquella época, una de las más grandes del imperio, ya que abarcaba todo el norte y más de dos tercios de la Península—, le concedió el título de Urbs Triumphalis y el honor de una conducción de agua como esta.

—¿Una obra faraónica de regalo? No está mal.

—Estaba en juego la imagen del poder de Roma. El agua es un elemento central de la civilización romana. Es lo primero que miraban para fundar sus ciudades... Calculaban un flujo de mil litros de agua por habitante y día. Les encantaban las termas... Si quieres, te explico cómo funcionaban, es impresionante los sistemas que utilizaban.

—Vale vale, *stop*. No sé por qué se me ocurre preguntar.

Néstor reemprendió la subida con Faustino a su estela luchando contra los caprichos de la gravedad. Se detuvo unos veinticinco metros más arriba, ya muy cerca del acceso al canal. Mientras esperaba a su amigo, se giró para contemplar la colosal estructura pétreas con la nueva perspectiva que le daban la altura y la erudición de aquel globo enrojecido que llegaba resoplando, a punto de estallar.

—Te prometo..., aaarf..., que me apunto a un gimnasio..., aaaarf..., de este año no pasa —farfulló Faustino.

—Ya. ¿Dónde habré oído yo eso? —se burló Néstor—. Mira a quién tenemos ahí.

Hierático, desafiante, como uno de esos dioses mitológicos de larga barba y melena indomable, Pepe Miralles permanecía impertérrito a treinta metros de altura en el centro del Pont del Diable con las dos manos apoyadas en su bastón —no se atrevieron a preguntar cómo había subido hasta allí— y la vista fija en el horizonte. Néstor y Faustino alcanzaron el nivel superior y se adentraron en el *specus* de uno en uno, ya que la anchura del paso no daba para más. La reciente restauración había servido para recrecer las cornisas y disminuir así el riesgo de caídas.

—¿Notas la pendiente? —preguntó Faustino mientras se acercaban a Pepe.

—No, no noto nada, me parece plano.

—Es tan suave que casi no se aprecia, pero es de una precisión alucinante, con una medida exacta de 1,4 metros por cada 1000. Para que el agua fluyese lentamente por gravedad y no dañara el conjunto.

—Para que luego termine de paseo por aquí un mastodonte de ciento veinte kilos. Se tirarían de los pelos si te pudiesen ver..., tú sí que eres un problema estructural —se mofó Néstor, ya casi al lado de Pepe, que los miraba como a dos insectos.

—Llegáis tarde, tortolitos. Os he estado observando: menudo equipo de élite que formamos. Un cojo, un gordo que casi llama a la ambulancia por subir una cuestecilla y un

enclenque con pinta de espantapájaros. Por cierto, sujétate fuerte, que aquí sopla un viento del carajo y a ver si vamos a tener una desgracia.

—Mira qué gracioso se ha levantado Colombo. —Néstor se burló de su gabardina raída y pasada de moda—. Ya que nos haces madrugar, ¿te es tan difícil dar los buenos días como las personas normales?

—Vaya vaya con el señorito Azcona, resulta que tiene algo más que horchata en las venas. Que te quede clarito, nunca he querido pasar por una persona normal. Por favor, te ruego que no me insultes.

—Ya está bien, ¿no? —terció Faustino—. Y eso va por los dos, hacedme el favor de comportaros como adultos. Bueno, Pepe, ¿qué es eso tan importante que tienes que decirnos a las ocho de la mañana?

Pepe Miralles volvió a mirar a la lejanía pensativo, como si sopesara compartir o no sus secretos con aquella versión chapucera de Laurel y Hardy. Sin mediar palabra y sin ninguna prisa, dejó el bastón apoyado en el pretil, se empujó con los brazos para sentarse sobre la cornisa —de unos cuarenta centímetros de anchura— y se puso en pie trabajosamente. Néstor y Faustino contemplaron horrorizados la precariedad de su equilibrio. Cualquier movimiento en falso y la mala leche de Pepe Miralles terminaría desparamada muchos metros más abajo. Faustino se apresuró a sujetarle un tobillo.

—Mierda, Pepe, no hagas el idiota y baja de ahí, que te vas a matar.

—De verdad, yo paso, Faus, este tío está como un cencerro. —Néstor hizo el ademán de regresar por donde había llegado.

—Creo que sé lo que pasó aquí la noche de la cita *fantasma* en la que el Centurión la pifió al convocar a un grupito de la Legio IX Hispana, supuestamente por un error con el WhatsApp. —Las palabras de Pepe, claras, concisas y contundentes, resonaron como un trueno—. Si no recuerdo mal: «Pont del Diable, donde siempre. Misma hora».

—¿Vosotros tendríais las pelotas suficientes para tiraros desde aquí? —les planteó Pepe—. Asomaos, asomaos... Hace falta un par de narices, ¿verdad? Se te ponen de corbata solo de pensar en esas décimas de segundo que transcurren hasta que te estampes contra el suelo; la incertidumbre de si duele o no, de si llegas a sentir algo después del golpe... Venga, asomaos, no seáis nenazas.

Faustino y Néstor sacaron tímidamente las cabezas al vacío. Ninguno de los dos padecía de vértigo, pero aun así la caída cortaba la respiración.

—¿Qué? —insistió Pepe—. ¿Tendríais huevos o no?

—Va a ser que no —confirmó Faustino.

—No —refrendó Néstor.

—¿Sabéis cuántos suicidios se han registrado aquí en los últimos veinte años? —Pepe

dejó en el aire la pregunta retórica mientras se apoyaba en Faustino para bajar de la cornisa.

—Ni idea.

—Más de cuarenta. Muy poca gente lo sabe. Los periódicos siguen considerando el suicidio un tema tabú y no acostumbran a informar sobre ello. Se dice que para no provocar un efecto llamada... ¿Y adivináis cuando fue el último? Echadle un poco de imaginación.

—No me jodas... —Faustino sacó su móvil y buscó la fecha del mensaje erróneo que el Centurión olvidó eliminar—. ¿El... 24 de enero? —tartamudeó.

—No. Hace dos días. Tampoco ha trascendido. El anterior sí fue el 24 de enero, justo esa noche en que el Centurión os convocó, imaginemos que por equivocación.

—Hostias —murmuró Néstor.

—Eso no es todo. ¿Cuántos creéis que tenían antecedentes penales?

—¿Un tercio? —probó Néstor, en un alarde de pericia policial.

—Al menos las dos terceras partes, y todos cortados por el mismo patrón. Chusma. Gente muy violenta, de familias desestructuradas y mala ralea: navajeros, buscavidas, rateros, camellos de poca monta..., por no hablar de chulos, puteros, proxenetas metidos en la trata de blancas... Todos ellos sin delitos demasiado graves pero auténticos hijos de puta. No hay que bajar al infierno para encontrarse con los demonios, ya los tenemos aquí arriba con la única misión de joder al prójimo. Y con otra particularidad: son de los que entran en el Juzgado por una puerta y salen por la otra decenas de veces hasta que la lían parda y los enchironan una temporada. No demasiado larga, claro, que hay que reinsertar a los pobrecitos. No tardan ni unas horas en volver a las andadas. Si les preguntase un desconocido, mis fuentes en la Policía siempre negarán la mayor, ya sabéis, con ese discurso políticamente correcto sobre el valor de la vida humana y bla bla bla, pero si charlas en confianza te confiesan que sacarían el cava cada vez que palma un bicharraco de estos.

—¿Quién era el que, supuestamente, se quitó de en medio hace dos noches?

—Todo un figura. Un matón que se dedicaba a violar y apalizar jovencitas para explotarlas en los burdeles sin que se les ocurriese rechistar. En sus ratos libres también se divertía a su manera. Su última hazaña, por la que estaba en busca y captura como sospechoso, consistió en entrar en casa de una pareja de ancianos. Los ató y amordazó. Torturó al viejo para que la señora le dijese dónde escondía el dinero y las joyas, y para que le diese todos los códigos de cartillas y tarjetas. El pobre hombre murió a los pocos días a consecuencia de las heridas. No os daré los detalles escabrosos, basta que os diga que el muy cabrón usó un taladro.

—¿Insinúas que lo... han ajusticiado? —sondeó Faustino.

—Digamos que es una hipótesis de trabajo. Tengo un amigo en la Científica que me ha filtrado el informe. Imagino que sabréis que la posición del cadáver de alguien que se suicida no es la misma que si es empujado o se lanza al vacío huyendo de algo.

—¿Qué creen que sucedió con este? —preguntó Néstor.

—No lo tienen claro, pero vieron algo raro, como algún pinchazo con un objeto punzante y un corte largo, como de una operación reciente, pero cosido de forma muy chapucera. La investigación sigue pendiente. Tras comprobar la identidad del angelito, han dado prioridad a otros asuntos. No hay apenas presión cuando se trata de este tipo de escoria. Todo lo contrario de lo que sucede cuando el mal fario le toca a algún apellido ilustre. Ni siquiera han reclamado el cuerpo en la morgue; esa es otra de las peculiaridades que se repiten en esta epidemia de ganas de borrarse del mapa.

—¿Qué piensas tú?

—¿No queríais una pauta? Pues ya la tenéis. Está bastante clara. Vamos a suponer que al tipo le invitaron a experimentar con la gravedad desde lo alto del acueducto. Y mira por dónde, tenemos a tus amigos del cogollo de la Legio IX Hispana rondando por la noche en los mismos lugares...

—Tres puntos muy destacados en la antigua Tarraco: la villa de Els Munts, el circo y el Pont del Diable... —repasó Faustino.

—Y al menos los dos primeros —Pepe siguió tirando del hilo mental— con elementos rituales raros que no conseguimos comprender todavía. Por la calaña de las víctimas, lo normal es pensar en una especie de castigo, ¿no?

—Si le empujaron desde aquí, podría encajar con los otros casos... —añadió Faustino. Pepe y Néstor se volvieron hacia él sorprendidos.

—¿Qué quieres decir?

—Llevo un rato dándole vueltas, desde que has comentado que no se puede descartar que utilicen el acueducto para tomarse la justicia por su mano. En Roma hay una zona muy escarpada junto a la cima sur de la colina Capitolina. Durante la República, servía para ejecutar a asesinos y traidores. Los despeñaban desde allí. La llamaban la roca Tarpeya. Según la leyenda, Tarpeya era una vestal, hija del gobernador de la ciudadela de la colina Capitolina, que abrió las puertas de la muralla a los sabinos. Esperaba que los conquistadores la cubrieran de oro, pero en vez de eso la golpearon y la arrojaron al vacío desde la roca que todavía lleva su nombre.

—A ver si lo entiendo, ¿juicios sumarísimos desde aquí arriba? —dudó Néstor—. No me jodas...

—Lo más parecido a la roca Tarpeya en Tarragona sería el Balcó del Mediterrani,

pero no creo que nadie se atreva a tirar a alguien desde veinte metros de altura en el mirador más concurrido y en pleno centro de la ciudad. Esto, por el contrario, está casi siempre desierto desde el anochecer.

—Se nos está yendo la pinza —rebatíó Néstor—. No me encaja. Para empezar, tus amigos de esa Legión son poco más que unos adolescentes crecidos. El cabecilla, Lucio Bocanegra, no debe tener ni dieciocho años, y Pepe asegura que aquí pasan cosas raras desde hace más de veinte. No cuadra nada.

—Puede que Faus no vaya desencaminado —le respaldó Pepe—. No quiero decir que Bocanegra Junior esté metido en el ajo desde que llevaba chupete, pero quizá en su caso sea verdad que de casta le viene al galgo.

—Me siguen sin cuadrar las cuentas. Ni siquiera aunque su padre también estuviese implicado...

—Habrá que atar cabos. No sé qué te habrá contado tu familia, pero creo que no tienes ni idea de quién es Mario Bocanegra. Después de hablar contigo hice algunas averiguaciones: por muy amigo que en su día fuese de tu padre, ese tío oculta bastantes zonas oscuras. Negras, más bien. Como su apellido.

Néstor ya no estaba escuchando. Su mente había regresado a Erregenea, a la biblioteca del viejo caserón, junto a la chimenea. Volvían a sonar, serenas y rotundas, las palabras de su madre. Las mismas que llevaba tratando de digerir desde su regreso de Navarra.

Ella le describió la estrecha relación de su padre con Mario. Eran uña y carne. Lo hacían todo juntos: deporte, fiestas, negocios... Un pariente de Mario les filtró información privilegiada sobre la construcción de un gran parque de atracciones en la costa de Tarragona, entre Salou y Vila-seca. Reunieron todo el capital que tenían y compraron terrenos pendientes de recalificación urbanística, en lo que sería el germen de PortAventura. Todo iba sobre ruedas hasta que se cruzó en sus vidas un político joven y ambicioso, poco mirado en cuestiones de moral, un tal Francesc Ferrusola, que les hizo la vida imposible. No paró hasta que consiguió frenar la recalificación en provecho propio.

La economía de Eduardo no aguantó el envite y tuvo que malvender su parte a un testaferro de Ferrusola. Aquello le supuso la ruina total. La familia Bocanegra, muy bien relacionada con la cúpula militar y policial, acudió al rescate de Mario. Aguantaron hasta que el ambicioso concejal les ofreció un trato: los terrenos se recalificarían si aceptaban vender su parte a una gran corporación bancaria. Tanto Ferrusola como los Bocanegra se hicieron de oro. Aquello fue la tumba de su padre.

Néstor estaba de nuevo en el Pont del Diable:

—Quizá sepa algo más de lo que te imaginas. Sí, supongo que habrá que atar cabos —

repitió Néstor ante la estupefacción de los otros dos por su cambio radical de actitud—.
Contad conmigo para lo que se tercie.

Sacrificium

Desde el 28 de abril y durante seis días se celebraban fiestas famosas por su ambiente disoluto, y festejadas de manera especial por las prostitutas, a las que Venus favorecía para aumentar sus ganancias.

28 de abril

Ramón Eguren, el tío de Néstor, habitaba una vieja masía perdida desde que se preju- biló a los sesenta después de toda una vida como jefe de la Guardia Urbana de Tarrago- na. La compró cerca de uno de los pequeños pueblos que riega el río Gaià, una docena de kilómetros al norte de la ciudad, en su ruta hacia el mar. La propiedad más cercana había pertenecido al cineasta Bigas Luna, que pasaba largas temporadas aislado del rui- do de estrenos y giras promocionales en aquella tierra antigua, de viejas raíces hundidas bajo castillos medievales y frondosos árboles genealógicos.

Siempre rumió la idea de envejecer en aquel lugar junto al amor de su vida. No llegó a ver cumplido su sueño porque, al igual que le sucedió a su ilustre vecino, el cáncer se llevó a Elena en un abrir y cerrar de ojos. Habían pasado cinco años, pero su presencia —o más bien su ausencia— pesaba como una losa. Desde entonces, Ramón combatía la soledad como los monjes de clausura, a base de trabajo de sol a sol en la finca. Lo mismo se le podía ver mimando los rosales que sulfatando los frutales del huerto, cuando no enfrascado en alguna chapucilla para mantener a raya los achaques de una casona que él mismo había restaurado de arriba abajo con sus propias manos.

Solo alguna visita esporádica y la rutina de las reuniones familiares rompían la ca- dencia serena del hábitat de Ramón. Un *tempo* perezoso, más propio de siglos pasados que del estresante vértigo que marcan las agendas de Google. Los olores, los colores y los sonidos del campo mediterráneo se concentraban en aquella porción de tierra cuida- da con esmero, sudada y trabajada a diario. El conjunto transmitía una cálida sensación de paz, extensiva a su dueño, hombre de pocas palabras, buen corazón y mirada acoge- dora. Desde su regreso a Tarragona, a Néstor le gustaba acercarse hasta el refugio de Ra-

món y pasar algo de tiempo con él. Su tío, sin apenas estudios, sabía encarar la existencia con un sentido filosófico de efecto sedante. Se entendían bien, quizá porque ambos valoraban el silencio y no osaban romperlo sin una buena razón. «Si lo que vas a decir no es más bello que el silencio, no lo vayas a decir», que cantaba el poeta.

Como casi siempre, lo encontró camuflado en su particular jardín botánico, un edén de grandes macetas de arcilla en las que crecía una flora exuberante. De rodillas, junto al porche, se afanaba en la tarea de embridar la enorme parra bajo cuyo frescor se cobijaban en las interminables sobremesas de verano. El tío Ramón, tan fibroso y resistente como alguno de los olivos centenarios que cuidaba, se mantenía en forma. Conservaba una buena mata de pelo, rapado a máquina al dos sin florituras, con zonas donde los tonos oscuros todavía se resistían al avance de las canas. Tostado por el sol, enjuto, estaba en las antípodas de la musculatura tipo cruasán que lucían sus hijos Juanjo y Miguel, compañeros de Néstor en la comisaría de Altafulla.

—Hola, tío, ¿cómo va todo por aquí? —saludó Néstor mientras palmeaba el lomo de Nerón, un tremendo perrazo, mezcla de mastín y gran danés, que había dejado de ses-tear y le empujaba la pierna moviendo frenéticamente la cola como signo inequívoco de que se alegraba por su visita.

—Hombre, sobrino. ¿Ya estás de vuelta? Pues ya ves, como siempre, resistiendo y procurando que el tiempo suba de revoluciones. No me puedo quejar, por suerte no ha habido sobresaltos importantes desde la última vez que viniste. Seguro que ya te he dicho alguna vez que hay que aprovechar los respiros que nos da la vida entre disgusto y disgusto. Hay quien dice que es la única forma posible de felicidad, y que no existe otra. En eso ando, intentando apreciar los intervalos que separan una bofetada de la siguiente. Tu tía me dejó la lección bien aprendida cuando se marchó. Ven, siéntate, ¿te apetece una cerveza?

—Claro.

Néstor se sentó en un banco de madera mientras su tío desaparecía en el interior de la casa. Aspiró hondo en un intento de absorber la serenidad que irradiaba el universo de Ramón.

—¿Qué tal el viaje? ¿Cómo está tu madre? —le interrumpió su tío, ya de regreso con un par de botellines.

—En plena forma. Estupenda y tan mandona como siempre. Ya la conoces, el día que pierda esa energía podemos ir encargando las flores para el entierro.

—¿Y la familia?

—*Ama* los ve poco. Mantiene las formas con mis tíos, pero no quiere saber nada de Juantxo y Eneko. Todavía los culpa. Es demasiado tozuda, no hay quien la convenza...,

se irá a la tumba con todo ese rencor dentro.

Ramón se quedó callado, con la vista perdida, como si le costara digerir las noticias que le contaba su sobrino. Dio un trago a la cerveza.

—¿Y la señora?

—¿Beatriz? Muy lúcida, con la cabeza perfecta y rabiando por la falta de movilidad. Sigue emperrada en que deje la Policía y me dedique a estudiar. Piensa que soy un des-cerebrado.

—No le falta razón. Esa mujer siempre ha sido muy lista —sonrió Ramón.

Néstor se concedió una pausa para relajarse y disfrutar de la caricia del sol en la cara. Jugueteeó con las orejas de Nerón y se bebió de un largo trago la mitad del quinto que su tío le había dejado a los pies. Al fin se decidió a sacar el tema que le había llevado hasta allí.

—Tío, me gustaría que me hablaras sobre mi padre.

Ramón, pillado a contrapié, le miró a los ojos con la misma intensidad que en su día empleaba para interrogar a un detenido sospechoso. Intentaba adivinar qué había exactamente detrás de aquella pregunta.

—¿Qué te preocupa, Néstor?

—Mi madre me lo ha contado todo. O casi todo. Por eso quiero escucharte a ti. Necesito saber cómo era antes de enfermar.

—¿Qué mosca te ha picado? ¿A qué viene remover todo eso ahora?

—Digamos que es importante para mí. Tú mejor que nadie podrías entender que no lo he tenido fácil desde que él murió: el cambio de entorno, los problemas en el colegio, el regreso a Tarragona...

—Pensaba que habías conseguido pasar página.

—Tú me conoces bien, soy apocado, introvertido, no voy precisamente sobrado de autoestima. Aunque escueza, intuyo que me puede ayudar si soy capaz de averiguar por fin la verdad. Agradezco que tú y mi madre me hayáis intentado proteger, pero soy un experimento fracasado. Tenéis que reconocerlo.

—No digas bobadas. Yo no te considero ningún fracasado, pero entiendo lo que me quieres decir. Lo único que me preocupa es que no estoy seguro de que sea buena idea levantar ahora la alfombra bajo la que hemos ido barriendo la porquería durante mucho tiempo.

—Me lo debéis.

Ramón claudicó sin necesidad de meditarlo demasiado. Temía desde hacía años esa conversación. Tarde o temprano tenía que llegar.

—¿Qué quieres saber exactamente?

—Háblame de sus negocios antes de arruinarse.

—¿Hasta dónde te ha contado mi hermana?

Néstor le repitió punto por punto las revelaciones de su madre y llevó a su tío hasta donde pretendía: la traición de Mario Bocanegra.

—Mira, Néstor, lo primero que tienes que aceptar es que tu padre, por decirlo suavemente, no era ningún santo. Esto quizá no te lo habrá contado tu madre, pero le gustaba el dinero fácil. No tenía demasiados miramientos cuando había billetes de por medio; era superior a sus fuerzas... Estuvo investigado por estafa y Hacienda le tuvo en el punto de mira por delito fiscal. Así, en ese *mafioso* de transacciones poco transparentes, es como conoció a Mario. Eran tal para cual, con la diferencia de que los Bocanegra son prácticamente intocables. Su abuelo, una especie de héroe del bando franquista durante la Guerra Civil, hizo mucho dinero durante la dictadura. Ellos juegan en otra liga, la de las familias con más posibles de Tarragona.

—¿Por qué no ayudó a mi padre?

—No estoy seguro. Tengo entendido que lo intentó, pero sus hermanos y, sobre todo, su padre, le cortaron las alas a Mario. Siempre consideraron a Eduardo un advenedizo que no estaba a su altura. Sea por presión de su familia o por conveniencia, el caso es que Mario se apartó y le dejó tirado. Solo, olvidado y hasta el cuello de deudas. Tu padre no lo pudo soportar. Llamó a muchas puertas, pero había dejado demasiados cadáveres por el camino y aquello le pasó factura. En cuanto a los supuestos amigos, sin la protección de Mario, le rehuyeron como un apestado. Es una historia muy triste la de tu padre...

—Tengo algunos recuerdos deslavazados. Me acuerdo de haber estado en casa de Mario con su hijo pequeño... ¿Se preocupó por mi madre?

—Siempre le tuvo un afecto especial. No me hagas mucho caso, pero creo que incluso flirtearon un tiempo antes de que Pilar y Eduardo se conociesen. Al menos hizo el gesto de ayudarla, pero tú mismo lo has dicho antes: mi hermana es demasiado tozuda y no quiso saber nada. Por lo que yo sé, le culpó por dejar a Eduardo en la estacada mientras él se hacía multimillonario. En parte, por eso os marchasteis a Navarra. La sombra de los Bocanegra es muy alargada. Que conste que él no está resentido. Nos quiere bien: mis hijos y yo le debemos algunos favores.

Néstor se quedó pensativo. Nerón se acercó a su rodilla para reclamar una nueva tanda de caricias.

—Lo siento, tío, pero me tengo que ir. He quedado para comer con una amiga.

—¿Una amiga? Qué calladito te lo tenías...

—Sí, una amiga, ¿qué pasa? ¿Es un fenómeno paranormal que yo tenga un ligue? Ya

te contaré, que ahora no tengo tiempo. Una última cosa...

—Dime.

—¿Los Bocanegra han estado alguna vez bajo sospecha por algún asunto grave?

—¿Grave? ¿De qué tipo?

—No sé, por ejemplo, ¿crees que podrían llegar a silenciar a alguien que amenace su posición?

—¿Silenciar? No te entiendo...

—Joder, tío, sí, mandar al otro barrio a gente molesta... A la siciliana.

—Tienen medios para hacerlo, pero no creo. Tú me estás ocultando algo, ¿verdad?

Néstor se puso en pie de un salto.

—Pasaré a verte pronto. —Néstor besó en la mejilla a su tío y se marchó apresuradamente con Nerón en los talones.

Ramón le siguió con la vista hasta que cerró la verja, y negó con la cabeza. El perro regresó y se tumbó a los pies de su dueño.

—Este chico..., no hay quién lo entienda, ¿verdad, Nerón?

Blanca le esperaba sentada al fondo del Sentits, un restaurante de la plaza de la Font con sus rotundas paredes de piedra vista, vestigios de las bóvedas del circo que sirvieron para cimentar los edificios construidos cientos de años después. Un buen porcentaje de los locales de aquella zona lucían orgullosos el tesoro oculto de las *voltas* romanas. Néstor saludó con familiaridad a Martín, el encargado argentino que regentaba el Sentits junto a Agostina, su simpatiquísima pareja. Los Argentinos, como los conocía media ciudad, cuidaban especialmente bien de Néstor porque era un parroquiano asiduo y por su estrecha amistad con el marido de la propietaria.

—Che, boludo, andate que *xegás* tarde. La chica *xeva* un rato largo esperando por vos —le urgieron inclinando la cabeza con disimulo en dirección a Blanca.

—Ya voy, ya voy... Gracias por vuestros desvelos, yo también me alegro de veros, pedazo de cotillas.

Néstor se había retrasado unos minutos porque había querido pasar por casa para recoger el magnífico *Miguel Strogoff* que le habían regalado Beatriz y su madre en Erre-genea. Lo llevaba bajo el brazo dentro de una bolsa. Blanca se puso en pie y le dedicó una luminosa sonrisa. Tan hermosa como para afilar los nervios de Néstor, que olvidó todo lo ensayado para un saludo más o menos digno y se comportó como el pardillo de costumbre. Cuando Blanca le abrazó y le fue a plantar los dos besos de rigor, él volteó la cara en el último momento. Después de un par de quiebros incómodos y un roce furtivo en la comisura de los labios, Néstor trató de aliviar el bochorno:

—Perdona..., ya te vas haciendo a la idea de por qué las convenciones sociales no son

mi fuerte.

—Estoy impresionada... Qué técnica más depurada para robar el beso de una chica — se rio Blanca.

—Toma, esto es para ti.

Néstor le entregó la pesada bolsa y Blanca la tuvo que sujetar con ambos brazos.

—¿Para mí? Ahora sí que me has dejado impresionada. ¿Qué es?

—Es de parte de alguien muy querido para mí. Beatriz, la señora a la que cuida mi madre. Ella me transformó en un ratón de biblioteca, así que la culpa de que nos hayamos conocido es de ella. Ya sé que está feo traficar con regalos de terceros, pero creo que tú sabrás valorar este.

Blanca sacó con cuidado el enorme volumen de la bolsa y se quedó sin palabras.

—Esto es... Una pasada. No puedo aceptarlo. De ninguna manera. Es demasiado. — Blanca negaba con la cabeza mientras iba pasando delicadamente las hojas y las acariciaba con el dorso de la mano.

—De verdad, me hace mucha ilusión que te lo quedes.

—Es alucinante, pero no puedo quedármelo. Te lo agradezco, pero no puedo.

—Vamos a hacer un trato. Te lo entrego en custodia, ¿de acuerdo? Cuando me mandes a freír espárragos, y no tengo ninguna duda de que sucederá, tú decides qué haces con él. ¿Hecho?

Néstor le ofreció la mano para sellar el trato. En lugar de dársela, Blanca se reclinó hacia atrás para ganar perspectiva y le observó muy seria. Néstor pensó que había metido la pata y se vio plantado en la segunda cita. Sin mediar palabra, ella se levantó, le aprisionó las mejillas con ambas manos y le besó suavemente en los labios.

—Hecho, so tonto.

Martín, que había contemplado la escena, carraspeó levemente y lanzó una mirada pícara a Néstor antes de anotar la comanda.

—¿Qué les apetece?

—Elige tú —concedió Blanca—. Por lo que se ve, eres como de la casa.

—No creas, lo que pasa es que el muy pelotudo es policía y no le podemos prohibir la entrada. —Martín le palmeó el hombro.

—Estos argentinos son unos charlatanes de muy poco fiar —contragolpeó Néstor—. Todavía no entiendo por qué vuelvo por aquí... Compartiremos una ensalada de vieiras y un rape a la brasa. ¿Os ha llegado buen material?

—De primera. ¿Para beber?

—Una garnacha blanca de la Terra Alta le va bien, ¿no?

—Le va perfecta. Lo voy *marxando*...

Entre sonrisas cómplices, Blanca y Néstor siguieron con la vista a Martín mientras se alejaba rumbo a la cocina.

—¿Cómo te ha ido por Navarra con tu madre?

—Bien. De cuando en cuando no viene mal una dosis de sobreprotección. Es como ir a un balneario para el amor propio. Ventajas del hijo pródigo.

A lo largo de la comida y con la inestimable ayuda de varias copas de blanco bien frío para soltar la lengua, Néstor le resumió el resultado de sus indagaciones sobre la caída en desgracia de su padre y el papel que jugó en ello la familia Bocanegra. También volvieron a salir a colación Faustino, Pepe Miralles y los extraños *suicidios* del Pont del Diable.

—Yo también he hecho los deberes —avanzó Blanca—. Me estoy documentando a fondo sobre sacrificios rituales en tiempo de los romanos.

—Soy todo oídos...

—A ver, por dónde empiezo... Lo primero que hay que entender es que sus creencias lo impregnaban todo en la vida cotidiana. Se cuidaban de contentar a los manes, o dioses domésticos, que se dividían en lares, los de la familia, y penates, los de la despensa, pero también a los *genius*, nuestros ángeles de la guarda, y a los lémures, o espectros de la muerte. La relación con sus dioses era muy importante para ellos, por eso absorbieron ritos de otros pueblos. No es como hoy, que la mayor parte de la gente aparca la religión hasta el domingo, y eso con suerte; un romano podía dejar de salir de casa simplemente por un mal augurio.

Blanca le explicó que la base de la relación entre los romanos y sus dioses era el *do ut des*, «te doy para que me des», hasta el punto de que era frecuente el llamado *votum*: tú le pides algo al dios en cuestión, pero sin ofrecerle nada a cambio hasta que cumpla con su trabajo. Así, realizaban rituales como la *expiatio* para contrarrestar un prodigio funesto, o la *propitiatio* para contar con el favor divino, sobre todo en la guerra.

Según había leído, se guiaban por las *feriae stativae*, una serie de fiestas de carácter público marcadas a fuego a lo largo de todo el calendario. Lemuria, en mayo, para conjurar a las almas de los muertos; los Ludi Apollinares, juegos sagrados de Apolo en julio; Saturnalia, en honor a Saturno en diciembre... La lista era larguísima. También le había llamado mucho la atención que, en contra de lo que ella creía y ha llegado a nuestros días, el sacrificio no era necesariamente sinónimo de una ofrenda sangrienta. La realidad era todavía más ingenua, pues trataban de poner a los dioses de su parte con fruta, grano, aceites, vino, incienso..., incluso pan, pescado seco o queso.

—¿Has encontrado algo sobre sacrificios humanos? —se impacientó Néstor.

—Muy poca cosa. No han sobrevivido las pruebas. Hay alguna mención de cuatro

personas, dos griegos y dos galos, enterradas vivas en el foro romano en torno al 225 antes de Cristo. Por lo visto, querían aplacar la ira de los dioses para evitar una derrota militar.

»La mayor parte de los especialistas en la Antigua Roma creen que en épocas arcaicas sí se practicaron sacrificios con víctimas humanas, que posteriormente se convirtieron en sangrientos espectáculos circenses. En aquellos primeros siglos, los romanos ofrecían a sus dioses prisioneros de guerra y esclavas vírgenes. Se acepta también que los primeros combates de gladiadores, por influencia etrusca, tenían un sentido funerario de muerte ritual. Creían que la sangre humana derramada en el suelo era la de mayor fuerza regeneradora. Un decreto del Senado prohibió los sacrificios humanos en el año 97 antes de Cristo en todo el Imperio por considerarlos bárbaros.

—¿Los llegaron a usar como una forma de castigo? —Néstor, de regreso al siglo XXI, mantenía muy presente la teoría justiciera de Pepe Miralles y trataba de atar cabos.

—Para muchos historiadores hay nexos evidentes. Durante los primeros años de la República, las personas que no habían cumplido sus promesas o engañado a otros eran ofrecidas a los dioses. Luego están las muertes en público en aplicación del código penal; esas condenas ocupan un rol social similar al de los sacrificios humanos. Lo que sí es una constante es el uso de animales.

—¿Qué animales sacrificaban?

—Me parece que ya sé por dónde vas. Vacas, perros, gallos... Dependía de cada divinidad. En el caso concreto de los cerdos, como el que te encontraste en Els Munts, se solían emplear en ceremonias de expiación y funerales.

—Expiación... Es decir, cómo eliminar el pecado. Eso podría cuadrar.

—Normalmente se cambia una vida ajena, el famoso chivo expiatorio, por el perdón divino. Y hay más..., otro detalle que seguro que te va a interesar: las ceremonias solían ser diurnas, muy pocas por la noche, al menos en público. Para estas últimas esperaban a la luna llena; tenían un carácter mágico ligado a la necromancia, la adivinación o las *defixio*, unas curiosas tablillas para echar el mal de ojo a un individuo o una comunidad.

—¿En algún lugar en especial?

—Esos rituales mágicos no se practicaban en altares públicos ni en el atrio de las casas, sino en lugares apartados. A veces en las necrópolis, como nudo de conexión más cercano al inframundo.

—Interesante. Menudo curro, eres una máquina —le agradeció Néstor.

—Y esto no es todo. La secuencia completa de un sacrificio comporta unas fases muy precisas de purificación antes de la muerte. Después el cuerpo se abre para examinar las vísceras y realizar el auspicio, ya sabes, adivinar el futuro. Prestaban especial atención al

corazón, hígado, pulmones, vesícula y peritoneo, la membrana abdominal. Creo que sería oportuno pedir a Miralles que hable con los forenses que hicieron las autopsias. Estoy casi segura de que podríamos toparnos con alguna sorpresa.

Después de un buen rato de risas y cháchara intrascendente para despedirse de la simpática pareja de argentinos, Blanca y Néstor dejaron atrás el bullicio de las terrazas y se internaron en el laberinto de callejuelas en dirección al *loft* de Néstor. Blanca quería aprovechar para dejar unos papeles en el rectorado de la Universidad Rovira i Virgili, donde se había matriculado en primero de Psicología, una de sus vocaciones dormidas. Su sueño era colaborar con el laboratorio contra las adicciones tecnológicas liderado por el gurú estadounidense Tristan Harris, y doctorarse en Stanford.

La sede central de la URV ocupaba un antiguo matadero —*escorxador*, en catalán— modernista de finales del XIX. Aunque llevaban un rumbo más o menos prefijado, en la comodidad de un plácido silencio y mecidos por efecto del vino, se dejaron llevar por la tentación de un paseo improvisado. Blanca le cogió del brazo. El embrujo de una tarde cálida de primavera y la calma chicha propia de la siesta los arrastraron hasta el portal.

—El guion marca que ahora es cuando chico invita a chica a pasar y a tomar una copa —probó Néstor.

—Ni lo intentes, vaquero... No la fastidies con algo tan previsible.

Néstor se quedó helado.

—No... No era mi intención.

—Cierra el pico, tonto, que era una broma. O mejor te la cierro yo. —Blanca, en plan ventosa, le besó con fuerza en la boca—. Me gustas, pero no me van las prisas. Te lo vas a tener que currar un poco más.

—Acepto mi derrota. Mi estrategia infalible de comida afrodisíaca y polvo no ha funcionado contigo. Puedes respirar tranquila, ¿seguro que no quieres entrar a tomar un café?

—Tentador, pero soy yo la que no respondo de mis actos, y no es mi estilo. Mejor te veo mañana.

—Mañana no podré. He quedado con Faustino para conocer a su grupito de amigos de la Legio IX Hispana, con Lucio Bocanegra a la cabeza. Estoy un poco nervioso, pero es importante trabajar desde dentro. Tengo que saber qué se traen entre manos. Deséame suerte.

—Seguro que te va bien. Dame un toque cuando te apetezca y me cuentas. Te prometo que seguiré investigando. Es emocionante ayudarte.

Blanca se alejó tres o cuatro pasos antes de darse media vuelta para lanzarle un beso con la mano. Volvió a darle la espalda mientras seguía subiendo por Sant Llorenç hasta

el portón de la sede del Colegio de Arquitectos. Néstor, hipnotizado por su forma de moverse —los años de ballet clásico habían dejado su huella—, la siguió con la mirada hasta que desapareció al girar la esquina.

Su madre, que por algo lo había parido, lo conocía como nadie. Pues sí, se estaba enamorando hasta las trancas. «Va a ser que tiene razón una vez más.» La idea de exponerse a una relación le provocó el sudor frío de la ansiedad. «No hay nada malo en ello. O sí.» Trató de tranquilizarse; solo el tiempo dictaría sentencia: si, como en anteriores ocasiones, esas mariposas que sentía en el estómago volvían a recorrer el trayecto de retorno de su camino biológico hasta convertirse en gusanos asquerosos, o por el contrario se mostrarían capaces de colorear su grisácea existencia.

Legio IX Hispana

Por la noche, durante Floralia, se iluminaban las calles para prolongar la diversión; las meretrices ofrecían rosas a Venus y bebían menta, que posee cualidades afrodisíacas.

29 de abril

La sirena del coche patrulla aullaba con un ruido ensordecedor de efecto paralizante para el común de los conductores excepto para Juanjo, que era adicto a los chutes de adrenalina que le provocaban las llamadas de emergencia. Con el acelerador a fondo, exprimía hasta el último caballo del modesto todoterreno de la Policía Local de Altafulla; las suspensiones absorbían a duras penas los elevados badenes perpetrados en plena recta con la pueril pretensión de forzar el respeto de los límites de velocidad, sin prever que a nadie se le da mejor pasarse las normas por el arco de triunfo que a un policía en acto de servicio.

Como en una alocada montaña rusa, Néstor y su primo se dirigían dando saltos al paseo marítimo. Ni el cinturón de seguridad ni las dos manos aferradas a la agarradera de la ventana evitaban que Néstor se estuviese dejando los cuernos contra el techo. La ocasión requería aguantar el tirón: los esclavos del top manta, que vendían junto a la playa todo su catálogo de falsificaciones cutres, se habían amotinado y estaban a punto de linchar a un comerciante cabreado por tenerlos frente a su puerta. Vecinos indeseados, sin impuestos, sin permisos... y también sin ninguna esperanza. El tendero, harto del agravio de competir con la impunidad de los manteros, se había echado al monte con una escopeta.

—Baja un poco el pistón, joder, que nos vamos a matar —imploró Néstor, desmadejado en el asiento como un títere.

—Resiste un poco, primito, no me seas *florete*. Ya casi estamos. Unos minutos más o menos le pueden costar caros al Jaume. A quién se le ocurre sacar a pasear los perdigones...

—Como dispare otra vez, se lo cargan —auguró Néstor.

—No le veo capaz. Aunque nunca se sabe cuando estás tan al límite. Mira que llevaba tiempo quejándose el pobre.

—La culpa es de la gente que compra esas mierdas. Coño, es que no lo puedo entender. Las buenas marcas se hicieron famosas por su calidad. Quedarse solo con la marquita, cuanto más grande mejor para que se vea más, y ponerse esa basura falsa. No lo entiendo, la verdad.

—Pues a mí me mola. No veas cómo se fijan las churris cuando me planto mi polo del cocodrilo o mi camisita Ralph Lauren...

—Eso es porque a ti te gustan medio tontas. A ver si te buscas alguna con cabeza.

—Chorradas, paso de intelectuales. Cuanto más simples, menos dolores de cabeza.

—Eres más primitivo que un cromañón.

—Yo no me escondo, y no voy de finolis... A ver si superas esto, tú que estás tan evolucionado y medio amariconado.

Juanjo pegó un fuerte volantazo a la derecha para enfilar el ramal de la playa. La maniobra acabó con la mejilla de Néstor empotrada contra el cristal de la ventanilla como succionada por la ventosa de un pulpo gigante. Tras un fuerte derrape a la izquierda y un preciso contravolanteo, el vehículo recuperó milagrosamente la estabilidad y prosiguió a todo gas rumbo al paseo. La sonrisa de oreja a oreja de Juanjo lo decía todo.

—Mira que eres animal. No hemos volcado de milagro —protestó Néstor.

—Bah, te ahogas en un vaso de agua.

—Tú haz lo que te dé la gana, pero yo no quiero matarme por la mierda de sueldo que cobro. No sé para qué tienes la cabeza...

La musiquilla de *Gladiator* en el móvil interrumpió la arenga de Néstor en pro de los derechos laborales de la Policía de proximidad.

—Qué oportuno. ¿Quién coño será ahora? —Rebuscó con una mano en el bolsillo del pantalón, pues la otra seguía bien aferrada como si se la hubieran pegado con Loctite, hasta que logró sacar el teléfono: «Pepe Miralles».

—Hola, Pepe, me pillas en mal momento. Sí, ya sé que te he llamado a primera hora. Perdona, voy a ser breve, que ahora no puedo hablar. Era solo por si tienes algún amigo forense que pueda decirnos si vieron algo raro que les llamase la atención con el tema de la casquería de los últimos muertos. Ok, sí, ya te explicaré. Tú inténtalo, ya hablamos con más calma. Gracias, hasta luego.

Néstor guardó el móvil y volvió a sujetarse con las dos manos.

—¿Qué cojones es eso del forense y de los muertos? —Hasta a un encefalograma plano como el de Juanjo le sonó extraña esa llamada.

—Nada. Cosas mías. Digamos que me interesa el tema y quiero ayudar.

Juanjo soltó una carcajada que surgió de lo más hondo de su atrofiado sistema límbico, incapaz de asociar a Néstor con alguna forma remota de inteligencia.

—¿Tú? ¿Cómo narices vas a ayudar tú en un caso como ese? Yo alucino contigo, primo.

—Déjame en paz y conduce, a ver si llegamos de una puta vez. Y de una pieza.

—A ver si te va a dar también por escalar el Everest... —Juanjo seguía riendo casi con lágrimas en los ojos—. No, si va a resultar que tenemos un Sherlock Holmes en la familia.

—Pero mira que eres tonto. Aunque me alucina que un palurdo como tú sepa quién es Sherlock Holmes, ¿que lo has visto, en el Clan, en alguna serie de dibujos animados?

—Qué pasa, listillo, pues lo he visto en una peli —se defendió Juanjo.

—Ya decía yo.

—Ya hablaremos de esto con mi padre. Ahora cierra la boca y prepárate, que ya estamos; mira la que tenemos liada. Encima parece que somos los primeros en llegar...

La pequeña tienda de Jaume estaba sitiada por una veintena de manteros —todos ellos negros y algunos realmente amenazadores por estatura y músculo— que formaban un semicírculo. Los espigados maniqués de plástico del escaparate parecían sostener un duelo al sol con ellos desde el otro lado del cristal. Lucían ropa de baño, camisería y gafas de sol de las mismas marcas —con la diferencia del precio y los certificados de autenticidad— que aquellos vendedores ilegales arrastraban por las baldosas del paseo marítimo. Visiblemente nervioso, Jaume se había atrincherado en la puerta y amenazaba con una escopeta de caza. Una pequeña chispa y todo saltaría por los aires.

—Largaos de aquí y no me toquéis las pelotas. Al que dé un paso me lo llevo por delante. A ver quién es el primero que tiene huevos.

Juanjo y Néstor bajaron del coche patrulla y atravesaron a empujones aquel cordón alimentado por la rabia y la desesperación. Juanjo se fue directo a por Jaume y le hizo bajar el cañón del arma.

—*Va, Jaume, no facis ximpleries, baixa això, que no serveix per res.*

—*Estic fins els collons d'aquesta gent, no puc més, de veritat, m'han arruïnat la vida.* —Jaume rompió a llorar, se sentó en el suelo y se fue encogiendo. La presencia de los agentes le había devuelto a la realidad. Medio sonámbulo, parecía regresar de un mal sueño.

—Cuéntame exactamente qué ha pasado.

—Les he pedido varias veces que se alejen de mi tienda, pero se descojonan de mí a la cara. Me ha dado tanta rabia que he salido con la escopeta de mi padre. La tenemos aquí

por si las moscas. He disparado al aire para ahuyentarlos, pero en vez de eso han empezado a vociferar y a juntarse con malas intenciones. Me he refugiado aquí. Menos mal que habéis llegado.

—Está bien —le tranquilizó Juanjo—, vamos a sacarte de aquí.

Mientras a su espalda Juanjo iba calmando a Jaume, Néstor se había ocupado de bloquear la entrada con su cuerpo. Las caras que le rodeaban no auguraban nada bueno, así que trató de sonar tranquilo y firme:

—Oídmelos todos, esto se ha terminado. Id a recoger vuestra mercancía y marchaos a casa. No empeoréis las cosas. Por suerte, no ha pasado nada grave. Dejaremos correr el tema y no habrá represalias. A él —señaló a su espalda con el pulgar— nos lo llevamos para tomarle declaración.

Una mezcla de gritos agresivos e insultos en varias lenguas sepultó el discurso de Néstor. Uno de los manteros, un gigante que rozaba los dos metros, levantó una mano. El vocerío no tardó en apagarse.

—Ese disparar a nosotros. No somos perros, no tratarnos como perros... No confiar en justicia vuestra. Él no mover de aquí.

—Dile a tu gente que se disperse. No seáis tontos, o saldréis perdiendo.

Instintivamente, Néstor apoyó la mano en su arma reglamentaria, sin pararse a pensar en el alboroto que iba a causar su gesto. Aunque la retiró tan rápido como si la pistola estuviese al rojo vivo, ya era demasiado tarde. Otra vez los berridos y los insultos, que, como es bien sabido, se retroalimentan conforme la masa borrega se va enardeciendo. Hasta que un pedrusco hizo añicos el escaparate. Néstor lo vio llegar, dio un paso atrás y se tapó la cara, lo que le salvó de la lluvia de cristales. Como leones azuzados por un látigo invisible, los más atrevidos comenzaron a acercarse de modo inquietante con el puño en alto y las peores ideas reflejadas en el rostro.

—Déjame a mí —se impacientó Juanjo sacando el arma de la cartuchera—, que no sirves para nada, hostias. Se va a enterar esta gentuza de lo que vale un peine.

—Estate quieto y no hagas idioteces —le pidió Néstor con firmeza inesperada—. Yo me encargo.

Entonces se irguió, se recompuso el uniforme y respiró hondo. Contra todo pronóstico —al menos el de su compañero—, volvió a salir del comercio y avanzó un par de pasos con los brazos caídos y las palmas de las manos abiertas hacia la avanzadilla de los más exaltados. En pocos segundos tenía sus caras gesticulando a escasos centímetros de la suya. Sin embargo, ninguno se atrevió a tocarle. Néstor, sin inmutarse, fijó la mirada en el líder.

—Esto no merece la pena y lo sabes. Si a mí me pasa algo, vais a tener problemas se-

rios. Te lo voy a repetir solo una vez: calma a tu gente y marchaos a casa.

El senegalés dudaba. No pudo dejar de admirar el temple de aquel policía joven y es-pigado. Tendrían más o menos la misma edad. Un simple gesto suyo le valdría una buena tunda, pero le frenaba verlo tan desvalido. No cuadraba con el patrón de los matones que los maltrataban habitualmente. Mientras se lo pensaba, se oyó un vozarrón a su espalda:

—Ya le habéis oído. Todos a casa. No quiero tener que repetirlo.

El corpachón de Manel, jalonado por otros cuatro compañeros de faena en el mar — más jóvenes y menos corpulentos, pero también fuertes y curtidos—, contribuyó a disipar las últimas dudas. El cabecilla del motín hizo un leve asentimiento de cabeza y se dio media vuelta para recoger su mercancía. El resto le imitó dejando atrás un reguero de miradas desafiantes.

—Gracias. —Néstor puso la mano en el hombro de Manel.

—*Vinga, emporteu-vos al Jaume lluny d'aquí fins que passi la tempesta. I foteu-li una bona bronca.*

Después de un retorno a la comisaría con los rostros demudados y en un silencio sepulcral, una vez aplacados los ánimos del comerciante —que se enfrentaría a una buena sanción por su particular día de furia—, Néstor se derrumbó en un banco del vestuario. Había dejado a Jaume enterrado en el papeleo propio de las denuncias. Mientras se despojaba del uniforme, de regreso a su desaliño habitual, sonrió levemente al pensar en el apretón de manos y la palmada de afecto que le había propinado Juanjo.

—Reconozco que me has sorprendido. Pensaba que eras un caso perdido. Bien hecho, primo —le había dicho antes de dejarle el hombro dolorido. Luego había insistido en que él se encargaría de todo el papeleo.

Con la sensación de no comerse el marrón por una vez cuando este busca dueño, salió a la calle a por su Vespa para poner rumbo a Tarragona. No era un día cualquiera. Néstor lo había marcado en rojo en el calendario como el primero de su cruzada personal para ver la luz sobre la caída en desgracia de su padre y las maniobras de los Bocanegra en connivencia con el concejal Francesc Ferrusola. De acuerdo con Faustino, se haría pasar por un friki más del universo de las legiones romanas en la jornada de puertas abiertas que la Legio IX Hispana había organizado para atraer voluntarios.

Para ponerle en antecedentes, Faustino le había explicado que los grupos de reconstrucción histórica como el suyo formaban parte de una tendencia nacida en el Reino Unido después de la Segunda Guerra Mundial. Se trata de recrear con la máxima fidelidad hechos del pasado: batallas, ceremonias, usos cotidianos... La gracia del asunto es-triba en el rigor científico, hasta el punto de que museos y yacimientos los utilizan como

herramienta didáctica para explicar la historia de forma amena al público del siglo XXI. Todo hasta el último detalle, materiales, vestuario, coreografías..., está inspirado en las investigaciones de historiadores y arqueólogos para una recreación fidedigna, extraída también de los textos clásicos, los restos arqueológicos y las esculturas y pinturas de la época.

Dado el intenso magnetismo que emana la antigua Roma —quizá solo comparable al Egipto de los faraones, según la valoración de su amigo—, no tardaron en aparecer numerosos grupos vinculados al Imperio romano por todo el Viejo Continente. Y entre ellos, su querida Legio IX Hispana. La estrella de Tàrraco Viva, uno de los festivales más potentes de Europa sobre la vieja civilización romana. Cada mes de mayo, desde hacía más de dos décadas, Tarragona retrocedía en el tiempo y se empapaba de Roma con más de mil personas involucradas en las representaciones. Por supuesto, con Faustino y sus amigos en primera línea.

El nombre no había sido escogido al azar. No era una legión cualquiera: la IX Hispana ha llegado hasta nuestros días como una de las más famosas y a la vez más enigmáticas, hasta el punto de inspirar varias novelas históricas y alguna película. La novena legión fue reclutada en torno al año 60 antes de Cristo para la campaña de la Galia y desapareció en Oriente, probablemente diezmada o aniquilada en tiempos de Marco Aurelio, en el siglo segundo de nuestra era. Fue asignada a Julio César para conquistar la Galia, participó en numerosas campañas —entre ellas, la africana del 46 a. C.— y ganó batallas cruciales para el mítico líder. Le fue siempre fiel —incluida la guerra civil contra Pompeyo—, hasta su asesinato.

«Lo que tienes que recordar es muy sencillo —subrayó Faustino—. El vínculo de la IX Hispana con Tarragona nace de Octavio. Es él quien llama a sus veteranos, licenciados tras las victorias con Julio César, para sofocar la rebelión de Sexto Pompeyo. Lo derrotan, y se mantienen al lado de Octavio en la guerra civil en la que liquida a Marco Antonio, que se suicida tras la derrota en la batalla naval de Accio.»

«¿Hablamos del emperador Octavio que residió en Tarragona?»

«Exacto. Cayo Octavio Turino. Sobrino nieto de Julio César. Su heredero. También conocido como Octaviano, cuando lo adopta su tío abuelo, y más tarde Augusto, nombre que le concede el Senado. Cuando Octavio llega a Tarraco, la ciudad es poco más que un campamento militar a cuyo alrededor se mueve una babel de proveedores de las legiones: comerciantes, herreros, canteros... y, por supuesto, prostitutas. Dicen que le atrajo ese ambiente tabernario, alejado de las intrigas de Roma, hasta el punto de que fijó aquí su cuartel de invierno.»

«¿Ya era famoso?»

«Era un héroe y un político hábil. Se acababa de quitar de en medio a Marco Antonio y Cleopatra, a los que supo pintar como la gran amenaza de la República. En Tarraco diseñó el asalto al poder para convertirse en el primer emperador de la historia de Roma. La IX Hispana llega a la Península para unirse a otras siete legiones y en nombre de Augusto pelea durante una década en las guerras cántabras. Luego la mandan a la frontera del Rin, a Britannia y a los Países Bajos, y de allí a Oriente.»

«Ya veo. Por eso habéis elegido la Hispana.»

«Octavio lo cambió todo. Él hizo de Tarraco la otra Roma. Dicen que tuvo mucho que ver Antonius Musa, su médico personal de origen griego, que consigue sanarle con dieta y reposo en Tarragona cuando cae gravemente enfermo. Del año 26 al 24 a. C. la capital de todo el norte de Hispania es, *de facto*, la capital del Imperio. El emperador la mima y practica aquí, con grandes obras de ingeniería civil, su política de crear ciudades a imagen y semejanza de Roma. En el solar que ocupaba el cuartel militar construye un enorme Foro Provincial, que alberga la faraónica estructura de su Gobierno, los templos y el circo.»

Mientras salía de la ducha, en un gesto tan trivial como echar mano de la toalla, la cabeza de Néstor volaba intentando comprender el espíritu de un pueblo que dominó el mundo movido por una curiosa mezcla de poder, religión y espectáculo, por este orden. El tono del móvil le hizo perder altitud bruscamente.

—Hola, Pepe. Dame un minuto.

—Hola. Tengo noticias frescas, pero antes tienes que explicarme cómo lo has sabido.

—¿El qué?

—El tema de las vísceras. Me ha costado un triunfo sonsacar esa información. La mantienen como secreto de Estado.

—No te lo vas a creer, pero era una simple intuición.

—Coño con el cerebritito. Pues has dado en el clavo. Pleno al quince. Los detalles no han trascendido, pero los forenses están muy desconcertados. Era como si se les hubiesen adelantado en la autopsia. Además de la brutalidad empleada, les había llamado la atención la precisión de algunos cortes, casi más propios de un cirujano que de un sicópata.

—¿Alguna parte del cuerpo en concreto?

—Órganos vitales. Cito palabras textuales: «Como si les hubieran examinado el corazón y el hígado, y los hubieran vuelto a dejar en su sitio».

—¿Podría ser también la vesícula?

—Tendría que indagar más a fondo, pero lo veo factible por la ubicación.

—¿Y la zona abdominal?

—También hay cortes... Y en un caso, los pulmones...

—Hay que joderse —Néstor se alivió en voz alta.

—Bueno —se impacientó Pepe—, ¿me vas a contar de una puñetera vez qué os traéis entre manos o te vas a seguir haciendo el estrecho conmigo?

—Perdona... Es solo una hipótesis. Si no vamos desencaminados, estamos hablando de algo más terrorífico que la pulsión de la venganza. Algo más enrevesado, más complejo, no tan primitivo...

—Suéltalo ya.

—Es que cuesta hasta decirlo... Creo que son sacrificios humanos, Pepe.

—Hostia.

—Tengo a alguien investigando el tema y está sacando petróleo. Ya te lo contaré con detalle. Tengo que colgar, o no llego a mi cita con Faus. Hoy me presentan a la tropa, que sea lo que Dios quiera.

—Suerte. Y por tus muertos, ten cuidado —zanjó Pepe. La advertencia, cargada de una cierta dosis de preocupación, sonaba rara en alguien tan poco dado como el curtido periodista a exponer los pliegues de su corazón.

A las cinco en punto, bajo un sol de justicia, Néstor ya estaba esperando a Faustino en el arranque de los jardines del Camp de Mart, muy cerca del paseo Arqueológico junto a la muralla y de su entrada oeste por el Portal del Roser. Los miembros de la IX Hispana acostumbraban a encontrarse en este parque público para entrenar los movimientos de la legión, mostrar las tácticas militares y ejercitarse en el combate cuerpo a cuerpo. Era un rincón con pedigrí castrense. A finales del XIX ya se habilitó como zona de instrucción de los soldados de la guarnición de Tarragona. El estanque artificial, los parterres ajardinados y los pasos de tierra compactada habían sido inaugurados en 1871 por el rey Amadeo I.

En el Camp de Mart habían encontrado un entorno tranquilo, ajeno a las miradas de los curiosos, en el que poder afinar sus maniobras con réplicas exactas del vestuario y el armamento de batalla. Solo los contemplaban, sin poder escapar a la maldición pétrea de sus monumentos, tipos tan poco dados al cotilleo como Wagner, Blas Infante y Salvador Allende. Después de cinco minutos a la sombra de un ciprés, cuando Néstor ya comenzaba a sulfurarse por el calor y la proverbial falta de puntualidad de Faustino, un extraño personaje dobló la esquina de la Via del Imperi Romà, la calle empedrada paralela a la muralla romana, y avanzó directo hacia él.

Al principio no lo reconoció debido al contraluz. Sin embargo, el atípico volumen corporal —muy por encima de la media— y una forma peculiar de caminar le dieron una pista. Se colocó la mano sobre la frente a modo de visera y la leve mueca inicial de diver-

sión dio paso a una sonrisa, primero, y a una abierta carcajada después. Faustino, ataviado a la manera de los patricios romanos —con el valor añadido que otorga una barri- ga prominente—, se acercaba con una amplia túnica blanca de ribetes rojos y una toga púrpura cruzada sobre el pecho y sujeta al hombro por un gran broche de latón bruñido, a juego con dos anchas muñequeras que le llegaban a mitad del antebrazo. Un amplio pliegue de la tela le caía sobre el brazo casi hasta el suelo. Calzaba sandalias, por supuesto, afortunadamente sin el aderezo de los calcetines blancos de deporte que algunos guiris se empeñan en convertir en tendencia.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —disparó Faustino mosqueado por el pitorreo.

—Estás... No sé... Im... ponente... —logró serenarse Néstor casi con lágrimas en los ojos.

—Menos cachondeo. Tendrías que hacerme una reverencia. Que sepas que tienes delante a un *quaestor* militar, alto funcionario encargado de supervisar las finanzas de la legión: reclutamiento, pertrechos, víveres..., todo. Así que ándate con cuidado o ahora mismo te declaro no apto. Vamos, que nos estarán esperando y te vas a perder el Sacramento.

—¿Sacramentos? ¿Cómo en la catequesis? Ni hablar, yo soy agnóstico.

—No seas burro, anda. Es el ritual de bienvenida. Tú juras lealtad y compromiso ante tus superiores y ante los dioses de la legión.

Ya en la pequeña explanada del Camp de Mart, se unieron a la formación de la IX Hispana, que se disponía para el entrenamiento de dos docenas de legionarios uniformados y un par de jóvenes más vestidos de paisano, como Néstor. Delante, otros nueve soldados pertrechados con un vestuario espectacular. El jefe que se dirigía al grupo se cubría el torso con una magnífica loriga de escamas con varias condecoraciones, tanto *phalerae* —medallones— como *torques* —pulseras colgantes—. De unos cuarenta y cinco años, era un saco de músculo rematado por una cabeza poderosa sostenida en un cuello de toro. El casco brillante de cresta roja, las grebas de protección en las piernas y el *gladius* —la espada corta de doble filo que tanto éxito dio a las legiones— a la izquierda del cinturón le conferían un aspecto temible. Lo que en otra percha menos idónea derivaría sin remedio hacia un disfraz entre lo patético y lo cómico, en aquella bestia parda no había ni pizca de gracia.

—Es Marco Alba, el Centurión —susurró Faustino con un ligero codazo—. Su nombre real es Marc Ripoll. Es amigo íntimo de Mario Bocanegra, tu querido mecenas, que paga toda esta fiesta, y guardaespaldas encargado de vigilar a su hijo Lucio, que es ese de ahí... Los que están con él hacen de guardia de corps. Van siempre juntos a todas partes.

Al lado del jefe permanecían en posición de firmes otros ocho legionarios, todos ellos jóvenes y atléticos, como estatuas en perfecto estado de revista. Rostros serios y aire marcial, con los brazos apoyados en el clásico *scutum*, escudo rectangular curvo, casi semicilíndrico. El primero por la derecha era Lucio Bocanegra, el *optio* o segundo oficial al mando, también con una espléndida coraza que le sentaba como un guante y el casco digno de un emperador. Entre los otros siete, igual de bien equipados aunque con uniformes menos lujosos y más llamativos por sus pieles de oso, lobo o león, portaban el águila de la legión —*aquilifer*—, el estandarte de la IX Hispana —*vexillarius*—, la enseña de la centuria —*signifer*— y el cuerno de combate —*cornicen*—.

Lucio no era tan alto como Néstor pero sí mucho más fibrado y mejor proporcionado. De cara aniñada, con un aire a Brad Pitt adolescente, tenía más pinta de modelo que de guerrero. Excesivamente guapo para la ruda estética castrense. Debía estar ya rozando la mayoría de edad. «No puede negar su condición de hijo de papá, por mucho hierro que se ponga encima.» Las cavilaciones de Néstor se detuvieron en seco cuando los intensos ojos azules de Lucio se detuvieron en los suyos. Habría jurado por su madre que aquel soldadito de postal podía leerle el pensamiento. Néstor apartó la mirada al instante y aparentó que prestaba absoluta atención al discurso del Centurión, aunque no perdió a Lucio de vista. Fue entonces cuando la sonrisa cálida del niño-pijo-que-juega-a-la-guerra le rompió todos los esquemas. Y todavía le descolocó más cuando, de forma imperceptible para los demás, le guiñó un ojo con enigmática simpatía.

Lucio

En ese tránsito entre abril y mayo, la gente vestía ropas multicolores con las que imitaban la policromía de las flores del campo.

—Somos el recuerdo vivo de lo poco que ha llegado hasta nuestros días del mejor ejército del mundo antiguo —Marco Alba seguía con su arenga en los jardines del Camp de Mart—. Nos sentimos orgullosos de encarnar la memoria de la vieja Roma y nos lo tomamos en serio. Si a alguien le hace gracia o le parece ridículo, puede abandonar ahora mismo y así nos ahorramos la pérdida de tiempo. Si no me han informado mal, creo que hoy tenemos a tres aspirantes con nosotros. Por favor, dad un paso al frente.

Néstor dudó ante la orden. «No ha sido una buena idea venir.» A regañadientes, terminó por obedecer. Avanzó apenas el medio metro de una zancada corta. A su derecha, tímidamente también, se destacaron los otros dos voluntarios. Uno, el más joven —de unos veinticinco años, muy moreno, más bien bajito y rechoncho—, no iba a aportar demasiada prestancia a la IX Hispana. Difícil ecuación la de integrar el fenotipo maya en un ejército imperial romano. El segundo —al borde de los cuarenta, alto, fuerte y con barba cerrada— prometía más a tenor de su imagen de tipo rudo. Qué decir de Néstor; bastaba con imaginarlo luciendo canillas en túnica corta y sandalias. Una tropa heterogénea, sin ningún género de dudas.

—¿Por qué os interesa la IX Hispana? —preguntó el Centurión—. A ver, tú mismo, ¿cómo te llamas? —se dirigió al joven bajito.

—Soy Edgar Alfonso. He visto *Gladiator* veinte veces —respondió con acento andino.

—Ya veo... Bien, gracias. —El rostro de Marco Alba no atinó a ocultar la decepción y cambió rápidamente de candidato. Señaló al tiarrón de la barba tupida—. ¿Y tú? ¿Qué te ha movido a presentarte?

—Mis amigos me llaman Sandokán. Disfruto mucho con los deportes de equipo. He jugado toda la vida al rugby, pero las rodillas han dicho basta. Echo de menos la camara-

dería, el ambiente de después de los partidos, lo que llaman el tercer tiempo. Y me gusta mucho Tàrraco Viva, así que he pensado en mezclar aficiones y probar...

—Estupendo, Sandokán, creo que tú eres uno de los nuestros.

Por último, Marco se encaró con el tercer candidato.

—Néstor Azcona. Me gustan la historia militar y las batallas.

—¡Hombre! Esta sí que es buena. Por fin aparece el amigo del que tanto nos ha hablado Faustino. —Marco Alba lanzó una mirada furtiva a Lucio Bocanegra antes de reírse abiertamente—. ¿Y qué sabes tú de las legiones romanas?

—He leído un poco sobre el tema: victorias y derrotas famosas, organización, logística, armamento, tácticas... Lo mejor es que me pregunte, así adelantamos averiguando lo mucho que me falta por saber.

—Vaya vaya, si tenemos un listillo. —Marco Alba sacó su espada de la vaina y la mostró al grupo—. ¿Sabes qué es esto?

—Un *gladius*. De punta muy afilada, hoja ancha y doble filo. Eficaz tanto para el tajo como para la estocada. Bien usado, junto a esos escudos altos y envolventes de ahí —señaló a los oficiales—, era letal. Probablemente el arma que más muertes ha causado antes de la pólvora.

—Impresionante —concedió el Centurión—. Y además de esta clase de espada, ¿por qué dirías que las legiones se convirtieron en una apisonadora infalible, conquista tras conquista?

—Diría que por varias razones. La primera, los pies; se ganan más batallas con los pies que con las espadas, o al menos eso decía Julio César. Los reclutas eran sometidos a un entrenamiento brutal para endurecerlos. No había ningún otro ejército capaz de moverse en marchas forzadas de cincuenta kilómetros al día. Segundo, su táctica de combate; la repetían una y otra vez hasta hacer movimientos como la cuña o la tortuga con los ojos cerrados. Tercero, la ingeniería y el uso de las armas: las ligeras, como el gladio, el escudo o el famoso *pilum*, una lanza con asta de madera de un metro más otro medio de vara de hierro, y las pesadas, para el asedio. Construían potentes torres de asalto, catapultas para arrojar pedruscos de treinta kilos y escorpiones que lanzaban flechas enormes.

—Bueno bueno, menudo fichaje que nos has traído —aplaudió Marco Alba y desvió una mirada aprobatoria hacia Faustino—. Me quito el sombrero.

El Centurión cumplió su palabra casi al pie de la letra y lo que se quitó fue el casco. Quedó a la vista su cráneo rasurado al cero con la idea de camuflar la incipiente calvicie.

—Todo lo que nos cuenta..., ¿cómo has dicho que te llamas? Eso, Néstor. El refinamiento en el arte de la guerra, forjado durante cientos de años, tiene mucho que ver con

la idea que nos mueve. Es lo que inspira a nuestra Legio IX Hispana. Nosotros nos encargamos de que toda esa sofisticación no se pierda en la noche de los tiempos. Lucio, a mi señal. En formación.

Marco Alba levantó el antebrazo. Cuando lo dejó caer, Lucio y los otros siete oficiales se llevaron el escudo al pecho y se cuadraron en perfecta sincronía.

—Esto que veis es nuestro mayor secreto. Ocho soldados, un *contubernium*. La idea nació de Mario Cayo, un estratega visionario al que Roma le debe mucho. Esta es la unidad mínima de una legión. Los legionarios eran reclutados por quince años, veinticinco hasta obtener la ciudadanía romana si eran extranjeros, y les marcaban la disciplina a fuego. De ellos dependía la suerte de toda la legión. Los veteranos que sobrevivían eran guerreros temibles. Compartían barracón, tienda de campaña, guardias nocturnas... Más que camaradas, eran como hermanos. Qué digo, más que hermanos. En la batalla, su vida está en manos de los demás. Se necesita confianza ciega de los unos en los otros. A ver, tú, el sabelotodo, ¿eso también lo has leído en alguna parte? ¿Crees que podremos llegar a confiar alguna vez de ese modo en alguien como tú?

—Por supuesto —mintió Néstor, que tragó saliva y trató de mantener la compostura. «Pero, ¿cómo coño lo habrá sabido?» Sintió que los ojos duros del Centurión intentaban derribar las defensas de su mente con una orden de registro en toda regla.

Por el contrario, Lucio contemplaba la escena divertido.

Para alivio del espigado recluta, todo quedó en una pregunta retórica. O al menos eso quiso creer Néstor mientras le bajaba el ritmo cardíaco y la sangre de la cara. Marco Alba desvió el foco de atención hacia la explicación de la vital importancia logística de cada una de esas unidades de ocho legionarios. Antes de que existieran, los ejércitos de la Antigüedad avanzaban con extrema lentitud con una estela de carromatos para las cargas pesadas. Los romanos cambiaron el mundo en múltiples aspectos, y en este también. Fueron capaces de crear el ejército más rápido: para eso entrenaban a los soldados cargados como burros en largas caminatas. Cada legionario transportaba unos treinta kilos de equipo en el petate. Y entre cada ocho compartían una mula para transportar víveres, la tienda y el molino de pan.

Como no podían llevar consigo toda esa cola de carpinteros, herreros, albañiles o cocineros, también optaron por adiestrar a los soldados en ese tipo de quehaceres domésticos. Manejaban con igual soltura la espada que la pala para cavar zanjas. Esta última era casi más importante para la supervivencia del grupo cuando se adentraban decenas de kilómetros en territorio enemigo y quedaban al descubierto. Fueron los primeros en diseñar empalizadas provisionales para protegerse. En pocas horas excavaban un foso y,

con la misma tierra, compactaban un talud donde clavaban troncos de árboles limpios de ramas.

—Al marcharse del campamento —describió el Centurión—, normalmente lo destruían. No obstante, en algunos casos, como en Numancia, levantaron campamentos de asedio más duraderos. Y puntualmente, construyeron verdaderas fortalezas con torres y muros de piedra, tan sólidas que algunas han seguido en pie hasta hoy. El origen de León, sin ir más lejos, se remonta a un campamento romano. Y por supuesto, luego está la genialidad de las calzadas, puentes, diques... Todo perfectamente pensado para la llegada de suministros y de refuerzos. Pues bien, de todo esto va lo que hacemos en la IX Hispana...

Néstor levantó la mano.

—¿Tiene algo más que añadir el señor sabiondo? —preguntó Marco con retintín.

—No quiero incordiar, pero me interesan mucho las innovaciones en las tácticas de guerra. ¿Habrá tiempo para eso?

—Claro claro, por supuesto. Cómo no. Bienvenido a la academia de altos estudios militares —ironizó Marco Alba—. No te fastidia con el novato. Seguro que tú mismo puedes ilustrarnos.

—Sé, por ejemplo, que estudiaban y copiaban lo mejor de la forma de guerrear de sus enemigos. Y que las legiones se hicieron famosas por el *triplex acies*, su orden de batalla de tres líneas, con los manípulos —bloques de dos centurias, ciento sesenta hombres— ordenados como los cuadros de un ajedrez. Primero los *hastati*, con los *princeps* por detrás, y los *triarii* más veteranos en la última fila, como reserva por si la cosa se ponía fea. También llevaban tropas auxiliares, normalmente lanzaban por delante un cuerpo de *vélites*, infantería ligera. Y una unidad de caballería de ciento veinte jinetes repartidos en cuatro escuadrones. Hacían de exploradores y mensajeros...

—Vale valeee... Para ya, paraaa —le cortó Marco Alba—. Ya vemos que sabes la teoría de maravilla, vamos a ver la práctica, que es a lo que nos solemos dedicar aquí. Ven, cólocate junto a ellos. —Le señaló el grupito de Lucio.

Néstor se situó a su lado en cuatro largos pasos. Tan alto, flaco y vestido de calle, le había tocado el disfraz de oveja negra junto a sus atléticos compañeros.

—*Agmen formate!* —gritó el primer oficial.

De inmediato, con precisión absoluta de movimientos, los ocho jóvenes se deslizaron sobre sus pies hasta crear un cuadrado defendido por los escudos. Néstor, como un bailarín patoso en medio de una perfecta coreografía, optó por quedarse quieto atrapado en el centro.

—*Testudinem formate!* —ordenó el centurión.

Con la misma facilidad que habían dibujado el cuadrado, los dos legionarios de atrás cubrieron las cabezas del grupo con los escudos en la famosa formación de tortuga. Néstor no lo vio venir a tiempo y, dada su estatura —les sacaba casi una cabeza—, se llevó un buen chichón de recuerdo en la frente. Se apretó la zona dolorida con la mano. Marco Alba sonreía abiertamente.

—Se ven mejor los toros desde la barrera, ¿verdad, sabiondo? Si con ocho esto tiene su miga, imagínate las maniobras con más de cinco mil hombres y un frente de ejército que podía ocupar más de un kilómetro y medio...

El Centurión intentó transmitirles la extrema complejidad de mantener el orden en mitad de un caos de sudor y polvo, o de lluvia y barro en función de los caprichos de la meteorología. Un puzzle de precisión bajo el griterío de los oficiales que bramaban para conseguir que cada unidad ocupase el lugar designado, en posición junto a la infantería ligera y la caballería. Les llevaba su tiempo disponer las piezas en el tablero, pero una vez desplegadas en el campo de batalla, el entrenamiento y la disciplina hacían el resto para atemorizar al enemigo con una formidable fuerza de combate.

—Y el otro gran secreto, además del orden táctico y la agilidad en la maniobra, es ese de ahí. —Marco Alba señaló dos pesadas espadas de madera cruzadas en el suelo—. Horas y horas de práctica diaria. El dominio de la esgrima para desequilibrar en el cuerpo a cuerpo. Lucio, por favor, haz los honores.

El joven *optio* se separó unos metros de sus compañeros y tomó una de las espadas de entrenamiento. Levantó el escudo y se lo ajustó contra el pecho. Flexionó ligeramente las piernas e inició una calculada coreografía de estocadas frente a un rival imaginario. Todo en sus movimientos era puro equilibrio y armonía, como una danza de muerte que fluía sin esfuerzo aparente. El gladio cortaba el aire con un zumbido amplificado por las respiraciones cortas y calculadas de Lucio. Como los *kata* de las artes marciales, la secuencia de giros encadenados de ataque y defensa transmitía potencia y tensión. Al cabo de un par de minutos, el soldado levantó la espada hacia el centurión a modo de saludo y se quedó quieto.

—A ver, tú mismo, el listillo. Coge la otra espada y ponte en guardia. Te resultará muy pesada al principio, pero no te preocupes. Es parte de la rutina para fortalecer el brazo. Se acostumbraba así a los novatos para ganar en resistencia a la hora de manejar armas reales.

Néstor se agachó y levantó la espada. Efectivamente pesaba lo suyo, demasiado para un antebrazo y unos bíceps tan esmirriados, por emplear un calificativo optimista.

—Ahora, novato, intenta derribarle con toda tu alma —autorizó Marco.

Lucio volvió a flexionar las piernas, se apretó el escudo contra el cuerpo y se preparó

para aguantar la acometida. Néstor se agachó un poco y trató de imitar la posición con resultado bastante discutible. El aire felino, lo que se dice felino, no terminaba de soplar. Como no podía mover la espada con agilidad, tiró de orgullo y de todas sus fuerzas para lanzar un mandoble lateral con las dos manos. Su oponente esquivó la maniobra con insultante facilidad tras dar un pequeño salto atrás. El gladio solo cortó el aire. Al no alcanzar su objetivo, la inercia del espadazo —absolutamente descontrolado— desequilibró a Néstor, que quedó prácticamente de espaldas. Sería mucho decir con la guardia baja; lucía desmadejado y sin ningún tipo de guardia. Antes de que Néstor pudiera revolverse, aprovechando el impulso del ataque fallido, Lucio le arreó un fuerte empujón con el pie en las posaderas y Néstor se estampó contra el suelo.

—Buen intento. ¿Estás bien? Lo siento, no quería... Ha sido puro instinto. Muy pronto me pondrás en apuros —le animó Lucio con una sonrisa amistosa mientras alargaba el brazo para ayudarlo a levantarse—. Un consejo: mantén siempre el equilibrio y no te dejes llevar por las ganas de golpear. Anda, coge un escudo y probemos otra vez.

—Paso. No he venido aquí para hacer de payaso en este circo.

—Venga, no te lo tomes así. Todos hemos pasado por lo mismo. No te cabrees —Lucio buscó la aprobación de Marco, que asintió complacido.

Néstor escrutó al Centurión con desconfianza. Se volvió hacia Faustino con cara de pocos amigos, aunque se lo pensó dos veces y solo se sacudió el polvo de la ropa. Está bien, lo intentaría de nuevo, pero esta vez iba a ser mucho más cauto. Se acercó a por un escudo, se colocó en posición flexionando las piernas a imitación de Lucio y volvió a levantar el arma. «Se va a enterar el guaperas este...»

Los rivales comenzaron a medirse en círculos. Tensos, agazapados detrás de sus escudos. A pesar de la dosis extra de adrenalina segregada por la reciente patada en el culo, el gladio de entrenamiento no se había aligerado y seguía pesando lo suyo. Néstor pronto se percató de que no aguantaría el baile mucho tiempo. «Contrólate... Equilibrio —se decía—, la clave está en el equilibrio.» De pronto, la espada de Lucio surgió por un lateral y le golpeó dos veces. Le dio tiempo a protegerse con el escudo, e incluso a contratacar tímidamente con gran esfuerzo. «No puedo más, me la juego a todo o nada.» Y fue nada: sacando fuerzas de flaqueza, Néstor embistió con bravura. Trazó un potente espadazo de arriba abajo que pilló desprevenido a Lucio y le hizo tambalear al topar con el escudo. Bien entrenado, con mucho temple, se protegió a la espera de que Néstor cargase hacia adelante como un rinoceronte. Su intuición le valió unas décimas de segundo para hacerse a un lado justo en el instante en que Néstor descargaba el segundo golpe al vacío. Al mismo tiempo que se apartaba, Lucio trabó las piernas de Néstor desde el suelo. Cazado de forma inesperada, el peso del escudo y de la espada hizo el resto. Al no po-

der apoyar las manos —ocupadas con el armamento— para frenar el impacto, Néstor cayó de bruces y se pegó un tremendo costalazo que le dejó allí tirado como un saco de patatas.

Lucio, con mala conciencia por haber tenido que trampear con una zancadilla, se deshizo del escudo y la espada, y se apresuró a interesarse por Néstor, que por suerte comenzaba a reaccionar con movimientos morosos, como quien se despereza recién levantado. El joven Bocanegra se agachó a su lado. Su rostro reflejaba preocupación sincera.

—¿Te has hecho daño? No sé cómo... Perdóname, de verdad. Me he comportado como un idiota. A veces soy demasiado competitivo y no me controlo.

—Déjame en paz —se zafó Néstor palpándose la mejilla, que comenzaba a hincharse—. Iros todos a tomar por culo, y tú el primero por liarme, pedazo de imbécil. —Fulminó a Faustino con una mirada flamígera.

—Yo... no... —acertó a musitar su amigo.

Néstor se alejó unos pasos hasta dejarse caer en un banco del parque, de espaldas al variopinto grupo de la IX Hispana. Lucio interrogó a Marco Alba con la mirada y este le indicó con un movimiento de cabeza que se acercase a tranquilizar al novato despechado. El *optio* titubeó, pero el Centurión repitió el gesto con más firmeza, de modo que el joven se encaminó hacia el banco con la cabeza baja hasta sentarse al lado de su arisco excontendiente, más herido en su amor propio que en el pómulo.

Néstor mantuvo la vista al frente, lo más digno posible. Detrás de ellos comenzaron a sonar ruidos secos del entrenamiento de sus compañeros. Los mismos golpes en la madera que los habían conducido hasta allí. Ninguno de los dos se decidía a romper el hielo.

—¿Duele? —Lucio fue el primero en intentarlo señalando su mandíbula.

—¿Y a ti qué te importa?

—Si quieres, puedo ir a pedir un poco de hielo.

—No hace falta. Puedo aguantar. ¿Contento? Hala, ya puedes volver con tus colegas a seguir descojonándote.

—Ya te he pedido disculpas. No sé qué más quieres que haga.

—Dejarme tranquilo. Vuelve con tu pandilla de frikis a tomarle el pelo a otro. No pienso aguantar que nadie se divierta a mi costa.

—Nadie quiere divertirse a tu costa. Ha sido un accidente, en serio, no quería que te hicieras daño. Recuerda siempre canalizar bien toda esa fuerza. Sin control, no sirve de nada.

—Perfecto, ahora que me has largado el rollo este de mantra samurái, ya te puedes largar por donde has venido.

—No sé por qué estás tan a la defensiva. ¿Qué te pasa? ¿Tienes algún trauma infantil o qué?

Néstor fingió no darse por aludido, pero la pregunta le dolió. Allí estaban otra vez las risas crueles de los fantasmas de su adolescencia. Lucio no pareció advertir que había tocado material sensible —o al menos no quiso hurgar en la herida— y siguió con su intento de acercamiento:

—¿Eso es lo que somos para ti? ¿Una panda de frikis?

—Mírate —Néstor le dio un teatral repaso de arriba abajo—, con tu pomposo disfraz de romano, lustroso e impoluto. Un niño de papá que juega a los caballeros andantes. El príncipe de ojos azules y dentadura perfecta. Eso está muy bien para *La Bella Durmiente* o *La Cenicienta*, pero no creo que los legionarios de verdad tuviesen mucho que ver contigo y tus colegas. Sois un puto timo.

—¿Niño de papá? ¿Y tú qué sabes? Imagino que has oído campanas. Como siempre, la sombra de mi padre viaja conmigo. Estoy hasta los huevos de que me juzguen por el apellido. Tú no tienes ni idea de quién o cómo soy.

—Más de la que tú te crees. Te vi una vez cuando eras un mocoso. No tenías ni dos años. Mi padre y el tuyo se conocían. Me han contado que eran buenos amigos.

Lucio se hizo el sorprendido; a esas alturas, sabía de sobra quién era Néstor Azcona.

—¿En serio? ¿Y dices que nuestros padres eran amigos?

—Sí, eso he dicho.

—¿Por qué hablas en pasado? ¿Ya no lo son?

—Vamos a dejarlo. Mi padre ya no está con nosotros. Nunca hablo del tema, y menos con desconocidos —se zafó Néstor.

—Eso no es exacto. Por lo que cuentas, me conoces de toda la vida.

—Muy gracioso. Qué chispa tienes, me parto...

Néstor debía reconocer que había algo en Lucio que le gustaba. Por lo pronto, era rápido de reflejos e inteligente. También cercano y campechano, la clase de persona que te gustaría tener cerca en tu equipo. No era el típico fanfarrón pagado de sí mismo. Por decirlo de algún modo, no encajaba en el esquema de pijo repelente.

—Hay algo que no entiendo: si te damos tanta grima, ¿se puede saber por qué has venido?

—Me he equivocado. Todo por culpa del pesado de mi amigo Faus. No ha habido forma de que me deje en paz.

—Él nos ha hablado muy bien de ti, de lo que te apasiona la historia antigua. Y aunque no es de los que demuestran sus emociones, has dejado a Marco Alba con la boca

abierta. Ya nos hemos dado cuenta de que sabes el terreno que pisas. Ha sido alucinante. Reconócelo, tú también eres un poco friki.

—Me lo han dicho alguna vez...

—Justo por eso nos hace falta gente como tú. Hemos empezado con mal pie, pero creo que encajarías bien entre nosotros. Nos llaman bichos raros, frikis como tú dices, porque no aceptamos entrar en el rebaño con el común de los borregos. ¿Me sigues?

—Sé de lo que hablas.

—Nosotros, sencillamente, no encajamos. Por eso hemos optado por hacer una piña. En un mundo que se muere, sin principios, en el reino de los ignorantes, nos gusta hablar de honor, lealtad, amistad, nobleza... Nos llaman tarados, pero nos resbala. Piénsalo bien antes de largarte, creo que podrías ser uno de los nuestros.

Los precisos dardos calaron hondo en una *rara avis* como Néstor, acostumbrado a los desprecios, que reparó en el discurso extrañamente maduro del joven Lucio Bocanegra.

—¿Cuántos años tienes?

— Soy casi mayor de edad. —Lucio hinchó el pecho.

—Aparentas más. Al menos, tu cerebro parece mejor amueblado —le piropeó Néstor, al que había ido abandonando la ira. «Así que el pequeño Lucio se ha convertido en un tío abierto y de lo más persuasivo.» Aunque se resistía a admitirlo, le caía bien.

—No es mérito mío: algo de genética y mucha educación. Eso dice mi padre para picarme. —Sonrió.

—Sí, no te lo creas demasiado. Sigo pensando que sois unos soldaditos de postal, todo postureo.

—¿Tú crees? —Había en las pupilas de Lucio un punto de desafío—. ¿No te ha contado nada Faustino?

—Algo me ha comentado. Te voy a ser sincero, también he venido por todo lo que se ha especulado sobre lo ocurrido en los monumentos romanos. Se habla mucho, no sé si con fundamento. ¿Qué opináis vosotros?

—Me inspiras confianza, Néstor Azcona, hijo de Eduardo Azcona.

—¿Sabes el nombre de mi padre?

—Por supuesto. Y sí, nuestros padres fueron buenos amigos. Investigamos el tipo de gente que se nos acerca. ¿Crees que somos idiotas o qué? A ti te hemos guleado. Y, además, tenemos a Faustino...

—Ese bocazas se va a enterar —protestó Néstor.

—Chsss... No la tomes con él. No tiene ni idea de nada, aunque imagino que está con la mosca detrás de la oreja. Tú eres casi de la familia: quiero hablarte de algo que noso-

tros llamamos Proyecto Escipión.

La cripta

En la segunda semana de mayo se iniciaban los días oscuros de Lemuria, la fiesta más lúgubre del calendario romano. El pater familias invocaba el poder de un ritual para protegerse de los espíritus malignos.

9 de mayo

Hacia las nueve casi había anochecido por completo. Néstor, Faustino y Manel hacían tiempo en la terraza del Viena, en el primer gran centro comercial que se instaló en Tarragona, hasta que una oscuridad más profunda vaciase las calles de miradas curiosas. La gula de Faustino, perfectamente secundada por el glotón de Manel, había hecho sudar con una comanda absurda —por exagerada— al único camarero del local.

Mientras ambos se afanaban en dar buena cuenta del festín, Néstor no dejaba de lanzar miradas furtivas a su derecha, hacia el otro lado de la acera. El gesto de inquietud no pasó desapercibido para Faustino. Sabía perfectamente lo que estaba vigilando Néstor: apenas a treinta metros de ellos estaba la puerta de la necrópolis paleocristiana. En 1923 las excavaciones previas a la construcción de la Fábrica de Tabacos pusieron al descubierto vestigios de uno de los cementerios tardorromanos mejor conocidos y conservados del antiguo Imperio.

—*¿Estáff feguro? Infifto* en que no me *farece* buena idea —farfulló Faustino con la boca llena tras llevarse medio bocata de longaniza de un mordisco.

—No me jodas, Faus, come y calla, que ya estoy yo bastante atacado como para aguantar tus monsergas de abuela supersticiosa. Sabes que, si queremos avanzar, tengo que ir. Y punto. No hay más que hablar.

—Lo que tú quieras, pero me da muy mal rollo esa ocurrencia de bajar a las diez de la noche a la cripta de los Ingenieros. Por mucho que te acompañe Manel, no tenemos ni idea de lo que te puedes encontrar.

—Coño, Faus, me estas poniendo de los nervios. Es lo que me ha pedido Lucio, ¿qué quieres que haga? No me queda otra si quiero enterarme de qué va eso del Proyecto Es-

cipión. ¿Tú te crees que a mí me apetece meterme en la boca de lobo?

—Por eso mismo, piénsatelo bien. Es todo como demasiado tétrico.

—*No serà per a tant* —terció Manel—. Yo no creo en fantasmas. Al primero que aparezca le calzo una buena somanta de hostias y en paz.

—¿Ves lo que te digo? No os lo estáis tomando en serio. Toda esta zona, incluyendo este centro comercial, no es para hacer el tonto por la noche. Aquí han aparecido más de dos mil tumbas. Da mucho repelús.

Faustino les volvió a poner en antecedentes: se considera aceptada la tesis de que allí habían reposado los restos del obispo Fructuoso y sus diáconos Eulogio y Augurio. Según las actas del martirio, el 21 de enero del año 259 los tres fueron quemados vivos en la arena del anfiteatro romano. La situación del Imperio a mediados del siglo III era bastante convulsa, y como ya había pasado antes, el poder político responsabilizó de todo a los cristianos para desviar la atención. Bajo los mandatos de Decio (249-251) y Valeriano (253-260) se promulgan varios edictos que obligan a la jerarquía eclesiástica cristiana a participar en los ritos paganos. Además, limitan el derecho de reunión y prohíben la visita a los lugares sagrados de enterramiento. En el año 258, el de la promulgación del segundo edicto de Valeriano, fueron ejecutados el obispo de Roma, Sixto, con cuatro de sus diáconos, y Cipriano, obispo de Cartago.

—Se cree que a la noche siguiente al dantesco espectáculo en el anfiteatro —siguió Faustino— algunos fieles de la comunidad cristiana recogieron los restos incinerados de los mártires para traerlos hasta aquí y darles sepultura. Estamos en lo que era la zona funeraria de la ciudad, próxima a la desembocadura del río. Antes el cementerio estuvo más cerca del mar, en el entorno del gran puerto comercial de Tarragona. Con el crecimiento del suburbio portuario llegaron las grandes *domus*, almacenes e instalaciones agrícolas, de modo que el espacio sagrado se fue quedando atrás en las riberas del Tullis.

—Eso de los mártires suena al típico engañabobos —razonó Néstor, escéptico—. Pues sí que empezaron pronto con el cuento de las reliquias...

—El relato parece bastante verosímil. Muy cerca de aquí se encontró un epitafio en piedra, reconstruido como «(FRVC)TVOSI / A (VGURI ET EVLOGII)». A principios del siglo V se levantó una basílica en memoria de los mártires. Y justo debajo de donde estamos hay otra. Los restos se pueden ver en el aparcamiento del centro comercial.

—Paparruchas. Ya ves, menuda mezcla entre mártires quemados, esqueletos, tumbas, Primark y McDonalds. ¿Nos tenemos que asustar? Yo paso.

—Que no, joder, que no son inventos. Que lo que estamos pisando es el reino de los muertos desde tiempo inmemorial. Entre los siglos II y I a. C., los sepulcros y mausoleos

flanqueaban las calzadas a la manera romana; ellos enterraban a sus seres queridos así, a las afueras, en los márgenes de las vías de acceso a la ciudad.

—*Doncs jo pensava que els cremaven, com els vikings* —se sorprendió Manel.

—Para ser un bruto con la materia gris tan limitada, no vas tan desencaminado. Practicaban tanto la incineración como la inhumación, aunque esta se generalizó a partir del siglo II. Ahí abajo —Faustino señaló al portón de la necrópolis— predominan los enterramientos a cielo abierto, en fosas indicadas por un túmulo en la superficie.

—*Encara que no crec en superxeries, no em fa cap gràcia torbar la pau dels morts, hi ha esquelets?*

—No, hombre. Retiro lo dicho; mira que eres zopenco. ¿Cómo van a dejar por ahí tirados unos huesos con dos mil años de antigüedad?

—*No ho sé, jo...*

—Pertenecen a los fondos del Museo Nacional Arqueológico de Tarragona, y sus técnicos los han estudiado a fondo. Han obtenido datos muy interesantes sobre la fisonomía de los antiguos vecinos de Tarragona. Por ejemplo, para ellos tú, con tus dos metros, serías como un gigante, casi un ser mitológico.

—*Sí, de debò?* —Manel sonrió ilusionado.

—Medían algo por debajo de la media de la época, que estaba en 1,65 los hombres y 1,54 las mujeres. También sería rarísimo tu aspecto nórdico. Predominaba la gente morena de tipología mediterránea, ya sabes, piel tostada, ojos oscuros...

—*Segur que hagués tingut molt d'èxit amb les dones. I tu amb els homes. Crec que aquesta gent li donava a tot, ja ja. Que els agradava la carn i el peix... Ja ja, ho pilles?*

—Sí sí, lo pillo, lo pillo... Qué zafio eres, por Dios... No sé ni por qué os he acompañado.

Faustino siguió parlotando sin respiro para aplacar la tensión, que no solo no se iba rebajando, sino que aumentaba conforme la oscuridad se adueñaba de las calles. Les explicó que muchos vecinos de Tarragona en la época altoimperial pertenecían a la tribu galeria, una de las treinta y cinco a las que se adscribía todo ciudadano romano para ejercer su derecho a voto. Era una tribu rústica, frente a las cuatro urbanas, y una de las veintiuna primeras creadas en el siglo V a. C. La eligieron Julio César y Augusto para las comunidades a las que concedieron privilegios en Hispania; la ciudad acogió inmigrantes de otros puntos de España y de las provincias orientales del Imperio. En las lápidas, con inscripciones en griego, también se deja ver la gran influencia de aquella cultura.

Néstor miró el reloj y trajo de regreso a Faustino al centro comercial. Pese a toda su palabrería para llenar el silencio, ambos tenían muy presente a qué habían ido allí.

—Te lo voy a decir por última vez. Después de todo lo que te he contado y con lo que

nos traemos entre manos, ¿no te parece demasiada casualidad que te citen aquí? A mí me da muy mala espina.

—Me estás poniendo histérico, Faus. Si no puedes dejar de comportarte como una vieja, es mejor que te largues. Así no me ayudas; solo tienes que quedarte aquí a esperar-nos. Si no hemos vuelto en un par de horas, avisas a mi tío Ramón y punto. ¿Te ves capaz de hacer, por una vez, lo que te pido?

Por supuesto que Néstor tenía muy presentes las advertencias de Faustino, como tampoco podía quitarse de la cabeza la suave voz de Blanca explicándole sus averiguaciones sobre los sacrificios humanos en noches de plenilunio.

Néstor había levantado la vista al cielo varias veces, como si tuviera que volver a comprobar una y otra vez que había luna llena y, por supuesto, evitó comentar nada con Faustino.

—Es la hora. —Néstor sacudió bruscamente la muñeca para mirar el reloj—. Manel, vamos a saltar. Faus, ya sabes lo que hay.

Vestidos con ropa oscura, cruzaron la carretera y caminaron unos metros hasta detenerse en la acera contraria, levemente iluminada por los leds de bajo consumo de una hilera de farolas. Estaban a un salto de colarse en la necrópolis. Tras comprobar que no había moros en la costa, se encaramaron a un murete de apenas metro y medio de altura y desaparecieron al otro lado. Ni una simple alarma en el perímetro. El que había diseñado las medidas de seguridad, o bien confiaba en el efecto disuasorio del mal fario de profanar un cementerio, o bien daba por sentado que es demasiado engorroso llevarse a casa un sarcófago labrado en piedra de varios cientos de kilos de peso.

Néstor y Manel bajaron agachados por las rampas que servían para salvar el desnivel del terreno y el abismo entre el ruidoso tráfico de uno de los viales principales de acceso a la ciudad y la quietud que reinaba en la enorme zona de enterramiento, de más de una hectárea. Luego se dirigieron al sur por un pasillo enlosado —el mismo que servía para las visitas guiadas—, en dirección a las grandes carpas que protegían las tumbas de la intemperie.

Néstor se había estudiado el plano a conciencia. A su derecha, en el lado de la ribera del río, se recortaba un bosquecillo de grandes pinos. A la izquierda, sobre un césped reseco por falta de riego, tres docenas de sarcófagos de distintos tamaños y manufacturas. Allí solo seguían los más bastos; los de mayor alcornia se exhibían en un Centro de Interpretación anexo, y las piezas más aristocráticas se conservaban en la sede principal del MNAT, dentro del casco antiguo.

—*Pagaria per veure't la cara si s'aixeca algú d'un d'aquests taüts* —bromeó Manel sofocando la risa con la mano.

—No digas bobadas —musitó Néstor— y baja la voz, tarugo, que nos la estamos jugando. Y no son ataúdes, sino sarcófagos. Si algo se mueve por ahí, te aseguro que a mí no me pilla. Que los zombis se vayan entreteniendo contigo, que entre que arrancas y no arrancas...

Faustino les había explicado que los contenedores funerarios habituales eran las ánforas y las tejas —*tegulae*—, aunque también aparecieron ataúdes de madera, de plomo y aquellos ricos sarcófagos de piedra. Solían estar decorados con animales propios de tradiciones antiguas como el pez, la paloma, el fénix, el gallo, el ciervo y la serpiente, o con elementos iconográficos que se retrotraen muy atrás en el tiempo, como la palma, la corona, el ancla, la cruz, el barco y el río. Hasta después del siglo IV los cristianos no rompen del todo con la herencia pagana.

—*Escolta, i no hi haurà per aquí tresors amagats com els dels faraons? Podríem fer una ullada ràpida per si de cas.*

—Joer, Manel, ¿quieres matarme de un infarto? ¿Puedes cerrar la boca de una puta vez? Ya estoy lo bastante tenso como para oír sandeces. Ni tesoros ni hostias. ¿Te van a estar esperando a ti? ¿La única vez en tu vida que pasas por aquí? Anda, agáchate más, que nos van a pillar.

Néstor, como casi todos los tarraconenses de su edad, había oído hablar de la muñeca de marfil que se localizó en la tumba de una niña. Le contaron que se trató de un hallazgo absolutamente excepcional, pero no hasta qué punto: de las dos mil tumbas de la necrópolis, solo doce contenían evidencias de un ajuar; en el enterramiento 152, dentro de un sarcófago reaprovechado, aparecieron los restos de la pequeña, que incluso conservaban el hilo de oro que había adornado su vestido. Son rarísimas las tumbas que contenían ofrendas funerarias, una práctica asociada a viejas creencias paganas que entró en desuso a partir del siglo III con la creciente cristianización de la sociedad romana. Influyó también las restricciones legales para evitar saqueos, dictadas por juristas de los siglos II y III como Ulpiano y recogidas por Justiniano en el VI en su *Corpus iuris civilis*.

Ajeno a sus escasas posibilidades de éxito como saqueador, Néstor abrió la marcha conteniendo la respiración. «Seguro que nos denuncian por ladrones, profanadores o Dios sabe qué.» Intentaba buscar una excusa creíble si los descubrían *in fraganti* mientras notaba los pasos de Manel a su espalda avanzando con el sigilo de un elefante. De pronto pudo oír algo más: una tremenda ventosidad que sonó como una deflagración amplificada en el silencio de la noche y que le desbocó el corazón.

—Mecagüen la puta, ¿pero te has vuelto loco o qué te pasa? ¿Tan difícil te resulta controlar los esfínteres?

—*Perdó* —se carcajeó Manel con el regusto escatológico de un niño—, *és que tinc mal*

de panxa... La llonganissa del Viena m'ha provocat gasos...

—Ya, la longaniza, la hamburguesa, el bocata de lomo y las patatas. Si no te pusieses siempre como un cerdo, otro gallo nos cantara... Mira, se acabó, no ha sido una buena idea traerte, sigo yo solo. Si quieres, espérame aquí y te quedas a gusto ajustando el tubo de escape. Si hay algún vigilante y oye tus pedos, le explicas qué haces aquí. O a lo mejor tienes suerte y se te desmaya del pestazo.

—*Home, no et posis així...*

—Ni así ni asá. Otra vez te contienes un poquito. Siéntate ahí y me esperas. Ya no estamos lejos. Si oyes algo raro, te acercas.

Manel, resignado, se sentó en la amplia escalinata del palacete abandonado que había servido de museo a la necrópolis desde 1930 hasta ir cayendo en el olvido. Inspirado en la arquitectura romana, era un edificio señorial de estilo neoclásico, planta rectangular e inmensos ventanales. Debió haber lucido impresionante en su época de esplendor, pero ahora se veía triste, achacoso y desvencijado, como una metáfora del lugar que le toca ocupar a la vieja y culta civilización romana en la vorágine actual de ignorancia hiperconectada.

El lobo de mar dejó alejarse a Néstor con la misma desazón que el perro que se queda en la puerta y ve perderse a su dueño en el interior de un supermercado. Su amigo siguió avanzando sigiloso hasta perderse entre las sombras, mientras él dudaba si hacer caso omiso a la bronca que acababa de recibir. «*Em cau bé aquest noi, no puc deixar-lo sol.*» Decidió que esperaría un par de minutos más antes de seguirle, si hacía falta, hasta las puertas del infierno.

Néstor había doblado ya la esquina del antiguo museo y avanzaba por un pasillo abierto junto a la zona de enterramientos, bajo las carpas de protección. Estaba muy cerca del punto de encuentro que había fijado Lucio, a escasos cuatro pasos del acceso a la cripta de los Ingenieros, casi en la verja de la antigua fábrica de tabacos anexa. De los dos millares de inhumaciones registradas, solo unas cien estaban dentro de una veintena de construcciones funerarias. Las más lujosas eran tumbas monumentales —*mausolea*— con cripta subterránea. En las excavaciones se encontraron dos, la de los Arcos, oculta en el subsuelo de la Tabacalera sin restos visibles, y la de los Ingenieros, íntegramente conservada y visitable. La habían datado en el siglo IV.

Envuelto en una absoluta negrura, tratando de mitigar el sonido de su respiración, Néstor encendió el móvil para enviar un wasap. La tenue luz de la pantalla creó una burbuja de luz azul a su alrededor. Manel, que le vigilaba a distancia, pensó que le había descubierto, pero el reducido diámetro del campo de visión de Néstor le mantuvo a salvo de la reprimenda.

«Aquí estoy», tecleó.

Pese a la escasa potencia del haz luminoso, Néstor pudo vislumbrar en la penumbra los peldaños de entrada al mausoleo. Descendió por ellos hasta lo que debió ser la cámara principal, una estancia de planta cuadrangular y unos seis metros y medio por lado. A sus pies, el pavimento era antiguo, a la manera romana en *opus signium*, la indestructible mezcla de tejas partidas en trozos pequeños y mortero de cal que en Italia se conoce como *cocciopesto*. A sus pies, otra sección de escaleras se hundía en las profundidades de la tierra.

Con el sudor corriéndole a chorros por la espalda, no se decidía a seguir bajando. Súbitamente, el chasquido de una cerilla y el olor a fósforo precedieron al parpadeo de una vela, que obró el milagro de perfilar una angosta puerta media docena de escalones por debajo de sus pies. La intensidad de la luz se fue incrementando con el titilar de nuevas velas, mientras los efluvios de la cera lo inundaban todo. Vacilante, en contra de su instinto de supervivencia, Néstor se obligó a bajar un pie, y luego otro...

—Bienvenido al Proyecto Escipión, te estábamos esperando —saludó Lucio solemne, rodeado de los siete compañeros de su *contubernium*. Todos firmes como estatuas.

Uno a su lado, el más corpulento; otros tres le flanqueaban a cada lado de la pequeña estancia cuadrada y enlucida con un viejo estucado amarillento. Pese a los desconchones y las manchas de humedad, la vieja cripta impresionaba por la dignidad de su construcción: el techo presentaba una sobria *volta* de arista y se veían tres arcos de medio punto, uno por cada muro, exceptuado el de la puerta de acceso.

Los seis grandes velones que titilaban a los pies de los seis legionarios daban forma a una especie de pasillo iniciático que llegaba hasta Lucio y su enorme acompañante. Se notaba que habían cuidado los detalles de la escenografía. Para la ocasión no vestían el uniforme de combate sino togas prendidas sobre el hombro a la manera romana. Calzaban elegantes sandalias de fiesta en lugar de las botas de campaña que solían usar en los entrenamientos del Camp de Mart. También lucían brillantes brazaletes dorados que les cubrían medio antebrazo.

—Entra y acércate, por favor. No tengas miedo, que no te vamos a comer —le indicó Lucio.

—Voy voy..., ya voy, es que estoy un poco... sorprendido —balbuceó Néstor.

Avanzó remolón por la pasarela de fuego hasta situarse frente al maestro de ceremonias.

—Gracias por aceptar nuestra invitación, Néstor. Sabemos que la hora y el lugar no son muy normales, pero casi nada entre nosotros lo es. Digamos que nos gusta movernos en la sombra. Ya nos irás conociendo. Te he hablado un poco de nosotros; forma

parte de nuestro ADN distanciarnos todo lo que podemos de la incultura y la inmoralidad que campan a sus anchas por donde mires. El Proyecto Escipión se inspira en lo que los anglosajones denominan LARP, *live action role-playing*, pero para nosotros se ha convertido casi en una forma de escapar de toda esa mediocridad.

—¿Algo como un juego de rol, quieres decir?

—No exactamente. Para nosotros el Proyecto Escipión es algo más que un juego. Más bien una filosofía de vida. ¿Te suena *El club de los poetas muertos*? Pues algo por el estilo... La base es muy sencilla: formamos parte de una unidad de élite de las legiones romanas y se nos van encargando distintas misiones. En función de la eficacia de cada uno, se otorgan condecoraciones, un rango de premios que aporta prestigio y, en segundo término, sirve para marcar la jerarquía del grupo. Se podría ver como una especie de guía de perfeccionamiento personal en la que se aprecian virtudes como el valor, la templanza, la inteligencia, el compañerismo, el sacrificio por el equipo... En fin, ya lo irás viendo si te apetece seguir adelante. Tendrás que decidirte ahora. Luego no habrá marcha atrás.

—Suena como a secta.

—Para nada. Es tan solo que no nos gusta abrirnos a gente desleal.

—¿Eres tú el jefe?

—No. Solo el líder de este pequeño grupo. Nos guía un Consejo de Sabios, más bien filósofos, que fija las pruebas que hemos de superar y vigila la correcta evolución de cada uno de nosotros. Los conocerás a su debido tiempo, pero primero tendrás que hacer méritos. ¿Y bien? ¿Qué me dices?

—¿También hay castigos?

—¿Qué?

—Si hay castigos, penalizaciones. Lo mismo que hay premios... En casi todos los juegos que conozco puedes avanzar o retroceder.

—Eres listo, Néstor Azcona —sonrió Lucio, y pensó: «Empiezo a entender por qué han puesto los ojos en él»—. Pues sí, hay determinados comportamientos que pueden hacerte descender: la codicia, el egoísmo, la crueldad, la envidia... Nuestros maestros le dan toda la importancia a la educación y nos piden que seamos ejemplares, pero tú no deberías preocuparte, estoy seguro de que vas a subir como la espuma.

Néstor bajó los párpados un instante tratando de aminorar la velocidad de su cerebro, pero ocho pares de ojos puestos sobre él no ayudaban en absoluto a ordenar las ideas. Sabía que se estaba metiendo en un buen lío e intentaba medir las consecuencias. Finalmente cedió a la presión y se abandonó a su suerte:

—Está bien, contad conmigo.

—No esperaba otra cosa —respiró Lucio aliviado—. Puedes considerar esta ceremonia como un nuevo bautismo. A partir de ahora todos te llamaremos Augusto. Ese es el nombre que han elegido para ti. Un nombre de emperador, no puedes quejarte. Te presento a mis amigos: este es Tito. —Lucio señaló con el brazo al primero por su izquierda, que dio un par de pasos hacia él, hizo una leve inclinación de cabeza y le propinó un fuerte abrazo acompañado de las palmadas de rigor en la espalda.

Tanta efusividad le pilló desprevenido. Néstor —ahora Augusto— aguantó estoicamente el curso acelerado de camaradería. La ceremonia de presentación oficial se repitió milimétricamente con Octavio, Valerio, Aurelio, Marcelo, Horacio y Patricio, para desgracia de la espalda de Néstor. No le quedó una mota de polvo encima después de que lo sacudieran como a una estera.

—Ahora ha llegado el momento de despojarse de los viejos ropajes y emprender una nueva etapa. —Lucio le tendió la toga que, a su vez, le había entregado Tito.

—¿Cómo? ¿Es coña? ¿Me tengo que quitar la ropa de verdad? Venga, no me hagáis esto —se resistió Néstor, siempre remiso ante la tesitura de mostrar su huesuda anatomía en público. Por eso odiaba tanto la playa. Más bien odiaba su aspecto, y, por efecto dominó, la playa, la piscina y el gimnasio.

Lucio no se inmutó ante las protestas y mantuvo el brazo tendido con la toga.

—Octavio, Marcelo..., enseñadle a ponérsela.

Pocos minutos después, Néstor estaba perfectamente ataviado, aunque con muy poca gracia, en su papel de patricio romano.

—Me siento ridículo —masculló.

—No te preocupes, es cuestión de costumbre. Todos hemos pasado por lo mismo —le tranquilizó Octavio, un joven moreno de profundos ojos negros y aspecto refinado—. Pronto la llevarás con orgullo y mucha más prestancia.

Se hizo de nuevo el silencio y Lucio tomó la palabra. Ahora sí se esforzaba por sonar como un líder:

—A estas alturas, todos sabéis lo que significáis para mí. Hemos superado duras pruebas juntos, codo con codo, sin fisuras, como cuando nos defendemos en formación cerrada. Hoy nuestra hermandad se amplía con un nuevo miembro, Augusto, en el que nuestros mayores tienen depositadas grandes esperanzas. Desde este momento esperamos que pronto fluya entre nosotros una confianza mutua. Y como primera estación para forjar ese vínculo, le vamos a rogar que haga los honores y nos ayude en la consulta de los augurios de lo que está por venir.

Lucio y Tito se apartaron a un lado y dejaron a la vista un sepulcro de piedra detrás de ellos. Todos los muros de la cripta —salvo el de la puerta de acceso— se disponían

como arcosóleos, tumbas encajadas en la pared y bajo arcos de medio punto, en forma de *volta*, cada una con su correspondiente sarcófago. Los tres estaban abiertos, sin la losa de cierre. Con un gesto, Lucio pidió a Néstor que se aproximara.

Al ganar perspectiva sobre el sepulcro, con los bordes aproximadamente a un metro de altura, Néstor pudo ver un cuerpo desnudo, tan solo cubierto en sus partes con un lienzo. Era un hombre obeso de unos cuarenta y cinco años, con alopecia prematura. Tenía una expresión plácida, como sumido en un agradable sueño.

—¿Qué coño...? —Néstor se sobresaltó y se apartó con un respingo—. ¿Estáis locos o qué? ¿Quién es?

—Horacio, por favor, si eres tan amable... —Lucio siguió sin inmutarse.

Otro de los jóvenes soldados, con los brazos extendidos para dar solemnidad al ritual, les ofreció una daga de doble filo con las palmas de ambas manos extendidas hacia arriba.

—Deberás hacer una pequeña incisión a la altura del esternón. Será algo puramente simbólico, del resto nos encargamos nosotros. No te preocupes por él. En realidad, solo le estamos liberando de sus pecados; ha estrangulado a su propia madre, ya muy anciana, para poder quedarse con sus ahorros.

—Ni hablar. No puedo. Me da igual lo que haya hecho. Que no, paso.

—Es un simple corte. No te pido más.

—He dicho que no.

—Piensa en esa pobre mujer. Piensa en tu madre. Este es un maldito demonio, pura escoria. Le hacemos un favor al mundo.

—No puedo.

—Empezamos mal, Augusto. Me temo que el Proyecto Escipión ha terminado para ti casi antes de empezar.

«Es un simple corte.» Néstor se debatía entre los dictados del sentido común y la satisfacción de callar la boca a quienes nunca creyeron en él. Convertirse en cómplice de unos perturbados, aunque fuese en un grado menor, frente a la ambición por resolver un caso tan importante y la curiosidad por seguir buceando en la historia de los Bocanegra... «No hay opción, tengo que hacerlo si quiero salir de aquí. Un tajo de nada y salgo corriendo a avisar a Manel.»

—Espera. Está bien. Un pequeño corte y me dejáis en paz. Me niego a ver el resto; no voy a participar en esta barbaridad. —Néstor tomó la daga de las manos de Horacio—. ¿Dónde lo hago?

Lucio le marcó con el dedo el punto exacto por donde abrir la carne. Justo cuando Néstor, mirando hacia otro lado, se disponía a emplear el afilado puñal como un bisturí,

el torso flácido del supuesto muerto se alzó de golpe con la cara desencajada y un grito que parecía provenir del inframundo.

—iiiNoooooooo!!!! Ja ja ja...

Néstor pegó un salto del susto. Se quedó lívido, paralizado. Una carcajada general le envolvió como preludio de otra concienzuda somanta de palmadas afectuosas. No sabía cómo reaccionar ni qué emoción priorizar. El cabreo por la tomadura de pelo competía con un agradable cosquilleo bastante inusual en su biografía. Poco a poco, la sensación de pertenencia al grupo iba venciendo a la ira. Algo así como encontrar resguardo al calor de la hoguera en plena estepa helada. Un refugio en el que protegerse del aliento gélido de la incompreensión.

—Hostias... Esto no tiene ni puñetera gracia...

—Pues claro que la tiene. —Lucio apenas podía contener las lágrimas—. Deberías haberte visto el careto, ja ja ja... Prueba superada, novato.

El mosaico de los peces

El número era importante para que los lémures dejaran en paz el hogar familiar, al menos hasta el año siguiente; el dominus debe lanzarse nueve habas negras a la espalda: el tres, número de gran capacidad mágica, repetido tres veces en su forma más poderosa.

10 de mayo

Néstor detuvo su Vespa con las primeras luces del alba entre las líneas blancas del aparcamiento para motos más cercano al Pòsit del Serrallo. Propiedad del Port de Tarragona tras comprárselo a la Cofradía de Pescadores, el Pòsit era el emblema del barrio, con su restaurante de cocina marinera, su propio teatro y el gran reloj en la fachada. El edificio, recién rehabilitado después de décadas de lenta decadencia, había servido a lo largo de cien años como lonja, café, salón de baile, escuela, local de ensayo y hogar del jubilado. Estaba pegado al apartamento de Pepe Miralles; el viejo periodista los había despertado hacía tres cuartos de hora a él y a Faustino con muchas urgencias y su proverbial mala uva.

—Os quiero a los dos aquí cagando hostias.

—¿Qué pasa? —farfulló Néstor, que apenas había dormido seis horas después de su incursión en la necrópolis.

—Os lo cuento luego. Venga, levántate y espabila. Pasa a recoger a Faustino y os espero junto a mi casa, en el muelle. Daos prisa, es importante.

Pepe le dejó con la palabra en la boca y le colgó.

—¿Seguro que no te ha contado nada? —preguntó Néstor a Faustino mientras ataba los cascos con el pitón, entre el manillar y el asiento.

—Que no. Nada de nada. No sé qué mosca le habrá picado. Vamos rápido, que le conozco y seguro que nos va a caer la del pulpo por tardones.

Dejaron a su espalda las antiguas casas de pescadores pintadas en colores pastel y el paseo del Serrallo, con sus fuentes y las terrazas típicas de tapeo, arroces y marisco. No se veía ni un alma. Tampoco aparecía la de Pepe cuando cruzaron la carretera en direc-

ción a los muelles. A su derecha, la sede de la renovada lonja de pescado y las mayores esloras de una flota muy venida a menos. Delante de ellos se mecía plácidamente, en perpendicular a la línea de costa, una docena de pequeñas embarcaciones, entre ellas las llamadas «barcas de la luz» por los grandes focos que utilizan para atraer a los peces al faenar en la oscuridad.

Comenzaron a recorrer el muelle en dirección a los tinglados, los viejos almacenes portuarios de mercancías contruidos a principios del XIX y ahora reconvertidos en naves multiusos con espacio para oficinas, pistas de deporte bajo techo, salas de exposiciones y el museo del puerto. Conforme avanzaban se fue haciendo cada vez más audible un fueraborda que petardeaba al ralenti. El ruido parecía provenir desde detrás de la Tarra-gona Blau, la golondrina encargada de la ruta turística para ver la ciudad desde el mar.

En efecto, nada más superar el eje de proa de la barcaza, cuyo poderoso volumen se la había ocultado a la vista, se toparon con una zódiac de la Policía Portuaria con el motor en marcha. Obviamente, también se toparon con las malas pulgas de Pepe, sentadas con él a estribor y con ganas de guerra.

—¿Se puede saber dónde coño os habíais metido? —les gritó antes de que pudieran abrir la boca—. Venga, saltad de una vez, cojones, que tardáis más que las señoras en arreglaros... Este es Carles, veterano de la Portuaria y amigo del colegio. Ya habrá tiempo de presentaciones, ahora tenemos prisa y hay que recorrer un buen trecho.

Carles, un tipo reseco y fibroso de pocas palabras, los saludó con la cabeza y los ayudó a subir a bordo. No le quedaría mucho para la jubilación, pero nadie en su sano juicio pondría a prueba su paciencia. Un hombre duro que rezumaba mala hostia por cada poro. Como esos perros de pelea que nunca dan un paso atrás. Nada ladrador y todo mordedor.

—Gracias, Carles, eres muy amable —coqueteó Faustino con el rudo policía—. Y tú —se dirigió a Pepe con impostada frialdad—, ¿nos puedes decir al menos qué coño está pasando?

—Han encontrado un cadáver flotando bajo los postes del pantalán de Repsol. Están allí la Guardia Civil, en el agua, y los Mossos en tierra. Carles me ha llamado de madrugada cuando se ha enterado del aviso. Yo se lo había pedido por si oía algo raro en las comunicaciones internas. No sabemos mucho más; solo que puede encajar en nuestro patrón. El que lo haya hecho se ha empleado con extrema violencia. El cuerpo está lleno de hematomas y laceraciones. Y a este también lo han decapitado.

—Joder, qué mierda. Y yo mientras tanto, jugando a los soldaditos romanos —se desanimó Néstor—. ¿Se sabe cuándo...?

—No —le cortó Pepe. Todavía nada. Cuando quieras, Carlitos.

Con movimientos precisos al timón y la potencia exacta al engranar la marcha atrás, el policía de la Portuaria demostró su pericia con aquel poderoso fueraborda de ciento cincuenta caballos. En cuanto tuvo la proa orientada hacia el canal principal, Carles aceleró y la zódiac se levantó como un avión a punto de despegar. Más de la mitad de la quilla apenas tocaba el agua.

—Demasiado inclinada. Colócate *alante* —ordenó Carles a Faustino, con mucha diferencia el más pesado de los cuatro, que obedeció dando tumbos con la gracilidad de una morsa.

Tenían por delante casi tres millas náuticas, más de cinco kilómetros hasta el pantalán. El muelle del Serrallo, donde habían embarcado, se hundía en la última lámina de agua, la que llega a bañar la trama urbana, del inmenso puerto industrial. Allí había comenzado todo hacía 150 años, en la zona más occidental de una gran dársena donde la humildad de las barcas de pesca convivía hoy con los egos —encarnados en sus megayates como si de un concurso fálico se tratase— de algunos de los mayores multimillonarios del planeta.

Pasaron bajo el puente levadizo que da acceso al canal principal. Por su gigantesca escala, les pareció desembocar en un mar interior que discurría en paralelo al dique de abrigo, una barrera de hormigón asentada a veinte metros de profundidad que los separaba de las aguas abiertas del Mediterráneo. Néstor, Faustino y Pepe miraban a un lado y a otro sorprendidos por el fascinante espectáculo, como si navegaran por el vientre de una ballena.

Carles activó las luces azules para hacerse ver y empujó con decisión la palanca del acelerador. La zódiac notó el empujón de la hélice al subir de vueltas y se inclinó varios grados. Cortaba las aguas en calma como un bisturí bien afilado. Vista en perspectiva, era poco más que un mosquito en un microcosmos creado para gigantes de miles de toneladas: gracias a los milagros de la ingeniería, el Port había conseguido robar al mar varias explanadas con cientos de hectáreas de suelo logístico; una orquesta bien afinada de estibadores y camioneros movían cada año casi treinta y cinco millones de toneladas de crudo y sus derivados, gas, productos químicos, graneles, vehículos y contenedores, por citar las superestrellas de un catálogo inacabable de mercancías que incluía hasta animales vivos. Y eso que en las estadísticas no se acostumbraba a englobar en este último apartado a los cien mil pasajeros que llegaban a bordo de cruceros turísticos.

En la lejanía, las luces de seguridad de la descomunal bocana del puerto —para ellos verde a babor y roja a estribor— señalaban también el final de la excursión. Las pilastras del pantalán al que se dirigían los esperaban solo a unos metros de los destellos. Exceptuando a Carles, ninguno de sus estómagos estaba acostumbrado a los rebotes de una

embarcación tan ligera. Las salidas de pesca en el Aroa eran otra cosa, más tranquila. Los de Néstor y Pepe aguantaron bien el tirón, pero el de Faustino iba a pagar la factura por todos.

—Creo que me estoy mareando —les advirtió, más blanco que la estela que dejaba la embarcación.

—Ya me parecía a mí que estábamos demasiado tranquilos —gruñó Pepe.

—No fijas la vista, mira al horizonte y respira hondo, que ya no queda mucho —le tranquilizó Néstor, que pidió confirmación a Carles.

—Cinco minutos —informó sin añadir una coma de más. El tío era realmente parco en palabras.

—¿Cómo os fue anoche con el junior de los Bocanegra? —se interesó Pepe como quien no quiere la cosa, aparentando indiferencia sin perder de vista los colosales depósitos y la red de tuberías del muelle de la Química, junto al que estaban pasando. Intentaba también distraer a Faustino, cuyo careto comenzaba a virar del blanco al verde... Al parecer, la receta de Néstor no terminaba de funcionar—. No me lo digas, me hago a la idea: un desastre total. Como si lo viera, cuando no me habéis contado nada...

—No nos has dado tiempo entre bronca y bronca —replicó Néstor—. Desde luego, eres la amabilidad personificada. Tendrías que hacértelo mirar.

—¿Acaso me equivoco? Ya os dije que eso de jugar a los agentes infiltrados es una pamea de principiante.

—Pues sí, te equivocas. Al menos en parte. Tengo la sensación de que están jugando conmigo, pero también de que puedo ganarme su confianza.

Néstor le relató a grandes trazos el susto que se había llevado en la cripta. Una encerrona preparada a conciencia. Con forma de broma, pero muy seria en el fondo.

—Este juego del gato y el ratón no me hace ninguna gracia —le abroncó Pepe—. Se está poniendo peligroso. ¿A qué hora terminó el *show* en la necrópolis?

—A medianoche, más o menos.

—Eso les da margen de sobra. No podemos excluir que hayan sido ellos. Y no podemos protegerte, por mucho que lleves contigo a ese gorila amigo tuyo. ¿Estás seguro de lo que haces? Te estás arriesgando demasiado.

—No estoy seguro de nada. Solo de que no puedo dejarlo ahora. Por mi padre. Y por mí.

Pepe no dijo nada. Algo extraño en alguien que acostumbraba a disparar siempre la última bala. Miró a Néstor más serio que de costumbre. Había algo distinto en sus ojos. Néstor habría jurado que era respeto. Iba a abrir la boca, pero no hubo tiempo para más.

—Estamos llegando —los alertó Carles.

A diferencia de la rotunda firmeza que proyectaba el resto de dársenas, el pantalán que operaba la multinacional petroquímica Repsol era una maraña de gruesas tuberías suspendida varios metros sobre la superficie del mar sobre decenas de pilares. Construido en perpendicular a la costa, se adentraba casi un kilómetro en el mar justo a la entrada del puerto, con varias líneas de atraque flotantes para monstruos que podían superar los doscientos metros de eslora. Como en esas operaciones de abastecimiento de aviones en pleno vuelo, o como los ensamblajes en las estaciones espaciales, los buques se conectaban allí para llenar o vaciar sus bodegas sin necesidad de entrar a puerto.

No tardaron en ver los focos de la A17 Río Francolí posados sobre la superficie del mar, que a esas horas parecía transformado en una bolsa de mercurio. Era la patrullera del Servicio Marítimo de la Guardia Civil, que permanecía mansamente fondeada a medio pantalán en tareas de búsqueda. Una fiera mecánica fuera de su hábitat natural, que era perseguir a contrabandistas a cuarenta nudos por hora. Y sobre el pantalán giraban las luces de dos coches patrulla de los Mossos d'Esquadra. Varias linternas también iluminaban desde arriba la zona en que las formidables pilonas de sustentación emergían de las profundidades.

Habían entrado en una zona vigilada y de tráfico restringido; les hubiese resultado imposible acercarse sin el salvoconducto de una embarcación oficial de la Policía Portuaria. Como guinda del pastel, Carles les hizo otro gran favor: conocía bien al guardia que pilotaba la Río Francolí. Las planeadoras requisadas en las operaciones antidroga se custodiaban en el Port, y ellos dos eran los responsables de dejarlas a buen recaudo. La zódiac maniobró lentamente en un semicírculo y se pegó a la aleta de babor de la moto-
ra.

—¿Cómo te va, chaval? ¿Necesitáis que os echemos una mano? —se ofreció Carles—. He oído por radio que tenéis un buen lío montado.

—Ya ves, menuda novecita —contestó un cabo de la edad de Néstor sin despegar la vista del timón. Le llamaban Cristiano por su extraordinario parecido con el exgaláctico—. Gracias por venir. Estamos bien jodidos, pero de momento nos apañamos.

—¿Ya lo habéis pescado?

—Sí, ha aparecido flotando... Lo tenemos ahí —Cristiano ladeó la cabeza hacia la popa—, tapado con esa manta térmica. Nunca había visto nada parecido. Lo malo es que no ha aparecido entero, por eso seguimos aquí. Los buzos están abajo. Es confidencial, pero le falta la cabeza... —El guardia se calló al intuir la presencia de un oficial superior.

—Soy el sargento Sergio Galván. ¿Se puede saber qué cojones hacen ustedes aquí?

—Hemos pensado que quizá necesiten ayuda —musitó Carles un tanto cohibido por la escasa prestancia de su tripulación: un viejo, un joven esmirriado con restos de acné y

un enorme culo perteneciente a alguien que estaba echando el higadillo por la borda contraria.

—Pues menuda ayuda que me ha traído. Si tenemos que depender de esta panda...

—Yo le conozco, soy amigo de Manel, el capitán del Aroa, de Torredembarra —se atrevió a decir Néstor—. Soy compañero, policía en Altafulla.

El sargento Galván le volvió a escanear con más atención.

—Ahora me acuerdo, el pescador de atunes, ¿verdad?

—Sí, bueno, fue más mérito de Manel que mío.

—Todavía no le he podido dar las gracias por la ventresca que me dejasteis en la pulpería. Para chuparse los dedos... ¿Qué os trae por aquí a estas horas?

—Es un poco largo de contar...

—No hay prisa. Mis hombres están abajo. No nos podemos mover de aquí, ya os ha soltado el portera de Cristiano por qué. Ya hablaremos luego él y yo. ¿Os apetece subir a bordo?

Cinco minutos después, Néstor, Pepe y una pálida sombra de lo que fue Faustino estaban sentados con Galván alrededor de cuatro cacillos metálicos de café.

—Yo soy el policía de Altafulla que se encontró el pastel de Els Munts hace casi mes y medio —rememoró Néstor—. ¿Te suena?

—Creo que leí algo, un ajuste de cuentas o algo así, ¿no?

—Esa es la versión que se ha dado. Nosotros estamos casi seguros de que hay más de lo que parece.

—¿Más? ¿Qué quieres decir? —Galván no ocultaba su perplejidad.

Néstor trató de sintetizar la pesadilla de Faustino en el circo romano y las pesquisas de Pepe sobre los ajusticiamientos en el Pont del Diable. Finalmente, le confesó sus sospechas.

—¿Sacrificios rituales? —El sargento Galván abrió los ojos como platos—. Me parece que esto me supera. Yo soy un simple cazamañosos. ¿Habéis hablado con alguien?

—No nos atrevemos todavía. Necesitamos pruebas más contundentes porque hay gente muy influyente implicada.

—Mira, Néstor, yo no puedo meter las narices en un tema de los Mossos. Se me puede caer el pelo, ya sabéis cómo están las cosas de la política con la Guardia Civil en Cataluña. Con un caso como este, estoy seguro de que habrán puesto a trabajar a su mejor gente. De todas formas, si conseguís algo más, me tienes aquí para lo que necesites. También tengo buenos contactos en la central, en Madrid. De algo sirve que los jefes se puedan poner medallas cuando les damos en el hocico a los de los fardos.

—¿Podemos examinar el cuerpo? —pidió Pepe.

—Por mí no hay problema, pero más te vale que hayáis bajado bien el desayuno. O lo hayáis echado del todo —se dirigió a Faustino, que seguía mareado como una sopa.

—Yo me encargo —Pepe se puso en pie con dificultad—, que estoy curado de espanto. No hace falta que pasemos todos el mal trago.

Cojeando, ayudado por su bastón, el veterano periodista se acercó hasta el bulto cubierto con lo que parecía un envoltorio de brillante celofán dorado. «Menudo regalito.» Pepe lo retiró con delicadeza y no pudo evitar girar la cabeza por la impresión. El cuerpo desnudo, decapitado e hinchado, empezaba a blanquear. Salvo quizá en los brazos y en las piernas, no había demasiados espacios en la piel sin desgarrar. Toda la espalda era una gran úlcera rosácea, como si hubiese recibido terribles golpes antes de morir. Ni siquiera un forense experimentado se llegaba a acostumbrar a ver a un ser humano en aquel estado.

—¿Qué opinas? —A Néstor le interesaba el olfato de un perro viejo como Pepe, que ya estaba de vuelta después de una rápida inspección del cadáver.

—Es difícil sin la autopsia. Es como si lo hubieran golpeado por deporte de forma salvaje hasta la muerte. No con una barra de hierro o algo parecido, esos hematomas y esas heridas tan irregulares..., es como si le hubieran lanzado algo contundente una y otra vez con mucha fuerza. He contado siete u ocho impactos.

—Nueve. Exactamente son nueve —precisó Galván.

—He visto fotos de cómo quedan las mujeres apedreadas en los países islámicos y esto me lo ha recordado.

—¿Lapidado? —se sorprendió Néstor.

—Solo es una primera impresión. Y creo que ese cuerpo no ha pasado demasiado tiempo en el agua. No ha subido a la superficie por los gases de la tumefacción. ¿Quién lo encontró?

—Un operario del pantalán. Está ahí arriba contestando a las preguntas de los Moscos, pero por lo que sé, tienes buen ojo —confirmó Galván—. Eso no iba flotando por ahí. El operario vio una boya amarilla junto a las pilonas, una de esas grandes, como las que señalizan la distancia prohibida a la costa para los barcos de recreo en verano, y le extraño. Era algo raro en una zona tan vigilada como esta. Cuando bajó a levantarla se topó con el *lastre* debajo. Le están atendiendo los médicos de Emergencias, está hecho polvo. Si me disculpáis, voy a ver cómo van los buzos. Lo dicho, avisadme si os puedo ayudar en algo. Manel tiene mi número de móvil.

Galván les estrechó la mano y desapareció en dirección a la proa para seguir supervisando la búsqueda. Néstor, Pepe y Faustino, que —algo raro en él— no había abierto la

boca, volvieron a la zódiac, donde los esperaba Carles fumándose un pitillo. Cuando todos estuvieron a bordo, puso rumbo de retorno al Serrallo.

—¿Cómo ha ido? —El policía portuario rompió por una vez su regla sagrada de ver, oír y callar.

—Hay que joderse, el mundo al revés. Una boya amarilla... A los muy cabrones solo les faltaba poner un letrero de neón —ironizó Pepe—. Los malos normalmente le ponen un peso al cadáver para que se quede en el fondo, y estos van y lo atan a una boya amarilla. Es acojonante las ganas que tienen algunos de llamar la atención. La pregunta es: ¿a qué gilipollas se le ocurre algo así? ¿Y por qué coño lo hace?

—No es ninguna novedad —constató Néstor—, en Els Munts y en el circo también la liaron parda... Lo que sí nos jode por completo el patrón es el lugar. Hasta ahora montaban el numerito en los sitios más emblemáticos de la antigua Tarraco. Pero esto de ponernos a pescar carnaza, no sé, no tiene ni pies ni cabeza.

Faustino, que seguía medio adormilado por el mareo, abrió los ojos y se enderezó repentinamente.

—Tenemos que dar la vuelta. Es importante.

—Pero qué dices —se cabreó Pepe—, ¿estás atontado o qué?

—Es importante, Carles, por favor.

El policía interrogó con la mirada a su viejo amigo de la infancia, que resopló y asintió bajando la cabeza.

—Qué cruz, Dios..., qué cruz me ha caído. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado?

—Tengo que comprobar algo. A lo peor es una idea absurda, pero quiero ver la pilona exacta ante la que ha aparecido la boya. Y que Carles y Galván le echen un vistazo al mar y me den su opinión.

Dos minutos después, la zódiac de la Portuaria se volvía a abarloar junto a la Río Francolí. El sargento Galván se asomó de inmediato por la borda.

—¿Os habéis olvidado algo?

—Nada —se disculpó Pepe—, aquí el inútil este, que quiere hacerle un par de preguntas.

—¿En qué pilona han encontrado la boya?

—Se había enganchado en esa de ahí, justo donde acaba de asomar la cabeza el buceador. —Galván señaló hacia la proa de la patrullera.

Faustino giró la cabeza en dirección a la playa contigua al pantalán —de unos quinientos metros de longitud hasta el siguiente espigón—, y desde allí trazó mentalmente una diagonal hasta el punto que le indicaba el sargento. Su idea podía tener algún sentido.

—¿Crees posible que con este viento y esta corriente la boya pueda haber partido de esa playa de ahí?

Galván se irguió, inspiró de cara al cielo, contempló con más atención el leve oleaje y lanzó la vista hasta la playa.

—Pues sí, entra dentro de lo posible, y es raro porque el viento suele llegar de levante, desde el este. Esta noche ha estado soplando mistral. Unos siete nudos. Sí, viene del noroeste, precisamente de esa dirección. ¿Por qué?

—¿Tú que dices, Carles? —quiso contrastar Faustino. El de la Portuaria asintió bajando los párpados.

—Bueno, ¿qué? —se impacientó Néstor—. ¿Nos vas a ilustrar ya con el porqué de tanta preguntita?

—Pues mira, precisamente has sido tú, con esa burrada de pescar carnaza, el que me ha recordado el mosaico de los Peces. No sé cómo no había caído antes.

Ese mosaico era una de las grandes estrellas del Museo Arqueológico Nacional de Tarragona, al que llegó en 1960, según los ilustró Faustino. Data de finales del siglo III y formaba parte del suelo del *frigidarium* —la piscina para el baño frío, última etapa tras pasar por el *tepidarium*, de agua tibia, y el *caldarium*, caliente— de las termas de una lujosa residencia, la villa romana de Calípolis, localizada a finales de 1955 gracias a unas fotografías tomadas en un vuelo aéreo sobre la zona.

Calípolis fue una mítica ciudad, mencionada por Rufus Festus Avienus en su *Ora marítima*, del siglo IV, la primera fuente escrita sobre Hispania. Se cree que el poeta latino describió las costas europeas a partir de un antiquísimo manual, el *Periplo massaliota* —originario de Massalia, hoy Marsella—, recuperado por los griegos con las rutas marítimas de los comerciantes fenicios y tartesios en sus viajes por Europa en el siglo VI a. C.

—Un periplo es una especie de carta marina arcaica con observaciones sobre fondeaderos, vientos, corrientes, bancos de arena... Es un misterio cómo pudo llegar a manos de Avienus un documento escrito casi mil años antes. Él mezcla otras fuentes más modernas y lo reconvierte en un viaje literario en verso que habla de Calípolis, cuyos vestigios aún no han podido ubicarse con precisión entre Tarragona y Salou.

—Salvo la villa —apostilló Néstor.

—Salvo la villa... y el mosaico, que da una idea de su riqueza. Es una pieza alucinante con teselas de colores de mármol italiano, rocas volcánicas y piedra de Tarragona. Mide más de seis metros de alto por cuatro de ancho, un muestrario fantástico de cuarenta y siete tipos de peces y animales marinos. ¿Y sabéis dónde están los restos de la villa de

Calípolis? Os daré una pista: también la llaman la villa romana de La Pineda. —Faustino se hinchó como un pavo.

—No me jodas... —Pepe no pudo reprimirse.

—Pues sí, precisamente. Justo al lado de esa playa.

—Eso le vuelve a dar sentido... —concluyó Néstor.

—¿No te faltaba un lugar emblemático del mundo romano en tu rompecabezas? Pues ya lo tienes. Es muy poco conocida, pero la villa romana de Calípolis debió ser algo digno de ver. Ocupaba más de una hectárea, como un campo de fútbol, y ni el tamaño de las termas ni el de los almacenes, quizá porque tenía embarcadero propio, son normales en una finca rural. El *dominus*, el señor de la casa, tuvo que ser alguien muy relevante, probablemente ligado a la élite comercial de Tarraco y su antiguo puerto.

—¿Me estáis diciendo que se lo cargaron allí? —le interrumpió Galván.

—Yo no me mataría mucho buscando debajo del agua —le aconsejó Pepe—. Mejor que les ahorres horas a remojo y vayas poniendo a tus hombres a secar.

—Me dejáis en una situación difícil —se sinceró el sargento en tono de disculpa—. Tendré que informar sobre todo este follón y montar la operación en tierra.

—Déjalo y no te metas en líos —le tranquilizó Néstor—. Inventa lo que quieras en el atestado, con alguna excusa para explicar lo de la playa, que yo me encargo. Te van a tomar por un chalado y no merece la pena. Mi tío Ramón tiene buenos amigos en la cúpula de los Mossos. Ha llegado el momento de hablar con ellos en serio. Necesito su ayuda.

Sabuesos

Si deseaba conjurar las almas de los muertos, el pater familias debía levantarse a la hora bruja para cumplir con los ritos apotropaicos; entre ellos, golpeaba un objeto de bronce para expulsar de la casa los espíritus no deseados.

11 de mayo

Como cada mañana, de lunes a sábado —salvo raras excepciones por compromisos familiares o imponderables de fuerza mayor—, Mario Bocanegra cumplía durante una hora con su ineludible cita en el gimnasio, pequeño pero bien equipado, con vistas a la piscina de su fastuosa mansión. Aquella sesión matutina, practicada de siete a ocho con la puntualidad de una institutriz germánica, aunaba dos rasgos innegociables de su personalidad: la férrea fuerza de voluntad, heredada de un padre estricto hasta la exageración, y la fe del que fuera un niño enfermizo en el poder transformador de la disciplina física diaria. El conato de infarto que había sufrido hacía un año también ayudaba lo suyo a que no faltara a la cita.

La genética y el entrenamiento le mantenían con buen aspecto después de pasar holgadamente los cincuenta. Al igual que su hijo menor, era un hombre guapo de mirada verde esmeralda, el sello de los Bocanegra; Lucio, con los ojos del azul intenso de su madre, solo había heredado el color del pelo, aunque en el caso del padre el llamativo rubio había encanecido en el camino a la madurez. Conservaba una buena melena, perfiles angulosos en el rostro y las arrugas del que no esconde que ha sabido vivir. Era uno de esos vinos que ganan con los años, lo que los reportajes de moda califican como «zorros plateados»: atractivo, elegante, sibarita y con una posición económica desahogada. Mucho más que desahogada, en su caso.

Los Bocanegra vivían a mitad de la Vía Augusta en una enorme villa de inspiración clásica, apenas a diez minutos a pie del centro de Tarragona, pero con la distancia justa para abrir un cortafuegos de discreción. Los altísimos muros de la propiedad y unos setos recortados hacían el resto, con la ayuda de la mejor tecnología de vigilancia que se

podía comprar con dinero. Mario hubiera podido permitirse uno de los prohibitivos cha-lés con vistas al mar del paseo Rafel Casanovas, quizá la zona con más pedigrí de la ciudad, pero había primado el valor sentimental de residir junto a la calzada romana más larga de Hispania, mil quinientos kilómetros desde Narbona hasta Cádiz.

Ese singular capricho también arrojaba luz sobre un tercer puntal de su identidad, el más conocido a nivel público: la fiebre que sentía por todo lo relacionado con el universo de la antigua Roma. Además de patrocinar actividades de reconstrucción histórica, como el festival Tàrraco Viva o la propia Legio IX Hispana —con sus costosos trajes y toda la logística de los viajes de exhibición—, se había convertido en el principal mecen- as de las investigaciones y excavaciones impulsadas por la Universidad, a través del Instituto Catalán de Arqueología Clásica y el Museo Arqueológico Nacional. Sus genero- sas donaciones para la restauración de los principales monumentos del patrimonio ro- mano le habían valido el título de hijo predilecto de Tarragona y un sillón vitalicio en el reducido círculo del club de los hombres más poderosos de la ciudad.

Embutido en un carísimo traje de electroestimulación en seco, ideal para entrena- mientos cortos de alta intensidad, normalmente acotados al exclusivo territorio de los deportistas de élite, Mario realizaba sus tablas diarias mientras permanecía atento al primer informativo matinal de TV3 en una pantalla de cien pulgadas en la que podía ver simultáneamente canales nacionales e internacionales. Le había llamado la atención una entrevista en directo con el intendente de los Mossos Jaume Pujol, la máxima autoridad de la Policía autonómica en el área de Tarragona:

—Señor Pujol, estamos asistiendo a una oleada de sucesos que han causado una gran conmoción en una ciudad pequeña como Tarragona; ¿qué puede decirnos sobre la últi- ma operación realizada en el pantalán de Repsol? —abrió fuego la presentadora.

—Como sabrá, el juez ha decretado el secreto de sumario, por lo que debo ser pru- dente. Querría aprovechar esta oportunidad para enviar un mensaje de tranquilidad a la población, ya que estamos avanzando en varias líneas que creemos que muy pronto da- rán sus frutos.

—¿Podría ser más preciso?

—Me gustaría, de verdad, pero no es mucho lo que puedo revelarles. Tenemos a nuestros mejores equipos trabajando en esta investigación.

—¿Puede confirmar, al menos, la extrema violencia empleada por el autor o autores?

—Esa información es correcta. Estamos hablando de gente peligrosa y violenta. Por el *modus operandi* tendemos a pensar en un conflicto entre mafias rivales, aunque no descartamos otras posibilidades.

—¿Es cierto, como se ha publicado, que el cuerpo ha aparecido decapitado?

—Sí, desgraciadamente, así es.

—¿Han conseguido identificar el cadáver?

—Todavía no. Un equipo de la Policía Científica está en ello. En breve dispondremos de más información.

—¿Creen que el suceso puede estar vinculado a los terribles casos de los últimos meses?

—Todavía es pronto para contestar a esa pregunta. Hay algunas coincidencias, pero, en principio, el lugar nos hace dudar de que se trate de los mismos autores.

—¿Han descartado que se puedan estar enfrentando a un asesino en serie?

—Todas las hipótesis están abiertas, pero, como le digo, en este momento nos decantamos por un ajuste de cuentas.

—Ha sido usted muy amable, señor Pujol, gracias por atendernos en directo, buenos días.

—Gracias a ustedes por darnos la oportunidad de dirigirnos a los telespectadores. Estén seguros de que vamos a detener a los responsables. Buenos días.

A las ocho en punto Mario Bocanegra apagó el monitor y, pensativo, se secó el sudor de la cara con la toalla que llevaba al cuello. La sesión de estimulación muscular programada en su traje especial también había finalizado, de modo que salió del gimnasio y se dirigió a la zona de aguas de la mansión, su rincón predilecto. Había mandado construir un *spa* en toda regla siguiendo el patrón de las termas romanas, con un lujoso vestuario y varias saunas y piscinas climatizadas a distintas temperaturas. Allí le esperaba su asistente personal, que le ayudó a desembarazarse del equipo de entrenamiento y le entregó un albornoz.

Arturo, de origen gallego, rozaba los sesenta y llevaba más de media vida con la familia Bocanegra. Hacía las veces de hombre de confianza, secretario, mayordomo, chófer y guardaespaldas, todo en uno. Era un bloque de granito. Como cada día, acompañó a su jefe hasta el borde de la piscina principal, donde acostumbraba a hacer unos largos para desentumecer el cuerpo antes de desayunar con su hijo y llevarlo a L'Estonnac, un colegio religioso de gente bien pegado al claustro de la Catedral y al Seminario Pontificio.

—Vaya a ver si Lucio se ha despertado y compruebe que está todo dispuesto para el desayuno. En diez minutos estoy con él.

Mientras Mario se zambullía en su burbuja de relax, en el otro extremo de la ciudad el intendente Jaume Pujol se dejaba caer abatido en el sillón de su despacho, un aséptico cubículo despojado de toda gracia en la comisaría central de Campclar, uno de los ba-

rrios más conflictivos de Tarragona. Tenía aún el corazón acelerado, tenso por la reciente entrevista televisada en directo para toda Cataluña. «Espero que no se me hayan notado los nervios; esta mierda de caso me está poniendo enfermo.» Aunque solo medaban cinco kilómetros entre él y Mario Bocanegra, su realidad laboral cotidiana podría considerarse de otro planeta en comparación con la zona más noble de la Vía Augusta. Cuando los Mossos se mudaron a ese barrio, tuvieron que elevar una queja al sindicato porque los quinquis ni siquiera respetaban sus vehículos particulares.

Pujol no respondía al estereotipo de un hombre de acción. Cuarenta y largos, *fofissano*, tirando a fondón, le costaba lo suyo embutir las lorzas en la camisa azul del uniforme. Las gafas tampoco ayudaban a darle empaque como mando policial. A diferencia de la mayor parte de sus compañeros, él sí disfrutaba con el papeleo. Había medrado gracias a un coeficiente intelectual por encima de la media y a sus buenas relaciones en el meollo del nacionalismo catalán. Nunca tuvo madera de héroe, pero sí cabeza y las dosis adecuadas de sentido común. E intuía que no iba a tardar en caerle encima un camión de basura si no era capaz de resolver qué había detrás de aquellos extraños asesinatos. Cuatro suaves golpes con los nudillos en la puerta ahuyentaron sus preocupaciones.

—Ha llegado la visita que esperaba —le comunicó, muy seria, una joven agente que hacía méritos en su equipo más cercano—. Los he pasado a la sala de reuniones.

—Gracias, Marta. Perfecto, ahora mismo voy.

Pepe Miralles, Néstor y su tío Ramón, el expolicía, se habían tomado ya la libertad de sentarse cuando el intendente entró en la estancia sin llamar. Los dos últimos se levantaron como impulsados por un resorte, pero el periodista ni se inmutó.

—Perdona, Jaume, pero esta maldita pierna me tiene fastidiado. Además, ya nos hemos visto el careto tantas veces que hay confianza, ¿no te parece? Cómo se nota que te trata bien la vida, estás de buen año —le pinchó Pepe.

—Tú siempre tan agradable. Tranquilo, no te molestes. Antes de nada, déjame saludar como se merece a este chaval de aquí. —El intendente de los Mossos dejó de lado el protocolo y se acercó a Ramón sonriente.

Ambos se fundieron en un abrazo.

—Cuánto tiempo, Jaume, hará casi veinte años... ¿Qué tal te va de jefazo?

—No me quejo. Tú sí que estás estupendo, Ramón. Ya sabes que esto sobre todo consiste en capear temporales sin meter demasiado la pata... Algo de vista, una pizca de suerte y buenos amigos como tú. No me olvido de todo lo que me ayudaste en su momento. Sin ti, no estaría donde estoy.

—Bah, tonterías, cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo —se quitó importancia Ramón, que a mediados de los noventa puso en bandeja a Pujol la primera meda-

lla importante en su expediente; ambos colaboraron estrechamente en la investigación sobre una banda de atracadores que utilizaba como piso franco un adosado en una urbanización perdida de La Mora, en territorio de Ramón.

—De tonterías, nada. De hecho, si tengo que ser sincero, os he recibido por ti. Si me hubiera llamado Pepe —le guiñó un ojo—, os podríais pudrir esperando. Me la ha pegado demasiadas veces publicando lo que no tocaba.

—Qué cabrón...

—Yo también te quiero, Pepe.

—Vale vale. Haya paz —medió Ramón—. No nos pongamos nerviosos. Deja que te presente a mi sobrino. Este es Néstor Azcona. Policía en activo; es compañero de mi hijo Juanjo en la comisaría local de Altafulla. Él ha insistido en venir a verte y en traerse a Pepe con él. Te quieren exponer una teoría bastante extravagante sobre las carnicerías de las últimas semanas. Él y Juanjo estaban de turno cuando encontraron la cabeza del primer cadáver en la villa de Els Munts.

Ramón reprodujo punto por punto los argumentos que sustentaban las tesis de Néstor. La escenografía de los lugares escogidos, la tipología de las víctimas, la forma de darles muerte e incluso los posibles sospechosos.

—Le he intentado quitar esas ideas absurdas de la cabeza, pero no ha habido manera. Sigue emperrado, erre que erre. A ver si tú...

—Así que algo parecido a los juegos de rol, sacrificios humanos y castigos rituales. Y nada menos que la familia Bocanegra en la recámara... —repasó el intendente Pujol, que juntó las yemas de los dedos y se recostó en la silla.

—Ya le he dicho que es una locura. Se lo he repetido cien veces, pero es tan terco como su madre, o sea, mi hermana... No quería venir a molestarte ni hacerte perder el tiempo, pero...

—Mmmm... Interesante —reconoció Pujol.

—¿Cómo? —se sorprendió Ramón—. ¿Crees que puede tener algún fundamento?

—No he dicho eso. Pero sería un idiota si no reconociese que algunas piezas pueden encajar.

—Imagino que ya habrá aparecido la última cabeza —le soltó Néstor a bocajarro, harto del escepticismo de su tío y la condescendencia de Pujol.

El jefe de los Mossos se irguió a cámara lenta, apoyó ambos brazos sobre la mesa y radiografió a Néstor.

—¿Cómo sabes tú eso? Es información ultrarreservada. Las personas con acceso se pueden contar con los dedos de una mano.

—El cómo no tiene demasiada importancia —salió Pepe al rescate—. Déjame que adi-

vine, ya habéis identificado al muerto y ha resultado ser un perla, ¿vamos muy desencaminados?

A Pujol se le agrió el semblante. No podía dar crédito a lo que estaba oyendo. La sensación plácida —en medio del infierno en que se había convertido su vida durante las últimas semanas— de avanzar en la dirección correcta se disipó por completo. El informe redactado por el equipo de búsqueda de la Guardia Civil, a partir de la fuerza del viento y la orientación del oleaje, les había puesto en bandeja una pista sobre el posible escenario del crimen. Los perros de la unidad canina habían hecho el resto, y de ahí a descubrir la identidad de la víctima solo habían tenido que recorrer un pequeño trecho: efectivamente, un hijo de puta de marca mayor, en busca y captura desde hacía meses. Los de la Científica seguían peinando hasta el último pelo de la zona, una parcela propiedad del Port protegida por su valor arqueológico.

«Es materialmente imposible que lo sepan si a mí me acaban de pasar el informe preliminar...» Se había visto obligado a mentir públicamente por televisión, y ahora aquel mocoso le estaba poniendo en evidencia. Para colmo, delante de alguien tan indiscreto como Miralles. «Ese buitre siempre buscando carroña; sería capaz de vender a su propia madre.»

—Vamos a suponer, hipotéticamente hablando —concedió el intendente con cautela—, que habéis tocado las teclas correctas. Si tengo que arriesgar mi culo por una historia tan disparatada como esa, al menos explicadme con pelos y señales por qué parece que sabéis más que mis mejores investigadores.

Néstor aceptó el órdago. Antes de entrar en detalles, le habló de Faustino y de su relación con el entorno de Lucio Bocanegra. Se detuvo para describir los pormenores de su breve contacto con la Legio IX Hispana, patrocinada por Mario Bocanegra, y de la versión más privada —solo para un círculo de confianza—: el Proyecto Escipión. También le relató su inquietante experiencia en la cripta de la necrópolis, la misma noche en que se produjo el último asesinato.

—Según mis cálculos, fue solo unas horas antes, hacia la medianoche. Y tengo la sospecha de que la diversión continuó más tarde en mi ausencia. Quizá todavía no confían en mí lo suficiente.

Pujol se incorporó como si le hubieran dado una descarga eléctrica.

—¿Un matricida, has dicho?

—Sí, creo que me dijeron que había matado a su madre.

Pepe Miralles permanecía repantigado en segundo plano, pero ojo avizor. Vigilaba al intendente con el ceño fruncido, como una rapaz a un roedor escurridizo, pendiente del más mínimo desliz para acorralar a su presa. La reacción de Pujol le delató.

—Ha vuelto a dar en la diana, ¿verdad? —probó Pepe.

—¿Cómo?

—Que a mí no me la pegas, que ya tengo los huevos pelados de lidiar con vosotros. Antes no le has contestado; estoy seguro de que ya tenéis la identidad del guiñapo que flotaba en el agua colgado de una boya, y de que ese cabronazo encaja con el perfil del otro hijo de perra al que dieron boleta. ¿Nos vas a decir de una vez quién es?

—Te repito que es información reservada, no puedo.

—Mira, Jaume, vamos a dejarnos de soplapolleces, que ya somos mayorcitos. Estamos aquí porque esta bola se nos está haciendo gigante y corremos el riesgo de que termine por aplastarnos a todos. Hay algunas piezas que no sabemos cómo encajar y por eso estamos aquí. Si quieres, compartimos información, y si no quieres, nos levantamos, lo dejamos correr y tú sigues buscando a tus malotes mafiosos. Eso de las bandas rivales y de los ajustes de cuentas no se sostiene, y lo sabes. Te enfrentas a algo, ¿cómo lo definiría?, mucho más refinado.

El intendente se puso en pie con cara de pocos amigos. Caminó de un lado a otro de la sala como un león enjaulado. Miró a Ramón como pidiéndole consejo. La serenidad del exjefe de Policía y los buenos recuerdos derribaron sus reticencias.

—Está bien, tú ganas —cedió Pujol.

—Somos todo oídos —le animó Pepe.

—Juan Hernández Puig. Más conocido como Juanito el Chinas. Decenas de antecedentes: su extensa «hoja de servicios» pesa más que una Biblia ilustrada. Camello de poca monta, decicado al menudeo. Toda la vida en reformatorios y varios años de vacaciones pagadas en la trena. Nada demasiado grave hasta lo de su madre. Lo teníamos en busca y captura como sospechoso de haberla estrangulado. La pobre mujer, viuda, le daba lo que podía de una pensión muy modesta, pero no fue suficiente. Debía ir colocado hasta arriba; el muy chapucero dejó huellas por todas partes. Se las sabía todas y había conseguido esfumarse..., hasta que le han dado el último chapuzón. Ni siquiera un desalmado como él merece un final así. Lo han dejado hecho picadillo. Literalmente. No es una metáfora.

—Ya lo sabemos; no te puedo revelar cómo, pero nos las apañamos para ver el cuerpo —le reveló Pepe.

Néstor tomó el relevo para explicarle el valor histórico de la villa romana de Calípolis. Y a partir de ahí, la trascendencia de los cálculos de Faustino. Fueron ellos quienes habían puesto sobre la pista a la Guardia Civil. «De ahí la precisión del informe firmado por ese sargento...», procesó Pujol en su disco duro.

—El resto seguro que lo conoces mucho mejor que nosotros.

—Ya veo, creo que comienzo a entender... Sois una caja de sorpresas. —Pujol no salía de su asombro.

—Por las heridas más visibles, me pareció que ese desgraciado pudo morir a pedradas. —Pepe cambió de tercio para evitar preguntas incómodas y no comprometer ni a la Policía Portuaria ni a Carles—. ¿Qué opinas?

—Es más que probable. La Científica está justamente con eso. Han encontrado restos de tejido en varios pedruscos. En unas horas tendremos la certeza absoluta. También me han comentado que en un primer examen no aparecen huellas ni otros rastros que nos sirvan. Una muerte terrible... ¿Creéis que tiene algún significado?

—El mismo que todas las anteriores: el castigo por un comportamiento más propio de una bestia que de un ser humano —razonó Néstor.

—Sí, hasta ahí llego... Yo me refiero... ¿Lapidado? ¿Por qué?

—A eso no podemos contestarte, al menos no todavía —terció Pepe—. Es evidente que encierra algún tipo de simbolismo, mensaje o algo, pero la verdad es que por ahora no tenemos ni puñetera idea... Y todavía hay más. Me fijé en una incisión en el abdomen del Chinato: una herida limpia, más propia de un bisturí que de una contusión. ¿Sabes si lo tenía todo en su sitio?

—¿A qué te refieres?

—Si han visto algo raro por dentro, en sus órganos.

—Todavía no tengo el informe completo de los forenses. Lo preguntaré. ¿Por qué?

—Sospechamos que se guían por ciertas pautas vinculadas a sacrificios rituales, con la estúpida idea de consultar sobre el futuro y saber si los dioses les serán propicios.

—Hostia, eso sí que me deja del todo descolocado —admitió Pujol.

—Ya, aunque nos pueda parecer una ida de olla total, los romanos creían a ciegas en los augurios. Si llegamos a entender cómo funcionan sus mentes, quizá se hagan más predecibles y podamos anticiparnos.

—¿Y la cabeza? ¿Dónde la habéis encontrado exactamente? ¿La habían enterrado? —preguntó Néstor.

—Ese detalle ha llamado la atención de nuestros expertos. Los perros la localizaron enseguida, no muy lejos de la playa, sobre unas piedras. Sí, cerca de los restos de la casaca romana esa que dices, creo. Lo raro es que ni la habían enterrado ni tampoco intentado esconder... Parecía más un trofeo que hubieran dejado ahí expresamente para nosotros. Un corte limpio. Se la habían seccionado con un objeto muy afilado. Y de cierto peso. Por lo que me han explicado, se requiere bastante fuerza y habilidad para pegar un tajo como ese.

La imagen de Lucio y el duro entrenamiento con el *gladio* en la Legio IX Hispana

asaltaron a Néstor.

—¿Algo así? —Néstor tecleó una búsqueda rápida en el móvil y le mostró la foto del arma preferida de los legionarios romanos.

—Es una posibilidad. Se lo pasaré a los de la Científica, a ver qué les parece.

—Lucio y sus colegas las manejan con una destreza extraordinaria. ¿Hacen falta más coincidencias?

—Tengo que reconocer que estoy sorprendido. De momento, solo puedo deciros que parece una línea de trabajo prometedora. Me comprometo a estudiarla a fondo. Como le he dicho antes a tu tío, en mi cargo lo más difícil es aprender a no meter la pata. Voy a poner gente detrás de los Bocanegra, con discreción.

—Espero que tus sabuesos estén a la altura —añadió Pepe Miralles—. Por lo que a mí respecta, cuanto más lo pienso, se me hace todo más raro y difícil de entender. Si tú te cargas a alguien, lo normal es ocultarlo. Si tiras el fiambre al mar, no lo atas a una boya para evitar que se hunda. Y si estás tan zumbado como para dejarlo sin cabeza, luego no haces un monolito con ella. Solo faltaban las señales luminosas... En todas las escenitas que nos han montado hay un punto de exhibicionismo...

—¿Una especie de desafío? —dudó Pujol.

—No lo tengo claro. Quizá. Os toca hacer vuestro trabajo; yo le doy vueltas y más vueltas, y no termina de encajar. Se nos está escapando algo y, mientras no demos con ello, somos los pardillos de este juego.

—A ver si me he enterado bien. Recapitulemos. Corregidme si me equivoco: tenemos al menos a dos hijos de la gran puta criando malvas...

—Tres —corrigió Néstor—, si contamos un falso suicidio en el Pont del Diable. No sabemos muy bien por qué, allí cambia la puesta en escena.

—¿Un falso suicidio?

Pepe Miralles le puso al corriente de sus averiguaciones sobre el sorprendente número de maleantes que habían decidido quitarse la vida desde lo alto del acueducto.

—Vale, ya me voy haciendo a la idea de que aquí hay mucha tela que cortar... También lo comprobaremos, pero ahora vamos al grano. El caso es que a todos les han dado pasaporte en sitios asociados a la Tarragona romana, ¿correcto?, y según vosotros da la casualidad de que siempre anda revoloteando por allí un grupo de chavales a los que les va el rollo ese de los juegos de rol y que van repartiendo penas de muerte en plan justiciero. ¿Voy bien?

—Chavales muy crecidos que juegan a los sacrificios humanos y que saben hacer virguerías con una espada —le recordó Néstor.

—Y no te olvides de que, según parece, tienen alergia a los parricidas —añadió Pepe

para subrayar que la sentencia del Chinas ya se había redactado horas antes en la necrópolis, con Néstor de testigo.

—Demasiadas casualidades juntas, es cierto —admitió Pujol—, pero por ahora no son más que sospechas y pruebas circunstanciales. Tenemos que seguir con el resto de líneas de investigación abiertas. Drogas, mafias, las familias de las víctimas de todos esos monstruos que han sido asesinados..., pero pediremos al juez una orden para pinchar los teléfonos del grupito de Lucio y estudiar su geolocalización en las últimas semanas. A ver con qué nos encontramos. Y tú, Néstor, a ver si puedes seguir sacando petróleo desde dentro.

—Haré lo que pueda.

—¿Has vuelto a tener algún contacto?

—Sí, Lucio me ha escrito y hemos quedado dentro de un par de días.

—Cojonudo. Tú aprovecha que le has caído en gracia para intentar sonsacarle.

—Eso puede ser peligroso —intervino Ramón, protector—. No me hace ninguna gracia que se exponga más de la cuenta.

—Tranquilo, tío. Iré con cuidado. Le conozco desde hace poco, pero creo que le inspiro confianza. No me preguntes por qué, imagino que tiene algo que ver la vieja amistad de nuestros padres.

Ese antiguo y estrecho vínculo entre Mario Bocanegra y Eduardo Azcona no solo flotaba sobre la mesa de una fría sala de reuniones de la comisaría central de los Mossos d'Esquadra. En el otro extremo de la ciudad, en una estancia mucho más lujosa, Lucio apuraba el desayuno frente a su padre.

—He visto las noticias esta mañana. Tengo que felicitaros. Ya casi los tenemos donde queríamos. La cara del jefe de Policía era todo un poema.

—Gracias, papá. Por el momento no hemos tenido problemas serios para ejecutar el plan conforme a vuestras instrucciones.

—Espero que podáis seguir así, al menos por un tiempo. No os relajéis, debéis estar preparados porque todo se va a ir complicando cada vez más...

—Papá, deja de preocuparte por mí. Estaré bien, tranquilo.

—A veces me asaltan las dudas... Al final de todo esto, nos espera un gran sacrificio personal, y empiezo a sentirme mal por ti.

—Ya no soy un crío, y ya lo hemos hablado: es mi compromiso y es mi deber darle otra oportunidad a Néstor. Él no ha tenido una vida tan fácil como la mía. Quiero hacerlo; tú siempre me has inculcado que, si quiero cambiar las cosas, no vale con mirar hacia

otro lado, ponerse de perfil y esperar a que sean los demás los que apechuguen. Y además, me lo tomo como una prueba personal que tengo que superar.

—Sí, lo sé, y estoy orgulloso de ti, pero eres mi hijo, y en ocasiones me cuesta digerir todo esto, en fin... No me perdonaría cometer los mismos errores en los que cayó mi padre conmigo. Siempre estaba él y su omnipresente sentido de la justicia, del honor, del deber... Me ha marcado tanto que tengo miedo de haber perdido el norte. Me siento como un monstruo.

—No digas tonterías. Haces por mí, por nosotros, todo lo que está en tu mano... Siempre lo has hecho. Tú también te debes a tu compromiso y al Consejo de Sabios.

—Mi padre siempre me repetía lo mismo, y ahora me toca hacer lo mismo contigo: nos enfrentamos a enemigos demasiado poderosos, que se van a hacer cada vez más fuertes si nos cruzamos de brazos. Pero me pregunto si no existe un camino más fácil. Malditos sean todos los Rocamoras de este mundo. Lo pudren todo con su ambición. Son insaciables, nada les parece suficiente; no nos dejan más alternativa que encargarnos de hacer limpieza. La balanza de la justicia, por desgracia, no funciona con esta gente. Sin nosotros como contrapeso, ellos ganan. Quiero que Néstor te acompañe y te guíe cuando yo ya no esté con vosotros. Por cierto, ¿cómo le ves?

—Está bastante asustado, pero tenemos una baza a favor. Él nunca ha tenido gente incondicional a su lado, y eso es un imán que le atrae con mucha fuerza. Vamos a bajar con él a la Cova Urbana. A ver de qué madera está hecho y si realmente puede ser uno de los nuestros.

—Estoy seguro de que ni él mismo sabe todavía lo que lleva dentro. Haced lo que haga falta para ayudarlo a despertar.

—Marco Alba insiste en que los augurios son propicios...

—¿Sigue creyendo en esas patrañas rituales?

—Ya le conoces, dice que es importante tener a los dioses de cara.

—Tened mucho cuidado. No me hacen ninguna gracia esas supercherías. Nos estamos exponiendo demasiado. Durante décadas, como hizo mi padre antes que yo, nos hemos movido en la sombra para cortar los tentáculos de la Corporación Rocamora. Sin ruido, sin escándalos. Sin investigaciones. Ahora hemos salido del anonimato por Néstor.

—Está todo controlado. Ya han puesto a su amigo, el viejo periodista, sobre la pista del Pont del Diable.

—Solo te pido que no te descuides, Lucio, por favor. Estoy seguro de que lo conseguiréis. Vosotros seguid extendiendo la tela de araña.

Mario Bocanegra hizo sonar una pequeña campanilla de bronce que siempre perma-

necía sobre la mesa para llamar a Arturo. Una vieja y aristocrática costumbre que, aunque obsoleta, le gustaba mantener. Otra herencia más de su padre.

—Arturo, prepare el coche, por favor. Salimos en cinco minutos.

TERCERA PARTE

Timendi causa est nescire.

[La ignorancia es la causa del miedo].

LUCIO ANNEO SÉNECA, filósofo romano (4 a. C.-65 d. C.)

El hedor de la corrupción

Junio arranca con las segundas fiestas en honor a Vesta, diosa del fuego del hogar; en su templo circular del foro arde el fuego sagrado, símbolo de la grandeza y eternidad de Roma, vigilado por las vestales y el Pontifex Maximus, la autoridad más influyente del Estado que reservaban para sí los emperadores. El templo de Vesta ni siquiera podía tener una reserva de agua, enemiga del fuego.

9 de junio

Una caprichosa gota de sudor corría por la nariz de Néstor sin que pudiera hacer nada por librarse del maldito cosquilleo. Se notaba empapado, pero no le estaba permitido ni pestañear, y mucho menos separar las manos de la lanza o del escudo en el día de su estreno oficial con toda la indumentaria de la Legio IX Hispana. Faustino se lo había perdido por culpa de un trabajo. Un encargo irrechazable como guía para unos australianos que le iba a dejar un buen pellizco. Podía considerarse afortunado, pues el verano había entregado su tarjeta de visita en un día de bochorno asfixiante. Los más de veinte minutos que llevaban allí plantados en formación bajo la atenta mirada de Marco Alba, el Centurión, comenzaban a pasar factura.

Formados a pleno sol, no aliviaba el mal trago el pesado equipo que le habían entregado. La tortura comenzaba con una túnica interior de lana fina que podría estar muy bien para conquistar Germania, pero que entrado el mes de junio en Tarragona se convertía en un refinado castigo. La sensación de ahogo crecía con la armadura, una magnífica *lorica segmentata* fabricada artesanalmente —y sufragada por los Bocanegra— que les permitía lucir, incluso a alguien tan desgarbado como Néstor, cierta gallardía. El casco de metal, la *galea* de los soldados rasos, con sus protecciones en forma de patas de cangrejo para los pómulos y las orejas, cumplía perfectamente con su función de cazuela para su cocción a fuego lento.

«Me estoy asando como un puto pollo.» Néstor rezongaba para sí y trataba de aguantar el tipo con algo de dignidad bajo la solana, mientras Marco Alba y Lucio, este como

segundo en el mando, iban pasando revista para comprobar que cada detalle del atuendo estaba en su sitio. Era fácil distinguir a primera vista a los dos oficiales por la cresta roja de sus cascos, la capa —*paludamentum*— a juego y su brillante *lorica musculata*, a imitación de la musculatura del pecho, reservada para los rangos superiores.

Al llegar a la posición de Néstor, que destacaba por su estatura, Lucio se detuvo. Le observó de arriba abajo: las *caligae*, sandalias de suela fuerte preparadas para soportar largas marchas, las *grebas* de protección para las piernas... Algo no le gustó en el *balteus*, el tahalí de cuero de donde colgaba la espada, y se apresuró a recolocarlo. Dio un paso atrás para valorar el conjunto y volvió a acercarse. Le sacudió la loriga con ambos brazos para centrarla bien y le recolocó el *focale*, una suerte de pañuelo grueso que los legionarios usaban para amortiguar el roce de las planchas de metal en la carne.

—Nos ha costado lo suyo, pero das el pego. Hasta pareces un soldado. Nunca pensé que llegaría a decirlo. —Lucio le guiñó el ojo, sonrió a Marco Alba y le dio una fuerte palmada en la armadura a la altura del pecho antes de seguir con la revista de la tropa.

La Legio IX Hispana se había preparado a conciencia para sus representaciones durante Tàrraco Viva. Entre mediados de mayo y finales de junio, los días estaban marcados en rojo en su calendario; era el momento esperado durante todo el año para mostrar en público los progresos y capacidades de la cohorte. Durante las últimas semanas, Néstor había pedido un cambio de turno en el trabajo, lo que le costó una fuerte pelotera con su primo, quien no quería comerse solo aquellas noches interminables de guardia. El Néstor de hacía solo unos meses habría claudicado, pero el que poco a poco iba surgiendo, para desconcierto de Juanjo, lo mandó a freír espárragos y se quedó tan ancho.

Por las tardes, fiel a la palabra dada al intendente Pujol y a su misión de sonsacar toda la información posible, había aprovechado para practicar con el *gladio* de entrenamiento casi a diario, siempre con Lucio como profesor de esgrima. El joven y sus íntimos se comportaban con la misma familiaridad de siempre y, al menos delante de Néstor, no habían mencionado el Proyecto Escipión ni lo sucedido en la necrópolis. Tampoco una palabra, ni siquiera una mera insinuación, que pudiera relacionarse con la villa de Calípolis.

Néstor se movía entre sensaciones contradictorias. Por una parte, repudiaba lo que los Bocanegra se traían entre manos, pero la forma de ser de Lucio iba ganándole el pulso emocional, muy a su pesar. Como una marea contra la que uno se resiste hasta que no tiene más remedio que dejarse llevar, el contacto diario había confirmado las primeras impresiones que tuvo al conocerle. Era extrovertido y bromista, tan inteligente como había intuido. Con la particularidad de que siempre encontraba una palabra de ánimo

cuando el aprendiz desfallecía. A fuerza de guardias, fintas, paradas y fondos, habían estrechado su incipiente amistad.

Contra pronóstico, los ejercicios con la espada no se le daban del todo mal. Evidentemente era torpe y la coordinación de movimientos no acostumbra a surgir por arte de magia, pero la genética le había concedido buenos reflejos y era capaz de mantener la cabeza fría durante el combate. Una vez que consiguió sostener con cierta solvencia el peso de la espada de madera, la envergadura de sus brazos le permitía mantener a raya a su rival hasta que veía alguna oportunidad de contrataque.

Como era de esperar, Lucio siempre le ponía en su sitio e, implacable, le vencía sin despeinarse. Posiblemente podría haberlo hecho incluso con la mano izquierda. No obstante, gracias a la pericia —y sobre todo a la paciencia— de su maestro, Néstor había avanzado más deprisa que los demás novatos. Edgar Alfonso era un completo desastre, aunque voluntarioso, obediente y muy sociable, mientras que a Sandokán, el exjugador de rugby, no había modo de controlarle. Una fuerza de la naturaleza indomable y anárquica: potencia cien, técnica cero. Eso sí, cuando conseguía acertar con alguno de sus mandobles, incluso con el escudo de por medio, dejaba entumecido el brazo de su contrincante. Octavio y Valerio, dos de sus entrenadores, daban buena fe de ello.

Gracias a lo notorio de sus avances, a Néstor le había tocado en suerte demostrar su destreza en una exhibición frente al forzado Sandokán como teloneros del combate estelar entre Marco Alba y Lucio. La IX Hispana esperaba visita: un importante cargo político del Ayuntamiento, invitado por Mario Bocanegra, les iba a entregar un galardón a la mejor labor de recreación histórica y a presidir el acto de lucimiento de los legionarios romanos ante una selecta audiencia de prohombres de la ciudad que poco a poco iban llegando.

La orgullosa réplica de la unidad del antiguo ejército imperial de Roma había formado por indicación de Marco Alba en fila de a uno junto a la torre de Minerva, una de las joyas del paseo Arqueológico que bordea el único kilómetro que queda —llegó a medir cuatro aproximadamente en el siglo II a. C.— de la muralla de Tarragona. La de Minerva es una de las únicas tres torres originales que se mantienen en pie, junto a la del Arzobispo y la del Cabiscol, también llamada del Seminario. Conserva, aunque muy deteriorado, lo que fue el altorrelieve de una figura muy relevante en el panteón de los romanos: Minerva —la Atenea de la mitología griega—, hija y mano derecha de Júpiter, patrona de los artesanos, pero sobre todo la diosa de la sabiduría y de la estrategia militar. Una diosa a la medida de las aficiones de Néstor, aunque él ni siquiera sabía quién le protegía las espaldas.

El murmullo inicial de los asistentes más puntuales subió de volumen con la apari-

ción del mecenas de la IX Hispana y su invitado de honor, Francesc Ferrusola, primer teniente de alcalde y concejal de Urbanismo y Patrimonio Histórico. Marco Alba y Lucio acudieron raudos a recibirlos. Encajonados entre la muralla romana y la Falsa Braga — un espacio defensivo construido por los ingleses para frenar a las tropas napoleónicas durante la Guerra de la Independencia—, los legionarios permanecían hieráticos a la espera de que el vocerío —acentuado por el eco— fuera amainando.

—Queridos amigos —Mario Bocanegra dio una sonora palmada para reclamar silencio—, muchas gracias por acompañarnos en este acto tan especial dentro de la programación de Tàrraco Viva. Los que me conocéis un poco sabéis perfectamente lo mucho que para mí significa poder mostrar en público un año más las actividades de nuestra querida Legio IX Hispana, mi orgullo personal al haberse convertido en una de las que más fielmente reproducen a nivel internacional lo que fueron los ejércitos de la antigua Roma. Hoy la alegría es doble, ya que el Ayuntamiento ha tenido la gentileza de distinguir nuestra tarea con el Premio Tàrraco Viva a la mejor labor de reconstrucción histórica. Nos honra con su presencia el ilustrísimo señor Francesc Ferrusola, teniente de alcalde de nuestra ciudad y viejo amigo de la familia, que tiene la palabra...

Ferrusola. Néstor salió de su ensimismamiento al oír el apellido y se fijó en el sudoroso concejal. No había visto nunca a aquel hombre de mediana edad bajito y algo entrado en carnes. Camisa blanca en contraste con una fina americana azul marino de corte impecable. Tejanos de marca y zapatos exclusivos. El pelo oscuro, probablemente teñido y en franca retirada, y el excesivo bronceado le daban todo el aspecto de un *bon vivant* anclado en el vano intento de retardar el ocaso de su época dorada. Se le notaba seguro de sí mismo, como un reyezuelo ante su corte privada.

—Muchas gracias por tus amables palabras, Mario. Para la ciudad de Tarragona supone un verdadero placer y un honor conceder un galardón como este a la tarea de uno de sus hijos más ilustres. Al proyecto cultural de una familia tan querida y que ha dejado muestras de su generosidad en incontables obras benéficas. Por eso me llena de satisfacción poder otorgar el prestigioso Premio Tàrraco Viva, por la minuciosidad de su trabajo, al grupo de reconstrucción histórica Legio IX Hispana.

Una cortina de aplausos aderezó la pausa, perfectamente marcada por el experimentado orador, quien de cara a la galería propinó un emocionado abrazo a Mario Bocanegra antes de seguir:

—Me complace especialmente, además, poder hacer entrega de esta pieza de orfebrería y la medalla conmemorativa, ambas modeladas expresamente bajo encargo por el maestro Blázquez —lo buscó con la mirada entre el público e inclinó la cabeza en señal

de agradecimiento al localizarlo—, al hijo de un buen amigo y compañero de fatigas... Lucio, por favor, si eres tan amable...

Una bella azafata se aproximó a Ferrusola con una bandeja forrada en terciopelo negro mientras Lucio hacía lo propio con su impresionante uniforme, bruñido para la ocasión. Ofrecía un aspecto formidable y su padre le sonrió rebotante de satisfacción. Una vez cuadrado frente al teniente de alcalde, Lucio se despojó del casco y le estrechó la mano antes de recoger una hermosa daga de plata. A continuación, volvió a la posición de firmes y sacó pecho para recibir una nueva *torque* en la colección de condecoraciones de su armadura. Por cortesía del representante del Ayuntamiento, fue su propio padre el que se la impuso.

Finalizado el protocolo con una fuerte palmada de su progenitor en el hombro, Lucio se giró y alzó la daga en el puño en señal de dedicatoria a los demás legionarios, que respondieron con un grito grave y seco, intimidante al estilo de los de las *hakas* maoríes, que habían ensayado en cientos de ocasiones durante las prácticas.

—Nos llena de una satisfacción enorme que Tarragona se haya acordado de nosotros —retomó la palabra Mario Bocanegra con un rápido gesto para que lo dispusiesen todo —, y en señal de gratitud nada mejor que poder mostraros lo que sabemos hacer. Con toda humildad, os ofrecemos un combate entre dos de nuestros aprendices, como preludio de la exhibición culminante entre nuestro Centurión, Marco Alba, y mi hijo Lucio. Espero que disfruten.

A esas alturas de la función, los nervios se habían aferrado al estómago de Néstor y el corazón se le subía por la boca. «Mierda, me toca.» Mario Bocanegra dio la luz verde con un simple pestaño.

—¡Atención, reclutas, un paso al frente! —ordenó Marco Alba.

Sandokán se separó de la formación con paso decidido, mientras que Néstor le imitó de manera tímida y apocada. La corpulencia del primero, acentuada por el agravio comparativo con el segundo, despertó algún murmullo. Ninguno querría estar allí delante en el pellejo del rival de aquel bisonte.

—¡En posición! ¡Combate cuerpo a cuerpo! ¡Situáros en las marcas!

Néstor se adentró en el cuadrilátero, de unos cinco metros de lado, que habían delimitado con estacas y una soga gruesa. Una vez dentro, flexionó las rodillas como le habían enseñado y buscó a Lucio con la mirada entre las autoridades. Cuando sus ojos se encontraron, este trató de infundirle tranquilidad bajando las palmas de ambas manos en paralelo al suelo. Néstor lo entendió a la primera. «Recuerda, más vale maña que fuerza. Mantén la serenidad.» Se lo repitió a sí mismo una y otra vez —tal y como Lucio

se lo había machacado— mientras se cubría con el escudo y comenzaba a moverse en círculos alrededor de Sandokán.

No habían transcurrido ni cinco segundos cuando el gigante se hartó de la fase de estudio de su oponente y se lanzó en tromba dando una tunda de golpetazos al escudo de Néstor con el madero que le servía de espada. Néstor reculó tratando de protegerse de aquella lluvia de mamporros hasta que se salió del cuadrilátero. Las risas de los presentes le hicieron más daño que las correas del escudo, y eso que apenas sentía el brazo después de aquella somanta de palos. Sandokán sonrió, se dio la vuelta y alzó su brazo diestro, triunfante.

—¿Estás bien? ¿Puedes seguir? —se interesó el Centurión, que hacía las veces de árbitro—. Si quieres, lo dejamos estar...

En contraste con el regocijo generalizado por la espantada, Lucio permanecía serio, reconcentrado, con la vista fija en aquel bestia, el exjugador de rugby reciclado. Néstor conocía bien lo que significaba esa expresión. Se lo había grabado a fuego, una y otra vez. En cada ataque, en cada defensa. «Estudia a tu rival, concéntrate y aprovecha sus debilidades.» Su adversario se pavoneaba ufano alrededor del improvisado cuadrilátero, como los púgiles que levantan su cinturón de campeón después de revalidar un título importante. Incluso ya había dejado el escudo en el suelo para saludar con más comodidad al respetable. Quizá —Néstor se aferró a un pensamiento fugaz— todavía estaba a tiempo de transformar aquel exceso de confianza en una oportunidad...

—Sí, estoy bien, lo vuelvo a intentar —anunció Néstor, que pasó ambas piernas sobre la sog a del cuadrilátero y volvió a la posición de combate.

Sandokán estaba de espaldas, pero un súbito silencio le advirtió de que, contra pronóstico, la pelea continuaba. Se giró casi con desgana; tan insultante había sido la facilidad con la que se impuso en el primer embate que ni siquiera se paró a recoger el escudo.

—Me caes bien, flaquito, pero te voy a machacar... —Sandokán le sonrió antes de volver a embestir y golpear con furia las protecciones de Néstor, que de nuevo retrocedía hacia las cuerdas.

Él no lo podía ver, pero Mario Bocanegra y su hijo cruzaron una mirada rápida de inquietud: el segundo asalto parecía un calco del primero. Sin embargo, esta vez, al sentir el roce de la sog a en su pierna, Néstor asentó los pies y empujó el escudo con toda su alma para separarlo del cuerpo. Poco a poco le pareció notar que la fuerza de los espada-zos decaía levemente. Además, se percató de que el grandullón descubría la guardia por completo cada vez que cargaba el brazo demasiado atrás, con la idea de aturdir a su rival y desarmarle.

Como quien estudia el ir y venir de las olas para zambullirse en el mar en el instante preciso, durante unos segundos calculó el *tempo* entre un golpe y el siguiente. No podía esperar más, así que decidió contratacar. Un tremendo mazazo le sirvió de señal: en lugar de esperar al siguiente, Néstor giró rápidamente por el lateral del escudo antes de que Sandokán tuviera tiempo de corregir la trayectoria de su brazo, y simultáneamente lanzó un tajo que le golpeó de lleno en el casco con un sonoro clonc. La maniobra le pilló tan desprevenido que Néstor ya estaba a su espalda cuando terminó de descargar su golpe. Inexplicablemente, ahora le tocaba al fortachón aguantar las risotadas.

—Te vas a enterar —amenazó el gigante, rojo de rabia. No era un mal tipo, al contrario, siempre acostumbraba a mostrar su cara amable, pero sí muy orgulloso y competitivo.

Temeroso por las consecuencias de su osadía, Néstor retrocedió varios pasos previendo la que se le venía encima. «A ver ahora cómo paro yo a este búfalo cabreado.» Fue entonces cuando recordó la primera zancadilla de Lucio, poco después de que se conocieran, y su aterrizaje de morros en el barro. Sandokán gritó y se lanzó a por él a la carrera con la espada en alto. Néstor asentó el escudo en tierra y aguantó hasta el último momento. «La clave siempre está en la precisión; no te precipites, ni antes ni después... Tienes tiempo de sobra», le repetía Lucio.

Cuando ya lo tenía encima, se dejó caer de espaldas y aprovechó la inercia para elevar las piernas y el escudo como una catapulta. La velocidad y las ansias que traía el miura le jugaron una mala pasada. Cuando Sandokán, sin margen para frenar, le arrolló, Néstor hizo palanca con brazos y piernas. Como resultado, el gigantón dio una voltereta circense en el aire y cayó desparramado como un saco. Su corpulencia —debía rondar los cien kilos— y el peso de la armadura hicieron el resto. Para cuando trató de levantarse ya tenía el *gladio* de Néstor en la garganta.

Marco Alba le levantó el brazo de la espada para proclamar su victoria en medio de una salva de aplausos. Néstor, que todavía no se lo creía, flotaba en el centro del cuadrado y se dejó arrullar por la caricia placentera del reconocimiento, una sensación inusual en la existencia que había conocido. Saludó tímidamente con varias inclinaciones —una especialmente sentida hacia sus camaradas de la IX Hispana, que le vitorearon— y se volvió para recibir la aprobación de Lucio, que ya se acercaba a él con orgullo. Cuando estuvieron frente a frente entrechocaron sus antebrazos a la manera romana.

—No me has defraudado. Estoy muy contento por ti —le felicitó—. Sabía que podías hacerlo. Ven, te voy a presentar a mi padre.

Néstor, que seguía en una nube, siguió a Lucio hasta el pequeño estrado que ocupaban las autoridades.

—Papá, este es Néstor Azcona, uno de nuestros últimos fichajes —dijo en voz alta.

Francesc Ferrusola, situado justo al lado de Mario, dio un respingo y la cara se le ensombreció. Un cajón olvidado en un rincón recóndito de su memoria se abrió para dejar flotando viejos y oscuros recuerdos ligados a los Azcona. No obstante, se recompuso y mantuvo una sonrisa forzada.

—Hola, Néstor. —Mario descendió un escalón y le tendió la mano—. Lucio me ha hablado de ti. Me alegra mucho volver a verte ya convertido en un hombre. Seguro que tú no te acuerdas, pero yo te conocí cuando todavía eras un niño. Te hemos preparado una sorpresa: tu primera condecoración. Por favor, señorita...

La azafata de piernas interminables volvió a aparecer en escena con su bandeja aterciopelada. Sobre ella portaba una especie de gruesa pulsera abierta de plata colocada en el centro. El patrono de la IX Hispana le sujetó la *torque* en el correa de la loriga con toda la ceremoniosidad que requería el momento. Volvió a ofrecerle la mano, que de paso sirvió de gancho para hacer perder altura a Néstor y tomar tierra desde donde estuviese levitando.

—Yo tuve la suerte de ser amigo de tu padre —Mario sujetó a Néstor cariñosamente por el hombro—, pero ya tendremos ocasión algún día de hablar de todo eso. Ahora ven, quiero presentarte a la mano derecha del alcalde. Francesc, por favor, si eres tan amable...

El concejal, que no había perdido detalle durante la imposición del galardón, dedicado a buscar algún parecido razonable entre aquel joven espigado y el espectro que todavía le visitaba, por fortuna de forma muy esporádica, forzó más si cabe su voluntad de mantener las apariencias. Como destacado profesional en el mercadeo de la política, fue capaz de ofrecerle el rostro más entrañable de su amplio repertorio.

—Este es Néstor. Seguro que te acuerdas del difunto Eduardo Azcona. Falleció hace ya unos cuantos años... Era su padre. Creo que incluso llegasteis a hacer negocios juntos.

—¿Azcona? Ahora mismo no caigo —disimuló Ferrusola visiblemente incómodo.

—Sí, hombre, haz memoria. Mira que eres despistado. —El tono cálido de Mario, propio de una conversación en confianza, contrastaba con la gélida frialdad de sus ojos—. Tú conseguiste convencerle para que te vendiera unos terrenos en el Centro Recreativo y Turístico de Vila-seca y Salou, donde hoy está PortAventura. ¿No lo recuerdas? Realmente tuviste mucha suerte, o mucha visión de la jugada... Ganaste una buena pasta con aquella operación, no me digas que no te acuerdas.

—Pues la verdad es que no, en serio...

—Bueno, no pasa nada, tranquilo, estoy seguro al cien por cien de que te vas a ir acordando de él, ya lo verás —se rindió Mario, aunque su voz sonó contundente, hasta

cierto punto enigmática.

—Cada vez tengo peor la cabeza, soy carne de alzhéimer —bromeó el concejal en tono nervioso—, pero no vamos a aburrir a este valiente con nuestras batallitas sobre su padre... En todo caso, me alegra conocerte, ¿Néstor, has dicho? Es fantástico lo que hacéis en la Legio IX Hispana, sois un orgullo para Tarragona. Espero verte el próximo día de Sant Joan, irás a la representación del anfiteatro, ¿verdad? Allí podremos charlar con más calma. Ahora me vais a tener que disculpar, tengo que asistir a una comida benéfica. Ya sabéis cómo es de esclavo esto del Ayuntamiento.

—¿No te quedas a ver el combate de Lucio?

—Me encantaría, pero no puedo, lo siento de veras, por favor, perdonadme...

Francesc Ferrusola se despidió apresuradamente del resto de autoridades. Estrechó manos por doquier —incluidas, por supuesto, las de Mario, Lucio, Marco y el propio Néstor— antes de salir disparado con dos asistentes correteando a sus espaldas como perrillos falderos. El director de gabinete y su becaria tecleaban como posesos en sus móviles para propagar a través de las redes sociales algo tan imprescindible para la buena marcha de la ciudad como los posados de su jefe.

Néstor volvió a la formación con el semblante demasiado serio pese a las felicitaciones de los demás legionarios. «Así que ese es Francesc Ferrusola. El cabronazo de Francesc Ferrusola.» El ser rastrero del que le había hablado su madre durante la última visita a Erregenea. «El grandísimo hijo de la gran puta de Francesc Ferrusola.» El desalmado que estaba detrás de la ruina de su familia. El responsable del triste final de su padre, del dolor y la soledad de su madre, de los terribles años de adolescencia en un pueblo perdido... «Él y su amiguito, el sucio traidor de Mario Bocanegra... Pues vale, veremos quién ríe el último.»

Sumido en esa espiral de pensamientos oscuros, consumido por una rabia como pocas veces había sentido, Néstor apenas prestó atención al ejercicio de precisión suiza que Marco Alba y Lucio ofrecieron al público con espadas reales. Ni el eco de los metales chocando entre sí ni la tenue vibración de los aplausos lograron sacarlo de su ensimismamiento hasta que se le acercó su joven profesor de esgrima.

La Legio IX Hispana había roto filas y se había quedado solo. Aunque los demás legionarios rondaban a su alrededor, él seguía allí plantado. Nublado por el odio en una amarga realidad paralela. Sopesando lo que implicaba comenzar a bajar los peldaños de su propio descenso a los infiernos.

—¿Estás bien? —se interesó Lucio.

—Sí —musitó Néstor con frialdad, sin ni siquiera girar la cabeza.

—Te noto ausente.

—Ya.

Después de percibir la evidente relación de confianza entre Mario Bocanegra y Francesc Ferrusola, Néstor dudaba si romper la baraja de una vez por todas y alejarse para siempre de los Bocanegra. «Al menos me quedaría a gusto mandándolos a tomar por saco...»

—Pareces como ido... No lo entiendo, en los ejércitos de Roma no todos los días se gana una *torque*.

—No es nada. —Finalmente pesó más el compromiso con el intendente Pujol y la posibilidad de desenmascarar a aquella gentuza—. Solo estoy un poco afectado por el recuerdo de mi padre.

—Yo sé lo que te pasa por la cabeza. Lo que sucede es que no puedes soportar que ese hombre se haya hecho de oro con lo que legítimamente pertenecía a tu familia. Y encima, que mi padre esté conchabado con él.

Néstor se tensó hasta quedarse rígido. Intentó dejar la mente en blanco y relajarse. Esfuerzo baldío. No se atrevía a pensar delante de alguien que parecía leerle el cerebro.

—Bueno, algo de rabia sí que me ha dado. Ya se me pasará.

—Nunca te fíes demasiado de las apariencias. —Lucio se situó frente a él, tan cerca como para no dejarle escapatoria visual—. Hoy me ha gustado lo que he visto en la arena. Quizá te haya parecido extraño que durante las últimas semanas no hayamos vuelto a hablar del Proyecto Escipión...

Néstor se quitó el casco. Tenía el pelo pegado por el sudor. Ladeó la cabeza y esperó.

—Creo que casi estás preparado. Quiero invitarte a una nueva aventura. ¿Conoces la Cova Urbana?

Ritmos ocultos

Los romanos se inspiraban en el calendario lunar primitivo para contar tres días claves en el mes; el primero —luna nueva— son las calendas; los idus se corresponden con la luna llena, hacia la mitad —el 13, excepto en marzo, mayo, julio y octubre—, con las nonas como intermedio, ocho días antes de cada idus. En los idus de junio, flautistas con el rostro cubierto por máscaras recorrían las calles en medio de orgías y borracheras; eran los Quincuatros Menores en honor a Minerva.

13 de junio

*H*abía sido diseñado para impresionar a gente de alcurnia y cumplía a la perfección con su cometido. Néstor podía dar fe de ello. El portón de la Casa Salas imponía con sus más de cuatro metros de altura, su recia estructura de madera noble dispuesta en doble hoja y su ostentosa cancela. El bisabuelo de Blanca, el arquitecto Ramon Salas i Ricomà, sabía hacer bien su trabajo. Aunque eran otros tiempos cuando proyectó el suntuoso acceso a la residencia familiar —y de eso hacía más de 110 años—, el efecto de empequeñecer a las visitas seguía funcionando. Y eso que el ilustre señor Salas carecía de una bola de cristal para ver que el gusto estético se empobrecería en el futuro hasta límites insospechados. Todavía menos para imaginar que un tipo larguirucho con chupa de cuero y vaqueros se iba a plantar allí como invitado de honor de su bisnieta.

Néstor, ya de por sí nervioso después de la llamada de Blanca para avanzarle que creía haber encontrado una pista interesante y que se acercara a su casa a cenar, se sentía ahora intimidado por la prestancia del palacete modernista. No todos los días se llamaba al timbre de un Bien de Interés Cultural. Era un edificio esquinero de tres plantas realmente singular. Su gracia residía en el equilibrio: combinaba el aspecto robusto y macizo, como de castillo, que le confería la piedra labrada en sillares almohadillados, con los excesos neogóticos en forma de columnas, arcos y dinteles de puertas y ventanas. Elementos vegetales y otras filigranas alegraban la imposta de los muros, en especial los festones de una tribuna rinconera octogonal que, suspendida en la fachada para remar-

car la jerarquía de la planta principal, era su elemento más característico. Junto con los pináculos de la azotea, le daba un aire como de cuento de príncipes y princesas.

Blanca le había citado sobre las nueve. Faltaban cinco minutos cuando se decidió a presionar el brillante botón de latón dorado. Apenas un par de segundos después le llegó una voz inconfundible sobre su cabeza. Allí estaba la princesa del castillo, asomada sobre la barandilla de la preciosa balconada. Era una pieza de primer orden, toda ella de hierro forjado, digna del mismísimo maestro Jujol, el decorador de Gaudí. En semejante escenario —imaginó Néstor—, solo faltaba que Blanca arrojase dos largas trenzas a su caballero. Por desgracia, el mundo real acostumbraba a ser más prosaico.

—No te muevas de ahí, que está estropeado el interfono. Ya ves, todo muy bonito, pero poco práctico... Enseguida bajo.

Un minuto después apareció la sonrisa de Blanca tras la hoja entreabierta de la puerta de la mansión. Vestía de modo informal. Vaqueros elásticos muy ceñidos —su silueta se los podía permitir con creces— y una camiseta corta que, ventajas de la disciplina del ballet, dejaba entrever ligeramente el contorno de la cintura y un vientre liso como una tabla. Su bisabuelo se debía estar removiendo en su retrato del salón; sin duda, también le habría reprochado esa falta de etiqueta impropia de una buena anfitriona.

—Bienvenido a la cueva de los Salas. Ya puedes borrar esa cara de susto y relajarte. Tranquilo, mis padres están en Barcelona visitando a unos amigos y pasarán allí todo el fin de semana.

—Esto es para ti. —Néstor le entregó una elegante bolsita de cartón con una botella de vino en el interior—. Clos de l'Obac. Me lo regaló un buen amigo. Lo hace su padre en Gratallops. Puro Priorat. Espero que te guste.

—No tenías que haberte molestado. Seguro que me encanta. Entiendo poco de vinos, así que me basta con que lo hayas escogido con cariño.

—Me dijo que era para una ocasión especial. Fijo que no encuentro una mejor.

Blanca le respondió con un tierno beso en la mejilla y le tiró de la mano para que entrase en el portal. Ante ellos se abría una escalinata de piedra en cuyo arranque destacaba una lámpara de pie, también trabajada en la forja, que arrojaba una luz tamizada que se perdía de camino a los altísimos techos.

—Ven, que te enseñe todo esto.

La puerta de la vivienda principal, en el primer piso, tampoco tenía nada de convencional. Ni en el tamaño ni en la exuberante calidad de la ebanistería. Parecía construida en otra escala, como salida de algún capítulo de *Los viajes de Gulliver*. Néstor volvía a sentirse como un liliputiense pero no le dio tiempo a encoger; Blanca abrió sin prestar ninguna atención al decorado, cruzó el umbral y se perdió en el interior.

—Entra y ponte cómodo, estás en tu casa —le gritó desde un pasillo—. Todo recto. Voy a cambiarme. Vuelvo en un minuto, puedes fisgar lo que te apetezca.

Néstor atravesó el recibidor, a juego con el resto, y vislumbró la entrada del salón, una suerte de museo con muebles de época que le otorgaban un aroma victoriano, al estilo de los hoteles *grand class*. «Menuda choza.» A toro pasado, cada vez que recordaba aquella primera cena en casa de Blanca le venían a la memoria las fastuosas vidrieras y aquellos techos inalcanzables.

Había una mesa dispuesta para dos comensales, a modo de velador, en la tribuna-galería que tanto llamaba la atención desde la calle. Las vistas a la Rambla eran espectaculares, de modo que Néstor se sentó a contemplar a la gente desde su nueva atalaya. En ocasiones, y esa era una de ellas, se sorprendía observando furtivamente a personas anónimas escogidas al azar a las que asignaba vidas imaginarias: padres, hermanos, hijos, amores, alegrías, sufrimientos...

Blanca le abrazó por detrás. La piel sedosa y perfumada de sus brazos alrededor del cuello ahuyentó la vocación de Néstor de jugar a las marionetas con los peatones. Se había puesto un vestido ligero de tirantes color hueso que quitaba el hipo. Le realzaba la figura y el moreno veraniego.

—Sabía que estarías aquí. Este rincón tiene como un imán. Es lo primero que hacen todas las visitas. ¿En qué pensabas?

—Bobadas... Nada que merezca la pena; a veces miro a toda esa gente que pasea y me parece como un milagro lo que cada una de esas vidas, con sus peculiaridades, llega a concentrar en su interior... No me hagas ni caso, vamos a lo importante. Estás guapísima.

—Gracias. En un rato nos traen la cena. He pedido japo en aquel de allí enfrente. — Blanca señaló una conocida franquicia de comida asiática—. Lo siento, pero soy un desastre en la cocina. Olvídate de una conquista por el estómago. No es lo mío. En eso salgo a mi madre, que no tiene ni idea. Menos mal que nos ayuda María. Lleva media vida con nosotros, desde que yo era pequeña. Es una más de la familia.

—Me estoy dando cuenta que no sé casi nada sobre ti... —observó Néstor.

—Tampoco hay mucho que contar. Una familia bien, sin más. Mi padre es arquitecto. Tercera generación. Y mi madre, interiorista. A veces trabajan juntos, pero sin abusar... Terminarían tirándose los trastos a la cabeza; los dos tienen mucho carácter.

—Ahora entiendo todo esto. —Néstor lanzó una ojeada a su alrededor.

—Pon mitad herencia familiar y mitad pasión por lo que hacen. Este es su refugio. Yo les hago compañía y viceversa. Como te dije, soy hija única. ¿Un poco mimada? No te digo que no, y bastante repelente —le provocó entre risas.

—Así que una niña pija...

Blanca le lanzó su servilleta a la cara desde el otro lado de la mesa para teatralizar la ofensa.

—No te pases o te sacudo, por muy policía que seas. ¿Y qué me dices de ti? Tampoco es que tú me hayas contado demasiado. Sé que te has independizado de una madre que vive en Navarra, que tienes familia cerca de Altafulla... ¿Qué más?

—Sin hermanos. Perdí a mi padre a los ocho años. Ya te puedes imaginar... Eso condiciona bastante, ¿sabes? Casi nunca suelo hablar de ello. Me trae malos recuerdos —se entristeció Néstor al sincerarse. En realidad, no conseguía borrar de su cerebro la reciente imagen de autosuficiencia de Francesc Ferrusola y su corte de aduladores.

Blanca percibió cómo algo se apagaba en él. Bordeó la mesita cuadrada que había dispuesto para la cena, se agachó a su lado y le acarició la mejilla.

—Puedes contármelo si te apetece.

Néstor dudó. A grandes rasgos, había ido poniendo al día a Blanca sobre los últimos episodios de toda aquella locura, pero no había tenido la ocasión de mostrarle las secuelas del impacto emocional que le estaba ocasionando. En condiciones normales se habría escabullido con alguna excusa barata, pero comprendió que tarde o temprano tendría que cruzar aquel puente, por doloroso que fuese, si quería tener alguna oportunidad con ella. De modo que le pidió con un gesto que se sentase en sus rodillas y le abrió su corazón. Le habló de la bancarrota y el posterior suicidio de su padre; de lo poco que recordaba de él; de la crueldad de la adolescencia y de la amargura infinita de su madre, enterrada en vida entre envidias y cotilleos de pueblo. Y también le confesó la extraña montaña rusa de sensaciones que le despertaban los Bocanegra. La complicidad con Lucio. La hipócrita amabilidad de Mario, el supuesto amigo del alma de su padre... Una mixtura de poso agri dulce que le tenía bastante confundido.

—Y lo peor llegó hace unos días. Mario Bocanegra tuvo los santos cojones de ponerme delante del causante de todas las desgracias de mi familia. Encima va y se regodea de ello, el muy cabrón. El tío que me presentó es un politicucho de medio pelo; según Pepe, un corrupto de tomo y lomo. Creo que nunca he sentido tanta rabia; te juro que lo hubiera estrangulado sin ningún remordimiento.

—No digas tonterías, ¿y qué ibas a ganar con eso? No le vas a devolver la vida a tu padre. Ahora tienes que pensar en tu familia, en ti, en mí....

El sonido del interfono los sobresaltó. Casi se habían olvidado de la cena. Blanca sacó un decantador del aparador, buscó el sacacorchos en un cajón y le besó fugazmente antes de bajar al portal. Néstor tuvo unos minutos para calmarse mientras Blanca recogía el pedido.

Néstor descorchó la botella, la vació en el recipiente de cristal y dejó que se airease. Al regreso de Blanca, en un abrir y cerrar de ojos, la cena estaba servida: gyozas de marisco, wakame, shasimi de atún rojo y tempura de gambón salvaje.

—Que aproveche. He escogido yo misma por ti, espero haber acertado.

—Eso seguro, cuando uno cocina para sí mismo se le quitan de golpe todas las gilipolleces. Me he convertido en un estómago de lo más agradecido.

Néstor se sentía aliviado y más desinhibido después de sincerarse. Sirvió el vino y levantó la copa para proponer un brindis:

—Por ese momento de enajenación mental en el que se me ocurrió dejarte una nota. Por las pequeñas victorias de los que casi siempre pierden. Por ti. Por nosotros.

Ambos dieron un pequeño sorbo mirándose a los ojos, como mandan los cánones.

—¿Más tranquilo?

—Sí, perdona, es que llevo unos días más ofuscado de lo normal con todo este rollo de mi padre. Pero dejemos de hablar de mis penurias, ¿qué era eso tan importante que me querías contar?

—Creo que he dado con algo que te puede ayudar en tu investigación. Hemos estado dando palos de ciego.

—¿Qué quieres decir?

—El calendario, Néstor. La clave está en el calendario. Nos habíamos obcecado con el ritual de los crímenes y me parece que hemos pasado por alto lo más importante.

—No lo entiendo.

—Ya te expliqué algunos detalles curiosos sobre las creencias de los antiguos romanos, su extraña relación con los dioses, pero quería profundizar más, tratar de meterme en el pellejo de esa panda de lunáticos...

Blanca resumió cómo, en primer lugar, se había documentado más a fondo sobre los escenarios de los asesinatos —las villas de Els Munts y Calípolis, el circo, el Pont del Diable—, por si algún detalle del pasado le llamaba la atención para encontrar un denominador común.

—Me metí en un callejón sin salida. Lo único que pude sacar en limpio es que en aquella época las ejecuciones se acostumbraban a hacer en sitios especiales, normalmente lugares públicos preeminentes, a veces dentro de la propia ciudad y otras fuera de ella, sobre todo para los procesos de justicia militar. La idea era dar un escarmiento para que la gente tomase buena nota, y en lugares como el *comitium*, un espacio a cielo abierto en la esquina noroeste del foro de Roma donde se reunían las asambleas populares; en los *rostra*, la tribuna de oradores, o en las *Scalae Gemoniae*, las tristemente famosas escaleras *gemonias*, también apodadas Escaleras del Luto, que bajaban desde el monte

Palatino hasta el Foro, y que significaban la mayor deshonra. Después de morir estrangulados, los condenados eran atados y arrojados rodando por las escaleras. Solían abandonar los cadáveres durante largos periodos para que se pudriesen a la vista de todos, a veces comidos por los perros u otros animales en busca de carroña hasta que al final arrojaban los restos al Tíber. Está escrito que allí vio el final de sus días gente importante como Sejano, prefecto de la guardia pretoriana, o el emperador Aulo Vitelio.

—¿Y la roca Tarpeya? —Néstor recordó la descripción de Faustino durante la cita con Pepe Miralles en el Pont del Diable.

—Faustino tenía razón. Era un barranco en la cara sur de la colina Capitolina que se usaba para despeñar a asesinos y traidores. Hay muchas citas sobre ella. Veo un cierto parecido con los *suicidios* del Pont del Diable, pero poca cosa más, no he sido capaz de avanzar por ahí.

—¿Has mirado los tipos de delitos que merecían un escarmiento público?

—Ya veo por dónde vas. Yo también lo pensé, por si había un nexo con nuestros fiambres, pero por ahí tampoco he rascado nada. Sobre todo, cosas de militares: desertión, desobediencia, abuso de autoridad, espionaje... y también líos políticos, corrupción, ultraje al emperador, sedición, conspiración contra la República, traición... Después ya vienen los clásicos de siempre, que no han cambiado: violencia sexual, adulterio, incesto, parricidio, envenenamiento... Le he dado un montón de vueltas, pero al menos yo no he sabido encajar ningún patrón convincente.

Al comprobar que esa vía le resultaba infructuosa, Blanca le explicó cómo se fue centrándose en abordar los métodos de castigo corporal más frecuentes en la antigua Roma. Pronto descubrió que los romanos desplegaron una imaginación inagotable; se mostraban especialmente crueles con los esclavos, pero ningún sustrato social se libró del escarnio público: soldados, centuriones, generales, senadores, magistrados, tribunos de la plebe..., incluso emperadores.

—Eran muy pero que muy brutos. Sorprendentemente refinados en algunas materias, pero en el fondo una sociedad de guerreros. En todas las fuentes que he consultado no hay ni una sola mención al dolor que ocasionaron a los vencidos. Era algo natural, el pez grande se come al chico. Sin más historias. Sin lágrimas. Otro mundo que nos cuesta entender desde la óptica de nuestro tiempo. Nosotros observamos la guerra como algo lejano, pero para ellos era una cuestión cotidiana de disciplina para mantener a raya la jauría de bárbaros y salvajes que estaba deseando saltarles a la yugular.

—Sus enemigos tampoco eran hermanitas de la caridad. —Néstor había leído a Gisbert Haefs y recordó cómo se las gastaban los cartagineses—. Aníbal no se andaba con chiquitas. Se dice que pasaban por la quilla a los prisioneros de los combates navales o

que si desfallecían durante las marchas les cortaban la mitad de los pies y los dejaban abandonados.

—Me he tomado la molestia de estudiar todo tipo de delicados suplicios que se dedicaban los unos a los otros, según los narradores clásicos; los bretones, por ejemplo, sí que sabían cómo tratar a una señora: si caía en sus manos alguna dama distinguida, la invitaban a un banquete en el que solía terminar empalada y con los pechos cortados y cosidos a la boca, como si se los estuviera comiendo.

—Qué galantes —ironizó Néstor.

—Los romanos no se quedaban atrás a la hora de hacer el bestia. Me he encontrado casi de todo, desde atar al condenado por los pies a las copas de dos árboles doblados para que al soltarlos lo partiesen por la mitad, hasta usar parejas de caballos para desmembrarle o el famoso suplicio de Mezencio, que consistía en atar al reo a un cadáver en estado de putrefacción hasta que las infecciones se lo llevaran por delante. La crueldad no tenía límites, incluso llegaban a forzar a parientes y amigos a luchar a muerte en la arena como gladiadores. Lo más alucinante es que la gente estaba encantada con el espectáculo.

—No sé si es la conversación más adecuada antes de la cena —bromeó Néstor.

—¿Eres maniático con estas cosas? Yo, cero. Pensaba que los polis teníais más estómago. Tú calla y escucha, y vamos picando. Recuerda que eres de una familia de Rambos. Mientras repasaba todas esas historias de terror gótico en busca de coincidencias, di por casualidad con otra burrada: la sana costumbre de enterrar a hombres vivos en los vientres de animales, normalmente bueyes, con la cabeza fuera.

Blanca, que se había vuelto a sentar frente a Néstor, paladeaba otro sorbo de vino. Le sonrió desde detrás de una copa de dimensiones generosas, se asomó por un lateral y le interrogó con la mirada mientras mordisqueaba un gambón.

—¿Qué? ¿Te dice algo?

—Claro. Me recuerda Els Munts. —Las horripilantes imágenes que Néstor había tratado de olvidar le impactaron como un relámpago.

—Exacto. Me puse manos a la obra hasta que encontré un relato de Valerius Maximus, un historiador romano del siglo primero... Espera, que lo tenía por aquí anotado para leértelo. —Blanca se levantó y se acercó a una estantería—. Escribe sobre el gusto por el morbo sangriento de sus paisanos:

Se les podría comparar con aquellos bárbaros, quienes, según se dice, después de haber sacado de los cuerpos de las reses inmoladas los intestinos y las entrañas, introducían en ellas personas vivas a las que solo dejaban fuera la cabeza [...], para que se prolongara más tiempo el sufrimiento, alar-

gaban su miserable vida obligándolos a comer y beber hasta que, corrompidos por dentro, vinieran a ser pasto de los gusanos que suelen nacer a causa de la descomposición orgánica.

—A partir de ahí, un poco más animada por el hallazgo, le seguí dando vueltas al tema. El castigo más habitual pasaba de la fustigación, normalmente con varas o correas, al estrangulamiento o la decapitación para los delitos más graves, seguida del ultraje al cadáver. Se arrastraba en público atado a un carro con un garfio o se arrojaba al mar, al Tíber o incluso a las cloacas. El caso era dejar una evidencia bien clara de la humillación.

—Eso es interesante. —Néstor trataba de atar cabos—. Igual te parece una chorrada, pero lo de ensañarse con los cadáveres podría tener algo que ver con el exhibicionismo de nuestro sicópata.

—Yo también lo había pensado. Este tío no solo se carga a los malos, sino que parece que le gusta el *marketing*, que se vea bien. Antes muerto que sencillo, y nada de pasar desapercibido.

—¿Crees que hay más coincidencias?

—Quizá, pero lo veo todo muy genérico. Es fácil encontrar referencias sobre crucifixiones, apuñalamientos o amputaciones de miembros..., pero nada concreto que nos pueda servir. Lo que sí podría tener cierto sentido es el baile de cabezas que nos han ido dejando por el camino.

—¿Y eso?

—Lo de cortar cabezas estaba a la orden del día, pero es que además les gustaba hacer travesuras con ellas. Por ejemplo, venderlas al mejor postor o exponerlas en público como un trofeo..., a veces con la lengua fuera para llenarla de alfileres. Tenían una fijación especial, imagino que no jugaban al fútbol con ellas porque todavía no se había inventado.

—Voy entendiendo; piensas que de ahí podría venir la manía de no dejar ninguna sobre los hombros.

—Puede ser —Blanca sumergió en la soja un trocito de atún—, pero aun así me parecía todo muy cogido con pinzas. No era solo eso lo que te quería contar; la idea me vino al leer que, con esa obsesión por machacar a la peña para dar ejemplo, buscaban una especie de equilibrio de fuerzas con los dioses. Por lo visto, la palabra *supplicium* proviene del verbo *placare*, un acto con el que originalmente se intentaba aplacar la ira de la divinidad. Ahí es cuando recordé que los romanos, siempre muy supersticiosos, nunca escogían los días al azar y me puse a repasar una por una las fechas de los asesinatos...

—¿Y?

—Puedes valorar tú mismo. Diría que tengo una secuencia; empezamos con el 24 de marzo, el preámbulo de vuestra madrugada en la villa de Els Munts. Lo llamaban el Día de la Sangre. Los novicios que aspiraban a convertirse en *galos*, sacerdotes de la diosa Cibeles, la Gran Madre de los Dioses, se castraban para purificarse en una ceremonia de consagración.

—Hostias... ¿En serio? ¿Castrados? Sigue...

—Vamos al circo romano, 4 de abril. Fiestas de Venus Verticordia, que simbolizan el apego a la moralidad y que calman el enfado de los dioses por los delitos sexuales... ¿Me sigues?

—Creo que sí, eso podría encajar con el perfil de un degenerado como Ricardo Laso... El siguiente es en el Pont del Diable, la noche del... ¿23 de abril?

—Buena memoria. La Vinalia Urbana, fiesta del vino compartida por Venus y Júpiter en la que prostitutas y muchachas de baja extracción social se reunían en el templo de la colina de Venus Ericina para copular con el mejor postor a cambio de belleza y ascenso social... Pepe habló de un malnacido que suministraba carne fresca a los burdeles, ¿no?

—Ya lo voy entendiendo... Y al último, al menos que sepamos, lo convirtieron en papilla para peces hace algo más de un mes...

—Exactamente la noche del 9 de mayo. Son los días oscuros de Lemuria, considerada la fiesta más lúgubre y terrorífica del año romano. El *pater familias* invoca el poder de un ritual para protegerse de los espíritus malignos. Debe lanzarse nueve habas negras a la espalda: el tres, número de gran capacidad mágica, repetido tres veces en su forma más poderosa. El número era importante para que los lémures le dejaran en paz, al menos hasta el año siguiente.

—Así que el nueve. Nueve marcas en la espalda el día 9 de mayo —caviló Néstor—. Justo como en el cadáver pasado por agua. Joder, qué lío. ¿En qué estás pensando? ¿Qué te dice la intuición femenina? Yo ya me he mareado con tanta fecha.

—Creo que está bastante claro que hay un ritmo oculto, algo mucho más complejo y trabajado de lo que podíamos suponer. Quienquiera que esté detrás de todo esto se inspira a su manera en el viejo calendario romano para planificar los escarmientos. La duda es si va a continuar y hasta cuándo podrá seguir haciéndolo.

—¿Qué día elegirías tú para la próxima entrega?

—Para mí, hay una noche mágica en todas las culturas desde tiempos muy remotos: San Juan, el solsticio de verano. También para los romanos era la noche de las hogueras, el fuego purificador para renacer en la noche más corta del año. La vieja costumbre de quemar lo malo para atraer lo bueno. El 24 de junio es el día de Jano, el dios de los cambios, el de los caminos iniciáticos...

—No quiero ni pensar en la que pueden liar nuestros amigos con una antorcha en la mano.

—A eso iba. Me has leído el pensamiento. Hasta me he tomado la molestia de averiguar si el fuego también entraba en el catálogo de martirios.

—Esa me la sé yo. La respuesta es sí. Faustino me habló de los mártires cristianos que quemaron vivos en el anfiteatro.

—Buena puntería, vaquero. Podían marcar al pobre desdichado con láminas incandescentes, o quemarlo vivo en la pira. Hay alguna cita sobre el tormento de Cassius; se ataba a los condenados en un poste desde la parte superior a la inferior, y luego le prendían fuego... Unos morían achicharrados, otros asfixiados por el humo. Se dice que algunos por el pánico, aunque parece poco científico que el terror mate. Y cómo no, está su deporte favorito.

—¿Cabezas chamuscadas?

—Exacto, de nuevo la vergüenza pública para el decapitado.

—Bufff —resopló Néstor—. Vaya tela. Solo espero que falles en tus pinitos como pitonisa. Se me ha puesto mal cuerpo y todo.

—Espero no haberte amargado la cena. Sería una verdadera lástima.

Blanca le dio un sorbo al vino con evidente sensualidad antes de rodear la mesa, sentarse a horcajadas sobre la entrepierna de Néstor y rodear su cuello con los brazos. Sus rostros quedaron a menos de un par de centímetros.

—¿Crees que podría hacer algo al respecto?

—Yo diría que me voy encontrando mejor.

—Yo diría que lo noto ahí debajo. Ven, a ver si consigo recuperarte del todo.

Blanca le cogió de la mano para cruzar el salón y guiarle hasta su habitación. Para cuando llegó hasta allí, el fulgor de las hogueras de San Juan era un recuerdo lejano que se había tornado en otro tipo de calentura. Sabía que cruzar ese umbral significaba una quemadura que se le iba a quedar, como un hierro al rojo, grabada para siempre. «Leciones te da la vida. —Sonrió Néstor—. Al final va a resultar que eso del infierno es un cuento y que el fuego protege las puertas del cielo.» Hipnotizado, saludó a San Pedro, entró y cerró tras él.

Venganza

Junio era el mes del florecimiento, consagrado a la reina de los dioses, Iuno —Juno—, hermana y esposa de Júpiter; con él y Minerva formaban la Tríada Capitolina, el conjunto de las tres deidades principales de la religión romana.

20 de junio

Comenzó a desatarse los cordones de las zapatillas sentado en uno de los bancos del vestuario más sui géneris que había pisado en su vida. Pertenecía a la Sociedad de Investigaciones Espeleológicas de Tarragona (SIET) y era un reducido cuartucho con la única misión de dejar la ropa antes de embutirse en el traje de neopreno que Lucio le acababa de suministrar. Lo extraño del lugar no tenía que ver con la humildad del mobiliario ni con sus claustrofóbicas dimensiones; lo raro es que estaban cambiándose prácticamente al lado de los coches, motos y trasteros de la cuarta y última planta de un aparcamiento subterráneo. En concreto, el del número 32 de la calle Gasómetro. Es decir, en el subsuelo del corazón de la ciudad, muy cerca de la biblioteca en la que trabajaba Blanca.

—¿Se puede saber para qué necesitamos todo esto? —preguntó Néstor.

—Ten un poco de paciencia. Muy pronto lo vas a ver tú mismo.

Aunque en ese momento Néstor lo desconocía, el aparcamiento de Gasómetro venía a ser el equivalente del volcán Snaefellsjökull en el viaje al centro de la Tierra imaginado por Julio Verne. Esta puerta de entrada al inframundo, algo menos novelesca pero más real, se abrió a mediados de la década de los noventa por pura casualidad. Las obras de construcción del edificio dejaron al descubierto una red de galerías excavadas en roca viva —la durísima y abundante *fetge de gat*— por la mano del hombre. La datación demostró que se trataba de las *cunicula*, o conejeras típicas de la minería romana, en este caso horadadas doscientos años antes de Cristo con la finalidad de abastecer de agua al cercano teatro de Tarraco. Más que las conejeras, lo más insólito fue el hallazgo de un pozo natural que se convertiría en la estrecha vía de acceso a una gruta subterránea gigantesca, la Cova Urbana, todavía hoy en exploración.

Lucio le había convocado de buena mañana junto al resto del Proyecto Escipión. Ya los conocía a todos, al menos de vista, tras la noche de la necrópolis. Allí estaban de nuevo los ocho del *contubernium*: Tito, Octavio, Valerio, Aurelio, Marcelo, Horacio y Patrio, además de Lucio. Le habían acogido de buen grado. O al menos se notaba que, probablemente bajo influencia del líder, hacían todo lo posible por hacerle sentir como uno más. Marcelo, el más robusto de los dos jóvenes que unas semanas atrás le habían ayudado a ponerse la toga para el ritual de la cripta, formaba parte del núcleo duro de especialistas de la SIET y se había encargado de preparar la logística para adentrarse en las entrañas de la cueva.

Según le había avanzado Lucio por teléfono, solían juntarse con cierta frecuencia para fortalecer los lazos entre ellos. Una especie de *team building* un tanto peculiar, aderezado con deportes de riesgo y actividades en la naturaleza, como la escalada, el descenso de cañones, el submarinismo o el parapente. A grandes rasgos, la idea consistía en abandonar la zona de confort de unos jóvenes urbanitas con el reto de enfrentarse a sus propios miedos y así endurecer el carácter.

Néstor trataba de ponerse en situación con la esperanza de adivinar el nuevo lío en el que se había metido. No tenía otra opción. «Se lo he prometido a Pujol; me lo he prometido a mí mismo, y se lo debo a mi familia; no hay marcha atrás, tengo que hacerlo, y punto. Por mis padres, por mí.» Ensimismado, seguía peleándose sin éxito con la incómoda cremallera posterior del neopreno cuando se percató de que todos habían terminado de equiparse. Trató de acelerar la operación para no hacerles esperar, pero los nervios y su poca maña terminaron por atascar por completo el cierre. El infalible «Vísteme despacio, que tengo prisa» planeó sobre el vestuario. Fernando VII, Napoleón Bonaparte, Carlos III o quien coño estuviese detrás del dicho popular tenía más razón que un santo. Allí estaba Néstor con cara de cordero degollado implorando ayuda para atestiguarlo.

—Ven, date la vuelta, hace falta un poco de práctica. —Lucio se situó a la espalda de Néstor y estiró fuerte con ambas manos del tejido de goma hasta que consiguió domesticar la cremallera declarada en rebeldía.

—Lo siento. Gracias.

—Tranquilo. Gajes del oficio. No te olvides el frontal. —Le señaló el casco con la linterna led acoplada—. Bueno, ya estamos todos. Marcelo, cuando quieras.

—Vamos allá. Juntaos por parejas. Iremos avanzando de dos en dos. Lucio abrirá vía con el novato y yo voy en solitario el último, cerrando por si las moscas. Saldremos cada cinco minutos para no ir en manada y entorpecernos unos a otros. Todos conocéis el ca-

mino. No es una ruta exigente, así que no debería plantearnos ningún problema serio. La idea es llegar hasta la placa de la sala Forné y juntarnos allí. ¿Alguna duda?

—Andando —ordenó Lucio al ver que nadie abría la boca.

Los nueve, ahora con trazas de aficionados a la espeleología, cruzaron de nuevo el aparcamiento hasta que Marcelo se detuvo frente a lo que parecía la puerta de un simple trastero. Detrás se ocultaba la entrada *secreta* a la cueva.

—Vosotros dos seréis los primeros en bajar. Id con mucho cuidado. —Marcelo y Lucio se cogieron por el antebrazo al modo romano para despedirse y desearse buena suerte.

—Nos toca. Tú primero. —Lucio abrió la puerta e invitó a Néstor a pasar.

—¿A dónde se supone que vamos? —preguntó Néstor una vez dentro, mientras inspeccionaba la boca cuadrada de un pozo y una escala metálica que se sumergía en las tinieblas.

—A dar un paseo por debajo del antiguo Foro de la Colonia, el corazón administrativo de la vieja ciudad romana. Es alucinante, ya lo verás... ¿Alguna objeción? No tendrás claustrofobia, ¿verdad? O miedo a la oscuridad, o algo por el estilo.

—No, no es eso...

—Pues no hay más que hablar. Ya te lo iré explicando por el camino. Nos vamos. —Lucio comenzó a descender y desapareció sin dejarle más alternativa que seguirle.

Al final de la escala oxidada los esperaban las paredes rugosas de una conejera romana. Comenzaron a avanzar por el estrecho acueducto, uno detrás de otro. El haz nervioso de los frontales iluminaba las marcas que dejaron cinces y punzones en las paredes hacía más de dos mil doscientos años.

—Impresiona bastante —admitió Néstor—. ¿Qué es todo esto?

—¿Has oído hablar de la Cova Urbana?

—Me suena...

—Tarragona y Budapest son las dos únicas ciudades europeas con una cueva natural de estas dimensiones en el subsuelo. Ya ves que los romanos de la Hispania Citerior conocían bien esta.

Unas decenas de metros más adelante se abría un nuevo pozo en el suelo de la galería.

—Ahí abajo está el lago subacuático más grande de Cataluña. No se conoce bien su extensión, porque nadie ha sido capaz de explorarlo en su totalidad. Vamos, sígueme. —En un abrir y cerrar de ojos, Lucio se perdió en el agujero e inició un nuevo descenso.

Con la ayuda de cuerdas fijas ya instaladas y nuevas escalas incrustadas en la piedra, superaron dos pozos más hasta llegar a la primera gran sala de la gruta. Habían descen-

dido ya a más de veinticinco metros de profundidad. Ante ellos, como las fauces de una enorme criatura, se abría una estancia de unos treinta metros de largo con un pequeño lago de agua cristalina que tendrían que atravesar.

—Es la sala CEO. La bautizaron así por el Centro Excursionista de Olivella, los primeros en pisarla. Al menos, en los últimos ciento cincuenta años. Hay un libro de 1849 en el que se describe la exploración de unos pozos hasta encontrarse con un enorme lago. Debía de ser este. Hasta aquí se encontraron huellas del paso del hombre. Más adelante, nada de nada.

—¿Por dónde estamos ahora?

—Es difícil de calcular porque hay zonas muy reviradas. Si pudiésemos tirar una línea recta, hasta Rivemar vamos a recorrer unos 350 metros. Luego no se puede seguir sin botellas de oxígeno. Te basta saber que nos movemos por el entorno subterráneo de las calles que rodean el Foro, que es lo que nos interesa. Nos gusta la sensación de darnos una vuelta por la Tarraco oculta, la que está escondida debajo de la ciudad moderna. Es de lo más sugerente, si te paras a pensarlo: un submundo bajo tierra, desconocido y por explorar. Tarragona es única en eso.

—Oye, no habrá bichos o algo raro por aquí... —Néstor siguió a Lucio y se metió en el agua hasta la cintura.

—Nada demasiado venenoso. Ratas enormes, alguna culebra de agua, y poco más.

—No me jodas, te juro que me doy la vuelta ahora mismo. Me dan pánico las ratas. Incluso más que las serpientes.

—Ja, tranquilo. Tan abajo no hay nada. Donde no hay comida, no hay monstruos.

—¿Seguro? —insistió Néstor—. Va en serio. Les tengo una fobia irracional. No quiero sorpresas.

—Al cien por cien. —Lucio seguía avanzando con el agua por los hombros—. En otros sitios de la ciudad no estaría tan seguro con lo de las ratas, pero aquí no hay un alma. Solos tú y yo. Se hace extraño pensar que estamos enterrados a treinta metros por debajo del mundo de los vivos. Escucha...

Lucio se puso el índice en los labios para indicarle que no hiciese ningún ruido. A continuación apagó la luz de su frontal, se acercó a Néstor e hizo lo mismo con la suya. Durante unos segundos, el silencio sepulcral reclamó su territorio y se adueñó de todo. El efecto de la ausencia de sonidos, amplificado por la negrura más absoluta, resultaba abrumador. Con las referencias visuales y auditivas reducidas a cero, Néstor tuvo la sensación de flotar en la nada, como un astronauta subterráneo.

—¿Qué? Es la rehostia, ¿no? —Lucio volvió a conectar las linternas y se hizo la luz.

—No te voy a negar que impresiona —concedió Néstor. Da bastante yuyu pensar en

quedarse atrapado aquí abajo.

—Eso forma parte del atractivo y también explica por qué hacemos esto. Aquí dependemos el uno del otro. Si la cagas, te tienes que espabilar porque no va a venir nadie a buscarte. No vale sacar el móvil y llamar a la asistencia.

—Pues no termino de encontrarle la gracia.

—En sitios como este se aprecia cómo son las personas. Nos gusta ponernos a prueba para sacar lo mejor de nosotros. Eso está en la base del Proyecto Escipión.

—No sé qué decirte...

—Es bastante sencillo de entender. La vida cotidiana en las comodidades de la ciudad nos ablanda. Nos permite camuflarnos detrás de una careta de hábitos civilizados, de modo que es relativamente fácil dar gato por liebre en ambientes más o menos sofisticados; nuestra naturaleza auténtica, sin disfraces, solo aparece en situaciones límite. Cuando sufrimos penalidades, hambre, frío, cansancio o dolor, ahí sale a relucir el verdadero coraje de las personas. Se ve cuando alguien es capaz de controlar lo más primitivo e instintivo, que es el egoísmo de la supervivencia, y sacrificarse por los demás. Ahí nace la conexión profunda y la fuerza de un equipo.

»Creo que ya te comenté lo importante que es para el Proyecto Escipión que aprendamos a conducirnos con un espíritu elevado. En momentos de dificultad surge lo mejor y lo peor del ser humano. La grandeza y la ruindad. Lo sublime y lo mezquino. Las dos caras que están dentro de nosotros. Mi padre insiste en que la diferencia está en la educación, porque todo en esta vida se puede entrenar.

Habían llegado al final del pequeño lago y tenían delante un muro de piedra que, a primera vista, parecía infranqueable.

—¿Y ahora qué?

—Estamos en el primer sifón, tendrás que aguantar la respiración unos segundos y bucear hasta el otro lado. No te pongas nervioso, es un tramo corto y sencillo. Bajas, te impulsas con fuerza y enseguida estarás al otro lado. Voy yo primero y te espero para ayudarte.

Lucio se sumergió y la luz de su frontal desapareció con él bajo el agua en cuestión de segundos. Con un punto de angustia, Néstor tomó conciencia de que se había quedado solo en mitad de la cueva. Sin llegar a la parálisis, experimentó una indescriptible sensación de abandono que le aceleró el pulso. Incluso se le pasó por la cabeza dar marcha atrás, pero descartó la opción. Primero, por una simple cuestión de orgullo; segundo, porque estaba allí para ganarse la confianza de Lucio si quería seguir recabando información.

Inspiró profundamente, pero para su desgracia no tomó suficiente impulso. Al entrar

buceando en el sifón, notó cómo el aire acumulado en el interior del neopreno tiraba de él hacia arriba y, al darle más flotabilidad, frenaba su avance. Para cuando se dio cuenta, había ascendido como un globo y tenía la espalda pegada a la roca. Se había quedado atascado. Trató de conservar la calma, pero no le quedaba demasiado aire en los pulmones. Desesperado, braceó y pataleó con fuerza hacia abajo para tratar de ganar algo de profundidad y escapar de aquella ratonera. Empezaba a entrar en pánico por la falta de oxígeno cuando advirtió que la luminosidad del agua aumentaba a su alrededor. De inmediato notó un fuerte tirón en el brazo y cómo le arrastraban un par de metros antes de subir a la superficie. Néstor llegó tan apurado que nunca hasta entonces había pensado que era posible saborear de aquel modo una bocanada de aire.

—¿Estás bien? —Lucio se limpió el agua de los ojos con la mano—. No hacía falta montar este numerito si querías llamar la atención —bromeó.

Néstor tosía mientras trataba de recuperar el resuello.

—Quién me manda a mí, cof, cof..., hacerte caso... Buuuuff... Esto no es para mí. Prefiero darme la vuelta, y todos tan contentos.

—Venga, no te rindas todavía, que solo ha sido un pequeño susto.

—¿A eso lo llamas tú un pequeño susto? Coño, que casi me ahogo ahí abajo.

—No te lo tomes así. Mira a tu alrededor. Es precioso, ¿no? Seguimos un poco, y si continuas agobiándote, nos damos la vuelta. Te lo prometo, pero antes echa un vistazo... Es la sala Benso. Así se llamaba la promotora propietaria de la finca. Se dice que en Tarragona, si excavas un poco, fijo que encuentras restos romanos; es raro, pero ellos en lugar de callarse como putas y tapar todo esto, lo habitual en otras constructoras para ahorrarse dolores de cabeza con los arqueólogos de la Generalitat, siempre dieron todas las facilidades para divulgar este patrimonio.

Néstor, ya un poco más tranquilo, aceptó el reto y continuó nadando detrás de Lucio para atravesar otro pequeño lago. Efectivamente, las caprichosas formas esculpidas por el agua en la caliza durante miles de años habían moldeado un paisaje espectacular. Para su desdicha, no tardaron en toparse con un nuevo paso sifonado.

—¿Qué me dices? ¿Te atreves? —le desafió Lucio.

—No estoy seguro. Estoy bastante nervioso.

—Esta vez voy yo por detrás y te empujo si te veo en dificultades. ¿Ok? Es corto y todo recto, unos tres metros. No tiene mayor peligro. Contamos hasta tres y abajo, ¿de acuerdo? Una, dos y... tres.

Néstor aprovechó la adrenalina del momento para sumergirse y, esta vez sí, impulsarse con fuerza hacia adelante. Todo fue como la seda. Ambos emergieron al otro lado

sin ningún contratiempo. Después de vencer sus miedos, el aprendiz se sentía como el campeón del mundo de apnea.

—Cojonudo —se animó, ya con mejor cara.

—Veo que aprendes rápido —le felicitó Lucio—. Prepárate para flipar. Hemos llegado a la catedral.

Néstor levantó la mirada y lo que vio no tenía nada que ver con lo que habían atravesado antes. La luz del frontal se difuminaba hasta perderse en un espacio inmenso, también seminundado, con una cúpula irregular de unos veinte metros de altura y gigantescos bloques de piedra desprendidos que permitían salir del agua para caminar sobre ellos.

—Bienvenido a la sala Forné. La bautizaron así en memoria de Josep Maria Forné, el constructor del edificio. Entre sus voluntades, dejó escrito que todos los pisos se mantuvieran en régimen de alquiler para que la propiedad nunca pueda prohibir el acceso a la cueva. En parte, estamos aquí gracias a él. Mira, hay una placa conmemorativa y todo. La colocaron aquí después de su muerte —informó Lucio, que se sentó al lado. Esperaremos aquí a los demás.

—Hay algo que me sorprende —se sinceró Néstor, que imitó a Lucio y se apoyó en un pedrusco—. ¿Cómo sabéis tanto de este agujero? ¿Es que venís mucho por aquí?

—De vez en cuando, gracias a Marcelo tenemos vía libre. Es parte del juego. Nos mola la sensación de ser dueños y señores de la ciudad subterránea.

—Un poco friki, ¿no? Realmente sois de lo más raro.

—Bueno, según lo mires. A otros les da por idioteces mucho mayores, lo típico a nuestra edad. Bares, tías, drogas..., ya sabes. No te imaginas lo que hay aquí abajo. Galerías romanas, restos de refugios de la guerra, pozos medievales, la red de agua y alcantarillado... Somos los reyes de unos 700 kilómetros bajo tierra.

—Menudo reino. Os lo regalo enterito.

—Te sorprenderías. La próxima vez te llevaremos a la galería que hay debajo del anfiteatro. De hecho, estamos preparando una fiesta sorpresa por allí...

—¿Qué tipo de fiesta?

—Te avisaré a su debido tiempo. El lugar es una pasada, va por debajo de la arena y sale a lo que hoy son las vías del tren; se cree que servía para descargar los animales salvajes que llegaban en barco para los espectáculos. Pero nuestro preferido, la joya de la corona donde nos reunimos a veces a escondidas, está delante de la puerta principal de la catedral, bajo el Pla de la Seu.

—Si no recuerdo mal, creo que Faustino me dijo que por allí estaba el templo de Augusto, uno de los más espectaculares de todo el Imperio.

—Exacto. El lugar más sagrado de la antigua Tarraco. Por el tiempo que llevas con nosotros, habrás comenzado a entender lo que significa ese valor simbólico para el Proyecto Escipión. Casi nadie sabe que justo debajo hay un viejo depósito de agua. Es muy antiguo, seguramente medieval, y muy grande, con capacidad para unos trescientos mil litros. Alimentaba las dos fuentes de los laterales de la gran escalinata que une la Plaça de les Cols con la catedral, pero ahora está vacío. Allí celebramos nuestras reuniones más secretas, es donde tomamos las decisiones importantes. Quizá más pronto de lo que imaginas lo veas con tus propios ojos; te aseguro que dejarás de burlarte.

El eco del ruido de unos pasos acercándose desde el fondo interrumpió la conversación, pero Néstor tomó buena nota de la existencia de aquel antiguo depósito. «Ya era hora, joder, por fin he pillado algo interesante.» Su estrategia de acercamiento comenzaba a dar sus frutos. Se hizo el despistado y deambuló por la gruta explorando sus recovecos mientras las demás parejas iban llegando al punto de encuentro. Veinte minutos después estaban todos. Lucio volvió a tomar la palabra:

—Las normas para la prueba de hoy son sencillas. Marcelo ha escondido un documento de gran valor, fruto del trabajo de nuestros espías en la Galia, para conocer el movimiento exacto de tropas de los enemigos del Imperio. De esa información depende la victoria o la derrota de dos legiones destacadas en la zona. La misión consiste en encontrarlo en las galerías de la cueva. Seguiremos por parejas, como pequeñas unidades de reconocimiento. Quienes lo encuentren y regresen aquí antes serán condecorados. No os tengo que repetir que, como siempre, la valentía, la honestidad y la lealtad valen más que una medalla. Vuestros compañeros son lo primero. El equipo es lo primero.

—¿No nos dais ninguna pista? —preguntó Octavio desde la confianza de unos ojos agudos e inteligentes.

—Como sabéis todos, menos Augusto —Marcelo se refería a Néstor—, esta sala es como un gran distribuidor de la cueva. Desde aquí podéis seguir avanzando. Allí, hacia el noreste, al fondo, tenéis la Bailarina, la llamamos así porque es una roca que se mueve, y el paso hacia la sala Maginet, más o menos como esta de grande. Al final, en su extremo veréis dos marmitas. Es el acceso a la inmensa sala Rivemar. Vuestro punto final. No podréis pasar sin equipos especiales porque está totalmente sumergida. Lo que hay más allá es un enigma incluso para nosotros; en aquella zona tenéis las galerías del Fango y de la Discordia, y las gateras estrechísimas del Esfínter...

—¿Nos estás recomendando ir hasta Maginet? —le trató de sonsacar Patricio.

—No tengas tanta prisa, que yo no he dicho eso. Los que prefiráis buscar por aquí, tenéis varias opciones y un montón de galerías: Viral, Perviral, Perona... También un sifón que accede a la Antonio Cabezas. Para los que tengan ganas de marcha, está el Laberin-

to... Solo puedo daros una indicación más: «Los espías nos han asegurado que nuestras tropas sufrirán una emboscada de los nativos, mezcla de celtas y germanos, en la calzada romana que une las actuales ciudades de Albert y Bapaume, muy cerca de la frontera de la Gallia Belgica».

Los miembros del *contubernium* se miraron perplejos los unos a los otros. Lucio y Néstor incluidos.

—Joder, ¿eso es todo? ¿Qué coño de pista es esta? Eso y nada es lo mismo... Menuda mierda —protestaron varias voces mientras las parejas comenzaban a moverse en distintas direcciones.

—¿Alguna idea? Vamos, que de algo me tiene que servir llevar a un sabelotodo en el equipo —le pinchó Lucio en voz baja.

—Muy gracioso. A mí lo único que me suena de esas dos ciudades es la Primera Guerra Mundial. El escenario de la batalla del Somme. Un millón de muertos en un combate tremendo de trincheras. Franceses e ingleses vencieron a los alemanes pero pagaron un precio muy alto. Una tumba de lluvia y barro para cientos de miles de soldados... Pero no sé qué puede tener esto que ver con lo que nos ocupa.

—¿Una tumba de barro, has dicho? Tío, eres un puto genio, ya tenemos por dónde empezar: nos vamos a la galería del Fango.

Ambos se internaron hacia el fondo de la sala Forné y pronto comenzaron las dificultades. Después de superar varios túneles y cavidades menores, en ocasiones caminando a gatas —de ahí lo de gateras—, poco a poco una pasta viscosa de barro blando comenzó a engullirlo todo y ganar espesor en el suelo. Las botas se les quedaban literalmente pegadas, como succionadas por la ventosa de un kraken gigante.

—Ya ves por qué se llama la galería del Fango. Al menos, no nos hemos perdido. Vete fijándote bien por si ves algo que te llame la atención.

—Bastante tengo con mirar al suelo y no pegarme una hostia. Esto resbala de cojones —rezongó Néstor.

—¿No querías batallitas? Pues aquí tienes una buena para contar a tus nietos. Esto es lo que tiene atreverse con el mundo real. Ni consolas, ni videojuegos ni pollas. Nada de chorradas virtuales, aventuras reales, de carne y hueso, como las que vivían nuestros padres.

—Sí, claro, ya ves para lo que le sirvió al mío.

—No hables así. Mi padre me ha contado que el tuyo fue una persona brillante.

—Tan brillante que nos dejó tirados de mala manera.

—Ese rencor no es bueno para nadie. No te hace ningún bien. Mi padre dice...

—Me la suda lo que diga tu padre. —Néstor no se pudo contener más y reventó como

una olla a presión—. Déjate de sermones, joder. Tú y tu padre... Para los Bocanegra es muy fácil hablar. Y para colmo, tu querido papá estaba hace unos días lamiéndole el culo a ese hijo de puta de Ferrusola. Por mí, os podéis ir todos al carajo. Mira, mejor me largo de aquí.

Néstor dio media vuelta y comenzó a desandar el camino. Muy pronto fue perdiendo fuelle conforme la sangre se le bajaba de la cabeza y la oscuridad comenzó a evidenciar las exiguas capacidades de la lucecita de su casco. Se detuvo en seco unos pasos más adelante. No tanto por el elevado porcentaje de posibilidades que tenía de extraviarse — se le erizó la piel ante la idea de verse solo en aquel laberinto— como por el aplauso seco y cadencioso que sonó a sus espaldas. Las palmas de Lucio retumbaron en la galería con un efecto narcotizante.

—No sabes cómo me alegra que por fin te hayas quitado la careta. Bravo, Augusto, así me gusta, que te revuelvas echándole dos huevos. Empezaba a dudar sobre si tenías sangre en las venas. Enhorabuena.

—Me llamo Néstor —protestó enfurruñado, volviendo sobre sus pasos.

—Para nosotros, mejor Augusto, al menos si te apetece seguir participando en esto.

—No quiero saber nada de vuestras paranoias. Solo pretendo que me saques de aquí cuanto antes.

—Todo a su debido tiempo. Recuerda que tenemos una misión y no pienso presentarme con las manos vacías. —Lucio retomó la marcha avanzando por el túnel.

—Me importa una mierda tu misión.

—Veo que sí te importa, y bastante, el cabronazo de Francesc Ferrusola —le sorprendió Lucio.

—¿Qué quieres decir? —Néstor se había quedado de piedra, como un camaleón a juego con el entorno.

—Que te revienta que ese mamarracho, la persona que os arruinó la vida, se pavonee por ahí. Lo fácil es cargar a mi padre con toda la culpa. Menudo traidor, vaya hipócrita..., etcétera. Pero ahora te toca hacerte la gran pregunta: ¿Qué estás dispuesto a arriesgar tú para cambiar las cosas? ¿O simplemente te conformas con seguir amargado criticándolo todo como la vieja del visillo?

—¿Y qué quieres que haga yo? ¿De Quijote contra los molinos de viento? Ese tío tiene todo el poder y la influencia del mundo, y yo soy un *pringao*. Para frenar a esta gentuza están las unidades especiales de la Policía, los jueces..., no sé, digo yo.

—Efectivamente, eres un pardillo de la hostia. Mucho más de lo que yo pensaba. ¿De verdad crees que ellos te van a resolver la papeleta? Se dice que en la antigua Roma se les cortaba la nariz a los corruptos para dar ejemplo. No tengo ni idea de si eso es ver-

dad, pero lo que sí tengo muy claro es que el sistema nunca va a morder la mano del que lo alimenta. Y aunque soy joven, soy un Bocanegra y sé muy bien de lo que hablo. Y que mi padre no es ningún santo, pero no en el sentido que tú crees. ¿Ves algo? —Lucio caminaba despacio, fijándose con ojo atento en los recovecos del pasadizo—. Debería estar cerca.

—Lo único que veo es este barrillo asqueroso por todas partes.

—Tú mira bien, tiene que estar por aquí... Te decía que me sorprende esa confianza tuya en la Justicia. Tú eres poli, ¿no?, aunque sea de quinta categoría. Imagino que habrás visto a todo tipo de escoria callejera irse de rositas. Entran por una puerta y salen por la otra. ¿Me equivoco? Con pasta y un buen abogado se hacen maravillas. Se ríen de vosotros a la cara.

—¿Y qué sugieres? ¿Cargártelos a todos?

—Te diré lo que no voy a hacer: en mi familia no somos de poner la otra mejilla. El mal existe, y no hablo de espíritus o presencias diabólicas como en las pelis de terror. Tiene forma humana, y la mala hierba hay que cortarla de raíz.

—La violencia solo engendra más violencia, y la venganza no es ninguna solución.

—La teoría está muy bien y suena muy progre. Quizá les sirva a los borregos cuando viene el lobo... A mí no me sirve. Yo solo te digo que hay engendros sueltos por ahí que no pueden ser considerados ni tan siquiera seres humanos. No aportan más que sufrimiento.

A Néstor le pareció captar un reflejo metálico en medio de una pequeña bañera de lodo.

—Un momento, creo que he visto algo. —Se agachó y hundió las manos en el fango.

—¿Qué? —se impacientó Lucio.

Por toda respuesta, Néstor levantó con ambas manos una pequeña arqueta de madera con un cierre plateado completamente embadurnada de barro.

—Tenemos a los galos controlados. —Sonrió satisfecho.

—Sabía que no me arrepentiría de ir con el listo de la clase, aunque sea también el más torpe. —Lucio le palmeó el hombro, abrió la caja y examinó un falso pergamino enrollado y escrito en latín—. Bien hecho, Augusto. Regresamos.

Lucio comenzó a caminar cuando todavía estaba terminando de devolver el documento a la pequeña caja y no prestó la atención debida. El fango resbaladizo convertía el suelo en un campo minado por las rocas más erosionadas, y no le dio tiempo a reaccionar. Ni a él ni a Néstor. Nada más pisar, sus dos pies salieron disparados hacia adelante y se pegó una costalada impresionante en la espalda. También se golpeó la zona de la nuca al caer y quedó inconsciente. Néstor notó una opresión en el pecho y comenzó a

respirar con dificultad por efecto de la ansiedad. Sin embargo, no se dejó vencer tan pronto. Una voz interior distinta, desconocida para él, se empeñaba en mantenerle sereno: «Tranquilo, calma, puedes hacerlo».

Casi dos horas después, ya en el exterior, Lucio abrió por fin los ojos y trató de incorporarse sin éxito. Lo volvió a intentar, pero notaba la cabeza y el cuerpo tan doloridos que tuvo que desistir. Seguían delante del número 32 de la calle Gasómetro. Sus ocho compañeros le rodeaban en un círculo. Él no llegó a percibir su suspiro de alivio. Tampoco sabía que estaban esperando una ambulancia.

—¿Qué ha pasado?

—Joder, Lucio, vaya hostia que te has metido. —Marcelo se puso en cuclillas a su lado—. Un poco más y no lo cuentas. Menos mal que el novato le echó un par de bemoles y pudo llegar hasta nosotros. Si llega a vencerle el pánico, esta no la cuentas. Te hemos sacado como hemos podido. En los pasos sumergidos hemos tenido que usar oxígeno. ¿Puedes mover bien las piernas?

Lucio las consiguió levantar, con esfuerzo, pero sin aparentes problemas. Lo que empezó como un lejano sonido de la sirena del Servicio de Emergencias Médicas fue cobrando presencia y aumentando los decibelios hasta hacerse ensordecedor. Luego paró de golpe. Un médico se agachó junto al herido, mientras dos enfermeros bajaban el equipo de asistencia urgente. Tras hacerle algunas pruebas básicas para evaluar posibles daños cerebrales, decidieron colocarle un collarín y procedieron a subirle con mucho cuidado a la camilla.

—Parece una simple conmoción —informó el médico al grupo de acompañantes—, pero por precaución nos lo llevamos al hospital para tenerlo unas horas en observación. ¿Avisan ustedes a la familia?

—Descuide, muchas gracias, nosotros nos ocupamos de hacerlo —agradeció Marcelo.

Estaban ya a punto de maniobrar para introducirle con la camilla en la ambulancia cuando Lucio los detuvo.

—Un momento —pidió—. Augusto...

Néstor, todavía acongojado por la situación vivida, se acercó y le dio la mano.

—Espero que salgas pronto —le deseó.

—No es nada, no te preocupes. No me van nada los hospitales. Piensa en lo que hemos hablado ahí abajo. Me acuerdo de todo hasta que encontraste la caja de madera. Después no tengo ni idea de lo que ha pasado. Me han dicho que no me dejaste tirado; por lo que parece, no me había equivocado contigo. —Lucio le apretó la mano—. Recuerda que llega un tiempo de cambios. Casi estamos en San Juan, la noche más corta del

año, y la del fuego que lo purifica todo antes de comenzar una nueva etapa. No lo olvides. Espero verte el 24 en el anfiteatro.

—Lo haré, ahora tienes que descansar. Allí nos veremos. —Néstor hizo un gesto a los enfermeros y la camilla desapareció en el interior de la ambulancia.

Calma antes de la tormenta

Juno era la protectora del hogar, los matrimonios, las mujeres, y en especial de los descendientes, los *iuniores*.

22 de junio

La pantalla del móvil se iluminó con una videollamada al ritmo de *Llévame hasta el mar*, en lugar de la banda sonora de *Gladiator*. Néstor había adjudicado esa melodía tan especial a su madre. Un modo íntimo de gratitud por el sacrificio personal de enviarle lejos de la asfixia de Lekunberri, y en general, por todo el amor que le había dado. *Llévame libre y salvaje, llévame hasta el mar. [...] Búrlate de los arcángeles del miedo, desátame. Sálvame de la asesina rutina [...] A través de hielo y lava, llévame... En la orilla del mar es más fácil soñar...* Néstor había tomado prestada la letra de Manolo Tena para mantener viva, pese a la distancia, esa calidez tan propia del regazo materno. Tan absolutamente diferencial y única, desde el sabor de la tortilla de patatas al simple perfume de su piel.

—¡Hola, *ama*! —Néstor dejó a Blanca en buenas manos, las de su tío Ramón, mientras buscaba un rincón más tranquilo para colocarse ante la cámara.

—Muchas felicidades, hijo. —Se notaba que Pilar se había arreglado para la ocasión y lucía guapísima—. No sabes qué pena me da no poder estar ahí contigo...

—Habría que felicitarte a ti, que hiciste el trabajo sucio —bromeó Néstor—. Fuiste tú quien las pasó canutas en el parto hace veinticuatro años para traerme a este mundo.

—Algo de razón sí que tienes —sonrió—, no te digo que no, pero ha merecido la pena viéndote ahora. Te has hecho todo un hombre... Espera, que me pongo al lado de Beatriz, que no me va a dejar en paz hasta que no te vea.

La señora de Erregenea apareció también en pantalla, tan coqueta como siempre.

—Ay, cariño. Todo este follón por mi culpa. Los médicos dicen que estoy demasiado delicada para viajar. No sé para qué hemos comprado un coche nuevo si luego me tienen

aquí encerrada. ¡Qué sabrán esos matasanos! Piensan que me van a enterrar en cuatro días, pero no pienso darles el gusto. Le dije a tu madre que fuera ella, pero no quiere dejarme sola con la cuidadora. Ya sabes que es más terca que una mula.

—No os preocupéis, pronto os haré una visita. Si nada se tuerce, iré acompañado por una amiga.

—Qué Dios te oiga, mi niño, ¡qué alegría más grande nos das!

Néstor giró el móvil y enfocó a Ramón y a Blanca, que percibieron el gesto y saludaron sonrientes con la mano.

—¿Es esa chica tan bonita? —preguntó Beatriz.

—Esa misma. Me da que os llevaréis bien.

—Qué buen gusto tienes, hijo, no esperaba menos de ti —añadió Pilar—. A ver si la traes pronto a casa; tú no te preocupes por nosotras y disfruta, que somos dos carcamales. ¿Todo te va bien? Te veo un poco serio. No te habrás metido en algún lío, que nos conocemos...

—Todo bien, *ama*, de verdad. Solo estoy un poco cansado. Os mandamos un beso gigante. Os echo de menos. Nos vemos pronto. Te paso al tío Ramón.

—¡Te olvidas del regalo! —interrumpió Beatriz.

—El mío es una sorpresa hasta que vengas. —Pilar le mostró lo que parecía un libro primorosamente envuelto.

—*Ama*, no me puedes dejar en ascuas. ¡Dime al menos el título!

—Ni hablar, te tendrás que esperar al tirón de orejas. Estoy en mi derecho como madre de dictar las normas en esta familia —bromeó.

—Yo no me voy a andar con tantos remilgos —interrumpió Beatriz impaciente—. Ya sabes la ilusión que me hace que vayas a la universidad. Me da rabia que desperdicies tu talento haciendo el indio y jugando a policías. Como no me haces ni puñetero caso, te he abierto una cuenta en el banco para pagarte la carrera. Podrás vivir cómodamente unos años sin preocuparte por el trabajo. La única condición para gastar ese dinero es que estudies mucho y que saques buenas notas.

—No lo dirás en serio —protestó Néstor.

—Pues claro. Yo no bromeo con estas cosas. Y no creas que estoy chocheando. Lo hago encantada.

—*Ama*, dile que no puedo aceptar algo así. Tienes que convencerla para que dé marcha atrás.

—Ya se lo he dicho cuarenta veces. No puedo hacer más. Me doy por vencida.

—Se lo agradezco de verdad, Beatriz —Néstor le habló con dulzura—, pero ¿qué van a decir sus hijos? Igual no se lo toman muy bien...

—Que digan misa. Ellos ya tienen más que de sobra, para ellos y para los que vengan después. Esos buitres, que casi ni pasan por casa, harán lo que yo diga. Es mi dinero y punto. No tengo ningún interés en ser la más rica del cementerio, así que, si no quieres darme un disgusto, acepta mi regalo. Al menos, dime que te lo vas a pensar muy en serio.

—Está bien. Me lo pensaré. Pero que conste que me parece una locura.

—Hijo —terció Pilar—, dale ese capricho. Madúralo con calma, y luego decide por ti mismo. Venga, pásalo bien y no dejes abandonada a tu chica; pásame con mi hermano, que hace tiempo que no sabemos de él.

Cariacotcedido y sin decir palabra, Néstor entregó el teléfono a su tío y se apoyó en un taburete alto. Se sentía abrumado. No todos los días le regalan a uno la oportunidad de comprar una nueva vida. Todavía seguía con una media sonrisa congelada y con la cabeza en misión de reconocimiento por alguna galaxia cercana, cuando Blanca se sentó a su lado. No hacía falta llamar a sir Arthur Conan Doyle para adivinar que allí había gato encerrado.

—¿Estás bien? Te noto raro.

—No te vas a creer lo que me acaba de pasar.

Mientras Néstor repetía la generosa oferta —y, a la vez, el gran peso que la matriarca de Erregenea le había colgado sobre los hombros—, la sinfonía de la fiesta sorpresa de cumpleaños seguía sonando con los solistas principales ajenos a la zozobra del homenajeado. En el jardín de la masía se codeaba la flor y nata de lo que podía considerar su hogar. Un par de buenos amigos de Ramón y sus esposas conversaban bajo un emparrado, en la esquina de una mesa atestada de comida. Manel se había acoplado al grupo y, con el gaznate y el corazón bien regados por un poderoso tinto del Montsant, estaba en su salsa mientras ensayaba sus mejores trucos de marino curtido en mil tormentas para alardear ante las damas. Faustino revoloteaba feliz alrededor de la amplia variedad de viandas picoteando de aquí y de allá. Muy cerca, sentado en un banco, Pepe Miralles repasaba a conciencia los cuerpos turgentes de las amigas que acompañaban a los primos-policía, Juanjo y Miguel, que se encargaban de mantener activa la producción en la barbacoa. Tampoco hacía falta recurrir a Agatha Christie para entender que aquel grupito se había conocido en el gimnasio.

—Hay que ver qué maravillas nos regala en ocasiones la naturaleza. —A Pepe se le iban los ojos con la voluptuosidad de las jóvenes, a las que además les traía sin cuidado no dejar demasiado lugar a la imaginación con sus escuetos atuendos, quizá más apropiados para una despedida de soltera que para un cumpleaños, pero en todo caso aceptables en un caluroso atardecer de junio.

—Y que lo digas..., tienes más razón que un santo. —Faustino seguía concentrado en otro tipo de carne y atacaba con ardor guerrero la longaniza de *pagès*.

Este era el escenario de la función cuando Ramón devolvió el móvil a Néstor y se acomodó en otro taburete. Nerón, que le seguía siempre como una sombra, bostezó feliz y se tumbó a sus pies. Blanca, enterada de la propuesta de Beatriz, acompañaba ahora a Néstor en su paseo por la Luna de Valencia.

—¿Qué os pasa, tortolitos? ¿Una pelea de enamorados? —les preguntó Ramón—. No os preocupéis, son las mejores. Grabáoslas bien en la sesera, porque hasta eso os parecerá romántico cuando llevéis unos añitos juntos y el desgaste os pase factura.

La ocurrencia de Ramón hizo sonreír a la pareja, que dejó las preocupaciones flotando en órbita y regresó a la fiesta.

—No es eso, Ramón —le tranquilizó Blanca.

—Vale vale. Es vuestra vida. Casi mejor que no me contéis más. Prefiero no saberlo. No entiendo bien a los jóvenes de ahora. Al mínimo contratiempo, se va cada uno por su lado y a otra cosa, mariposa. En mis tiempos todo se vivía de otra manera: conocí a tu tía cuando era una cría y ya no nos separamos hasta que Dios quiso llevársela. Tuvimos nuestros altibajos, es cierto, pero nunca nos cansamos de estar juntos. La echo tanto de menos... Formábamos un gran equipo. —La tristeza fue envolviendo su voz hasta casi apagarla.

—Tío Ramón —Néstor cambió el derrotero de la conversación con agilidad—, estás perdiendo tu legendario olfato de sabueso. Blanca y yo por ahora estamos bien juntos. La cosa va por otro lado... Quiero que me digas la verdad, con sinceridad, ¿tú crees que yo tengo algún futuro en la Policía?

—Vaya tontería; menuda pregunta —disimuló Ramón—. Claro que sí. Por supuesto. Eres una persona inteligente, con dedicación y esfuerzo todo se puede conseguir en esta vida.

—No me he explicado bien. Imagina que volvieras a nacer y pudieses elegir. ¿Repetirías esa parte de tu vida?

—Sí, creo que sí. —Ramón apenas titubeó.

—¿Ves? Esa es la diferencia. A mí a veces me parece que estoy malgastando el tiempo. Os agradezco mucho todo lo que hacéis por mí, pero yo no soy como mis primos. Algún día quiero mirar atrás y sentirme orgulloso por la forma en que he exprimido la vida. Beatriz sigue insistiendo para que retome los estudios.

—Esa mujer debería meterse en sus asuntos. Es muy fácil hablar cuando se nace con más de un pan bajo el brazo.

—No sé, cuando se acabe todo este follón de los Bocanegra, si es que sacamos algo en

limpio, tengo que pensar con calma en mi futuro.

—Me parece bien. Tu vida te pertenece solo a ti. Tú decides. No lo hagas para contentarme a mí, ni a Beatriz, ni a tu madre ni a nadie. Ni siquiera a Blanca. Por mi parte, sabes que siempre te voy a apoyar, con placa o sin placa, siempre que no hagas tonterías.

—El tema daría para filosofar toda la tarde, pero no es el momento ni el lugar, ¿no os parece? Al menos yo me muero de hambre. —Blanca quiso distender el ambiente con cierta guasa—. ¿Algún caballero que tenga a bien socorrer a una dama al borde del desmayo?

—Faltaría más. —Ramón le ofreció el brazo—. Con mucho gusto. ¡Chicos, a la mesa!

A Néstor, como invitado de honor, le correspondió presidir uno de los lados de la mesa, con su tío Ramón en el opuesto en calidad de anfitrión, rodeado de sus amistades. Blanca y Manel se sentaron a la derecha del cumpleaños, y Faustino y Pepe Miralles a su izquierda. El centro estaba ocupado por los primos y su corte de animadoras. Muy pronto se aceleró el trasiego de vino y cava, por lo que el nivel de bullicio —entre risas y conversaciones cruzadas— continuó *in crescendo* hasta cumplir con el estándar latino-mediterráneo de griterío.

No hubo que esperar demasiado a que, como suele suceder en la BBC —bodas, bautizos, comuniones— y celebraciones de diverso pelaje, llegaran los primeros brindis rebozantes de sinceridad alcohólica. Juanjo, compañero de rondas y fatigas, abrió el fuego:

—Por mi primo preferido. —Se puso en pie y alzó la copa en dirección a Néstor—. Aunque a veces le meta caña para que vaya espabilando un poco, él sabe que en esta casa se le quiere. He llegado a pensar que era un caso rematado, porque él vive en su mundo y le cuesta aterrizar, pero tengo que reconocer que en estos últimos tiempos me ha sorprendido; parece que por fin el chaval se nos está haciendo un hombrecito, con lo que hay que tener. Con un par, vamos. Así que va por ti, primo. ¡Felicidades! ¡A tu salud!

Una salva de aplausos aderezada con los grititos de las gogós premió la intervención de Juanjo, que volvió a sentarse con el ánimo tan hinchado como sus pectorales. La «caricia» de felicitación de su hermano Miguel, el mayor, hubiera descoyuntado el hombro de un gorila de espalda plateada. En contra de su querencia por la economía de palabras, Néstor se vio obligado a levantarse para corresponder:

—Muchas gracias Juanjo. Felicidades anticipadas por tu santo y *bon Sant Joan a tot hom*. Yo también te odio a muerte. —Sonrió—. Si no fueses tan animal, incluso podría llegar a desarrollar algún tipo de afecto por ti... Ahora en serio, quiero agradecerlos a todos que os hayáis acordado de mí. En particular a mi tío Ramón, que es como mi segundo padre, y también a Blanca —la miró a los ojos—, que me hace llegar a los veinticuatro más feliz que de costumbre.

»En ausencia de Pilar, mi madre, y de la *abuela* Beatriz, los que estáis aquí sois toda mi familia. Unos —levantó la cabeza hacia Ramón—, los menos afortunados, no habéis podido elegir: me tenéis que soportar por narices si no queréis veros las caras con ellas, que es mucho peor que aguantarme a mí. Es lo que tienen los lazos de sangre, así que os fastidiáis y os toca apechugar. Otros, por alguna extraña alineación astral, me habéis concedido vuestra amistad. Vosotros —miró a Faustino, a Pepe y a Manel— estáis a tiempo de largaros. Luego no digáis que no os he avisado... Los unos y los otros, todos, hacéis que haya encontrado aquí mi pequeño lugar en el mundo. Espero que lo sigáis compartiendo conmigo durante muchos años más. Muchas gracias por la sorpresa. Es mucho más de lo que merezco. Gracias de corazón, os quiero. ¡Por vosotros!

—¡Por Néstor! —rebotó el brindis desde la concurrencia.

Blanca le recibió de vuelta a su lado con un beso en la mejilla entre más aplausos y vítores. Manel le guiñó un ojo y aprovechó para apurar el vaso de vino hasta el fondo. Faustino, listo para sacar su vena teatral a la menor oportunidad, no perdió la ocasión de edulcorar el guion y envolverlo en un sudoroso abrazo.

—Eres el mejor amigo del mundo. Gracias por apoyarme siempre. Te quiero un montón.

—Vale vale, yo también, pero tampoco montemos un folletín, que espero cumplir algunos más —se zafó Néstor.

—Es que mira que eres pesado, Faustino —refunfuñó Pepe—. Aunque bien pensado —se rio ladeando la cabeza hacia las *cheerleaders*—, no me importaría dejarme abrazar por ese trío de macizas.

—Coño, Pepe. —Néstor le hizo un gesto de jugador de mus para recordarle que se cortase un poco en presencia de Blanca.

—Desde luego... —se adhirió Faustino.

—Por mí no lo hagáis —Blanca se dio por aludida—, vosotros como si no estuviese. Podéis eructar, rascaros la entrepierna y puntuar tetas y culos hasta que agotéis todo el ganado de la comarca. Hace tiempo que he asumido que los tíos sois así de primitivos.

—¿Ves? —se enrocó Pepe—. Así me gusta. Eso es una chica inteligente que entiende bien el trasfondo de una reunión de amigotes. Lo raro es que se haya fijado en ti.

—No pienso entrar al trapo, Pepe, no te molestes. —Néstor, divertido, fingió indiferencia.

—Vaya vaya, quién lo iba a imaginar... Si tenemos entre nosotros a la reencarnación de la madre Teresa de Calcuta. ¿A eso es a lo que juegas con Bocanegra junior y sus secuaces?

—Pero qué gilipollas puedes llegar a ser cuando quieres. —Se burló Néstor—. Pues

no, no van de ese palo. Mira por dónde no son demasiado de poner la otra mejilla. Lucio me lo dijo exactamente con esas palabras. Yo diría que más bien lo contrario. No sé cómo explicarlo, se manejan con una especie de código moral propio. Algo bastante trasnochado, como aristócratas románticos fugados de otra época; apostaría a que, si pudieran, recuperarían la tradición de lanzar el guante y resolver las diferencias en un duelo a espada. ¿Os acordáis de *El club de los poetas muertos*? En parte, me recuerdan un poco a aquellos chicos que desafían el orden establecido para cambiar el mundo animados por su profesor. Quieren beberse la vida a grandes tragos, admiran a los espíritus elevados y no perdonan la ruindad.

—Uy, yo creo que deberías dejar que corra un poco el aire entre tú y ese grupito de hijos de papá —advirtió Pepe.

—No digas bobadas, sé muy bien lo que me traigo entre manos. Se la tengo jurada a los Bocanegra y a su marioneta, Francesc Ferrusola, y no voy a parar hasta airear todas sus miserias. Solo estoy diciendo que en algunos aspectos me parecen admirables. Son educados, cultos y nada egoístas; su religión es pensar siempre en el grupo.

—Huele a secta —añadió Faustino—. Está muy bien todo lo que cuentas, pero nos falta conocer su lado oscuro.

—Eso es verdad, y estoy en ello. Lo mismo que digo una cosa, también estoy seguro de que no les tiembla la mano si se sienten atacados o amenazados. Sin ningún remordimiento de conciencia.

—¿Has conseguido averiguar algo más? —se interesó Faustino.

Aunque les había puesto al día sobre su aventura subterránea, Néstor aprovechó la comida para contarles los detalles de su conversación con Lucio en la galería del Fango, con su peculiar teoría sobre los borregos y los lobos, y de cómo segar de raíz la mala hierba antes que estrangule los brotes nuevos. Entre bromas y reflexiones más serias perdieron la noción del tiempo. Para cuando se dieron cuenta, el café estaba servido y la botella de licor de arroz pasaba de mano en mano para la ronda de chupitos. El ruido cercano de un motor junto a la verja de la masía les hizo girar la cabeza a todos.

—Ven, Néstor, acompáñame —le pidió Ramón—, tengo otra sorpresa para ti.

Los dos, precedidos por Nerón en actitud vigilante hacia los recién llegados, se encaminaron al acceso principal entre dos hileras de cipreses y pronto tuvieron a la vista un coche patrulla de los Mossos d'Esquadra. Por la puerta del copiloto salió el intendente Pujol, que los saludó con la mano. Dio instrucciones al conductor para que le esperase allí y se aproximó hasta los barrotes de la verja.

—Se me hace bastante extraño verte entre rejas —le dio la bienvenida Ramón mientras le abría.

—Muy agudo, compañero. Hay cosas que no cambian. Veo que no has perdido la agilidad mental. Hola, Néstor, ¿cómo te va? Me han chivado que es tu cumpleaños. *Felicitats, per molts anys*.

—Gracias. No esperaba tanto. ¿A qué debemos semejante honor? —preguntó escamado—. ¿Alguna pista interesante?

—Muy poca cosa, de momento. ¿Y tú? Al comprobar que no volvías a llamar, le he pedido a tu tío que charlemos un rato y me ha comentado lo de la fiesta. Quiero que me cuentes con pelos y señales esa especie de premonición que tenéis sobre la noche de Sant Joan y por qué tendría que poner vigilancia en el anfiteatro. Me he tomado la libertad de autoinvitarme, si no te parece mal. Creo que aquí estaremos más cómodos que en un despacho de comisaría. Ya viste que no son un prodigio de calidez.

—Ven, no te quedes ahí como un pedigüeño —le empujó Ramón mientras sujetaba a Nerón—, pasa y tómate un café. El orujo lo dejamos para mejor ocasión, que estás de servicio. Vamos a la mesita del porche. Allí podremos charlar tranquilos.

Pocos minutos después, el gabinete de crisis estaba reunido alrededor de la cafetera, con Néstor y Pujol en los papeles estelares, y Ramón, Blanca, Faustino, Manel y Pepe como secundarios de lujo.

—¿Y bien? —Néstor disparó primero—. ¿Habéis podido sacar algo en limpio?

—Seguimos dando palos de ciego. Hemos pedido las autorizaciones al juez para acceder a la geolocalización de los móviles y les hemos pinchado los teléfonos, pero no hay nada concluyente. Como llevan entre ellos el rollo ese de las legiones romanas, puede que hablen en clave, no sé..., el caso es que nos tienen desconcertados. O son inocentes, o saben muy bien lo que se hacen.

—Me inclino por lo segundo —intervino Pepe Miralles—. Esos chavales controlan demasiado la tecnología como para descuidarse y dejar rastros fáciles. Si encima tienen presupuesto, como es el caso, seguro que manejan comunicaciones encriptadas o vete tú a saber qué coño de sistema de mensajería se han inventado. La pregunta es si son igual de listos para burlar los métodos tradicionales.

—Parece que sí —confirmó Pujol—. La Científica no ha conseguido nada significativo. Ni huellas dactilares, ni tejidos ni restos de ADN... Una factura digna de un profesional. Tampoco hemos dado con las armas. Les hemos incautado temporalmente los *gladios* para analizarlos en el laboratorio, pero no ha dado el resultado que esperábamos. Hemos interrogado a posibles testigos y nadie ha visto nada, incluso he solicitado algún seguimiento, pero no hemos detectado comportamientos sospechosos, nada raro que los pueda incriminar.

»Os podréis imaginar que no es fácil remar contracorriente cuando se trata de incor-

diar a la familia Bocanegra. Estamos como al principio y tengo que reconocer que bastante desanimados. Quería deciros en persona que, si no os estáis guardando algún as en la manga que pueda suponer avances significativos, tendremos que volver a dar prioridad a la hipótesis de una guerra entre mafias rivales.

—La estáis cagando, como casi siempre —se enfadó Pepe—. Es imposible que esas muertes sean obra de unos sicarios y lo sabes. Demasiado complejas; huelen a otra cosa... Lo captarías enseguida si tuvieses un mínimo de olfato. Y todo porque sois una panda de ineptos sin talento ni ganas para hacer bien vuestro trabajo.

—No empecemos, Miralles —le cortó Pujol—. No he venido hasta aquí para que me toques los cojones. Usted perdone, señorita —se disculpó con Blanca—. Lo hago como deferencia a Ramón, por los viejos tiempos. No digo que no puedan tener sentido las sospechas de Néstor. Pero necesitamos algo más sólido si no queremos que sus abogados nos despedacen. —El intendente prefirió no ahondar en el frenazo que supondría el más ligero traspié para su carrera.

—Tiene que darnos una última oportunidad —intervino Blanca—. Yo he estudiado a fondo las fechas de los asesinatos. Estoy segura de que siguen una cadencia vinculada a las fiestas del calendario romano, y creo que mañana por la noche vamos a asistir a otro numerito si ustedes no lo impiden.

—Nos lo debe. Tienen que vigilar el anfiteatro. Yo me la he estado jugando para tratar de sonsacarles alguna información. —También Néstor evitó mencionar que su motivación se debía a rencillas personales—. Lucio me habló de una fiesta sorpresa y de grandes cambios para mí. Estamos seguros de que va a pasar algo en la Nit de Sant Joan. Nosotros estaremos allí, con o sin vosotros. Pero son peligrosos, no lo sabéis bien. Si ocurre algo, tendrás que cargarlo sobre tu conciencia.

El intendente Pujol dudó. Tampoco perdía demasiado por destinar un par de patrullas de paisano en esa zona, muy transitada por la juventud en la noche de San Juan ya que estaba en mitad de la ruta hacia las hogueras de la playa del Miracle. De paso, podrían colaborar con la Policía Local para dispersar las hordas del botellón. Hasta la medianoche, cuando se cierran las puertas, la oscuridad del parque anexo lo convertía en uno de los focos étlicos predilectos de cientos de adolescentes que creen entrar en el mundo de los adultos a base de lingotazos.

—Está bien. Pondré a mi gente a vigilar el anfiteatro. Pero nada de tonterías; no os quiero ni ver por allí. Dejadnos hacer nuestro trabajo.

—Pero... —protestó Néstor.

—Nada de peros —zanjó Pujol—. Tú mismo me has echado en cara que puede ser peligroso.

—Podemos ayudar —presionó Faustino sin demasiada convicción.

—Más bien, estorbar si la cosa se pone fea. No pienso discutir este punto. O lo tomáis o lo dejáis. Tomaos la noche libre e iros de fiesta, como todo el mundo.

—*Tranquil, Néstor, aniré jo i et mantindré informat. No se'n parli més.*

Manel, que no había abierto la boca hasta entonces, se levantó y se alejó tan tranquilo. El sillón de mimbre que soportaba sus ciento veinte kilos rechinó quejumbroso, al límite de su resistencia.

—¿De dónde ha salido este? —preguntó Pujol impresionado por su corpulencia.

—Es una larga historia —contestó Néstor—. Oye, vamos a dejarlo en tablas. Ni para ti ni para mí. Deja que Manel sea nuestros ojos en el anfiteatro. Te aseguro que no os molestará.

—Hecho. Pero nadie más. ¿Hay trato?

—Hay trato.

Néstor y Pujol se estrecharon la mano.

Vigilia

En la víspera del solsticio de verano, la tradición era mantenerse toda la noche sin dormir, con lucernas y antorchas en las casas, y hogueras —que se saltaban tres veces en un ritual de purificación— por toda la ciudad para que no decayera la fuerza del sol; era el día de Servio Tulio, nacido del fuego y favorito de la diosa Fortuna.

23 de junio

El sonido de las diez campanadas de la catedral descendió por el promontorio sobre el que se asienta la vieja ciudad amurallada. Su rítmica cadencia lo fue inundando todo hasta entrar en liza con las hiperactivas bandadas de estorninos que agitaban las copas de los árboles en el parque del anfiteatro. Como en otras capitales romanas, el *spectacula* —el término *amphitheatrum* es bastante posterior— construido en Tarragona a finales del siglo II d. C. se apoyaba en la pronunciada pendiente; los arquitectos aprovecharon la roca para excavar en ella una parte de las gradas.

Manel se acodó en la barandilla de la Vía Augusta para apurar las últimas caladas de un cigarrillo. Desde aquel privilegiado mirador dominaba un paisaje impactante. Varias terrazas escalonadas de césped se extendían a sus pies en dirección a la playa con el viejo monumento como telón de fondo. El día se iba apagando para dar paso a la noche más corta del año, pero aún resistía una luz suficiente como para apreciar la belleza de las ruinas. Una sección del graderío se recortaba contra el azul ceniza del mar; en el centro, enmarcado por un gran arco de medio punto, el privilegiado *pulpitum*, reservado para la presidencia.

El veterano marino trató de imaginar cómo podían sentirse los gladiadores al poner los pies en la arena. Él no era ningún erudito, de modo que fantaseaba por mera intuición. No podía saber que el imponente óvalo, de casi ciento diez metros de longitud y más de ochenta y seis de anchura, llegó a albergar a más de catorce mil personas que vociferaban al olor de la sangre, bien de los luchadores, de las fieras salvajes o de los condenados a muerte en las ejecuciones públicas.

Incluso para alguien con estudios elementales, aquella obra producía una extraña fascinación. No era el anfiteatro más grandioso, muy lejos de las dimensiones del Coliseo, en Roma, con capacidad para sesenta mil almas, y de los de Capua y Pozzuoli, ambos cerca de Nápoles, cuyos aforos se aproximaban a las cuarenta mil. Tampoco llegaba a la majestuosidad de los de Verona, Pompeya ni Itálica. Ni siquiera era el más bello fuera de Italia, pues no alcanzaba el esplendor de Pula, en Croacia, o El Djem —la antigua Thysdrus—, en Túnez; ni había sobrevivido dos milenios tan bien conservado como los de Nîmes y Arlés, en la tierra de los galos. Sin embargo, ninguno de ellos llegaba a generar un paisaje tan excepcional, con las ruinas milenarias prácticamente bañadas por las olas del mar. En el mundo solo algunas islas griegas o turcas podrían resistir la comparación. Y quizá Tulum, salvando las distancias con los mayas.

Sin más dilación, Manel tiró la colilla a la carretera y se encaminó a su derecha hacia las escaleras de acceso. Muy pronto se situó bajo la inmensa mole del hotel Imperial Tarraco, una oda al desarrollismo de los sesenta famosa por sus excelsas vistas. Había albergado a todo tipo de celebridades hasta caer en una lenta decadencia como propiedad del ínclito Joan Gaspart, expresidente del FC Barcelona. El cielo, una vez extinguidos los tonos anaranjados de la puesta de sol, estaba casi listo para reverberar al ritmo de miles de hogueras. Aquella noche, bajo la excusa de honrar a Sant Joan, se iban a renovar los votos atávicos que desde tiempo inmemorial unen al hombre con la magia del fuego.

El ojo clínico de Manel, que lo había visto casi todo en sus travesías, no tardó en reparar en uno de los hombres de Pujol. De aspecto rudo, su indumentaria de paisano cantaba por lo juvenil: melena oxigenada, barba de una semana, bermudas, camiseta playera y una pequeña mochila, en la que sin duda escondía el arma reglamentaria. Desde un discreto segundo plano en un banco del cercano paseo de las Palmeras, vigilaba las entradas y salidas al recinto monumental. La vista desde allí, con el anfiteatro recién iluminado, cortaba la respiración. Manel se aproximó y decidió presentarse:

—*Ets de la gent del Pujol?*

—¿Quién lo pregunta? —se sorprendió el *mosso*.

—Soy amigo de un amigo de tu jefe. Estoy aquí para ayudaros en lo que pueda. Me dijo que estaríais avisados.

—Ah, tú debes ser el guardaespaldas del famoso Néstor... Manel, ¿verdad? Nos ha dicho que aparecerías. Esperaba a alguien más joven y menos, digamos, llamativo. Con esa estatura será difícil que pases desapercibido.

—Es lo que hay. Yo no he elegido las cartas, así que no me quejo. Tampoco yo me esperaba un poli con pinta de surfista adolescente.

—Vale, vamos a dejarlo en tablas. Empecemos de nuevo. Soy Joan, y estoy al mando

del cotarro. Solo te pido que no estorbes si hay movimiento. Tenemos todas las entradas del parque cubiertas, y también el perímetro de la verja principal del anfiteatro, que está cerrada al público. Si quieren entrar por ahí, tendrán que saltar. Ahora pondré a los demás al día y les comentaré que ya estás por aquí. No hagas el capullo si te piden que te identifiques.

—Tranquilo. ¿Algo raro hasta ahora?

—Nada especial, los típicos grupos de jovencitos de fiesta poniéndose hasta el culo antes de bajar a la playa del Miracle. Nosotros en el rollo del alcohol no entramos. Eso se lo dejamos a los de la Urbana. Hoy van a tener un lío de cojones.

—Me lo imagino... Voy a dar una vuelta. Nos vemos.

—*Okey*, estaré por aquí. La noche es joven. Te paso mi número de móvil por si las moscas. Si ves cualquier cosa, avisas. Y por lo que más quieras, ni se te ocurra hacerte el héroe.

—No es mi estilo, y además ya no estoy para demasiados trotes.

Un par de horas después, al filo de la medianoche, Manel trataba de combatir el tedio tumbado boca arriba en un banco del parque, apenas a diez metros del acceso principal para las visitas al monumento. Se entretuvo un rato identificando estrellas y constelaciones. La contaminación lumínica, por los potentes focos del anfiteatro, le complicaba la tarea, pero habían sido demasiados años embarcado y miles de horas de entrenamiento: las Perseidas, Casiopea... Siempre le había fascinado pensar que esa luz tardaba años en llegar hasta sus pupilas.

La banda sonora del altavoz de un móvil, distorsionada por las voces y risas de algunos rezagados —la mayor parte habían desaparecido dejando a su paso un rastro de plástico y porquería—, rompía a ritmo de reguetón la serena sinfonía de los grillos. «Mierda de cacharros, no dan tregua con esa música del infierno», maldijo Manel y bostezó un par de veces antes de ponerse en pie. Decidió realizar una nueva ronda por todo el perímetro para desentumecerse y estirar las piernas.

Se dirigió hacia su izquierda, donde oteó al fondo a dos policías que conversaban mientras hacían guardia en una de las entradas laterales. Manel se acercó a ellos sin ninguna prisa. Cadenciosamente, iba golpeando con un dedo los barrotes oxidados de la verja de hierro. Solo unas decenas de metros más abajo, incrustados en la misma arena del anfiteatro, llamaban la atención los restos de la cruz latina y el ábside de una iglesia románica. Como los repintes ocultos bajo un lienzo, o como los sedimentos de un yacimiento arqueológico, Santa María del Miracle acumulaba varias capas de la historia de Tarragona. Fue levantada en el siglo XII, después de la dominación musulmana, y estuvo en pie hasta 1915 —en el XIX también sirvió de cárcel—, como recuerdo tangible del lu-

gar donde se cree que el 21 de enero del año 259 fueron martirizados y quemados vivos el obispo de la ciudad, Fructuoso, y sus diáconos Augurio y Eulogio. En el siglo VI ya existió allí una basílica paleocristiana construida con los sillares de las gradas del anfiteatro.

—*Bona nit, sóc el Manel. He parlat abans amb el Joan. Com va tot?*

—*Una nit de merda. Encara no entenc què cony fem aquí perdent el temps* —se quejó el más bajito.

Manel vio a la legua que era uno de esos tipos de poca paciencia y bofetón fácil que no acostumbran a arrugarse ante nada ni nadie.

—No sé qué narices les habéis contado a los jefes —le secundó su compañero vomitando la bilis acumulada—, pero nos habéis jodido bien la noche de Sant Joan. Menuda putada de guardia. Ahora podríamos estar con la familia o los amigos, como todo el mundo. Y miranos...

—*Ho sento. Bona nit.*

Se dio la vuelta y regresó sobre sus pasos, esta vez con el imponente óvalo a su izquierda. Lo fue bordeando por un lateral, en paralelo al eje mayor, y se desvió por uno de los pequeños senderos que trinchaban todo el parque. Caminó entre rosales, almendros y olivos hasta alcanzar uno de los vértices de la elipse, justo en el acceso opuesto, cuyo enrejado también encontró cerrado. En contra de lo previsto, no había nadie vigilando. «Uno de esos dos imbéciles ha abandonado su puesto para pasar el rato de cháchara», caviló.

Desde donde estaba, tenía una buena panorámica de la entrada del bingo, en lo que debió de ser una gran casona, ahora venida a menos por falta de mantenimiento. Se entretuvo escaneando al personal que entraba a echar unos cartones. El acné de la fauna binguera le dejó sorprendido: por cada señorona con cierto pedigrí se podían contar varios jovencuelos dispuestos a dejarse la paga en el empeño.

Encendió otro cigarrillo, más por aburrimiento que por el mono de nicotina. El tiempo, siempre tan caprichoso, avanzaba remoloneando. Intentó relajarse. Se apoyó en el pretil de un parterre, junto a un farolillo cilíndrico, de espaldas al bullicio de toda esa savia nueva seducida por un negocio en decadencia. Curiosa ubicación para aquella reliquia; el antro de bingueros sobrevivía pese al auge de las apuestas *online* y la ludopatía de nuevo cuño. Las luces azules de un coche patrulla de la Guardia Urbana aparecieron perezosamente en su ascenso por el vial Bryant y su cerradísima curva de casi ciento ochenta grados. Los policías se detuvieron para cambiar impresiones con el portero y cerciorarse de que por allí todo estaba bajo control. Calma chicha.

El vial Bryant, asentado sobre cinco enormes pilotes de hormigón que afeaban el

frente marítimo, era una pragmática solución de ingeniería que no estaba a la altura de la belleza del entorno. Lo habían diseñado para salvar un acantilado vertical de veinticinco metros y conectar la Part Baixa —al nivel del mar y de la playa— y la muralla de la Part Alta. Pocos minutos después de su entrada en escena, el aura azulada del vehículo policial prosiguió su escalada por la sinuosa cuesta, bautizada con el apellido de un visionario tan desconocido como esencial en el devenir del anfiteatro, la joya tarraconense Patrimonio de la Humanidad.

William J. Bryant, nacido en Springfield en 1904 en el seno de una familia acomodada de Vermont —cerca de la frontera noreste de Estados Unidos con Canadá—, visitó Tarragona por vez primera casi cumplidos los treinta años. Fue un flechazo a primera vista, aunque el paraje con el que se topó el joven filántropo nada tenía que ver con el que disfrutaba plácidamente Manel con su pitillo en la boca. En 1933 aquello era un nido de escombros, suciedad y dejadez; no obstante, Bryant supo apreciar el valor incalculable de los restos de la Tarraco romana, y en especial de su anfiteatro.

Tan hondo le caló que unos años después comenzó a costear la investigación y recuperación del monumento ayudado por un grupo de Amigos del Anfiteatro, nacido en el seno de la Real Sociedad Arqueológica Tarraconense, que también supieron reconocer la trascendencia de aquellas piedras. El mecenas del otro lado del Atlántico falleció en su Vermont natal a los 94 años. La Bryant Foundation trató de salvar con sus fondos los SOS arqueológicos a los que la Administración no podía llegar. Así lo hizo también en los vestigios de Centcelles, Vila-rodona y La Pineda, también en Tarragona, al igual que en Cádiz —excavaciones de Carteia— y Mallorca —Pollentia.

Por supuesto que a Manel no se le podía pasar por la cabeza lo que habían significado para el patrimonio mundial las aportaciones altruistas de Bryant, sencillamente porque no tenía ni idea de quién era, por mucho que en su día le hubiesen concedido la Medalla de Plata de la Ciudad. Ni Manel ni el noventa por ciento de los vecinos de Tarragona, aquejado de males patrios tan contagiosos como la flaqueza de la memoria o el desinterés más absoluto por la cultura antigua. Desde su improvisada atalaya, a unos quince metros de altura sobre el extremo longitudinal del óvalo, Manel disponía de un ángulo perfecto sobre la Porta Libitinensis, dedicada simbólicamente a Libitina, la diosa de la muerte. Orientada al oeste, por donde el sol se pone y la vida termina, era la puerta de salida de los vencidos, a veces heridos o, en el peor de los casos, con los pies por delante. En el vértice opuesto, tras los restos de Santa María del Miracle, se intuía la Porta Triumphalis, dispuesta hacia el este, por la que accedían los gladiadores a la arena y por la que se despedían entre vítores en caso de victoria.

El viejo marino volvió a mirar a un lado y a otro, inquieto. Intentaba adivinar dónde

se había metido el *mosso* que había abandonado la guardia, Dios sabe con qué excusa. Ni rastro. Manel estaba a punto de ir en busca de aquel idiota a la otra punta del anfiteatro cuando por el rabillo del ojo le llamó la atención la presencia, detrás de él, de cuatro jóvenes que bajaban por la acera de delante del bingo. Pasaron muy cerca; esbeltos, atléticos y bien vestidos. Manel no entendía de moda, pero intuyó que llevaban encima varios cientos de euros en ropa de marca. Tampoco necesitó oler su perfume para percibir el tufo a niños pijos.

Justo en el extremo, al término de las gruesas lanzas —de unos dos metros de altura— del vallado del parque, unos poderosos quitamiedos cilíndricos de acero protegían la cerrada curva del vial Bryant. Se habían colocado ex profeso en paralelo al asfalto para que ningún conductor —por despiste, alcohol, exceso de velocidad o un *mix* de esos ingredientes— pudiese salir volando del *scalextric*. La caída era de órdago. Por el bien del anfiteatro, donde aterrizaría decenas de metros más abajo, era materialmente imposible que un coche pudiera superar esa barandilla reforzada; sin embargo, resultaba bastante sencillo para una persona ágil pasar las dos piernas por encima y saltar. Una vez al otro lado, bastaba aferrarse por el interior a los barrotes de la verja contigua para llegar a un suave talud de césped que descendía hasta los muros exteriores del anfiteatro.

Y eso fue exactamente lo que hicieron las cuatro sombras en un abrir y cerrar de ojos. Con extraordinaria parsimonia y sin esfuerzo aparente. Para cuando Manel quiso reaccionar, ya estaban bajando hacia una pasarela de madera que rodeaba la cabecera de la elipse y que por su inmejorable perspectiva se utilizaba para las explicaciones a las visitas guiadas. Sacó el móvil y marcó el número que le había dado el jefe del operativo de vigilancia.

—*Bona nit, Joan, soc el Manel. He vist a quatre nois saltant a l'amfiteatre ... Sí, al costat del bingo... Sí, quatre. Ja estan baixant. Sembla una gamberrada, però vaig a veure per si de cas.*

—¿Cómo? ¿No hay nadie ahí contigo? —se sorprendió el sargento.

—No. La última vez que he visto a tu colega estaba en la otra punta hablando con su compañero.

—*Mecagüen* todo lo que se menea. Ese gilipollas de Pere me va a oír en cuanto lo tenga delante. Ahora mismo le aviso para que vuelva a su posición. Yo también voy para allá. Tú quédate ahí y no te muevas, ¿de acuerdo? Nosotros nos encargamos.

—Vale, espero. Daos prisa.

Mientras conversaba con Joan, Manel podía observar cómo los cuatro intrusos seguían descendiendo por la zona exterior del monumento hacia una rampa ancha de piedras y arena en forma de zigzag. Estaba a punto de perderlos de vista; en cuanto salva-

ran ese último desnivel girarían a su derecha y desaparecerían bajo el pilotaje descendente del vial Bryant. Se preguntó qué se les habría perdido debajo del puente. Escudriñó varias veces la oscuridad del parque a la espera de ver aparecer a los dos *mossos* a la carrera, pero no atisbó el menor movimiento. Comenzó a impacientarse: «*On cony s'hauran fotut?*». En un impulso súbito, decidió que no iba a seguir allí como un pasmarote. Si, como era previsible, se trataba de una niñería adolescente, no tenía ningunas ganas de aguantar de nuevo las impertinencias del tal Pere por fastidiarle la noche. No lo pensó más. Caminó unos pasos hasta el final de la verja e imitó, evidentemente con mucha menos gracia, la maniobra de los jóvenes.

Ajenos a lo que estaba sucediendo a sus espaldas, los cuatro chavales se internaron a paso ligero en una negrura mucho más profunda. La potente iluminación del anfiteatro cedía bajo la estructura de sustentación del vial. No se percataron de que habían arrasado a Manel tras sus pasos. Uno de ellos encendió la linterna del móvil, por supuesto el último modelo de iPhone, amoroso regalo de unos padres tan pudientes como descebrados.

—Os digo que tiene que estar por aquí. Lo he visto merodear muchas veces. Estoy seguro de que su guarida está aquí abajo.

—Nos vamos a meter en un buen lío. ¿Por qué no le dejamos en paz? Esto no tiene ninguna gracia. No sé qué mosca te ha picado con ese pobre desgraciado. Bastante tiene con esta vida de mierda que le ha tocado. A mí me da mucha pena esto de los sintecho.

—Es un puto viejo verde. Asustó a mi hermana y a sus amigas. Dicen que se la estaba meneando y que les enseñó todo... Exhibicionista de mierda... Quién sabe de lo que es capaz, cualquier día tendremos un disgusto. Luego no vale de nada lamentarse. Hay que cortar por lo sano.

—Tu hermanita es una niña en la edad del pavo con demasiada imaginación y que suelta muchas mentiras. Vete a saber qué pasó de verdad.

—No seas marica. Alguien le tiene que dar un escarmiento a ese cabrón. Mira, si estás acojonado, te das la vuelta y punto. Ya lo haremos nosotros.

—No es eso, joder...

—Chsss... —El líder del comando de castigo apagó la linterna del móvil—. Silencio. Ahí hay algo.

En el arranque de una de las columnas intermedias de apoyo del vial Bryant, cuya altura iba descendiendo como si se tratase de los mismísimos hermanos Dalton, vislumbraron la silueta de un hombre que dormía al raso sobre una base de cartones. A su lado distinguieron una vieja bicicleta y varias bolsas de plástico con sus pertenencias. Roncaba plácidamente, ajeno al peligro que se cernía sobre él. No habían elegido una presa fá-

cil. Aquel indigente era bastante conocido en la zona de la playa. Tendría cerca de sesenta años. Le llamaban Poseidón por su larga barba blanca, a juego con una melena que no se había cortado en años, y por su buen tono muscular. En otro tiempo había sido un hombre apuesto, sin duda. Siempre muy bronceado por la vida a la intemperie, se le podía ver con frecuencia haciendo estiramientos y ejercicios sobre la arena antes de bañarse en el mar. Siempre silencioso, siempre con su bicicleta cerca, en la que cargaba lo poco que necesitaba para subsistir. Nadie sabía de sus secretos. Ni de dónde había llegado, ni qué le había llevado a esa clase de vida.

Sigilosamente, los cuatro jóvenes lo fueron rodeando. Esperaron a que sus ojos se acostumbraran a la ausencia casi total de luz y, poco a poco, fueron cerrando el cerco hasta tenerlo a tiro de sus carísimas zapatillas. Poseidón seguía respirando rítmicamente, sumido en un sueño profundo. Sin más preámbulos, el cabecilla del grupo se llevó las manos a la cremallera de la bragueta de los vaqueros y se la bajó. Hurgó en los calzoncillos y se sacó la herramienta. Se concentró unos instantes y comenzó a mear encima de Poseidón, que tardó un par de segundos en despertarse, sin saber muy bien qué estaba pasando, al notar la orina caliente en la cara.

—¿Qué coño...?

No le dio tiempo a decir ni una palabra más. Su reacción precipitó una lluvia de patadas y golpes por todo el cuerpo. Apenas pudo cubrirse la cabeza con los brazos y encojerse como un ovillo a la espera de que amainase el chaparrón, o más bien a la espera de un milagro que, por un capricho del destino, estaba a punto de obrarse. El actor principal no era el forzudo genio azul de la lámpara de Aladino, pero tenía un aire, al menos en cuanto a tamaño.

Los quejidos de Poseidón ante la tunda que estaba recibiendo orientaron a Manel en su sigilosa aproximación a oscuras. Había bajado a paso de tortuga intentando vigilar sus propios pies para no torcerse un tobillo o darse una buena costalada. El ruido no sonaba lejos. Apenas le faltaban unas decenas de metros para caer, pero de una forma bien distinta, sobre aquellos hijos de puta.

Afanados en moler a palos a su inofensiva presa y creyéndose a salvo de otros depredadores, la manada de lobos descuidó su retaguardia. No percibieron lo que se les venía encima. Como se si se tratase de las pinzas de una grúa industrial, las manazas de Manel levantaron por el cuello de la camisa a dos de ellos. De un fuerte tirón los lanzó varios metros hacia atrás. Pasó por encima del cuerpo de Poseidón, que seguía en posición fetal sin atreverse a mover un solo músculo, y se interpuso entre aquel guiñapo y los otros dos agresores.

—*A veure si ara teniu tants collons amb mi, nñatos de merda!* —los desafió Manel,

que dejó a Poseidón a su espalda para protegerle.

Tras la sorpresa inicial, los otros dos volvieron a la carga. Estaba rodeado por los cuatro y esta vez no los pillaría desprevenidos.

—No tenemos nada contra ti. Solo queremos darle un escarmiento a ese cerdo. Lárgate de aquí y no nos obligues a zurrarte a ti también —amenazó el macho alfa.

—*Ja veieu que estic mort de por... No us ho repetiré. Us recomano que sortiu de la meua vista abans que m'enfadi de debò.*

—Te vamos a partir la cara, viejo de los cojones. Por muy grandote que seas, somos cuatro contra uno.

—Contra dos. —Poseidón había conseguido incorporarse y, aunque visiblemente dolorido por la paliza, se situó al lado de Manel. Todavía tenía la cabeza mojada y apestaba a orines.

—Contra cinc... I aquests tres porten pistola. —Manel miró a la espalda de los matones, unos cientos de metros más arriba, donde las luces de tres linternas descendían ya por la rampa.

Se alegró de ver a los Mossos, a pesar de que le fuera a costar una bronca por no haber seguido sus instrucciones.

Los cuatro niños justicieros se dieron la vuelta para comprobar que Manel no iba de farol. Intercambiaron varias miradas interrogantes entre ellos, cada vez más nerviosos. Comprendieron que la suerte estaba echada. Había salido cruz.

—Ya te dije que no era una buena idea —le echó en cara el más crítico al cerebro de la excursión—. Yo me largo.

—Mierda. Nos largamos todos. A ti ya te pillaremos —amenazó el líder con el dedo a Poseidón— cuando no tengas a tus amiguitos para defenderte. Aquí no queremos gentuza como tú. Más te vale que desaparezcas de esta ciudad. Vámonos por el otro lado, corre.

En pocos segundos se los tragó la oscuridad, aunque según supo después Manel, no llegaron demasiado lejos. A pesar de su aspecto surfero, el sargento Joan era un hombre minucioso y sabía hacer su trabajo. Antes de bajar al rescate de Manel, había ordenado acordonar todas las salidas del área del anfiteatro, incluidos los accesos prohibidos al vial Bryant. Y, como había previsto el marino, su actuación le costó una buena reprimenda por arriesgarse de forma tan inconsciente. Pero Joan le abroncó con la boca pequeña, en el fondo admiraba la determinación de aquel viejo gigantón. Su intervención resultó decisiva para que aquellos cuatro angelitos probasen las texturas del calabozo antes de verse las caras con el juez. Luego sus padres ya se encargarían de pagar los platos rotos y de seguir malcriándolos a conciencia.

Aproximadamente a las siete y media de la mañana, tal como habían acordado si no había novedades importantes, Manel despertó por teléfono a Néstor para darle el parte nocturno.

—*Bon dia, Néstor.*

—Hola, Manel, ¿cómo ha ido la noche?

—Muy aburrida. Hemos tenido un pequeño susto con unos chavales, pero nada que ver con lo que tú y Blanca esperabais. Algo ha fallado en vuestros cálculos.

—Ya veo... ¿Qué tal con los Mossos?

—Estaban bastante cabreados por fastidiarles la noche de Sant Joan con una guardia, pero por lo demás hemos hecho buenas migas.

—A ver cómo le explico este fiasco al intendente Pujol. Hemos quedado como el culo. Si él ya tenía sus dudas con los Bocanegra... Bueno, Manel, gracias por ayudarnos, te tengo que colgar, que me toca vestirme de romano para el espectáculo de Tàrraco Viva. No me apetece nada, pero tengo que estar en el anfiteatro a las nueve.

—Vale. Cuídate.

—Gracias, Manel, tranquilo, me temo que los pájaros que estamos buscando no vuelan en pleno día.

—Ya, pero por si acaso no bajas la guardia. Nunca se sabe.

Purificatio

San Juan era el día de Jano, señor de los solsticios, divinidad ambivalente que ve el pasado y el futuro: es el dios de los cambios, los inicios, los finales y de las puertas; en el solsticio de verano se inicia la decadencia solar en el día de la Puerta de los Hombres, en contraposición al solsticio de invierno, Puerta de los Dioses.

24 de junio

El concejal de Urbanismo y Patrimonio Histórico del Ayuntamiento de Tarragona, Francesc Ferrusola, ataviado con los ropajes de un emperador, se infló como un pavo y se levantó de un lujoso sillón de madera transportado para la ocasión al *pulpitum*, convertido en zona vip del anfiteatro donde se habían congregado una docena de invitados de su corte de aduladores. Con la máxima ceremoniosidad, dio un paso adelante antes de saludar con varias inclinaciones a la concurrencia, que premió ese gesto cortés con una ovación. Vestía la toga púrpura propia de la más alta autoridad, y se adornaba la cabeza con la clásica corona de laurel de los césares. La estampa buscaba transmitir toda la pompa y el boato necesarios, y para esta escenificación el bronceado de *playboy* ayudaba lo suyo. Detrás de él formaban, como guardia de corps, Néstor, Lucio y su *contubernium*: nueve legionarios con los uniformes más lustrosos que nunca.

El bullicio del público transmitía un ambiente festivo, propio del acto estelar del festival Tàrraco Viva. La recreación de las *munera* atraía cada año a miles de personas. Las gradas prácticamente se llenaban para presenciar las luchas de gladiadores y dejaban imaginar cómo debió rugir aquella *cavea* —dividida en tres sectores según las clases sociales— en los primeros siglos de nuestra era. Si los viejos romanos, en especial los aristócratas de sangre azul, pudieran levantar la cabeza, se harían cruces ante la idea de compartir asiento con semejante batiburrillo de gentes de todo pelaje.

El César Ferrusola abrió los brazos y giró teatralmente alrededor del óvalo.

—¡Que dé comienzo el espectáculo!

De inmediato, para delirio de los espectadores, hicieron su entrada en la arena cuatro imponentes gladiadores. El griterío, como si se tratase del preámbulo de un partido de fútbol o de un combate de boxeo de máxima rivalidad, subió de grado. De aspecto a cada cual más impresionante, los competidores saludaron a la grada e hincaron la rodilla frente a la barandilla del gran foso que divide longitudinalmente la elipse en dos. Con este gesto simbólico se encomendaban a Némesis, la diosa de la venganza divina, que, al menos en teoría, debía preocuparse de protegerlos.

En aquel mismo foso, que en los *munera* originales permanecía oculto bajo tierra para esconder un sistema de poleas que elevaba las plataformas con fieras, carros, jinetes y demás fondo escenográfico, fue encontrada una pequeña capilla de culto —*sacellum*— datada en el siglo III, con Némesis como figura central. Un *genius* —espíritu protector del lugar— la acompañaba a su izquierda y un *venator* —uno de los tipos de gladiadores más habituales— a la derecha. Como es lógico, al igual que otros tesoros significativos de la huella de Roma en la capital de Hispania, esa pintura mural duerme bien protegida y conservada en el Museo Arqueológico.

Dejando atrás los rezos a la poderosa deidad —mantenerlos a salvo era un trabajo realmente duro—, los cuatro gladiadores se giraron y se acercaron a los pies de la presidencia, a la que saludaron con una inclinación. Todos eran muy fuertes, aunque más *fofisanos* que esculpidos en el gimnasio; alguno iba tan pasado de peso que la barriga le dificultaba las maniobras de genuflexión.

No se pronunció nada parecido a la célebre «*Ave, Caesar, morituri te salutant*», que se atribuye a los gladiadores, pero en realidad solo la usaron esporádicamente criminales condenados a morir en combate. Entrenar y mantener durante años a un luchador de élite costaba muchísimo dinero, así que se convertían en un patrimonio demasiado valioso como para exponerlo de ese modo. El negocio de los *lanistas*, que hoy equivaldrían a un mánager propietario de los derechos de imagen, requería la supervivencia de sus atletas, de ahí que los combates —casi siempre con árbitros para evitar el juego sucio— se ganasen a primera sangre. Salvo excepciones, los vencidos acostumbraban a salir por su propio pie del anfiteatro.

Los cuatro experimentados luchadores habían viajado desde Italia para su actuación en Tàrraco Viva y sabían cómo ganarse al público. Formaban parte del grupo Ars Dimicandi, especializado en artes marciales de la Antigüedad clásica. Su misión consistía en desbaratar los falsos estereotipos inoculados por las películas de romanos para ganar en espectacularidad.

Ars Dimicandi había traído al Anfiteatro de Tarragona una pequeña selección de su plantilla: en las *ludus* se entrenaban diversos tipos de luchadores, con armamento y téc-

nicas muy específicas para cada clase. El combate inicial enfrentó a un intimidante *hoplomachus*, inspirado en los hoplitas griegos, con un *myrmillo*. El primero iba equipado con una lanza que empleaba antes de entrar en el cuerpo a cuerpo con su *gladio* y su pequeño escudo. Se protegía el tren inferior con perneras acolchadas y largas grebas, y también usaba una *manica* para el brazo armado, así como un casco con alas metálicas y penacho de plumas que le cubría íntegramente el cráneo y la cara. El segundo, más a la defensiva, como gran ventaja para equilibrar la agilidad de su rival prefería protegerse con un enorme escudo alto prácticamente imposible de rebasar por los flancos.

Al sonido de las trompetas, los contendientes comenzaron a tantearse. El *hoplomachus*, más ofensivo, trató de pinchar y herir con su lanza, mientras que el *myrmillo* se limitaba a taparle todas las vías con el *scutum* rectangular y a contratacar con la espada siempre de punta, sin mandobles laterales. El combate dejó de tener historia en cuanto este último, más activo, fuerte y rápido, logró esquivar un lanzazo de su oponente y, tras la finta, maniobró para desarmarlo con un tajo preciso que, pese a la protección del brazalete, le dejó el brazo dormido. El poder defensivo del *myrmillo* se impuso a partir de entonces como una apisonadora. Los ataques a la desesperada del hoplita apenas le hacían mella y, con su minúsculo escudo, no tenía posibilidades de frenar el empuje del rival. No tardó en yacer en el suelo agotado con el filo del *gladio* en el cuello.

El vencedor levantó la cabeza hacia el *pulpitum*. Era una mera concesión a la galería, ya que por esta vez no correría la sangre. Esperaba órdenes para envainar la espada o simular el degollamiento. Ebrio de poder en su papel de emperador por un día, Francesc Ferrusola consultó la sentencia con la grada; había división de opiniones entre la audiencia, que se había metido en su papel y bramaba enloquecida por el morbo del violento espectáculo.

—Ahora entiendo lo del pan y circo. Esto es realmente adictivo, se siente todo el poder en cada mano —bromeó el concejal, divertido, ante su círculo habitual.

Entre bambalinas, justo por detrás de la línea de legionarios de guardia, su director de gabinete contemplaba el espectáculo y la eficiente becaria lo registraba con el móvil para volcarlo en las redes. «Hoy voy a tener un material alucinante», vaticinó.

Ferrusola se sintió magnánimo y levantó el pulgar entre silbidos de los críticos. El *myrmillo* entendió el mensaje, pese a la falta de tablas del caudillo, y respetó la vida de su adversario. Aunque pueda parecer extraño, en el mundo romano el indulto se otorgaba justo al revés, con el pulgar hacia abajo.

Las trompetas sonaron de nuevo en cuanto los dos primeros contendientes se hubieron retirado saludando como dos toreros en tarde de triunfo. Era el turno del *retiarius* y el *secutor*; o lo que es lo mismo, del reciario, con su tridente, su daga y su red, y del per-

seguidor, de aspecto similar al *myrmillo*, con *gladio* y *scutum* de legionario. El casco de este último era más redondo y sin aristas, de modo que la red resbalaba sin captura; le cubría toda la cara y le protegía de las afiladas puntas del triple arpón de su adversario. El reciario era una de las estrellas de los juegos, en parte porque era el único que peleaba a cabeza descubierta y, por tanto, el más reconocible.

La estrategia marcaba que, si quería optar a la victoria, el *secutor* debía conseguir rodear al rival con amagos y movimientos explosivos, a la espera de que errase con la red y le diese una opción de acercarse a distancia de espada. Eso es exactamente lo que intentó: una sucesión de fintas rápidas a izquierda y derecha para escapar de la red, que como un pulpo gigante extendía sus tentáculos —con pesos en las puntas— y volvía a replegarse con un gesto seco del antebrazo al que estaba sujeta con una soga.

Se notaba que el reciario era un gladiador experimentado y habilidoso, ya que no cedía un solo paso y mantenía alejado al perseguidor a golpe de tridente. En ocasiones también empleaba la malla como una cadena, haciéndola girar y golpeándole el casco con ella. En pocos minutos, el cansancio comenzó a pasar factura al atacante, que jadeaba y perdía velocidad a ojos vistas. El guion era bastante predecible. En una de sus maniobras de acercamiento, el reciario amagó con el tridente y lanzó rápidamente la red al lado contrario. La presa había caído en el engaño; por mucho que intentó desembarazarse de ella, sabía que estaba perdido. Se debatió con bravura, pero solo conseguía enredarse cada vez más hasta que apenas pudo mover el brazo de la espada. De un fuerte tirón por debajo de los pies, cayó al suelo encima de su escudo sin ninguna posibilidad de volver a levantarse. El ganador le puso una sandalia sobre la espalda y el tridente en el cuello. Visto para sentencia.

El público volvió a bramar pidiendo la ejecución pública, aunque fuese simulada, para proseguir con la fiesta. El reciario miró hacia el *pulpitum* para confirmar la orden. El concejal Ferrusola hizo una pausa teatral, claramente sobreactuada, para contemplar a la multitud: el ego no le cabía en el cuerpo. El dictamen era unánime: «¡Muerte, muerte, muerte...!». Levantó el brazo y estaba a punto de mostrar el pulgar hacia abajo —de nuevo se equivocaba en el gesto—, cuando dos de los legionarios de la escolta se movieron con decisión hacia él.

Eran Lucio y Tito, el más alto del *contubernium*. En un par de zancadas, se colocaron detrás del César Ferrusola, que se mostró confiado y cómplice con aquella escena imprevista. Pensó que estaban improvisando y se volvió hacia ellos sonriente con una interrogación de borrego en los ojos, como pidiendo instrucciones. Lucio le devolvió una mirada gélida, la propia de un profesional entrenado para cumplir con su misión sin sentir el

más mínimo vínculo emocional con la víctima. Néstor se temió lo peor cuando el vástago de los Bocanegra desenvainó la espada. Instintivamente, dio un paso adelante.

—Lucio, no. No lo hagas... ¡¡¡Joder!!!

Indiferente a su reacción, Tito agarró con fuerza a Ferrusola por el pelo y le sujetó la cabeza. El pánico había sustituido a la soberbia en los ojos del político omnipotente. De un tajo limpio y preciso, Lucio le dejó sin dos tercios de la nariz. No fue un corte al azar; a Néstor se le había quedado grabado desde su visita a la Cova Urbana que ese era el castigo que aplicaban en la antigua Roma a los culpables de corrupción. La sangre comenzó salir a borbotones mientras Ferrusola se contorsionaba y aullaba de dolor con las manos en la cara. Tito le seguía sujetando la cabeza por el pelo con firmeza.

Los espectadores debieron creer que aquello formaba parte del espectáculo, quizá como un aparte dedicado al asesinato del César, y prorumpieron en una enorme ovación, encantados con el realismo de la escena. Cuando Néstor logró llegar hasta los dos legionarios insurrectos, toda la corte del César Ferrusola seguía paralizada por el terror. Nadie era capaz de mover un solo músculo en el *pulpitum*. Para evitar heroicidades innecesarias, los otros seis legionarios del *contubernium* habían desenvainado también sus espadas en señal de amenaza. Un solo gesto de Lucio y no tendrían piedad con aquella chusma de pelotas. No hizo falta. La erótica del poder llega hasta cierto punto, casi nunca hasta un territorio en el que arriesgar el propio pellejo. Nadie hizo el gesto de socorrer al concejal herido. Ni siquiera su jefe de gabinete, y todavía menos la becaria, a la que se le había caído el móvil de las manos. De sopetón se le habían quitado las ganas y esa estúpida manía de grabarlo todo.

En medio de la confusión, Néstor se situó al otro lado de Ferrusola e imploró a Lucio con la mirada, sin palabras: «No te arruines así la vida. Por favor, no sigas con esta locura». Como respuesta, Tito tiró del pelo del guñapo hacia atrás y dejó expuesto el cuello. Lucio aproximó el filo del *gladio* hasta rozar la carne. Ferrusola gemía entre lágrimas al borde del desmayo, salpicándolo todo de rojo con cada respiración.

—¿Vida o muerte? —preguntó Lucio—. Ahora te toca a ti, Néstor. Tú decides, tienes el destino de esta basura en tus manos.

Néstor deseaba pedirle que soltara la espada. Sin embargo, un instinto poderoso que le nacía de las entrañas, más fuerte que la propia voluntad, ahogó su voz. Las imágenes del padre hundido y de la madre sufriente pasaron aceleradamente por delante de su retina. En ese instante fugaz, también vio a Ferrusola endiosado y rodeado de lujos, exhibiéndose sin ningún pudor. Nunca lo sabría, pero la ropa cara, los zapatos italianos y, sobre todo, aquel bronceado que hubiera firmado el mismísimo Julio Iglesias, sellaron la sentencia de muerte del rey de la corrupción en Tarragona.

Néstor bajó los párpados en señal de derrota. Lucio no titubeó y tampoco le tembló la mano. Sin dejar de mirar a Néstor, le rajó el cuello a Ferrusola de lado a lado con un corte profundo. En un último arrebato de pánico, Néstor intentó sujetarle el brazo, pero lo único que consiguió fue un violento chorro de sangre en plena cara. La notó cálida; fuera por influjo de las deidades romanas que acababan de aparecer en su vida o por un simple capricho del destino, el caso es que a él, hijo del dolor de Eduardo Azcona, le tocó en suerte absorber el último soplo de vida de aquel que le había arrebatado la suya. Una vida muy distinta a la que le hubiese correspondido de no mediar sus sucios manejos.

—Se acabó, Néstor. Ahora podrás descansar... Te lo mereces. Ese cabrón nunca más se te volverá a aparecer en sueños.

Cuando el político corrupto, que ya se había dejado por el camino la mayor parte de los glóbulos rojos que caben en un cuerpo humano, cayó desplomado exangüe encima de Néstor, el bullicio que había despertado la supuesta ejecución simulada del César se apagó súbitamente. Un silencio sepulcral se impuso en todo el anfiteatro. Lucio hizo un gesto a Octavio, que se acercó con una cantimplora de aluminio. Mientras tanto, el líder del Proyecto Escipión sujetó a Néstor por el hombro y lo apartó con firmeza hacia atrás, antes de verter la gasolina sobre el cadáver, encender un fósforo y dejarlo caer. Las llamas se extendieron con la misma velocidad que el olor a carne quemada y el pánico. El público echó a correr alocadamente en todas direcciones. Lucio aprovechó ese instante de confusión absoluta para dar una orden rápida e iniciar la huida.

—Nos largamos. Todos sabéis lo que hay que hacer si alguien os intenta impedir el paso.

No hizo falta derramar más sangre. Bastante había corrido ya. Cientos de personas mantenían la vista fija en Néstor, ahora arrodillado en medio de un charco que se iba volviendo negruzco con el cuerpo de Francesc Ferrusola chamuscándose a su lado. Mientras tanto, Lucio y sus siete legionarios, con agilidad circense, llegaron de cuatro saltos hasta la arena. Tampoco los gladiadores, pese a todas sus armas e imponente parafernalia, se atrevieron a reaccionar. En cuestión de segundos, los ocho jóvenes saltaron al foso central y desaparecieron en un visto y no visto.

Solo una hora después el anfiteatro había sido evacuado y todo su recinto acordonado, fuera del alcance de periodistas y curiosos. Las sirenas de los vehículos policiales se mezclaban con las de las ambulancias y los bomberos. Ya no se hablaba de otra cosa en la ciudad. No todos los días se asesina en público al primer teniente de alcalde, y menos con semejante brutalidad.

—Solo lo voy a decir una vez. No quiero fotografías, ni cámaras ni más vídeos de móvil —advirtió el intendente Pujol a la docena de *mossos* desplazada hasta allí—. Bastante

marrón tenemos encima. Ha llamado hasta el presidente del Gobierno desde Madrid.

Desgraciadamente para él, la panorámica del anfiteatro desde los pisos altos de la esquina el edificio contiguo era excelente, así que las imágenes sobre el suceso de Tarragona no dejaron de correr como la pólvora por las redes sociales y todos los informativos. No solo las de Néstor, sentado en la grada con una manta sobre los hombros y atendido por los médicos —que pronto se percataron de que todas aquellas costras de sangre seca no eran suyas—, con Ferrusola semicarbonizado y tapado con plástico dorado a la espera de que el juez levantara el cadáver. Lo peor era que cientos de móviles habían capturado en directo tanto el degollamiento como su preámbulo y su terrible epílogo. Muy pronto el macabro espectáculo, antes de ser censurado por los gigantes de Internet, fue *trending topic* mundial.

Pujol ya se veía patrullando como agente de tráfico cuando se sentó junto a Néstor para interrogarle. La música de *Gladiator* no dejaba de sonar en su móvil, pero su dueño no estaba para nadie. Viéndole tan completamente destruido, el intendente no sabía cómo romper el hielo. «Este chico va a necesitar ayuda psicológica», pensó. Por suerte no le hizo falta escoger las palabras. Fue Néstor el que disparó primero:

—Se lo dije, joder, se lo dije. Tenía que haber dejado a su gente de guardia. Sabía que la iban a liar más pronto que tarde. Se lo habíamos advertido.

—Tienes toda la razón. A nadie le fastidia más que a mí no haber tenido más fe en vosotros. Esto me va a costar el puesto. Pero no es momento de lamentaciones; ahora lo que importa es localizar y atrapar a Bocanegra Junior y a sus compinches. ¿Tienes alguna idea de dónde se pueden haber metido? —Pujol, siempre surfeando las olas con medias verdades, omitió que esa información era crucial para salvar su pellejo profesional.

—Solo tengo una intuición. Puede ser una tontería o puede que no. Ahora no consigo pensar con claridad.

—Cualquier detalle nos puede ayudar.

—Me apostaría una mano a que han escapado por la galería que da a las vías del tren, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? Sí, han dejado allí los trajes de época. No tienen un pelo de tontos. Ocho tíos vestidos de romano a plena luz del día no podían llegar muy lejos.

—Lucio me habló del pasadizo; servía para descargar las fieras que llegaban por barco a Tarraco para las *venationes*, las luchas contra animales salvajes.

—Por favor, dime que al menos tienes una idea de dónde se esconden.

—Hoy va a ser su día de suerte...

Una hora después, un abrumador dispositivo policial rodeaba el perímetro del Pla de la Seu. Un equipo de las fuerzas especiales de los Mossos había levantado una pesada al-

cantarilla de hierro forjado y había descendido al antiguo depósito medieval. Néstor recordaba perfectamente las indicaciones que Lucio le había dado en la Cova Urbana y los había guiado hasta allí. El Proyecto Escipión era historia; había caído por culpa del chivatazo y todos estaban atrapados en aquella ratonera.

La expectación era enorme mientras esperaban acontecimientos en el exterior junto al andamiaje de seguridad para evitar el derrumbe de Ca L'Ardiaca, un palacio en ruinas que periódicamente sonaba entre los proyectos de futuro como único hotel de lujo de la ciudad. El intendente Pujol, al contrario que en el anfiteatro, se había asegurado de filtrar la operación a los medios para que fuesen testigos del éxito de la investigación y lo difundiesen a los cuatro vientos. Se había permitido el acceso a una nube de fotógrafos y reporteros de televisión, situados en un rincón apartado pero con excelente tiro para sus cámaras.

Pujol y Néstor, junto a otros dos mandos de los Mossos, se habían situado al lado de la alcantarilla, apenas a unos cinco metros. El comando de élite los mantenía informados por *walkie* a través del canal interno. Ya se comenzaban a impacientar cuando el casco de uno de los agentes salió por el agujero abierto en el empedrado. Una vez fuera de la alcantarilla, se situó en posición de vigilancia con el fusil de asalto preparado, un gesto más de cara a la galería que motivado por un peligro real. El siguiente en salir fue Tito, con las muñecas esposadas. El *mosso* cogió al gigantón por el sobaco y le condujo hacia el coche patrulla aparcado junto al portón de la basílica. Tito no opuso resistencia, pero cuando pasó al lado de Néstor, escupió al suelo y le fulminó con una mirada asesina.

La escena se repitió seis veces: precedidos cada uno por un *mosso* que los vigilaba de cerca, fueron saliendo del subsuelo Octavio, Horacio, Aurelio, Marcelo, Valerio y Patricio. Todos hicieron ostensible su desprecio por el traidor antes de ser conducidos a la comisaría central de Campclar. Todavía faltaba Lucio. A Néstor se le encogió el corazón. Extrañamente, en vez de sentir alivio por la caída en desgracia de los Bocanegra y la resolución de los asesinatos en serie, se sentía sucio y miserable. Pese al modo insano en que entendían la justicia y el funcionamiento del mundo, ellos siempre le habían acogido como a uno más.

Por fin llegó el turno de Lucio. A diferencia del resto de su *contubernium*, cuando llegó a la altura de Néstor —que todavía vestía el traje de legionario salpicado por la sangre de Ferrusola— se paró y lo contempló pausadamente. No parecía albergar rencor en sus ojos. Quiso acercarse, pero el *mosso* que le acompañaba lo frenó en seco.

—Déjele, por favor —pidió Néstor a Pujol—. Recuerde que usted me debe una.

El intendente hizo un gesto al agente para que le permitiera aproximarse. Lucio se si-

tuó frente al que todavía consideraba su amigo.

—Estás hecho un asco.

—Tú también —respondió Néstor.

—Sabía que lo harías, así que no te tortures. Mis amigos no lo entienden y los has defraudado, pero yo todavía sigo creyendo en ti. Aunque nos hayas vendido.

—¿Qué quieres decir?

—Eres demasiado inocente y todavía crees en todo esto —señaló a Pujol con la cabeza —, pero estás cambiando por dentro. Tú y yo sabemos de qué hablo: en realidad, solo he sido el brazo ejecutor de tus deseos. Algún día lo verás con otros ojos. Tienes tiempo de pensar en ello durante mi ausencia.

—Yo no...

—No quiero explicaciones. No te preocupes por mí. Mi padre puede pagar los mejores abogados y, además, soy menor de edad.

—Vale, ya está bien. Proceda, agente —cortó Pujol, molesto por la chulería de Lucio.

Néstor y el intendente siguieron con la mirada la estela del joven Bocanegra hasta que el vehículo policial arrancó y abandonó la plaza.

—¿Qué ha querido decir con eso del brazo ejecutor? —le preguntó Pujol.

—Ni idea. Quién sabe..., parece que necesita ayuda urgente porque está bastante desequilibrado. Salta a la vista, ¿no? —Néstor disimuló frotándose el peto del uniforme mientras las palabras de Lucio rebotaban en su cerebro.

El notario

Dos años después

La vida de Néstor había dado un giro radical; los graves sucesos vinculados al Proyecto Escipión se desdibujaban ya entre los arcanos de la memoria, siempre tan caprichosa y selectiva. Lucio, sus siete íntimos amigos y la Legio IX Hispana se habían convertido en un recuerdo difuso. Solo la visita nocturna de sus fantasmas en algunas pesadillas recurrentes se encargaba de reavivarlo.

De acuerdo con Blanca, había hecho caso a Beatriz, la matriarca de Erregenea, y había aparcado la plaza de policía local en Altafulla mediante una excedencia y era alumno en la facultad de Letras de la Universitat Rovira i Virgili. El apoyo de su tío Ramón había resultado decisivo. Sus primos Juanjo y Miguel no entendieron su decisión de abandonar por los libros la seguridad de un empleo para toda la vida.

Gracias a una generosa pensión mensual, tal y como le prometió la señora, Néstor había podido matricularse en el grado de Historia, con una primera especialidad en la Edad Media y la ilusión de ampliar sus conocimientos con un máster en Identidad Europea Medieval. Fiel a su obsesión por la literatura militar, a largo plazo su idea era doctorarse con una tesis sobre Arnaldo de Torroja, nacido en Solsona en 1122, caballero de la Corona de Aragón y noveno gran maestro de la orden del Temple. Y para investigar sobre los Torroja había acudido a la espectacular biblioteca —con más de cien mil volúmenes, algunos de ellos incunables— del Seminario Pontificio de Tarragona, donde había quedado con Faustino.

Ubicado junto al claustro de la catedral, en plena acrópolis, el Seminario se asienta sobre ciento cincuenta metros del paño norte de la muralla romana. Flanqueado por el palacio arzobispal, el Museo Diocesano y el Museo Bíblico, ocupa desde 1886 —aunque se fundó en el siglo XVI— un mastodóntico edificio neogótico que contiene dos claustros y la capilla de San Pablo. La tradición asegura, con inspiración en la Carta a los Roma-

nos (15, 24-28), que el santo predicó en Hispania en el siglo primero, y más concretamente en Tarraco, desde una piedra que permanece en la base de la capillita.

Cómodamente sentado en un banco del remozado claustro, Néstor hacía tiempo mientras repasaba la documentación sobre la Corona de Aragón y sus grandes familias que había ido a rescatar. Faustino no tardó en aparecer, de buen humor, como casi siempre.

—Hola, guapo, ¿estás solo?

—No me seas gilipollas, Faus, y no me desconcentres. Dame cinco minutos y nos vamos a comer a casa, que nos espera Blanca. Creo que Manel ya estará allí. Con Pepe nunca se sabe, imagino que llegará tarde, para no variar.

—¿Cómo va el cumpleaños?

—Fantástico, si no fuese por algún tarado fondón que me ha despertado a las siete de la mañana para felicitarme. No te sacudo porque mi madre y Beatriz no han tardado mucho más que tú, y mi tío Ramón y mis primos tampoco se han hecho esperar demasiado. Llevo media mañana colgado del teléfono. Me han dicho que hoy no podían venir por cuestiones de trabajo. Nos reuniremos para celebrarlo en el campo el próximo viernes.

—Eres un desagradecido y un arisco. Encima que me acuerdo de ti y te alegro el despertar con esta voz angelical que Dios me ha concedido —se guaseó Faustino—. En fin, ya sé que es tu manera de decirme que no sabes vivir sin mí.

—Lo que no consigo entender es por qué mantengo un cierto aprecio por ti, siendo como eres un plasta de cojones. Bueno sí, creo que muy a mi pesar te necesito como enciclopedia...

—¿Has encontrado lo que buscabas? ¿Había algo sobre Guillem de Torroja?

—Sí, está el informe de la exhumación. Mira, lo he fotocopiado casi todo.

Los restos del arzobispo de Tarragona Guillermo de Torroja, antes obispo de Barcelona, dormían el sueño de los justos desde finales del siglo XII en un osario de la catedral hasta que varios arqueólogos de la Universidad de Bolonia lograron comparar su ADN con el del morador de un singular sarcófago —con una espiga situada en el brazo de una cruz templaria— aparecido detrás de un muro durante la restauración de la iglesia de San Fermo Maggiore de Verona. Gracias al material genético, los investigadores italianos demostraron que se trataba de su hermano Arnaldo, gran maestro de los templarios desde 1180 a 1184.

—El único gran maestro templario encontrado hasta la fecha —le explicó Néstor hojeando sus papeles— es un tipo de lo más interesante. Sucede a Eudes de Saint-Amand, que la palma en Damasco, prisionero, y le toca pensar en grande. Lo que es la vida; él era maestro de Aragón y Provenza, y estaba tan feliz dedicado a la Reconquista de España, pero de pronto no le queda otra que hacer un cursillo acelerado de política exterior para competir con el poder creciente de los Hospitalarios y negociar la política de los Estados Latinos de Oriente con Saladino, que estaba muy cabreado por las incursiones del bruto de Reinaldo de Châtillon. Dicen que era muy hábil y consiguió una tregua; la muerte le sobreviene en Verona cuando, de regreso a Europa, viajaba para pedir una nueva cruzada a los reyes y al papa.

—Mmm... Sí, realmente interesante, pero me muero de hambre. Me suenan las tripas.

—No sé para qué te cuento nada. Serías capaz de vender a tu madre por un bocadillo de chorizo. Anda, vámonos ya, pedazo de tragaldabas.

Blanca y Néstor vivían juntos desde hacía casi un año. Se habían instalado en un ático de la Part Alta con vistas al mar. El piso, un quinto sin ascensor en alquiler, no era nada del otro mundo, pero la terraza y la panorámica compensaban con creces las incomodidades. Eran casi las tres de la tarde cuando Néstor y Faustino se plantaron delante de la puerta.

—Hola, cariño, ya estoy en casa —saludó Néstor mientras abría—. Traigo a Faustino conmigo.

—Ni cariño ni hostias, que os llevo esperando casi media hora, con lo que me ha costado subir hasta aquí —protestó Pepe Miralles desde el sofá del salón—. Tu cariñito está estudiando en la terraza con el capitán Pescanova, que anda por ahí de florero. Me ha dicho que está terminando los exámenes del rollo ese de comecocos en el que anda metida...

—Sicología, Pepe, se dice sicología. Justo lo que a ti te falta —bromeó Néstor—. Para una vez que llegas puntual, encima nos toca aguantar la bronca.

—Privilegios de la edad. Cuando pases de los sesenta, tendrás derecho a pataleta.

—Cada día te estás volviendo más cascarrabias —intervino Faus.

—Y a mucha honra. Toma, Néstor. Tu regalo de cumpleaños. Es para ti... y para Blanca. Buen material, os despertará la imaginación. —Pepe le guiñó un ojo y le entregó un CD.

—¿Es lo que estoy malpensando?

—Un par de peliculillas para avivar la pasión. Dentro de un tiempo me lo agradecerás.

—Joder, Pepe, eres un caso perdido.

En ese mismo momento, Blanca entró desde la terraza. Néstor le sonrió con cara de circunstancias e intentó ocultar el CD a su espalda.

—¡Hola! ¿Ya estáis discutiendo? Teníais a Pepe bastante cabreado... Manel está por ahí con las plantas. ¿Cuándo habéis llegado? —Blanca se acercó a Faustino y le plantó dos sonoros besos en los mofletes. A Néstor le tocó un pico en los labios—. Te noto raro, ¿pasa algo? ¿Qué escondes ahí detrás?

Néstor, incapaz de disimular, confesó de inmediato:

—Nada, el regalito de Pepe. No ha tenido mejor ocurrencia que grabarnos algunas de sus películas guarras. Ya le he dicho que no las necesitamos, pero...

—No hay pero que valga. No seas desagradecido. Nunca se sabe..., y siempre se aprende algo. Gracias, Pepe. —Blanca le guiñó un ojo.

—¿Ves?, mira que eres *desaborío*. Eso se llama inteligencia emocional. Sigo sin entender qué pudo ver este pedazo de mujer en ti.

—Venga, chicos, a la mesa, dejaos de pullas y vamos a comer, que ya está todo preparado.

Un par de horas y varias botellas de vino después, consumados los rituales de la tarta y los regalos —un facsímil del mapamundi de principios del XVI de Juan de la Cosa, cortesía de Faustino; una preciosa brújula, de parte de Manel, y un ejemplar de *Sidi*, la visión personal de Arturo Pérez-Reverte sobre el Cid que Néstor le había pedido a Blanca — y atraídos los chubascos con el *Cumpleaños feliz* más desafinado que recordaba el vecindario, llegó el momento del cava. Aunque detestaba los brindis, jaleado por la concurrencia, Néstor no tuvo más remedio que ponerse en pie para farfullar un meteórico agradecimiento por los obsequios y la presencia de las cuatro personas más relevantes en su vida, junto a la familia, a la que recordó con palabras que rezumaban nostalgia. Cuando se sentó de nuevo a la mesa, Blanca le apretó la mano con fuerza.

—Te quiero. Gracias por el esfuerzo. A tu tío Ramón le habría encantado esa dedicatoria. Lástima que no haya podido venir.

—Es un viejo zorro, le vale cualquier excusa para no salir de la masía. Mañana me acercaré a verle un rato y darle un abrazo. El viernes he quedado en su casa con Juanjo y Miguel.

—Desde luego, sabrás todo lo que quieras de historia, pero no te vas a ganar la vida como orador —refunfuñó Pepe—. Menudo discurso de parvulario.

—Bastante he tenido con levantarme. Lo he hecho por vosotros. Ya sabéis lo poco que me gusta ser protagonista.

—Chorradas, así no vas a ninguna parte. Ya te he repetido un millón de veces que en

esta vida hay que pisar fuerte para ser alguien. Aunque, visto lo visto, tampoco sirve para mucho... Al final, nadie se escapa de ir al hoyo.

—Coño, Pepe, no seas cenizo, que estamos celebrando un cumpleaños, no un funeral —le reconvino Faus.

—Lo decía por Mario Bocanegra.

—¿Qué pasa con él? —Néstor se irguió en la silla.

—Pensaba que también íbamos a brindar por su viaje al infierno. —Pepe repasó sus caras, una por una, hasta que se percató de que no sabían de qué estaba hablando—. ¿No os habéis enterado? Pero ¿en qué mundo vivís? La palmó hace un par de días de un infarto. El *Diari* llevaba tres páginas de esquelas.

—No me jodas... —Algo se removió dentro de Néstor con la sola mención de los Bocanegra.

Los viejos espectros regresaban otra vez, como le sucedía esas noches de las que no hablaba con nadie: «Solo he sido el brazo ejecutor de tus deseos. Algún día lo verás con otros ojos. Tienes tiempo de pensar en ello durante mi ausencia». Ni siquiera se lo había contado a Blanca. Tampoco a la sicóloga que le asignaron después de lo del anfiteatro. Por más que lo había intentado, no era capaz de enterrar del todo las palabras de Lucio después de entregarle a la Policía. Según había leído, el menor de los Bocanegra cumplía condena en un psiquiátrico adscrito al centro de menores en el que fue recluido. Tampoco podía olvidar su última mirada. No había desprecio ni rencor, más bien tranquilidad. Como quien cumple un designio.

—Pues sí —confirmó Pepe—, a todo cerdo le llega su San Martín.

—Ya..., sí, es verdad. —Néstor estaba conmocionado.

—¿Te encuentras bien, cariño? —Blanca percibió algo—. Tienes mala cara; me parece que has bebido demasiado. Lo mejor es que te vayas a dormir la siesta... Por cierto, se me olvidaba. Tienes otro regalo. He recogido esta mañana una carta certificada a tu nombre. Es de una notaría, imagino que será algo de las voluntades de Beatriz, no sé, no la he querido abrir.

Una semana después, exactamente a las doce menos cuarto, Néstor entraba en la recepción del imponente despacho de Xavier Melero, casualmente el mismo notario que fue agredido en su casa de Altafulla poco antes de que Néstor y su primo Juanjo comenzaran la ronda nocturna que los llevó hasta la villa romana de Els Munts. Una secretaria muy amable le acompañó a la sala de reuniones.

—Voy a avisar al señor Melero. Le estaba esperando. ¿Quiere usted un café, agua o alguna otra cosa?

—No, gracias, estoy bien —contestó Néstor impaciente.

Cada vez sentía más curiosidad por descubrir de una vez el porqué de aquella enigmática cita mediante correo certificado. En la carta solo le rogaban su presencia, con detalle de la hora y el lugar, por un motivo de «extrema importancia».

Pasaban dos minutos del mediodía cuando el notario entró cogido del brazo de la misma mujer que había atendido a Néstor. Caminaba despacio, se apoyaba en un bastón y cojeaba visiblemente. Tendría unos sesenta años, pero se movía como un anciano de noventa. Dos grandes cicatrices surcaban su rostro, una le cruzaba la frente y la otra todo el pómulo. Una vez alcanzada la mesa maciza de nogal, la secretaria se retiró y los dejó solos.

—Buenos días, señor Azcona. Le agradezco mucho que haya tenido la amabilidad de acudir. Le hubiésemos podido citar por teléfono o por correo electrónico, pero he querido hacerlo de un modo más formal. Disculpe que me siente, pero se hará cargo de que en mi estado...

—Por favor. No quisiera ser indiscreto, pero ¿son secuelas de lo que le sucedió?

—Así es. Veo que está al corriente de mi caso. Sí, hace dos años yo era un hombre de cierta edad, pero sano, deportista y lleno de vitalidad. Siempre me he cuidado. Me preparaba para una jubilación dorada, y ya ve, me dejaron convertido en un despojo. Todavía sigo en rehabilitación. Mi única alegría es que no hicieron daño a mi esposa.

—Yo era policía local en Altafulla entonces.

—Lo sé. Le conozco bastante bien, señor Azcona. Mucho mejor de lo que usted pueda imaginar.

—¿A mí? Creo que se equivoca de persona.

—En absoluto. Imagino que tendrá ganas de saber qué hay detrás de esta especie de cita a ciegas.

—Pues sí, la verdad.

—Como le anuncié, es un asunto de suma importancia, en concreto, la lectura de unas últimas voluntades.

—¿De quién?

—Probablemente usted lo desconozca, pero debo decirle que, desde hace décadas, yo he venido asesorando desde el punto de vista legal a don Mario Bocanegra, que en paz descanse. También debo decirle que es usted el heredero de la mitad de toda su fortuna, exactamente igual que su hijo Lucio. Creo poder asegurarle que ni usted ni sus descendientes deberán volver a preocuparse por las cuestiones materiales.

—Pero ¿qué coño está diciendo? ¿Se ha vuelto loco? Le repito que se han equivocado de persona... —Néstor hizo el ademán de levantarse.

—Le ruego que se tranquilice. No hay ningún equívoco en absoluto. Tengo toda la documentación a su disposición, pero estimo que ahora lo más práctico será que lea este escrito que el señor Bocanegra ha dejado para usted. Creo que ahí encontrará las respuestas que busca. Yo no se las puedo ofrecer. Si le parece, le dejamos a solas para que pueda estar más tranquilo.

Renqueante, el notario abandonó la sala. Néstor, que no salía de su asombro, imaginó el calvario que vivía el notario desde que tuvo la mala fortuna de que unos desalmados se cruzasen en su camino. Tuvo que admitir que la manera en que los Bocanegra zanjaban ese tipo de terribles casualidades poseía un innegable poder de seducción; en ocasiones el ojo por ojo podía resultar de lo más tentador. Fue un instante fugaz de debilidad; de inmediato volvió a concentrarse en el rencor hacia quien había arrastrado a su familia a la ruina. El enemigo público número uno que, en un cálculo rápido, inexplicablemente le acababa de legar una cantidad indecente de dinero. Néstor se irguió, estiró la espalda en el respaldo de la silla y sopesó el sobre lacrado. Papel de primera calidad. Sin más preámbulos, respiró hondo, lo abrió y comenzó a leer:

Querido Néstor:

Si estás leyendo estas líneas, significará que yo ya soy historia, polvo que vuelve al polvo. Es más que probable que mi corazón no haya aguantado más y haya vuelto a fallar. Sé que ahora mismo incluso te estarás alegrando. No te lo reprocho. Lo entiendo; solo piensas en el daño que he causado a los tuyos, pero debes saber que a tus juicios les falta información relevante.

Lo primero que has de comprender es que me marchó con el deseo insatisfecho de haberte podido conocer mejor. Siempre me animó la esperanza de explicarte algún día todo esto en persona; de verdad que lo he intentado, pero hasta la fecha no he sido capaz —ahora ya nunca será posible— de encontrar las fuerzas y el valor suficiente, por motivos que irás entendiendo.

Tenía la intuición de que mi hora iba a llegar antes de tiempo; creo, por lo que me ha contado Lucio, que a estas alturas ya te suena de algo la interpretación de los augurios, así que te diré que no me eran nada favorables. Por supuesto, a Lucio se lo he ocultado para que no sufriera innecesariamente. No creo mucho en estas cosas, pero por si acaso, he preferido sincerarme por escrito; si esta carta ha llegado a tus manos, significa que habrán acertado sobre mi suerte.

Vamos con esa dosis extra de información que necesitas. A ver por dónde continúo... Lo segundo que quiero que sepas es que dejo este mundo con un gran sentimiento de culpa. Por ti, por tu padre, y especialmente por tu madre, a la que sigo queriendo mucho. Te habrán contado que tu padre, Eduardo, y yo fuimos grandes amigos. Eso es una gran verdad. Su muerte me dejó devastado.

Lo que probablemente nadie te habrá contado con detalle —tampoco ella— es que Pilar, tu madre, y yo nos conocíamos desde mucho antes de que apareciese Eduardo en nuestras vidas. Desde adolescentes. Ella y tus tíos iban los veranos a la casa de su abuela en La Mora. Yo era algo mayor,

pero la veía con frecuencia en aquellos días felices de playa, amigos y tiempo libre. Era íntima amiga de mi hermana pequeña, Ana. Siempre hubo algo especial entre nosotros. Nos gustábamos. A sus catorce años nos dimos nuestro primer beso y nos juramos amor eterno como solo lo pueden hacer dos adolescentes enamorados. Poco después, cuando cumplí la mayoría de edad, nos tocó ir aterrizando en el mundo real.

Mi padre me envió a estudiar a Estados Unidos y se terminaron para mí aquellos veranos preocupados de La Mora. Al principio nos escribíamos con frecuencia, pero poco a poco las cartas se fueron espaciando. *Mea culpa*. Yo estaba demasiado ocupado jugando a convertirme en un gran hombre de negocios. Nos distanciarnos hasta perder por completo el contacto, como sucede tantas veces con los amores de juventud. Aunque nunca la olvidé, tampoco la busqué, y cuando lo hice, ya era demasiado tarde. Siempre me arrepentiré. Me voy de este mundo con esa pena.

Entre viajes y proyectos internacionales fueron pasando los años hasta que regresé a Tarragona de forma estable. Yo debía andar ya cerca de los treinta. Mi padre quería cerrar a toda costa un matrimonio de conveniencia con una rica heredera, Marina Carbó, la que a la postre iba a ser la madre de Lucio y de mi primer hijo, Julio, que enfermó y falleció en la niñez. Marina lo tenía —y aún lo mantiene, aunque hace tiempo que nos separamos— todo: guapa, distinguida, cariñosa... Era una mujer magnífica y me dejé llevar por la presión familiar, pero nunca estuve enamorado de ella.

En una de las fiestas para reintroducirme en sociedad, mi hermana Ana invitó a tu madre sin comentarme nada y sin darle mayor importancia. Habían pasado tantos años... Más de una década. Cuando la vi entrar me quedé sin palabras, paralizado; los recuerdos de nuestros lejanos veraneos juntos retornaron de golpe. Ella rondaría los veinticinco y estaba preciosa. Creo que también le causó impacto verme, pero mantuvo las formas con cierta frialdad y exquisita educación. Me presentó a su novio, un ambicioso empresario que estaba subiendo como la espuma. Se llamaba Eduardo Azcona. Tu padre. A él le interesaba la posición de mi familia, y confieso que dejé que se me acercara para tener ocasión de ver a Pilar con más frecuencia.

Resultó que Eduardo era una estrella que lo iluminaba todo con su presencia. Un torbellino que arrasaba allí por donde pasaba: dinámico, ocurrente, avisado, simpático... No tardamos en hacernos íntimos, por lo que las dos parejas hacíamos planes juntos con frecuencia. Cenas, fines de semana, pequeños viajes..., aunque nunca mencionamos aquel amor de juventud. Hasta que un día, unas semanas antes de su boda, nos quedamos a solas y conversamos sobre aquello que pudo haber sido y no fue. Pilar rompió a llorar; ella nunca me dejó de querer y ahora estaba prometida..., me echó en cara que la hubiera olvidado con tanta facilidad. Me dijo que jamás podría volver a confiar en mí.

Para mi sorpresa, apenas unos días antes de la boda, Pilar me citó en un hotelito de Calella de Palafrugell, en la Costa Brava. A su manera, quería despedirse de mí. Me explicó que, por mucho que me quisiera, después de casada ya no habría sitio para mí en su vida. Fueron dos días de reencontro y de absoluta felicidad, aunque —paradojas de la vida— el comienzo de mi pesadilla. Le pedí que anulase su compromiso, pero me repitió que había sufrido demasiado y que no podía echarlo todo por la borda. Seguía sin confiar. Finalmente, pese a las dudas, Pilar se casó con Eduardo y nueve meses después llegaste tú al mundo.

Despechado, yo también terminé casándome con Marina unos meses después. No tardó en nacer mi primer hijo. Enfermó gravemente desde pequeño, y fueron años dedicados en cuerpo y alma a

él hasta que falleció. Me centré también en los negocios y en el trabajo, con los que en parte intentaba olvidar a tu madre. Para mí desgracia, la relación con Eduardo era tan estrecha que la veía con demasiada frecuencia como para poder pasar página. Esa fue mi refinada tortura particular, la de aquel que tiene delante lo que sabe que jamás podrá alcanzar.

Ambos mantuvimos nuestro secreto con extrema discreción, y ella siempre guardó las distancias conmigo, pero llegaron tiempos de graves problemas económicos y Eduardo cambió por completo. Creo que ya sabes que invertimos todo nuestro capital en una operación urbanística que no salió bien. Él parecía otra persona; se volvió cada vez más callado, irascible y hasta violento. Nos distanciamos. Mi familia me pudo ayudar a salir del embrollo, mientras que Eduardo se hundía cada vez más. ¿Pude haber hecho más por él? Seguro que sí, pero me habían educado para sobrevivir entre tiburones. Todavía me afecta al escribir estas líneas.

Tu madre vino a verme desesperada. La situación con tu padre se había vuelto insostenible; lo peor ya no era la angustia económica sino el maltrato psicológico. Estaba decidida a separarse de Eduardo, así que le prometí ayudarla en lo que necesitase. Muy en el fondo, tenía la esperanza de poder recuperar aquello que dejé escapar en mi juventud. No pudo ser; el mismo día en que Pilar rompió con él, Eduardo esperó al anochecer y se arrojó a las vías del tren.

Fue un golpe tremendo para ella. También para mí. Vino a despedirse de Marina y de mí antes de irse contigo a Navarra. Egoístamente, quise retenerla cerca. Estaba dispuesto a todo, pero Pilar me lo quitó de la cabeza. Por ella, que quería huir de unos recuerdos demasiado dolorosos; por la pobre Marina, y sobre todo por Lucio, que acababa de cumplir dos años. Creo que el resto ya lo sabes, salvo un detalle importante: ese día de la despedida pude fijarme mejor en ti. Habías crecido; ya entonces eras un niño delgado que lo miraba todo con esos enormes ojos verdes, exactamente como los míos, como los de mi padre y como los de mi abuelo antes que él. En cambio, Lucio ha heredado el azul intenso de Marina... Aquel rasgo me llamó la atención, junto con otra marca de la familia: una pequeña señal de nacimiento en los lóbulos de las orejas, como si hubieras llevado pendientes alguna vez.

No puedo decirte a ciencia cierta si eres mi hijo o no. Solo tu madre puede responderte a esa pregunta, que a mí nunca me ha querido contestar. En todo caso, yo siempre te he considerado como tal. Lucio conoce toda la verdad sobre tu historia y le he enseñado a quererte como al hermano mayor al que no pudo conocer. Desde entonces me sentí en deuda contigo y debo pedirte perdón. Nuestros errores del pasado te arrastraron a una vida que no era la que te correspondía. Confío en poder reparar de algún modo todo ese sufrimiento que te causamos sin pretenderlo.

Nunca te perdí de vista, aunque vivieses a cientos de kilómetros. Por suerte, no me faltan recursos y tenía gente que me mantenía bien informado. Sé que Pilar lo hizo lo mejor que supo, pero no fue suficiente. Le insistí para que volviérais. Yo sufría por ella y por ti, así que comencé a pensar el modo de traerte de regreso a Tarragona por tu mayoría de edad. Moví los hilos necesarios para que tu tío Ramón no tuviese problemas para colocarte en Altafulla, y comencé a rediseñar tu educación.

Nunca fue un problema de dinero. Lo más fácil hubiera sido cubrirte de lujos para acallar mi conciencia, pero me tenías demasiado preocupado. Sé que tienes buen corazón, que eres culto e inteligente, pero el sufrimiento por tu madre y los abusos habían pasado factura a tu carácter y a tu autoestima. Para recuperarte y forjarte en nuestro modo de entender la existencia, ideamos el Proyecto Escipión.

Los Bocanegra, al igual que otras familias tanto o más influyentes que nosotros, se mueven desde hace generaciones por una serie de ideales que desgraciadamente se han ido perdiendo. Hay aspectos de la sociedad que no toleramos y tenemos el poder y los medios para repararlos a nuestra manera en la búsqueda de un mundo más humano. Todo es discutible en la vida, pero el notario que te ha entregado esta carta es un ejemplo viviente de lo que te hablo. Creo que Lucio te habló en alguna ocasión de lo que llamamos el Consejo de Sabios. Solo es una forma de llamarlo. Algunos hablan del Club Bildeberg, de logias masónicas... Al final, todo gira en torno a lo mismo. Siempre tratamos de movernos en el anonimato, pero por ti decidimos hacer una excepción y salir de las sombras. Necesitamos líderes, personas elevadas capaces de administrar bien nuestro poder. Gente como tú, que eres uno de los nuestros.

Comprenderás que nada de lo que te ha sucedido en estos meses ha sido fruto del azar. Habías sido elegido desde un principio y todo, desde aquella primera ronda nocturna con tu primo, estaba planeado. Estoy orgulloso de cómo lo has ido gestionando y cómo has crecido, pese a tus dudas. Es muy normal. No te preocupes demasiado por Lucio y sus compañeros; ellos se ofrecieron voluntarios: son menores de edad y tenemos los contactos necesarios para que muy pronto estén de vuelta en casa. La Justicia en nuestro país es bastante elástica con los millones necesarios en el bolsillo.

En cuanto a Francesc Ferrusola, tampoco le des demasiadas vueltas. El mundo sale ganando sin gentuza como él. Se merecía todo lo que le ha pasado y mucho más. Yo se la tenía jurada desde que se cruzó en la carrera emergente de tu padre. En realidad, él fue toda la vida un simple peón de intereses mucho más poderosos y oscuros. Para eso necesitamos educar, como contrapeso, a jóvenes como tú y como Lucio. En el caso de tu padre, no fue un mosquito como Ferrusola el que lo hizo degenerar hasta llevárselo a la tumba, sino las ambiciones de un elefante, una gran corporación bancaria. La Banca Privada Rocamora, por si necesitas más detalles, con su presidente Emilio Rocamora a la cabeza. Ellos no le hacen ascos a nada. Todo vale. Entre él y sus accionistas mueven montañas de dinero procedente de la droga, la extorsión, la prostitución... Un poder prácticamente omnímodo con millones manchados de sangre que lavan y mueven desde su digna posición, y que nosotros tratamos de contrarrestar. Ese, y no alguien tan insignificante como Ferrusola, es vuestro verdadero enemigo.

Espero que no me guardes rencor. Ha llegado la hora de que hables largo y tendido con tu madre, que te confirmará la verdad punto por punto. Por supuesto, ella no está al corriente de mis planes para ti; en más de una ocasión me he visto tentado de contactar contigo y explicártelo todo, pero no he querido hacerlo sin el consentimiento de Pilar, que siempre me ha rogado que no interfiera en tu vida. Es demasiado testaruda, no sé, quizá es su manera de honrar la memoria de tu padre. Nunca ha superado del todo lo ocurrido con Eduardo y creo que todavía se siente culpable. He respetado su deseo con paciencia hasta que he considerado que ha llegado tu momento: pienso que deberías poder elegir por ti mismo si quieres tomar o no las riendas de tu destino.

Sé que ahora tendrás mucho en lo que pensar. No van a ser días fáciles, porque la incertidumbre del cambio siempre asusta, pero confío en ti. Sé fuerte y no tengas miedo; estarás bien arropado. Mis amigos se pondrán en contacto contigo. Terminó como empecé: en otras circunstancias, me habría encantado darte una vida mejor. Y una última petición: cuida bien de Lucio, por favor. Sé que serás una buena influencia para tu hermano. Me despido ya; hay un mantra que repite que la energía ni se crea ni se destruye, así que, de algún modo, confío en que nos volveremos a encontrar.

MARIO BOCANEGRA

EPÍLOGO

Seis meses después

Como cada miércoles durante los últimos cinco meses, Arturo —el chófer de Mario Bocanegra— detuvo el Mercedes que había pertenecido al patriarca delante de una verja de aire señorial. Néstor bajó de la berlina y entró en los jardines del pabellón número seis del Instituto Siquiátrico Pere Mata, más conocido como el Pavelló dels Distingits. Una deslumbrante construcción modernista donde a finales del siglo XIX se trataba a enfermos mentales de alto poder adquisitivo con lujos impensables para la época, como la luz eléctrica o el agua corriente. Si la belleza exterior del conjunto hospitalario de Reus, obra de un genio como Lluís Domènech i Montaner, todavía impresionaba a las visitas después de ciento veinte años, el acceso al interior dejaba a cualquiera con la boca abierta.

Hacía treinta y cinco años que los pacientes del siquiátrico no habitaban en el número seis. Aquellos salones surtidos de maderas nobles, cubiertos por techos de arquerías e iluminados por ventanales, vidrieras y lámparas solo se abrían para las visitas turísticas y en funciones de representación institucional. No obstante, Lucio Bocanegra no era un paciente cualquiera, sino el hijo del principal mecenas de la Fundación Pere Mata, cuyo nombre recuerda al creador de la medicina forense en España. Un humanista a la vieja usanza: periodista, escritor y político, además de ilustre médico.

—Buenos días, señor Azcona —le saludó el tesorero de la Fundación, un anciano con aire gris de funcionario, ya algo encorvado bajo el peaje de los años. Normalmente solía acudir a recibirle el director del centro, pero en esta ocasión las altas esferas habían decidido elevar el rango de la acogida, por si las moscas. Su tono servil dejaba entrever el peso de los cientos de miles de euros anuales que dependían de que todo fluyese a satisfacción en aquella visita—. Es un placer recibirle en nuestra casa, que ya sabe que es la suya. ¿Puedo ofrecerle algún refrigerio?

—Se lo agradezco, pero prefiero ir al grano. Se puede hacer una idea de la poca gracia que me hace venir por aquí en las actuales circunstancias.

—Claro, lo entiendo. Bueno, por fortuna, según mis fuentes, esta situación ya va tocando a su fin. Por favor, acompáñeme, el señor Bocanegra le está esperando.

Lucio leía reconcentrado en mitad del inmenso salón. Su figura se recortaba al contraluz de las cristaleras que daban al jardín. Les habían colocado una mesita y dos sillas enfrentadas para el vis a vis. El ruido de la puerta al abrirse le sacó de su ensimismamiento. Se levantó como un resorte con una amplia sonrisa mientras Néstor llegaba hasta él. Ambos se fundieron en un abrazo.

—Hola, hermanito, ¿cómo lo llevas? —saludó Néstor.

—No me puedo quejar, aunque mataría por un poco de acción. Me cuidan bien; estoy tranquilo y tengo todo el tiempo del mundo para leer, pasear y hacer ejercicio, pero esto es más aburrido que el Día de la Marmota. No me queda otra que aguantar, así que intento tomármelo lo mejor que puedo, como una larga estancia en un balneario. La putada es que no soy lo que se dice muy de balnearios. Menos mal que las visitas también ayudan lo suyo... Gracias por venir. ¿Cómo sigue la vida por ahí fuera? ¿Ya te has acostumbrado al despacho?

—No del todo. Anteayer vino Manel. Todavía me duelen las costillas por el abrazo, ya sabes lo bruto que es. Estaba un poco nervioso lejos de su ambiente, como un pez fuera del agua, cohibido por el lujo de nuestras oficinas centrales. Ya le irás conociendo mejor. Dice que el Aroa está listo para salir a pescar atunes en cuanto te dejen sacar los pies de la jaula.

—No imaginas lo que daría por salir a navegar. En fin, mejor no pensar en ello; también me entretengo escribiendo...

—¿Tú?

—¿Qué pasa? ¿Tengo pinta de analfabeto? —se mosqueó Lucio.

—No quería decir eso, hombre, solo que me extraña un poco. No sabía...

—Vale, arréglalo ahora... Pues sí, sé juntar letras, y además tengo bastante que contar sobre nosotros, ¿no crees?

—Que sí, joder, no te cabrees. Solo es que no conocía esa faceta tuya. Lo siento, ya cambio de tercio. Faustino te envía muchos recuerdos. Está como loco con la nueva empresa de experiencias turísticas singulares que le hemos montado. Dice que vendrá a verte esta semana para explicarte los detalles de no sé qué cambios que está emperrado en introducir. Prepárate, a mí ya me ha dado la brasa lo suficiente con eso.

—¿Cómo va el invento?

—Un éxito total, funciona como un tiro, pero ya sabes lo exagerado que es. Me parece que quiere explicarte alguna de esas geniales ideas de negocio que se le ocurren cada dos por tres. ¿Necesitas dinero o algo aquí dentro?

—Deja ya de preocuparte por eso. No sé cómo te lo tengo que repetir; aunque soy el pequeño, no me chupo el dedo... ¿Cómo nos van los negocios?

—Ayer me reuní con los asesores financieros y están encantados con las últimas operaciones; al parecer, somos un poco más ricos que ayer pero menos que mañana. —Néstor le guiñó un ojo.

—¿Qué hay de la Banca Rocamora?

—Pepe está con ello. Sigue tirando de contactos para destripar sus chanchullos internacionales. Esta semana está fuera de España. Me ha enviado esto desde Tailandia. —Néstor le mostró en su teléfono una foto de Miralles saludando, copazo en mano, con dos esculturales jovencitas en bikini bajo las sombrillas de palma de un chiringuito de Phuket.

—No sé por qué le tenemos que pagar ese sueldazo. Ya ves cómo se lo gasta, es un caso rematado.

—Eso déjame a mí. No conozco a nadie más apropiado para investigar en esos putiferios. Sabes que le debo mucho, y además tiene amigos hasta en el infierno.

—¿Algo de parte del Consejo? —Lucio bajó la voz.

—Me han hecho llegar discretamente que están apretando con lo tuyo para que puedas salir de aquí cuanto antes. Van a tocar hasta la última tecla.

—¿Qué dicen los abogados?

—Están esperanzados. Te queda muy poco. Por lo visto, se han sacado un as de la manga con el que no contaban. ¿Te acuerdas del intendente Pujol? Le han ascendido y ahora es comisario. El caso es que todavía me está agradecido por los servicios prestados y hará lo que esté en su mano para no perjudicarte. Mi tío Ramón también está moviendo hilos.

—Tenemos que mandarle otro recadito al cabrón de Rocamora. Lo que más me consuela es que no viva tranquilo ni un solo día.

—Todo a su debido tiempo, Lucio. Los perros de presa del Consejo han localizado algunos tentáculos importantes de su red. Si conseguimos arrancarlos de cuajo, estoy seguro de que le va a escocer bastante a nuestro querido don Emilio. Vamos a darle donde más le duele.

—¿Tú estás metido en algo directamente? Ni se te ocurra mancharte las manos.

—¿Me ves pinta de asumir riesgos?

—Pareces una mosquita muerta, pero nunca se sabe contigo. No hagas idioteces.

—Tranquilo, antes de que te des cuenta, estaré con el coche en la puerta para recogerte.

—Te lo digo muy en serio, ahora lo que toca es preocuparte por ti y por Blanca. Por cierto, ¿cómo está mi cuñada?

—No le puedo contar toda la verdad sobre los riesgos que vamos a asumir, pero tiene

un corazón de oro y creo que lo entenderá. De momento, va a viajar un par de años a Estados Unidos. —Néstor se quedó pensativo—. Solo espero que no se repita la historia de Mario con mi madre... Yo la iré visitando con frecuencia; por ahora prefiero protegerla de todo esto, y no quiero que sufra por mí. Creo que la distancia incluso puede ayudar: me pareció genial esa idea tuya de mover hilos para crear una beca de máster en Stanford con el profesor Harris ese al que admira tanto; era la ilusión de su vida y no puede dejar pasar ese tren... Cuando vuelva a casa, espero recuperar el tiempo perdido. Ya ves, nadie dijo que sea fácil construir un mundo mejor.

—Ella no te va a decepcionar; tengo un sexto sentido. Me preocupa bastante más lo de tu madre... ¿Qué tal lo llevas?

—La echo de menos más que nunca... Simplemente se sentía tan culpable y perdida que se equivocó al intentar protegerme demasiado de todo y de todos. No creo que sea un pecado mortal para una madre; les pasa a casi todas. En el fondo me siento aliviado, y creo que ella también puede por fin respirar tranquila, aunque está muy afectada por lo de Mario, y también bastante asustada. Necesitamos un poco de tiempo para asimilar todo este terremoto y que las aguas vuelvan a su cauce. Digamos que me faltaban respuestas, sobre su vida, sobre la mía... Ahora ya las tengo. Quiere conocerte, solo tiene un vago recuerdo de cuando eras muy niño. Espero que muy pronto puedas hablar con ella largo y tendido; Beatriz está insistiendo en venir a Tarragona y esa mujer es una fuerza de la naturaleza. Cuando salgas de aquí, vete haciéndote a la idea de ejercer de anfitrión, al menos durante unas semanas.

Unos toques muy suaves en la puerta silenciaron las confidencias. El tesorero de la Fundación asomó tímidamente su fisonomía de córido.

—Siento mucho interrumpirles. Lo lamento de verdad, pero me veo obligado a acatar las normas y la sesión de terapia del señor Bocanegra no puede esperar.

—Ya me marchó. —Se levantó Néstor—. Muchas gracias por el trato de favor. Descuide, que lo tendremos muy en cuenta.

—Es usted muy generoso. —La satisfacción del anciano no le cabía en una chaqueta de paño oscuro que había conocido tiempos mejores—. Voy a avisar al doctor de que don Lucio está de camino. Ha sido un placer, señor Azcona.

—No puedo decir lo mismo, pero no se lo tome como algo personal; solo son los condicionantes de este lugar. Cuídate mucho, Lucio, volveré antes de que te des cuenta.

Unos minutos después de despedir a su hermano en la puerta del pabellón, Lucio conversaba relajadamente en un banco del jardín con el doctor Pujals, el destacado siquiatra que se había hecho cargo de su tratamiento. Por supuesto, la casualidad no había

tenido nada que ver con la asignación del médico; el Consejo había hecho valer su influencia para asegurarse el informe más favorable.

—Hace un día magnífico, esta luz es una bendición —rompió el hielo Pujals—. ¿Cómo te encuentras hoy?

—He tenido días mejores, aunque debo reconocer que también los ha habido peores.

—¿Ha ido bien la visita?

—Estupendamente. A mi padre le habría gustado vernos. Parece que todo se va poniendo en su sitio.

—¿Cómo sigues de ánimo?

—Va a ratos. Hoy estoy más calmado, pero comprenderá que a mi edad no es un plato de gusto ver cómo pasa la vida atrapado en un psiquiátrico. —Lucio prefirió morderse la lengua. Mantenía muy vivas las emociones del encuentro con Néstor, cuando unos meses atrás reapareció en su vida para leerle la carta póstuma que le había dejado su padre y que le hacía heredero de la mitad de su fortuna:

«He venido a darte las gracias y también a pedirte perdón por traicionar tu confianza. No sé cómo podré compensarte por todo lo que has hecho por mí». Esas primeras palabras de Néstor, grabadas a fuego, eran suficiente recompensa para él. Hacía mucho tiempo que Lucio las esperaba y se sintió reconfortado. Seguía sin guardarle ningún rencor; al contrario, conocía bien los planes de su padre y los apoyaba. Se alegró de poder quitarse la careta; su hermanastro al fin podría comprenderlo todo:

«No te tortures demasiado. Imagino que le habrás dado muchas vueltas, como te pedí la última vez que nos vimos, y que ahora lo ves todo con otros ojos. Lo único que te pido es que me saques de aquí cuanto antes».

«Cuenta con ello. Te aseguro que mi nuevo yo está aprendiendo a ser de lo más persuasivo.»

«Estoy seguro. Aunque eras un caso rematado. Menuda bomba llevabas dentro..., pero mi padre nunca desfalleció contigo. Por suerte, aprendes rápido, lo he visto con mis propios ojos.»

«Espero estar a la altura. He cambiado... Vosotros me habéis cambiado.»

La voz cavernosa del doctor Pujals —también era un reputado experto en la terapia de hipnosis— le devolvió a los jardines del Pere Mata.

—Esa sensación de impotencia al pensar que se te escapa la vida es completamente normal. ¿Te tomas la medicación?

—Paso. No sé si la necesitaré más adelante, pero de momento no quiero quemar las horas con la baba colgando.

—Te hará los días más fáciles, y te ayudará a encontrar paz.

—Ya me siento en paz. ¿Me guarda un secreto? No me arrepiento para nada de haberme encargado de barrer toda esa basura.

—Puedes confiar en mí; de verdad que no consigo entender cómo te metiste en semejante lío.

—No me extraña, a veces ni yo mismo lo entiendo... Ya conoce de sobra mi historial, y el médico es usted.

—Te confieso que, después de todas estas sesiones, todavía me es difícil comprender cómo un joven con tu capacidad y tus posibilidades...

—No se exprima más el cerebro. Es una larga historia. Demasiado larga.

—Lo que nos sobra aquí es tiempo.

—No se equivoque. No me queda mucho aquí, eso se lo aseguro... Vamos a hacer algo mejor. ¿De verdad puedo confiar en usted?

—Por supuesto. Puedes estar seguro al cien por cien. Infórmate si quieres; tenemos buenos amigos en común.

—Ya lo sé. Me cae usted bien y voy a concederle el beneficio de la duda. Eso sí, le aconsejo por su bien que sea discreto. He estado escribiendo sobre mis recuerdos durante todo este tiempo. Puede que mis notas le hagan comprender mejor. Cuando me vaya, se las dejaré en su taquilla. Ahora me noto un poco agobiado. Si le parece bien, seguimos en otro momento.

—Por supuesto, faltaría más. Descansa, Lucio.

El gran Mercedes oscuro volvió a aparcar ante la verja del Pavelló dels Distingits tres meses después de aquella conversación. El doctor Pujals contempló a Lucio desde uno de los grandes ventanales caminando hacia una nueva vida. Se saludaron con la mano cuando el joven Bocanegra se giró en un gesto de despedida de aquella jaula de oro que había sido su hogar durante cerca de tres años. Fue solo un instante antes de darle la espalda definitivamente, a él y a la oscura etapa que encarnaba. En el portón le esperaba aquel otro joven más alto y espigado, algo mayor que él, que le visitaba todos los miércoles. Pese a la distancia, llegó a percibir la mirada de complicidad que se estableció entre ellos tras un largo abrazo. También fue testigo de las primeras risas de celebración por la libertad recuperada. Pujals sintió alegría sincera por Lucio e íntimamente le deseó suerte antes de que el lujoso vehículo desapareciese de su vista, ¿para siempre?

Esa misma tarde, al término de la jornada, el doctor Pujals se disponía a empujar la puerta para salir del hospital cuando un grito desde la recepción le detuvo en seco.

—¡Doctor! Espere, doctor, que han dejado este sobre para usted. No sé quién lo envía. No pone nada.

—¿Para mí? —se extrañó, antes de caer en la cuenta de la más que probable identidad del remitente anónimo.

—Pesa lo suyo. —El vigilante de la portería se aproximó para entregárselo.

—Muchas gracias.

«Pues sí que tenía ganas de escribir este hombre; con esto se podría publicar un libro», pensó Pujals. Picado por la curiosidad, abrió allí mismo el sobre y sacó el taco de folios. No tuvo que ponerse las gafas para leer el título, centrado y a buen tamaño.

—¿Qué coño significará esto de Proyecto Escipión? —se preguntó antes de guardar el obsequio en su maletín y prepararse para salir al fresco de la noche.

—Hasta mañana, doctor, disculpe si le he endosado trabajo extra a última hora, he pensado que podía ser importante.

—No es culpa tuya. ¿Importante? No sé decirte... Creo que sí, aunque tengo la impresión de que es algo que nos viene grande a gente como tú y como yo. Buenas noches.

—Que descanse. Y no se lleve las preocupaciones del trabajo a casa. Mi abuelo siempre me decía que hay que aprender a dejar la mochila en la puerta.

—Buen consejo el de tu abuelo. No es sencillo cuando te pasas el tiempo buscando respuestas a los impulsos del alma humana. El bien, el mal..., ya sabes. En tantos años de estudio, cada vez tengo más claro que la materia gris del cerebro, esa máquina maravillosa y compleja, debe tener ese color porque no acostumbra a funcionar con blancos ni negros. Puede que este sobre me ayude a seguir aprendiendo sobre eso.

—Yo no sé qué decirle, doctor, no tengo estudios ni cultura como usted. Soy un hombre sencillo e intento no complicarme la vida. Trato siempre de hacer el bien, pero ojo, el que me busca, me encuentra. Eso también me lo enseñó mi abuelo. No se coma mucho la cabeza.

—Tomo nota. Un hombre sabio, tu abuelo...

Agradecimientos

Aunque esta novela solo obedece a las pautas habituales para hacer verosímil una trama de ficción, he intentado que toda la información histórica esté documentada con rigor. Evidentemente, *El Proyecto Escipión* bebe del magnetismo que la antigua Roma ha despertado desde siempre. En mi caso, se dejan notar el poso de *best sellers* como las series de Santiago Posteguillo dedicadas a Publio Cornelio Escipión, Trajano y la emperatriz Julia; los títulos de Simon Scarrow en *El águila del imperio*; *Señores de Roma*, de Colleen McCullough; *Aníbal*, de Gisbert Haefs, y los interesantes ensayos de Mary Beard, por citar la influencia de algunos autores.

Más allá de la escenografía mental dibujada a partir de estas lecturas, en la arquitectura narrativa cobran peso diversos aspectos de la civilización romana, en especial los vinculados a su sentido del castigo y, en menor medida, del sacrificio ritual. En este sentido, me han sido de especial utilidad las investigaciones de Carlos Espejo, de la Universidad de Granada, sobre penas corporales y torturas en Roma; la visión de un experto como José Carlos Parada, y textos más generales como *Sacrifice, romans*, de J. Sheid, y *Religion of the romans*, de J. Rüpke. También me han servido para entender mejor el contexto del culto romano varios *posts* de portales especializados como Arتهistoria.com, Historicodigital.com, Historias de la Historia y Antigua Roma al Día.

Como si se tratase de un personaje principal más, Tarraco —la milenaria ciudad subterránea que habita bajo la Tarragona actual— se convierte en una presencia que empaqueta toda la novela. Para adentrarme en ella me han resultado imprescindibles los estudios del Instituto Catalán de Arqueología Clásica (ICAC) —muralla, catedral, circo, puerto...—, y en especial los referidos a la gestión del agua, al igual que los informes de construcción sobre los acueductos romanos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. El material audiovisual creado por José Antonio Muñiz, productor, director y guionista de la serie documental *Ingeniería romana*, no tiene precio a la hora de visualizar las grandes obras de la que fue capital de todo el norte de Hispania.

Las aportaciones de la Sociedad de Investigaciones Espeleológicas de Tarragona, el clásico de Juan Ruiz y Porta *La necrópolis de Tarragona* (Biblioteca de Turismo de la Sociedad de Atracción de Forasteros, Barcelona, 1928, vol. XIV) y el *Atlas histórico e*

ilustrado del Port de Tarragona, de Joan Carles Blanch, me han sido de una ayuda inestimable en varios capítulos en que el desarrollo de la trama requería un alto nivel de detalle.

En las afueras de la ciudad, de nuevo los especialistas del ICAC me permitieron reconstruir una gran villa romana como la de Els Munts. Los apuntes de sus expertos Josep Maria Macías y Moisés Díaz sobre Calípolis, en su serie «Villas romanas del Camp de Tarragona», también están en el trasfondo de algunos giros argumentales relevantes. Merece una mención especial mi amigo Martín Garrido, propietario de El Forn del Senyor, en Altafulla, por su cruzada constante en favor de la cultura y por los buenos ratos que hemos disfrutado entre esas paredes tan cargadas de historia.

La erudición de Néstor F. Marqués sobre la vida cotidiana de los romanos me ha permitido entender mejor el calendario romano, otro de los ejes sobre los que bascula la historia. En ese viaje en el tiempo también me han servido las notas divulgativas compiladas en soporte digital por Tarraconensis.com. Respecto a los secretos del funcionamiento de las legiones, destacaría, entre otras fuentes, toda la bibliografía vinculada al Proyecto Phoenix, el magnífico grupo de reconstrucción histórica con sede en Tarragona, y el festival Tàrraco Viva, que en este 2022 celebrará su vigésimo cuarta edición.

La trama de la novela pertenece también en parte a mis queridos lectores cero, que arrimaron el hombro de forma entusiasta y dedicaron su tiempo a pulir esta historia, cuando sé que no les sobraba para atender otros menesteres. Mi más profundo agradecimiento a Fernando Bautista, Luís Cabañes, Juanjo Cacho, Marc Casanovas, Víctor Chércoles, Diego Mainar, Félix Oliva, Ana Palacios y Miquel Tono.

No sé cómo dar las gracias a mi editora, Blanca Rosa Roca, por su confianza. Es indescriptible la alegría que se siente cuando una profesional de su experiencia, que ha trabajado con algunos de los más grandes, muestra interés por tu manuscrito. Por supuesto, gracias también a Esther Aizpuru, el ángel de la guarda que ha sido capaz de depurar lo mejor de la historia y de mi estilo.

Esta aventura no habría sido posible sin los cientos de horas robadas a mi pareja, Natàlia, que siempre ha sabido encontrar una palabra de ánimo en las fases de crisis, creativas y de toda índole, inevitables para todo escritor. Ella ha sido mi fuente de energía más cercana, aunque también he sentido la de mi familia, pese a los 450 kilómetros que separan Tarragona del País Vasco. La energía de los que están, en especial la de Sin-da —mi madre—, Jon y Oihana —mis hermanos—, y también la de los que por desgracia nos dejaron el año pasado: mi padre, José Ignacio, y mi abuela Pilar.

© 2021, Roberto Villarreal



Diputació Tarragona

Con la colaboración de la Diputación de Tarragona

Primera edición: abril de 2022

© de esta edición: 2022, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788418870613

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

PRIMERA PARTE

1

2

3

4

5

6

7

SEGUNDA PARTE

8

9

10

11

12

13

14

TERCERA PARTE

15

16

17

18

19

20

21

Epílogo

Agradecimientos